LA CRIADA DE FINTON HALL

Traducción de Xavier Beltrán

HESTER MUSSON

VERSÁTIL
ediciones

Índice de contenido

London Evening Standard: EL ASESINATO DEL HIJO DE LOS GETHIN
FEBRERO
MARZO
ABRIL
TRIBUNAL PENAL. PRIMERA SESIÓN DEL 24 DE JUNIO DE 1878.
MAYO
The Graphic. LA CRÍA DE BEBÉS
JUNIO
1879
Agradecimientos

Título original: *The Beholders*
©□ 2024 Hester Musson

Traducción: Xavier Beltrán
Diseño de la cubierta e ilustración © Andrew Davis

1.ª edición: febrero 2024

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:
© 2024: Ediciones Versátil S.L.
Calle Muntaner, 423 piso 2
08021 Barcelona
www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita de la editorial.

«Hay quien dice que es necesario tener buen ojo, pero creo que cualquier ojo que vea es capaz de distinguir si unas trenzas están rectas o si han quedado algo torcidas».
La doncella de una dama: sus deberes y cómo llevarlos a cabo (1878)

«De repente aparece el trono del Caos».
El paraíso perdido, de John Milton (1674) (1878)

London Evening Standard: EL ASESINATO DEL HIJO DE LOS GETHIN

Martes, 25 de junio de 1878

Hoy en el Tribunal Penal Central de Inglaterra se ha interrumpido un proceso judicial debido al alboroto que se ha desatado tras un giro inesperado en el juicio de los Gethin. Ayer se acusó a la señora Clara Gethin, la esposa del diputado Ralph Gethin, de haber asesinado a su hijo y de haber arrojado el cuerpo al río Támesis.

En el momento en que se ha desatado el alboroto, la acusación estaba interrogando a una antigua criada de los Gethin, que había trabajado en Finton Hall. El tribunal asistía al inquietante relato de cómo trataba la señora Gethin a su hijo cuando unos gritos de la galería del público han provocado que la señora Gethin se girase hacia la fuente del escándalo. Una joven chillaba de manera incoherente el nombre del niño asesinado. En cuanto la señora Gethin ha visto que dos agentes se llevaban a la mujer de la sala, se ha girado hacia el tribunal y ha decidido romper su silencio.

FEBRERO

Miércoles, 27 de febrero

He recibido una carta de Madre, como era de esperar.

> Querida Harriet:
>
> Te doy las gracias por el dinero que nos enviaste la semana pasada; habría sido mejor para todos si lo hubieras traído tú misma, en persona. Tu carta me ha preocupado, no voy a fingir lo contrario, y sabes por qué. ¿Qué les voy a decir a tu padre y a tus hermanas?
>
> Debes saber que tu padre no se encuentra mejor. Ayer el doctor me llevó aparte para decirme que sus pulmones se han debilitado hasta el punto de que quizá le sea imposible trabajar durante varios meses, si es que llega a poder en algún momento. Los últimos años en la cantera han hecho mella en él… Yo siempre he dicho que excavar los campos en busca de piedras no traería nada bueno, y ahora me han contado que también pretenden construir una siderurgia. Sería mucho mejor para tu familia. Tu hermana pequeña entrará como criada en la recocina de Beechwood, pero ya sabes lo poco que cabe esperar de esa casa. Tu dinero servirá por lo menos para pagar los delantales y las cofias que necesita. El resto habrá que guardarlo para el doctor. James Stanworth, que siempre ha sido muy bueno con nosotros, se marcha a América, y no podemos fiarnos para siempre de la bondad de *lady* Stanworth.
>
> De no haber sido porque William te está esperando, daría las gracias por que hayas encontrado tan buen lugar. Le he preguntado al nuevo mayordomo de Beechwood si conoce al señor y a la señora Gethin (he fingido preguntar por el hijo del primo de tu padre, esa es la desdichada posición en la que me has puesto), y me ha dicho que en Londres se habla largo y tendido de las buenas obras del señor Gethin en lo referente al campo y a sus trabajadores, con sus ideas modernas. Pero no hay motivo alguno

para que sigas formando parte del servicio, Harriet. Como bien debes de saber, William será nombrado jardinero jefe y dispondrá de la cabaña de Mill Lane. Podrías intentar consolar a tu padre y darnos a todos tranquilidad mental. Solamente espero que no te hayas perdido de vista a ti misma. William sigue siendo muy amable y encantador con nosotros, pero esa es otra cosa de la que no podemos fiarnos eternamente.

Con cariño,

Madre

FINTON HALL

MARZO

Viernes, 1 de marzo

Me encuentro en el suelo de la alacena, así que, si alguien entra en la cocina, no me verá. En el armario hay un cajón donde guardo esta libreta, pero le buscaré un nuevo escondrijo ahora que en sus páginas hay algo que merece la pena leer. Es perfecta y pesada, con las tapas verdes, y una parte de mí teme que quiera caer en mejores manos. He esperado a tener un minuto de calma o a que sucediese algo que fuera digno de interrumpir la preciosa blancura de la página, pero en Finton Hall no hay paz ni interés de ningún tipo. De ahí que haya comenzado a escribir con esta sinceridad, garabateando a toda prisa todo cuanto me viene a la mente, sentada entre un saco de remolachas y una vieja lechera. La señora B. me regaló la libreta en Gloucester Square, aproximadamente un mes antes de fallecer. Me dijo que mi escritura mejoraría si empezaba un diario que mostrarle. Pensé que tan solo quería enterarse de primera mano de los chismes de los criados, pero tal vez debería haberle hecho caso; mi letra está tan apretada y es tan irregular que parece avergonzarse de sí misma.

En estos momentos, debería estar fregando los platos, pero cuando he bajado a la cocina he visto que no había nadie. La señora Clarkson está descansando un poco y Mary está limpiando las habitaciones del piso de arriba, si se puede denominar «limpiar» a lo que hace. Laurence se ha escabullido Dios sabe dónde, probablemente ha ido a tratar con prepotencia al mozo de cuadras, cuando debería estar preparado para abrirles la puerta a los visitantes. Aunque nadie visita la casa. Habrá regresado antes de que la señora Clarkson asome de nuevo su rostro grande y redondo, eso seguro. La señora Clarkson pronuncia su propio nombre con un acento raro. En teoría se debe al tiempo que estuvo trabajando en Francia, pero a mí me hizo sonreír cuando la oí por primera vez, sobre todo porque tiene la cara muy redonda, como si fuera la esfera de un reloj bonito. No debería haberlo hecho. «¿Qué te parece tan divertido, Harriet?», me preguntó. Aunque sonó a: «¿Qué te *paguece* tan *divegtido*, *Haguiet*?», lo cual no ayudó.

***

Alguien ha entrado en la cocina, y no me he levantado de inmediato —me duelen los pies, como si me hubieran dado un buen golpe—, así que ahora ya no puedo hacerlo. No sé de quién se trata. Es una persona muy sigilosa; no dejo de pensar que ya se habrá ido, pero de vez en cuando oigo un suspiro o algún que otro movimiento.

Si me atrapan aquí, me meteré en apuros. La señora Clarkson no se parece tan solo físicamente a la esfera de un reloj: es quien dicta todos nuestros horarios. No sé cómo, pero da la sensación de que devora los minutos como si siempre anduviera con prisas. Por más que trabaje con ahínco, siempre voy atrasada. Duncan, el cochero, dice que es trabajo de la señora Clarkson escoger a los sirvientes de la casa, y que está desencajada porque la señora de la casa me dio trabajo sin comentárselo. Me lo creo. Le encanta decir la maravillosa ama de llaves que es y cómo el señor la contrató en el acto en cuanto la oyó soltarle al afilador de cuchillos una regañina de órdago en su anterior empleo. Sea cual sea la razón, no le caigo bien. Esta mañana, se me ha acercado de puntillas cuando estaba fregando el suelo y ha utilizado un pie para indicarme los lugares donde debía esforzarme más, y luego me ha dado una fuerte patada en la pierna para que me diese prisa. Me he girado y me la he quedado mirando, algo que no le ha gustado en absoluto.

—A mí no me mires con los ojos entornados. —Y luego ha añadido algo en francés—. Hay mucho trabajo que hacer antes de que el señor vuelva a casa.

Siempre tan engreída. Le he respondido que me resultaba mucho más fácil trabajar deprisa si no me asestaban puntapiés. Ha entrecerrado los ojos y me ha dedicado una sonrisa repugnante.

—No nos tendremos que preocupar por ello cuando el señor haya regresado. Ya verás cómo no querrá ver a una muchacha como tú en las plantas de arriba.

Me ha mirado con una extraña maldad y me ha encargado tres nuevas tareas antes de que pudiera preguntarle a qué se refería. No es la primera vez que dice algo semejante sobre el señor. No sé qué parte de mí le resultará tan espantosa, pero la duda arroja una sombra inquietante sobre mi estancia en la casa. Lo que siempre me alegra y me endereza el día es limpiar el cuarto de los niños y subirle la comida a Lizzie, la nodriza. Es más agradable que los demás criados, y así tengo ocasión de ver al bebé, que ya me ha conquistado de mil maneras distintas…

***

Alguien ha intentado abrir uno de los cajones atascados del armario. Y luego ha vuelto el silencio.

El trabajo en sí mismo es casi tan duro como era en casa de los Henshaw, aunque es una casa mucho más grande, desde luego, y yo prefiero limpiar objetos bonitos que las habitaciones viejas, oscuras y malolientes de la otra casona. Lo que hay en las plantas de arriba es precioso; cada estancia luce un color distinto que eclipsa todos los demás, así que cuando estoy en la sala del desayuno creo que jamás podré ser feliz sin verme envuelta en amarillo y cuando estoy en el salón principal no concibo que haya nada más precioso que contemplar que el azul; ese tipo de azul que vemos en el ocaso, oscuro e intenso, pero con cierta luz. Cubre las paredes y fluye sobre los adornos y los cuadros. Hay una pintura marítima con olas de un azul potente que rompen contra las rocas —«Primera imagen de América», se llama—, y cada vez que la contemplo me asombra la facilidad con que James Stanworth puede marcharse y ver lugares como aquel, mientras que yo sigo atrapada quitándole el polvo a un cuadro. Es tan probable que yo viaje a América como que vuele hasta la luna.

En estos momentos, estamos poniendo la casa patas arriba, quitando las alfombras y descolgando las pinturas para poder limpiar como Dios manda, así que he estado tan cerca de los cuadros que habría podido darle un beso a alguno de los retratos… Hay un chiquillo negro con librea azul y un collar metálico en el cuello, así como un caballero con unos ojos del azul claro que me encantaría ver en realidad en un rostro auténtico. Solo el retrato de la señora parece fuera de lugar, pues es más pequeño y lleva un vestido verde…

***

¡Era ella la que estaba en la cocina! La señora Gethin. Dios sabe qué hacía husmeando por allí. Justo cuando he comenzado a escribir sobre ella, ha empezado a tararear para sí, y me he inclinado hacia delante lo justo para atisbar sus faldas. De seda marrón oscuro, claramente impropias de una criada. Me ha parecido que me convertía en un ratón que asoma la cabeza por un agujero a la espera de la llegada de un gato. El corazón me ha empezado a martillear. Ya se ha marchado.

Antes he escrito que aquí no sucede nada interesante, pero no es cierto, solo que no la he visto desde que llegué, no desde que fue a visitar a la señora B. El señor está en Londres, es un miembro del Parlamento, así que en la casa solo está la señora. Me da muchísimo miedo que se haya olvidado de mí y que no vuelva a verla nunca —en esta casa, las plantas de arriba y la de abajo son dos mundos distintos —, y que solamente me quede su retrato que contemplar, como he hecho antes. Hace tiempo, el cuadro se encontraba en el salón de Gloucester Square, y me costaba apartar los ojos del lienzo; en él, la señora tendrá unos dieciséis años, lleva un vestido verde de gasa y

está sentada en un rincón de un jardín bajo el sol, una escena tan preciosa que el mero hecho de observarla me calentaba la piel. Pero era su expresión lo que me dejaba absorta, como si esperase ver algo que fuera tan maravilloso como imposible, como el final de un arcoíris o un elefante. De hecho, hubo una vez en que miré hacia atrás —jamás se lo contaré a nadie— y me llevé una decepción al no ver más que el anodino reloj de pared y los apliques que necesitaban que los limpiara.

El cuadro lo pintaron en Italia, y esa es la razón por la que la luz es tan cálida. La señora B. me contó que la señora Gethin forma parte de una familia de alta alcurnia que se vio obligada a trasladarse a otro país porque perdieron todo su dinero, y, cuando sus padres murieron, se fue a Gloucester Square a vivir con la señora B. No sé qué vínculo las une, pero son parientes. Me comprime el corazón un poco que la muchacha de verde haya terminado aquí. No querría verla en estas estancias, mirando por las mismas ventanas que yo. Ni siquiera vemos arcoíris normales y corrientes. Creo que piensa lo mismo que yo. Annie ya era la cocinera antes de que yo llegase a la casa y me contó que la señora Gethin y la señora B. riñeron porque la señora B. pensaba que no debía casarse con el señor Gethin. Lo único que sé es que nunca ha venido a visitarla desde que se casó. Hasta que el verano pasado le mandó una nota y le propuso que tomaran el té juntas.

Más tarde

Otra persona ha entrado en la cocina, así que he dado un salto rápido para incorporarme y he escondido mis útiles de escritura detrás de un plato, en el fondo de un estante. Al hacerlo, he derribado una jarra, que ha caído al suelo. No se ha roto, a Dios gracias, pero ya no he podido seguir escondida. Mary ha venido enseguida a preguntarme qué estaba haciendo, y le he contestado que estaba buscando dónde guardaban la arena para las cacerolas grandes. Me ha dicho que no había ninguna cacerola grande por fregar, eso era cierto, así que le he respondido que se me había ocurrido que a lo mejor tendría que fregar una en algún momento y quería familiarizarme con todo.

Mary tiene cara de ratita, pero es muy guapa, si eso no resulta demasiado extraño. Tiene el pelo castaño y una nariz delicada y puntiaguda, así como ojillos pequeños y brillantes. Y ni una sola peca, a diferencia de mí. Casi puedo imaginármela husmeando el aire con el hocico y los bigotes para intentar descubrir qué es lo que estaba haciendo. Es un poco más joven que yo, creo que tiene diecisiete años, aunque es mi superiora, ahora que yo también trabajo aquí, y siempre

está vigilante. Fue ella quien la semana pasada me enseñó la casa. «Aquí está la recocina» o «Aquí está el zaguán», me dijo mientras me miraba como si estuviera diciendo algo distinto. Siempre se dirige a mí de esa forma, como si no pudiera creer mi presencia en la casa, y tal vez sea así, pues es la sobrina de la señora Clarkson.

Me parece extraño estar escribiendo sobre ella en esta libreta cuando debería estar arriba compartiendo habitación. Es arriesgado, como si estuviera contándole todo esto a una persona que sé que es incapaz de guardar un secreto. Ni siquiera sé a quién le dirijo mis palabras, ahora que la señora B. ya no está. Ha sido la primera ocasión que he tenido de ponerme de nuevo a escribir; he merodeado por la oscuridad con una vela, con cuidado para no tirar nada al suelo. Todo el mundo se ha acostado ya, así que en la mesa de los criados solo estoy yo, en un inestable haz de luz, como tantas otras noches, pues la señora Clarkson siempre me da labores que hacer después de cenar y luego tengo que fregar hasta casi la madrugada. Dice que cualquier muchacha a la que ella ha enseñado lo habría terminado todo a las nueve y que si soy lenta es porque soy torpe. Lo cierto es que en esta casa soy una criada encargada de no pocas funciones. Tengo las manos casi tan agrietadas y encallecidas como en casa de los Henshaw. Pero ahora me avergonzaría coser un botón en los puños de la señora Gethin, por más que en Gloucester Square también viera entonces lo rojos que tenía los dedos contra la piel blanca y las venas azules de su muñeca. Jamás había estado tan cerca de una dama y recuerdo sentirme tan embelesada como cuando era pequeña y me regalaron una muñeca. Tocar el dobladillo de su vestido perfecto y recolocarle el bonete a placer llenaba mi corazoncito de un fervor casi religioso y de un deseo feroz de protegerla.

En casa de la señora B. no eran habituales las visitas. Creo que Annie pensaba que recibir una visita, y nada menos que dos veces, era una injusticia. Resopló abiertamente cuando cogió un libro de recetas de un estante para preparar unas galletas decoradas con elegancia (y juraría haber visto telarañas). Su arrebato de furia me hizo reír, lo cual me ayudó mucho, porque estaba nerviosa ante la posibilidad de conocer a la muchacha del cuadro. Por aquel entonces, yo solo había trabajado en una casa de huéspedes y nunca había servido a una dama —solo a la señora B., que estaba como un cencerro, así que no contaba —.

No lo hice nada mal. No se me cayó nada al suelo ni golpeé los muebles. La señora Gethin, que ya se había casado, no tenía dieciséis años, por supuesto. Más bien veintiséis, y lucía un vestido holgado y gris que casi ocultaba su estado; yo me di cuenta porque, como era muy tímida, no dejé de bajar la vista y al final reparé en su barriga ligeramente hinchada. Lo que vi en su rostro me confirmó que seguía

siendo bella y joven, pero que estaba preocupada. Cuando les llevé el té, estaba hablando con la señora B. sobre su doncella. No me enteré de qué había pasado exactamente, pero sin duda había habido algún malentendido y la señora había acudido a Londres para buscarla. Pensé que era conmovedor que se tomara tantas molestias por una criada.

Cuando regresé para recoger los platos, la señora B. estaba tocando al piano una pieza triste con cierta torpeza. La historia de la doncella la había afectado (aunque más tarde me dijo que la señora Gethin solo le había referido vagamente lo sucedido). La señora Gethin estaba con los ojos clavados en la alfombra. Parecía un tanto demacrada, pero podría deberse a la forma de tocar de la señora B. Pasé la vista de ella al cuadro; era imposible no comparar los mismos rasgos después de tantos años y bajo una luz distinta. Estaba tan quieta que daba la impresión de que no era consciente de mi presencia, pero al mirar atrás vi que me estaba mirando fijamente. Me puso tan nerviosa que me quedé paralizada, medio inclinada sobre la mesa para recoger la bandeja, y las palabras salieron en tromba de mi boca.

—A menudo me he preguntado, señora…

Su expresión no cambió.

—A menudo me he preguntado qué estaba mirando en ese cuadro.

Se quedó observando el retrato durante tanto rato que pensé que se había olvidado de mí. Cuando sus ojos se clavaron de nuevo en los míos, algo había cambiado en los suyos, eran como dos pozos negros después de haber arrojado una piedra.

—No me acuerdo. ¿Qué crees que estoy mirando?

Su pregunta me puso más nerviosa todavía. Una palabra horrible me inundó la cabeza hasta el punto de que era o pronunciarla o guardar silencio. Terminé mascullándola.

—Un elefante, quizá.

Su carcajada, repentina y sumamente traviesa, sobresaltó a la señora B., que seguía tocando. La anciana miró hacia nosotras y se rio sin comprender. Noté cómo me ruborizaba.

—Me refiero a algo parecido a eso. A algo que a nadie se le ocurriría nunca. —Supe que mi propia voz sonaba enfurruñada—. Es solo que… me gustaría ver qué era eso que la hacía observarlo de esa forma, nada más. Señora.

Cogí la bandeja cuando la señora B. se dirigió a nosotras y salí huyendo hacia la cocina. Más tarde, en la puerta principal por la que se marchaba, la señora Gethin me dejó boquiabierta al ponerme una mano en el brazo.

—Gracias por fijarte en mi viejo retrato.

Su rostro parecía menos demacrado y sus ojos habían recobrado el brillo del cuadro.

—Me da la impresión de que durante mucho tiempo he tenido una amiga y no lo sabía. Como si todavía fuese…

No acabó la frase, se limitó a sonreír ligeramente como para responder a su propia absurdez. En cuanto se hubo marchado, me quedé contemplando el retrato con más atención. Me carcomía que fuese incapaz de recordar lo que estaba mirando en esa escena, pero la idea de que pudiéramos ser amigas se desplegó en mi interior como una rosa diminuta, hermosa y delicada.

Al cabo de unos pocos días, regresó. No había encontrado a su criada desaparecida y estaba muy cansada. Ese día yo no estaba de buen humor. William había escrito para decir que iba a hacerse con el puesto de jardinero cuando el señor Noakes se jubilase en primavera. Eso significaba que nos podríamos casar mucho antes de lo esperado. Annie abrió las provisiones de brandi de la señora B. para celebrarlo (a la mañana siguiente, vomité en la jofaina), pero no pude decirle que la carta de él había sido una sorpresa y no de las agradables; yo misma seguía impactada. Esa noche, tumbada en la cama, analicé todos mis pensamientos en busca del culpable de esa situación. Durante la Pascua no me había sentido diferente. Él era el mismo de siempre: grande, franco, tierno a veces. No recuerdo una época sin él. Al principio fue como un hermano mayor y después… No sé cuándo ocurrió el cambio. Es como si durante toda mi vida hubiéramos aceptado lo inevitable. Algún día, cuando pudiera mantenernos, nos casaríamos y tendríamos hijos. Algún día.

Creo que fue la muchacha del cuadro vestida de verde la que me obligó a admitir lo poco preparada que estoy para volver a casa y casarme. La expresión que tiene en el cuadro… Por primera vez, me negaba a contemplar la pintura. La carta de William debería haberme insuflado la misma esperanza en los ojos, pero no era así, y por eso me sentía culpable. Y aún me siento, como si hubiera fracasado en algo importante. Cuando la señora Gethin regresó, la contemplé tanto como pude, como si así fuera a encontrar una respuesta en la versión mayor de aquel cuadro, algo que explicara mis sentimientos o que me aconsejara qué hacer. Su rostro agobiado no me ofreció demasiado consuelo, pero me generó más curiosidad hacia lo que le sucedía. Me parecía que sus cargas eran dignas merecedoras de mi atención; más importantes y con más significado de todo lo que pudiera ofrecerme vivir en Mill Lane, en una cabaña con William. En el momento en que llegó, la señora B. estaba acostada —ya enferma por aquel entonces— y, cuando llevé el té, la señora Gethin recorría la estancia de un lado a otro y jugueteaba con los botones de su manga izquierda. Y fui más valiente de lo que había sido nunca.

—¿Puedo ayudarla, señora?

Se detuvo y miró hacia mí. Le hice señas.

—Ah.

Tomó asiento abruptamente en el sofá y extendió el brazo. Yo también debí sentarme en el extremo, y me embargó una sensación extraña y fiera al sujetarle la muñeca. El puño estaba rígido y había que coser el botón. Cuidar a la señora B. era un placer, así como evitar que pasara frío y limpiarle las migas que no podía evitar que le cayeran encima, pero aquello fue distinto. La calidad de la persona de la señora Gethin, su piel suave y su aroma cálido, parecía agitar el aire que la envolvía con una música oculta. Al arreglarle aquel minúsculo pedazo de su vestuario, me sentí como la criada de una diosa.

—¿Eres feliz aquí?

La pregunta surgió de la nada. Ahora creo que quizá solo se debió a que la mujer estaba enormemente preocupada por los apuros de su propia criada.

—Sí, señora, mucho.

Me daba mucha vergüenza mirarla, pero notaba cómo ella clavaba los ojos en mí.

—¿Qué harás cuando *lady* Berrington ya no esté con nosotros?

Nadie había hablado nunca con tanta sinceridad acerca de la muerte de la señora B. Me descolocó un poco.

—Pues debería volver a casa, señora…

Había querido añadir «y casarme», pero aquellas dos palabras murieron en mi garganta.

—¿Deberías?

Su atención se aguzó.

—¿Hay alguna razón especial para ello?

Respiré hondo y se lo conté.

—Voy a casarme, señora.

El hilo por fin consiguió afianzar el botón, pero no la solté. La mayoría de la gente sonríe y me desea lo mejor cuando se lo digo. Pero la señora Gethin no lo hizo. Se inclinó un poco hacia delante.

—¿No es lo que deseas?

—¡Sí, sí, señora!

Le solté el puño al instante y levanté la vista. Una especie de temor me había apresado.

—¡De veras! Ha sido un compromiso muy largo, y yo… Es que…

Mis ojos, como si tuvieran vida propia, se dirigieron hacia la muchacha de verde. La señora Gethin también observó el retrato y luego se volvió hacia mí de nuevo. Me horrorizó notar cómo me ardían las lágrimas. Al cabo de unos segundos, me había cogido la mano —la suya era suave como la seda— y se había acercado a mí. Después de un breve silencio, habló en voz baja.

—Piénsalo bien. Tu vida es tuya. Debes hacer lo que desees. Si acaso…

Se giró hacia el cuadro en busca de inspiración. Yo contuve la respiración, me asustaba que pudiera soltarme la mano.

—Si te encuentras en una situación… en la que alguien te retrata, por ejemplo, y hay algo fuera del marco que te llama…

Levantó los dedos hacia mi barbilla e inclinó ligeramente mi rostro hacia el suyo.

—Por todos los cielos, debes perseguirlo.

Me miró con tanta ternura y sinceridad que creo que me habría echado a llorar y le habría contado lo de la carta de William y mi extraña reticencia si la señora B. no hubiera elegido ese preciso instante para entrar en la sala.

La señora Gethin regresó a Finton Hall poco después, y ya no volví a verla. Enterré sus palabras en mi corazón a modo de tesoro. A veces las extraigo para analizarlas e intentar descubrir su significado, aunque sé que jamás podré hacerles caso. Mi mundo es distinto al suyo. Le escribí a William que no podía dejar a la señora B. en lo que probablemente fuese la enfermedad que acabaría con ella e hice cuanto estuvo en mis manos para mantener con vida a la anciana; por su bien, por supuesto, pero también por el mío. Me pasé horas leyéndole a John Milton y contándole chismes a los pies de su cama para evitar que su vieja mente se apagase. Annie creía que yo pretendía que me dejase algo en su testamento.

Y más o menos cuando me dio este diario fue cuando la señora B. me contó que había una vacante de criada en Finton Hall. Recuerdo sonreír para mis adentros; aun moribunda quería tener un papel en la vida de los demás. Pero cuando me incliné sobre la cama y le cogí la mano para hablar con ella y recordarle el acuerdo con William, vi que sus ojos ya no irradiaban su brillo habitual. Me miraba con una franqueza que me dejó sin habla.

—Contigo estará a salvo. Tú cuidarás de ella. Y conseguirás que se reponga y vuelva a ser la que era.

Fueron unas palabras muy extrañas, incluso para ella. Asentí como hacía siempre, pero me cogió la mano y me la apretó con una fuerza que me sorprendió. Sus ojos no parecían suyos y me observaban de forma muy rara.

—Prométemelo, Harriet.

Asentí de nuevo. ¿Qué iba a hacer si no? Su urgencia me provocó un estremecimiento de algo parecido al miedo. A menudo he pensado en ello. ¿Cómo era posible que una dama como la señora Gethin, que vivía en Finton Hall, no estuviera a salvo? Pero en esos instantes me sumergí en el embrujo de la señora B. Recordé la sensación de gracia y propósito que experimenté por el mero hecho de coserle el botón a la señora Gethin, como si algo me hubiese indicado que necesitaba protección. No hice nada al respecto hasta poco después de la muerte

de la señora B., cuando la señora Gethin mandó una carta con órdenes para que le llevase el retrato, como si yo ya hubiera aceptado el puesto. En su misiva decía que estaría encantada de ver tanto el retrato como a mí una vez más. Un cuadro y las extravagancias de una anciana son razones absurdas para aceptar un trabajo, lo sé. Volver a casa junto a William es una cuestión de tiempo, no una posibilidad, pero la idea de empaquetar el cuadro con ese rostro y no llevarlo hasta la mujer que había posado para el pintor, y que vivía en Finton Hall, enrareció el aire.

Y aquí estoy ahora, igual que el retrato, en una sala de estar mucho más grande, y no he vuelto a ver un atisbo de la señora hasta hoy. Empiezo a preguntarme si imaginé su amabilidad. Si no sale a dar una vuelta en carruaje o a pasear, suele quedarse en sus aposentos. Mary dice que es una mujer complicada, que cambia constantemente de opinión y que inventa normas que no tienen sentido alguno —hay que encender esa vela en su cuarto pero nunca aquella otra, no hay que tocar los libros de la biblioteca, etcétera—. Me pareció que añadiría algo más, algo peor sobre la señora, pero se detuvo. No me molesté en preguntárselo. Esperar a encontrarme nuevamente con la señora Gethin me ha vuelto escueta en el trato con los demás criados, pues no me interesan, e impaciente por trabajar, como si me hubieran prometido algo más que las labores propias de una criada. Sé lo ridículo que suena. Las cartas de perplejidad de William solo sirven para que me aferre a este lugar con más terquedad.

No encuentro las ganas de ir a la cama. Hay mucho silencio. En casa de la señora B. siempre había alguien trajinando o un carruaje pasando por delante en cualquier momento de la noche. Y sonaban chasquidos y traqueteos en la casa contigua. Aquí el silencio se regodea. Es como si el mundo se hubiera callado para que yo pueda oír mis pensamientos. Tengo la impresión de que el silencio ha hecho acto de presencia para que escuche.

Si pienso eso es que debo de estar muy cansada. Las horas que paso escribiendo hacen mella en mí. Es el trayecto arriba el que estoy postergando; todavía no me he acostumbrado a los rincones y a las escaleras y a los largos pasadizos. Desde fuera, Finton Hall parece salida de un cuento de hadas. Cuando me trajeron hasta aquí desde la estación con un carruaje de dos ruedas, después de millas y más millas sin encontrar nada más que pequeñas granjas y cabañas humildes, no pude apartar la vista de las torrecillas y chimeneas y hiedras trepadoras. Me parece extraño estar en un lugar que está tan alejado de todo. Y tan silencioso. Al subir las escaleras de noche para irme a la cama, creo que mis movimientos van a provocar algo, a alterar la oscuridad como si fuera el lecho de un río. Y me pongo a pensar en el cieno que se revuelve y enturbia las aguas mientras unas criaturas de

barro surgen de sus escondrijos. Preferiría hacerme un ovillo aquí abajo, donde todavía se conserva cierto calor. Siempre y cuando pueda quedarme sentada, me trae sin cuidado que diez monstruos y una docena de locos brinquen desde el horno.

Domingo, 3 de marzo

La señora B. decía que si le prestas atención a algo bonito es probable que te cuente un secreto; no creo que se refiriese a un secreto que te fuera a manchar de sangre un dedo. En el salón hay un armario de curiosidades que, cuando me pongo a limpiar, termino observando durante demasiado tiempo. Contiene incluso un elefante diminuto, tallado en mármol, que me hizo balbucir cuando lo vi por primera vez al recordar lo que le había dicho a la señora en la casa de Gloucester Square. También hay un inquietante retrato en miniatura en que tan solo se ve el ojo izquierdo de una persona y la zona que lo rodea; según Mary, es el ojo de un amante. La expresión de su rostro es indescifrable porque no se ve entero, pero a mí no me cabe ninguna duda de que ese ojo me sigue de forma poco amistosa. Lo he colocado detrás de un pisapapeles de cristal con una mariposa real en el interior, espero que nadie se dé cuenta. Y, desde que llegué, he admirado sin cesar un objeto con forma de rombo, que cuenta con unas joyas preciosas pero parece no servir para nada. Hoy, mientras lo limpiaba, debo de haber accionado algo, porque de pronto se ha levantado un cuchillo, que me ha provocado un grito y un corte en la mano. Mary me ha ayudado a limpiarme. Me ha comentado que es el señor quien colecciona todas esas cosas, que son de distintas partes del mundo, y que también es él el responsable de que la casa sea tan bonita, ya lo era mucho antes de casarse. Antes de dedicarse a la política, se dedicaba a la minería del carbón, y, en palabras de Mary —que siempre suenan robadas a otra persona—, tuvo que comprarse una esposa de cara a la galería. También debe de haber seleccionado él los cuadros, que, aunque son bellos, no siempre resultan agradables de cerca. No sé por qué nadie querría contemplar a diario volcanes que cubren de ceniza ardiente a la gente, escenas de batalla ensangrentadas o el mismísimo infierno repleto de almas torturadas. Hay muchas caras gritando en silencio desde las paredes.

El señor no es el único misterio. Anoche, durante la cena, me interesé por la criada de la señora, a la que fue a buscar por Londres. La señora Clarkson me dijo que no me metiese en lo que no me incumbía y Mary cortó tan fuerte la carne que el cuchillo hizo chirriar el plato.

Martes, 5 de marzo

Lo odio. Odio el trabajo, a la gente, incluso la casa, con tantos pasadizos silenciosos y ojos frenéticos que observan sin parar. Odio las esculturas de caballos encabritados o de ninfas atrapadas que parecen colocadas a propósito para sobresaltarme. El señor tiene buen gusto, pero no trata con amabilidad a los criados que deben acarrear carbón y agua durante todo el día arriba y abajo. He decidido escribirlo aquí porque no hay nadie con quien pueda hablar a quien le fuese a importar lo más mínimo. Si la señora Clarkson es la primera en advertir el desaguisado, hace cuanto le place al respecto. Esta mañana, cuando llevaba carbón hacia la sala del desayuno, he oído gritos y risas, y Mary ha bajado las escaleras a toda prisa. Debería haber estado barriendo la sala del desayuno y la de la cena —que, para ser una casa tan grande como esta, nunca he visto a nadie usarlas—, pero me he dado cuenta de que en realidad solo trabaja cuando su tía la está vigilando. Me encontraba en el rellano de las escaleras traseras y me he girado, sorprendida, cuando Laurence también ha pasado junto a mí a toda prisa y ha derribado el cubo de carbón con la pierna. Se ha golpeado la espinilla, y espero que se haya hecho daño. El carbón ha salido volando por todas partes. El cubo se ha roto y ha caído por las escaleras, así que estaba convencida de que Cararreloj aparecería hecha un basilisco y me acusaría una vez más de ser una torpe. Laurence ha soltado una maldición y ha seguido a Mary, que se reía mientras recorría el pasillo. Yo estaba tan cansada que me he sentado en el suelo y me he puesto a llorar.

Limpiar el desastre supondrá una eternidad. He recogido el carbón —las escaleras, las paredes y yo misma hemos terminado cubiertas de polvo negruzco— y he llevado el cubo a la cocina. Los dos estaban ahí, haciéndose muecas a mis espaldas, lo he notado. No sé cómo es posible que no me haya percatado antes. No me extraña que Mary siempre esté atenta y me observe, celosa como una gata. Y Laurence…, en fin, es igual que los demás criados. Alto y apuesto, como los caros atizadores de hierro del salón que son una tortura de limpiar, pero mucho más inútil. Cuando llegué, me miró de arriba abajo, me observó de punta a punta —tiene las cejas y las pestañas tan claras que son casi blancas, lo cual es bastante inquietante cuando te mira—, y me acordé del antiguo criado de Beechwood. Según William, se acostaba con todo lo que se movía en cuanto tenía una oportunidad. Comparado con William, Laurence es una marioneta con ropa formal. Su pañuelo verde empapado en colonia no forma parte de su librea, como tampoco el anillo enorme en el dedo meñique con el que siempre juguetea. Y sé por Mary que el señor lo sacó de una casucha cuando era pequeño para formarlo como paje. Ojalá no se

hubiera molestado.

Ahora tengo polvo de carbón en la funda de la almohada. Otra cosa que limpiar, diantres.

Más tarde

Quizá sea positivo no tener a nadie a quien contarle lo que pienso. De lo contrario, ahora me estaría tragando mis propias palabras. Seguía de mal humor y, al bajar las escaleras para empezar a limpiar el carbón derramado y doblar una esquina, me he encontrado a Laurence a cuatro patas en las escaleras rodeado de cepillos y baldes. Iba cubierto de la cabeza a los pies con delantales blancos y pedazos de ropa de cama vieja para protegerse la librea del polvo de carbón. Parecía un ángel mancillado.

—Ah.

Me he detenido. Se ha sentado sobre los talones y ha arqueado una ceja.

—Menudo desastre has provocado.

—¿Yo?

Me ha hervido la sangre y he visto su sonrisa demasiado tarde.

—Ah.

Nunca me había quedado a solas con él. Es tan guapo, incluso con un atuendo tan ridículo, que resulta imposible ignorarlo. Tiene el pelo muy rubio y rizado, y, como las cejas y las pestañas casi se funden con la palidez de su piel, parece tallado en mármol como una estatua. He notado cómo me sonrojaba y he dicho lo primero que se me ha ocurrido para enmascararlo.

—Te ayudaré.

Se me ha quedado mirando mientras bajaba reacia las escaleras y me ha señalado con un cepillo.

—Límpiate. Parece que te hayas revolcado con un minero.

He dudado, sin saber qué decir, y él me ha dado un golpecito en la cintura.

—Mira, como si te hubiera cogido por ahí… Y te hubiera apretado bastante justo en…

Como habría hecho Mary —que Dios me asista—, he soltado un grito y he sacudido las manos.

—Para.

Me ha dado otro golpecito con el cepillo.

—Y ahí te ha hecho cosquillas…

—He dicho que pares. Me voy.

Se ha echado a reír y me he puesto a trabajar. He subido al desván,

y una parte de mí se ha enfadado conmigo misma por estar sonriendo.

Sábado, 9 de marzo

Tal vez hasta hoy no haya visto por completo a la señora, pero ahora sí que la he oído. Es la noche libre de Mary y se ha ido a alguna parte con Laurence, aunque no me lo ha dicho. No sé por qué no habla con sinceridad. Supongo que está demasiado acostumbrada a ocultárselo a Cararreloj; ya he visto el cuidado que tienen cuando están en las cocinas, donde apenas se miran cuando el ama de llaves anda por ahí. No tengo en tan baja estima a Laurence desde que se encargó de limpiar el desaguisado del carbón. Pese a su arrogancia, lo he visto calentar un chal para Mary cuando entra con las manos heladas por haber estado frotando las escaleras de fuera y coger un hueso cuando Cararreloj no mira para lanzárselo al viejo perro del patio. Quizá Mary sí que tiene motivos para estar celosa, después de todo, más allá de por el físico del sirviente.

Cuando he ido a cerrar las ventanas del salón, me la he encontrado ahí, maquillándose frente al gran espejo. Al ver quién acababa de entrar, ha seguido retocándose la cara y la ha ladeado como si fuera una artista que admira su obra. El rojo era demasiado intenso, en mi opinión, pero estaba muy guapa igualmente, como salida de un retrato, el de una de esas muchachas hermosas con mejillas de color crema y labios pintados que se sientan frente a parterres de flores o a la orilla de un río. Me ha dicho que tenía una cita y me ha lanzado una sonrisa. Después de que se hubiera marchado, me he mirado en el espejo —más pálida que crema y con muchas pecas— y me he visto demacrada. Recuerdo que, un día, William me recorrió la línea de la mandíbula y me dijo que era una pena, porque entre los dos concebiríamos bebés con rasgos muy marcados. Supongo que es cierto. Mi cara está tallada, no pintada, algo que hay que poner a trabajar en lugar de admirar. Dudo de que el colorete o el lápiz de labios fueran a ayudarme. Es extraño sentirse que soy la única anodina en varias millas a la redonda. Por lo general, las que destacan son las criadas guapas. Quizá a eso se refería Cararreloj con lo de «una muchacha como tú» y el señor prefiere criadas hermosas que combinen con sus bellos muebles. Me apostaría algo a que la doncella de la que nadie quiere hablar también era bonita.

Que Mary no esté significa que me ha tocado a mí subirle la cena a la señora. Cararreloj se ha encargado de entregársela, algo que me ha decepcionado tremendamente, pero me ha hecho subir la bandeja hasta su habitación. A medida que nos hemos acercado, hemos oído

un canto, y me he quedado tan impresionada que me he detenido en las escaleras. Cararreloj ha resoplado y me ha urgido a darme prisa; es más irascible incluso que Madre. Aunque la canción se ha detenido en cuanto ella ha llamado a la puerta, así que detenerme no habría servido para nada. No sé qué sonaba, no era inglés, pero la calidez de la melodía se ha metido bajo mi piel. Ha sido como ver el sol tras meses de penumbra. Tenía tantísimo sentimiento, tristeza y dulzura a un tiempo, que ha arrojado belleza a todos los momentos oscuros de mi día, como solía hacer su retrato. Incluso esta habitación del desván parece menos lóbrega. Estoy sentada en mi cama, y como Mary no está da igual lo mucho que cruja, con una manta a mi alrededor y la vela en una silla. Esta noche, la jarra agrietada y la jofaina para lavarse y los pedazos de tela raída no son tan lamentables. Y tanto da que tenga las manos entumecidas por el frío y que mi letra se lea todavía peor. Por lo menos puedo escribir sin que Mary me mire; quiere saber qué escribo o por qué escribo. No le he dicho lo que me comentó la señora B., que debería intentar anotarlo todo para que no se me escapara ningún detalle bonito. Nuestra ventanita no ofrece demasiadas vistas por culpa del tejado a dos aguas, pero esta noche la luna resplandece. Y yo también.

Domingo, 10 de marzo

¡La he visto! La he visto al fin, y me he pasado medio atolondrada el resto del día. Estaba quitando el polvo del salón, más bien hacía ver que lo quitaba, pues estaba mirando por la ventana. Las estancias de la parte delantera de la casa cuentan con enormes ventanales, y produce alivio mirar afuera y observar el horizonte. Lleva varios días lloviznando y la niebla envuelve la casa, así que da la impresión de que estamos sumidos en una eternidad brumosa. Pero hoy las nubes de lluvia que avanzaban por el valle parecían velas que navegaban por encima del verdor, y entre ellas ha aparecido una luz dorada. Retazos de tierra dorada. Todo se ha movido, luz y oscuridad que bailaban y danzaban juntas en un terreno gigantesco.

—Buenos días.

He dado un brinco como un resorte. Puede que también haya soltado un gritito. No la he oído entrar, estaba ahí, observándome como un fantasma durante no sé cuánto tiempo. No me he acordado de hacer una reverencia y me la he quedado mirando boquiabierta hasta que he podido musitar: «Lo siento, señora». Durante un buen rato, no ha dicho nada más. Supongo que pensará que soy una simple, además de una holgazana; ¿qué esperaba que hiciese?, ¿que me

cogiera la mano?, ¿que repitiese que era amiga suya y que hablásemos de cuadros? De eso han pasado casi nueve meses.

Tras estudiar mi rostro unos instantes, me ha preguntado qué miraba y se ha colocado junto a mí para contemplar por la ventana. Referirme a las sombras doradas y a los colores que bailoteaban mientras llevaba un delantal y un plumero en las manos era imposible, pero no he podido afirmar convencida que estuviera haciendo nada de provecho.

—El tiempo ha cambiado, señora. Estaba observando la luz.

—¿La luz?

Se ha quedado anonadada ante esa idea y ha asentido.

—Sí, el día está bastante revuelto.

De reojo, he procurado examinarla de nuevo. Tiene más o menos mi altura, aunque el sombrero le añade un palmo, y estaba cubierta de plumas y de volantes, todo negro. Un vestido de seda negro y un chal de encaje negro sobre los hombros. Estaba más pálida y delgada de lo que recordaba, pero sus facciones seguían siendo igual de inquietantes y familiares gracias al retrato. La luz incidía sobre los cabellos muy claros de su rostro, estaba muy cerca y he pensado —poéticamente, creo— que era toda oscuridad y sombras de luz, como el tiempo. Olía a flores y desprendía otro aroma dulce, pero un poco menos. Olía a algo comestible.

—¿Cuánto tiempo estuviste con *lady* Berrington?

—Casi dos años, señora.

—Y ¿antes de eso?

He hecho una pausa y he pensado en una forma de describir la casa de huéspedes de los Henshaw y en qué decir que no le resultase estúpido.

—Con otra familia en Londres, señora.

Ha asentido débilmente y, por fortuna, no me ha preguntado nada más. He pensado en la habitación fría y húmeda junto a la cocina donde dormía allí y en las telarañas cubiertas de hollín que se agolpaban en los rincones. Era lo primero que veía cuando, mañana tras mañana, encendía una vela. Todos los días me prometía que encontraría un momento para limpiarlas, y ya no volvía a recordarlo hasta que me metía en la cama por la noche. El espacioso salón de Finton Hall, con aire limpio y unos muebles impresionantes, se ha iluminado a mi alrededor. He cogido una buena bocanada de aire como si el recuerdo hubiera activado mis pulmones.

—Ahí queda muy bien, ¿no crees?

La señora se había girado hacia la pared que adornaba el retrato. He sentido una oleada de alegría; así pues, no había olvidado Gloucester Square. Pero me he detenido. Asentir habría sido una mentira. Su retrato está fuera de lugar con los azules y los dorados

brillantes de la estancia, y cuelga de un gancho de una pintura más grande, así que parece abandonado. La señora no ha parecido reparar en mi silencio.

—Se oía música. Detrás del muro del jardín. Algunos músicos callejeros se habían detenido justo delante. —Se ha dado la vuelta y me ha sonreído—. Me preguntaste lo que estaba mirando, ¿recuerdas? Y en aquel momento no me acordaba.

Su sonrisa me ha desbordado, hasta el punto de que toda yo debo de haberme iluminado. Se ha girado de vuelta al retrato.

—Estaba escuchando. Era música.

Yo quería saber más, quería saber cuánto recordaba de lo sucedido en casa de la señora B.

—En ese caso, ¿no había ningún elefante, señora?

Su risotada ha hecho acto de presencia al instante, no ha tenido ni que pensárselo. Mis dedos se han retorcido y han apretado el plumero como si pudieran extraerle algún placer.

—No, me temo que no había ningún elefante. Pero la música surgió tan de repente…

Ha cerrado los ojos, como si todavía estuviera sonando. Me he arriesgado a contemplar su rostro abiertamente, en busca de alguna señal de los apuros que había sugerido la señora B. Tan solo he advertido anhelos, quizá por ser joven o por ir a Italia. Ha abierto los ojos y los ha clavado en los míos, y he tenido la extraña sensación de que me había estado observando aun cuando tenía los párpados cerrados. Y me he olvidado de mí misma.

—¿Por qué no había pedido antes que le trajeran el retrato, señora? Debe de recordarle a Italia.

Se ha quedado observando el cuadro un poco más.

—A *lady* Berrington le gustaba. Y como yo no podía quedarme con ella…

Su expresión se ha nublado, su mente se ha trasladado a otro lugar. He recordado lo que me había dicho Annie: que la señora B. quería que la joven se quedase en Gloucester Square para acompañarla y la discusión en que aquello había desembocado. La señora ha mascullado para sí.

—Creo que me hacía sentir bien pensar que estaba colgado en un sitio donde lo cuidarían y lo disfrutarían. —Y me ha sonreído—. Me alegro mucho de que hayas venido a Finton Hall.

Por el modo en que me ha mirado, no me ha cabido ninguna duda de que se acordaba de nuestra última conversación, acerca de que me iría con mi familia para casarme con William. Me he sentido confundida y casi avergonzada, como si mi compromiso intacto fuera a decepcionarla. Me ha dicho que podía seguir y le he hecho una reverencia, hoy hasta el suelo. Ojalá me hubiera hablado más sobre el

cuadro y me hubiera dicho por qué allí nadie lo iba a disfrutar, pero no me he atrevido a preguntárselo. Encima de la chimenea hay una sucesión de bustos y jarrones, y me he afanado en limpiarlos para no dejar ni una sola mota de polvo. No me he detenido hasta que me ha parecido que ya había pasado una hora y he intentado no poner una mueca como suelo hacer al pasar el plumero por encima de los ojos blancos y perdidos de las esculturas. En todo momento he esperado que volviese a dirigirme la palabra, pero al mirar atrás he visto que se había marchado. Con el mismo sigilo con que había entrado. De no haber sido por el claro recuerdo que tenía de haberla visto junto a mí, tan cerca que he notado el calor que desprendía, habría pensado que había sido testigo de una aparición.

Cararreloj me ha dicho que iba atrasada con la limpieza de las habitaciones. Por mí puede decírselo a las chinches, me trae sin cuidado.

Lunes, 11 de marzo

Me he enterado de quién es el hombre de los ojos azules del retrato del salón. Laurence estaba recopilando música para la señora cuando he entrado a buscar los objetos de latón que debía limpiar. Quería que bromease conmigo como el otro día, así que le he preguntado acerca del retrato. Apenas lo ha mirado.

—Es el viejo demonio que nos paga el sueldo.

—¿El señor?

He dado un respingo al descubrir que se había pasado tanto tiempo observándome. En el retrato está sentado y no se ve nada en el fondo, así que toda la atención de quien lo observa recae sobre su rostro. Hay cierta delicadeza en sus facciones, que parecen contradecir la dureza del azul de su mirada. Laurence se ha guardado partituras de música debajo del brazo.

—El honorable diputado en carne y hueso.

Me ha dado un vuelco el estómago.

—¿Verdad que es… amable?

—Uy, sí, es muy amable. —Ha soltado una agria carcajada—. Un santo.

Ha callado de repente, como si alguien le hubiera clavado una aguja, y se ha ido a toda prisa después de asentir a duras penas. No entiendo por qué iba a ser tan frío. Me recuerda las amenazas de Cararreloj sobre el señor y me da un poco de miedo.

Martes, 12 de marzo

He recibido cartas de William y de Madre el mismo día. Me ha costado arrebatárselas a Cararreloj; parece pensar que estoy obligada a decirle quién me escribe. Cuando por fin me las ha entregado, las ha lanzado al suelo a propósito y ha chasqueado la lengua.

—Qué torpe eres.

Primero la de William.

Querida Harriet:

Creo que ha llegado la hora de que hablemos con franqueza. Siento mucho que haya muerto *lady* Berrington, no te lo había dicho hasta ahora. Por tus cartas parecía una mujer muy agradable, aunque como ya te he comentado no entiendo del todo su comportamiento. Espero que no te moleste demasiado.

Pero lo que más siento es que no hayas venido a casa a vernos cuando podías y que hayas aceptado un trabajo en otro sitio, sobre todo uno que está fuera de Londres. Yo pensaba que estar en Londres era lo que más te motivaba. Te creí cuando me dijiste que no podías abandonar a tu señora porque estaba enferma y que eso era lo que te impedía regresar. Tenemos un acuerdo, Harriet. Cuando te escribí para contarte lo de mi nuevo trabajo y lo que había ahorrado, sabías a qué me refería. No creo que sea pedirte demasiado que anuncies tu renuncia en una nueva casa en la que ni siquiera conoces a nadie. Espero tu respuesta y que vuelvas a casa para Pascua.

Tuyo como siempre,

William

Posdata: Sabes que para mí significas más que nadie y sabes que sería el hombre más feliz del país si me dejaras cuidarte. ¿Quién más va a decirte lo mismo, Harriet?

Qué extrañas resultan sus palabras en mi mano. Qué extraño resulta, sobre todo, leer mi propio nombre, como si me lo hubieran robado. Esta es la otra carta:

Querida Harriet:

Como madre tuya que soy, te escribo para decirte que estás a punto de perder a William, y no sería sino lo que mereces. No sé

en qué estabas pensando al aceptar otro trabajo cuando sabes que te está esperando. Nunca me he sentido más avergonzada. ¿Cómo te puedes arriesgar a disgustarlo? Dorcas Harding es guapa y sabe lo que le conviene. A no ser que seas lo bastante estúpida como para pasarte el resto de la vida siendo una criada —y si es así ya no debes esperar nada más de tu padre ni de mí—, volverás a casa enseguida y pondrás remedio a todo antes de que sea demasiado tarde.

Con cariño,

Madre

Posdata: Supongo que fue la tal Berrington la que te metió esas ideas en la cabeza. Ya sabes que el señor Bridges le dijo al señor Noakes, que se lo contó a William, que había oído al señor S. decir que la sociedad la consideraba una mujer loca y un lastre, sobre todo desde que su esposo murió y no consiguió que nadie se ocupara de ella. Sé razonable, Harriet. Me destrozaría verte renunciar a tus posibilidades.

Posdata segunda: Te adjunto un artículo acerca de la Asociación de Canteros. Han ganado el derecho de trabajar menos horas, y los enfermos y los heridos recibirán ayudas. Es demasiado tarde para tu pobre padre. Si no estuviera tan enfermo por la dichosa cantera, iría él mismo a buscarte. Le estás rompiendo el corazón, Harriet.

Sé que Padre jamás se molestaría hasta ese punto. Gruñiría algo y retomaría alguna de sus tallas. En cuanto a lo de que no espere nada más de ellos cuando he sido yo la que ha enviado a casa todas mis pagas, no sé. Por lo menos ahora sé a qué se refería William con lo de «quién más». Dorcas sí que es guapa y siempre ha caído mucho mejor que yo.

Domingo, 17 de marzo

Hoy es mi medio día libre y está lloviendo a mares. El agua cae por el tejado y por las torrecillas, y desborda los canalones, así que parece el segundo diluvio. La caminata que había planeado es impracticable. Por lo visto, esperar algo con ganas es la forma segura de que no suceda jamás. Todavía no he podido ir más lejos del patio. Lo más verde que he visto hasta el momento es el paño verde de la puerta de

los criados y el vestido de la señora en el retrato; hasta en Londres estaba más cerca de los árboles.

Desde el domingo pasado no hablo con la señora, aunque lo he intentado por todos los medios y he buscado excusas para subir y bajar las escaleras. La he oído cantar un par de veces, y ha merecido el ascenso. Me gustaría sumergirme en su voz y dejar que me meciera como se mecen las algas bajo el agua. El trabajo no se me antoja tan duro ahora que sé que lo hago por ella. No hay motivo alguno para que deba estar cerca de ella, a no ser que sea su deseo. A lo máximo a lo que aspiro es a hacerle una reverencia o asentir en su dirección si pasa junto a mí mientras estoy limpiando la barandilla de las escaleras o lo que se tercie. Si tuviera el trabajo de Mary, debería hablar con ella a diario, pero a menudo la veo de lejos cuando froto las ventanas o aireo las habitaciones de invitados. A veces se apoya en Laurence cuando este la ayuda a bajar del carruaje y le dedica unas cuantas palabras, como si fueran viejos amigos. Mary dice que va frecuentemente a la casa parroquial; allí añaden música a las celebraciones, y la señora acude a cantar. No sé por qué, pero me ha parecido que lo decía como si fuera vergonzoso. También he visto a la señora dirigirse hacia el bosque de atrás con un vestido negro. Haga el tiempo que haga. Es entonces cuando acuso más la distancia que nos separa. No me imagino lo que debe de ser salir de casa siempre que se te antoje. Cararreloj cree que, si no estoy de rodillas o agachada limpiando algo, el cielo se derrumbará.

Como no podía salir, me he encaminado nuevamente hacia la habitación de la señora, con la esperanza de oír su voz, pero a los pies de las escaleras se encontraban Mary y Laurence, en el rincón junto al gran armario. Estaban apretados el uno contra la otra y sumidos en un beso tan largo y minucioso que parecía inabarcable. He retrocedido antes de que se percatasen de mi presencia y me he quedado paralizada y confundida, con el corazón acelerado, consciente de una sensación de deseo y de pérdida. William y yo nunca nos besamos así. No es que carezca de una pasión como aquella, sino que sus labios ansiosos y sus manoseos ásperos bajo mis enaguas siempre han tenido más que ver con él que conmigo. Me he preguntado a qué se debería y si algún día experimentaré lo que experimenta Mary, pero entonces los he oído despedirse y he tenido que echar a correr por el pasillo.

He optado por subir las escaleras orientales hasta el cuarto de los niños y le he preguntado a Lizzie si podía echarle una mano con el bebé. He pensado que, si no puedo ver a la señora, tal vez pueda enterarme de más cosas de su vida. Lizzie es distinta a los demás, siempre encantada de verme y muy amable y paciente. Resulta reconfortante estar cerca de ella. No tiene otra cosa que hacer que ocuparse del pequeño, y creo que agradece cualquier compañía. Debe

de echar de menos a sus propios hijos. El cuarto de los niños se encuentra en el tercer piso, en la otra punta de la casa de los aposentos de la señora, que al principio me pareció extraño, pero Lizzie me asegura que la señora no ha mostrado apenas interés en Edward desde que nació. El cuarto siempre está preparado para el momento en que en teoría irá a ver al pequeño, por la tarde —no permite que lleven al niño a su habitación—, pero casi nunca se presenta y, cuando lo hace, pocas veces coge al bebé en brazos. Hay otros momentos en que aparece de improviso y se pasa una eternidad contemplándolo.

—¿Le canta alguna vez?

Lizzie ha sacudido una toalla y la ha doblado con maestría.

—Uy, sí, le canta. Pero no canciones que suelan cantarse a los niños pequeños. Son canciones… tristes.

—¿Es amable contigo?

Se ha quedado reflexionando.

—Conmigo no es nada, en realidad. O, mejor dicho, yo no soy nada para ella.

Me he echado a reír con ella, la verdad sea dicha, pero por dentro he sentido una secreta satisfacción por que la señora me haya recordado. Sin embargo, el trato que le da a Edward es un misterio. Me he inclinado sobre la cuna para observar su decidida carita. Las pestañas de los bebés me producen hormigueos; no entiendo cómo una madre podría resistirse a él. Quizá la señora B. lo sabía. Recuerdo lo fuerte que me apretó la mano al pedirme que ayudase a la señora a recuperarse. Tal vez hubo problemas con la llegada del bebé y ella lo sabía. Edward fruncía el ceño, dormido, y apretaba el minúsculo puño. He tenido la feroz necesidad de cogerlo y mecerlo en brazos. Como era totalmente imposible, me he dirigido a la ventana y me he quedado mirando el aguacero.

—¿La iglesia está muy lejos de aquí?

—A unas cuatro millas, en el pueblo.

No me había dado cuenta de que estábamos tan lejos. De repente, las paredes se cernían sobre mí.

—¿Por eso no acude nadie?

Lizzie se ha encogido de hombros.

—El señor Gethin se ocupa de todo cuando está por aquí. Le gusta que las cosas se hagan como Dios manda. Para él es motivo de orgullo.

He guardado silencio. Siempre que alguien menciona al señor, me siento incómoda. Su llegada es un hecho inesperado e informe en mi futuro que no puede evitarse, como una operación quirúrgica. Si lo que le desagrada es mi cara, no hay nada que pueda hacer yo al respecto. Aunque Duncan tampoco es bien parecido y tiene la pierna torcida por un accidente en una mina. El señor le dio trabajo cuando

ya no podía seguir yendo a la mina, lo cual no parece propio de un hombre que vaya a despedir a una criada por tener los rasgos muy marcados. Cuanto más cuido y limpio los preciosos artículos de la casa, más ganas me entran de causarle una buena impresión. Por absurdo que sea, trabajo con mayor ahínco cuando me encuentro delante de su retrato. Sus ojos me siguen como hacía el ojo del amante del armario antes de que lo ocultara, pero la mirada del señor no me resulta desagradable. Lizzie ha interpretado mi silencio de otra forma.

—Si quieres ir a la iglesia, Harriet, debes ir. No pueden impedírtelo.

No estoy muy segura de eso, pero he asentido. La verdad es que he estado demasiado cansada como para pensarlo. La señora B. siempre rezaba y nos llevaba a St. James. Quizá al estar aquí he tomado el camino equivocado, pero si sigo poniéndole la otra mejilla a Cararreloj me la llenará de moratones. Y entonces se me ha ocurrido que sería una oportunidad para ver a otra gente. Finton Hall parece aislada del resto del mundo. No me sorprende que la señora acuda tan a menudo a la casa parroquial. Yo me volvería loca si no tuviera nada que hacer por aquí. Pero, claro, yo me pasaría el día entero con el bebé. He oído referirse a Hill Court como una casa vecina, pero no parece que esté demasiado cerca de aquí. Al comprarla, el señor debía de querer una casa adecuada para un ermitaño.

—¿Cómo es el señor Gethin?

Lizzie ha negado con la cabeza.

—Solo lo he visto unas cuantas veces cuando vino a ver al bebé antes de irse a Londres. Por lo menos mostró cierto interés.

—Pero ¿no ha vuelto para visitarlo?

—Los asuntos relacionados con la guerra lo retienen en la ciudad.

Ha sonado tan cansada de ese tema como lo estoy yo. En la cocina discuten al respecto. Laurence dice que no deberíamos involucrarnos y que no hay que fiarse de los políticos. Cararreloj le soltó una buena regañina porque el señor es diputado y está a favor. Habla como si las tropas rusas se estuvieran dirigiendo directamente a Finton Hall, aunque dudo de que le importe en absoluto cuanto esté sucediendo en otros países. Iría a la guerra con su propia sombra si el señor dijera que es una buena idea. Lo único que sé es que me alegro de que la guerra lo retenga en Londres un poco más.

Jueves, 21 de marzo

He recibido una carta de Annie.

Queridísima Har:

¡Me he casado! Al final ha sucedido, ¿te lo puedes creer? Estamos en Margate y el terreno es tan lodoso e irregular como la espantosa tarta que le preparaba a la señora B., ¿te acuerdas? ¡Vaya tiempo ha hecho este mes! Pero no nos importa, pues no solemos salir muy a menudo de nuestra habitación. Por favor, date prisa y cásate con William para que podamos compararlo TODO.

La boda fue un aburrimiento, no te perdiste gran cosa salvo por el vino que bebimos después. Robert lo pagó, aunque es un tipo muy serio. ¿Lo recuerdas? Es el agente con la mancha de nacimiento que estuvo varias veces en la cocina de Gloucester Square. (Ahora es inspector de policía y uno de los más aclamados en Scotland Yard). Andrew nos ha encontrado una casa en Lambeth con un patio muy acogedor. Para mí se acabó lo de trabajar para viejas chifladas.

Debes mandarme una carta y contármelo todo. Sigo sin saber por qué te marchaste corriendo a Hertfordshire en lugar de volver a casa, ¿te ha hecho algo William? Espero que no. Por lo que me contabas, parecía un príncipe.

¿Cómo es el trabajo en esa casa? ¿Cómo son los demás criados? Y lo más importante de todo: ¿cuándo vendrás a Londres a visitarnos? ¿CUÁNDO?

Tu amiga CASADA que te quiere,

Annie

Me he sentado un par de veces a contestarle, pero no sé qué decirle. ¿Por lo que le conté William parecía un príncipe? Pues supongo que sí. Cuando un día un criado de Beechwood nos chasqueó la lengua y nos dijo: «No le haces ascos a nada, ¿eh?», refiriéndose a mí, William le propinó un puñetazo. En ese momento pensé que tal vez fuera caballeroso, pero ahora creo que lo hizo porque estaba avergonzado, no para defenderme. Ojalá dispusiera de una hora con Annie en la cocina de Gloucester Square; se lo contaría todo y ella me ayudaría a separar la paja del trigo y me lo explicaría de una forma que tuviese sentido. No sé por qué, pero me resulta mucho más complicado escribirlo todo en papel teniéndola a millas de distancia.

También he comenzado varias veces la carta de respuesta a William, pero no hay momento en que no se me detenga la pluma y sangre tinta sobre todo el papel. Al parecer, solo soy capaz de escribirme a mí misma. Sé que debería darle una fecha y resolverlo de

una vez, pero le hice una promesa a la señora B., y apenas he visto a la señora Gethin. Quiero que la sensación de estar tomando mis propias decisiones dure un poco más. Tarde o temprano nos casaremos y, por lo que he visto, elegir al esposo es la última decisión de verdad que toma una mujer en su vida.

No incluyo a Annie en esto último. El pobre de Andrew nunca tuvo nada que hacer. Lo atrajo a la cocina de Gloucester Square con exquisiteces que la pobre señora B. pagaba y que nunca llegó a probar. Annie consigue lo que quiere y le trae sin cuidado los medios empleados. Que se haya casado con un agente de policía me hace mucha gracia.

Lunes, 25 de marzo

Me da la impresión de que la señora es más fantasma que señora, pues aparece de repente en momentos extraños, siempre envuelta en secretos y pena. Esta mañana me encontraba limpiando con esmero la chimenea de la biblioteca. El señor utiliza la biblioteca como despacho, y se rumorea que va a regresar, con o sin guerra. He oído a Laurence diciéndole a uno de los jardineros que se le espera para las vacaciones de Pascua. Al comentarlo, ha dado un puntapié a un terrón de tierra, que ha explotado al instante y casi le ha hecho perder el equilibrio y le ha ensuciado la bota. La noticia me ha producido un vuelco en el estómago. Yo estaba en el patio sacudiendo una alfombra como si no lloviese —es el único instante en que salgo afuera, así que no me importa— y el chico se había aproximado para coger algo de los establos. Laurence nunca pierde la oportunidad de pavonearse delante de los criados del exterior. Lo ha reprendido por acercarse tanto a la casa cubierto de barro, pero el mozo de cuadras casi nunca viste librea, y es en el exterior donde se lleva a cabo el trabajo sucio; para muestra, mi cara enrojecida y mi uniforme arremangado. El muchacho era consciente y parecía disfrutar de la situación. Es el que tiene los andares igual de lentos que William.

La biblioteca es una buena estancia donde trabajar. Todos esos libros son una compañía muy educada y sigilosa a quienes no les importa en absoluto el momento del día en que vayas a limpiarlos. Me he empapado de sudor al deshollinar la chimenea, pero la he dejado impoluta. En cuanto me he levantado, he visto en el espejo que tenía manchas de hollín en la cara, pero no me apetecía bajar las escaleras para lavarme. A los libros no les iba a importar. Acto seguido, he limpiado el polvo y he encerado la estancia como si el señor me estuviera vigilando. He sacado un brillo tremendo a la mesa que

ocupa el centro de la sala. En la superficie de madera se alza algo bien curioso. Parece fuera de lugar y es espantoso en contraste con los demás objetos de la casa. Enseguida he sentido empatía. Son dos anillos de metal que se sobreponen, uno con dientes y una manecilla de madera. No me he atrevido a girarlo, pero después de haber pulido la mesa y ver su reflejo, ha empezado a desprender una extraña belleza. A veces me pregunto si solo las criadas nos damos cuenta de estas cosas.

No vamos a limpiar a fondo la biblioteca, no vamos a quitar los libros de las estanterías. De hecho, tenemos prohibido tocar un solo volumen. Es una norma muy rara. Cararreloj fue particularmente directa al respecto.

—Son inadecuados para alguien como tú, por más aires que te vayas dando.

Mary debe de haberle comentado que me ha visto escribiendo. He quitado el polvo a todos los estantes y he dado una buena palmada al lomo de los libros. Luego he pasado los dedos por detrás de las estanterías para ver si había algo escondido tras los libros, pero no he encontrado nada.

Hay una escalera para acceder a los estantes más altos. Me encontraba por la mitad, pasando un paño por el lomo de un viejo manual sobre la reproducción de los cerdos, cuando al observar el siguiente tomo he visto un volumen de la poesía de John Milton. Me he sobresaltado, como cuando te encuentras con un amigo en el pueblo de forma inesperada. La casa de Gloucester Square y la señora B. han regresado a mi mente; todas las noches, después de rezar, la anciana abría un libro de Milton como si fuera la mismísima Biblia y nos leía o nos cantaba algo. Solía convertir los poemas en canciones.

Solo he dudado unos segundos. Me hormigueaban los dedos por las ganas de desobedecer a Cararreloj. He cogido el libro y lo he abierto con un brazo alrededor del peldaño superior de la escalera. De entre todas las posibilidades, me he encontrado ante «Cuando pienso cómo mi luz se agota». Ese poema siempre le arrancaba lágrimas a la señora B., sobre todo el último verso. Recuerdo la voz con que cantaba, frágil pero con repentinos arrebatos de firmeza, como si hubiera recuperado una versión más joven de sí misma. Es un verso que parecía removerla por completo: «También sirven los que solo se detienen y esperan». En realidad, no era agradable escucharla, pero daría cualquier cosa por volver a oír esa vieja voz ronca.

Recuerdo bien ese poema. Milton acaba de quedarse ciego y teme que Dios vaya a castigarlo por ser incapaz de servirle más. Menciona la parábola de los talentos de la Biblia verdadera —a la señora B. le gustaba leerla a continuación—, en la que el criado que protege el dinero de su amo enterrándolo recibe un castigo por no haberlo usado

para generar más dinero. Siempre me ha parecido mezquino. De los criados siempre se espera que hagamos más del trabajo por el que nos pagan y nos asignan tareas que deberían ser tan solo incumbencia del señor. En el poema, Milton cree que su ceguera ha enterrado su talento, que en su caso significa que ya no será capaz de seguir escribiendo. (Según la señora B., resultó que siguió trabajando como siempre y les pidió a sus hijas que lo anotaran todo). Me he acordado de la melodía y he empezado a tararearla en tanto leía las palabras. Y luego he intentado cantarla un poco. El consuelo era tan grande que he olvidado dónde me encontraba hasta que otra voz se ha unido a la mía y se ha encargado de entonar la canción con un tono precioso, como si hubiera invocado a la señora B. de regreso a la tierra en forma de ángel.

He cerrado el libro de golpe sin mirar alrededor, como si todavía pudiese ocultar lo que estaba haciendo, y lo he devuelto a su sitio. Y allí estaba la señora, salida de la nada, con un vestido gris oscuro que ondeaba y el pelo recogido con sencillez. Se encontraba junto a la mesa con el extraño objeto de metal, no sé durante cuánto tiempo ha estado ahí.

—Una melodía preciosa. ¿De dónde ha salido?

Se ha encaminado hacia la chimenea y ha pasado un dedo por algunos de los atizadores a los que les acababa de quitar el polvo. La he mirado entre los peldaños de la escalera.

—Lo siento, señora.

Al parecer, mi disculpa no ha llegado hasta ella. Como, además, me había estado ignorando del todo, me ha parecido apropiado insistir.

—La señora B. se la inventó, señora. La solía cantar.

Se ha girado un poco hacia mí.

—¿*Lady* Berrington la compuso para el poema?

—Sí, señora.

Me ha mirado como si estuviera asimilando la inesperada noticia, una suerte de reto. Y ha empezado a recitar.

Cuando pienso cómo mi luz se agota
Tan pronto en este…

Y se ha quedado en silencio. Al cabo de unos segundos, su expresión se ha endurecido y ha pasado al final del poema.

Miles se apresuran a su llamada
y recorren tierra y mar sin descanso.
También sirven los que solo se detienen y esperan.

—¿Crees que es verdad?

He advertido emoción en su voz. No miraba hacia mí, pero el silencio en sí mismo parecía ponerse en mi contra.

—No lo sé, señora.

Ha hecho un ligero gesto de impaciencia con la cabeza.

—Por supuesto que no lo sabes. Te he preguntado lo que crees. ¿Es posible no hacer nada y, aun así, seguir sirviendo a Dios?

Su comentario me ha dolido. Después de sonrisas y confidencias, su tono asemejaba un bofetón. He notado cómo se me calentaba la nariz y las lágrimas se me acumulaban en los ojos.

—No hacer nada es algo de lo que yo no sé gran cosa, señora.

Me he arrepentido al instante. He aferrado las escaleras como si la estancia entera fuera a darse la vuelta. La señora ha levantado la vista, me ha mirado a los ojos durante un segundo y luego los ha apartado. Ha agachado un poco la cabeza y ha encorvado los hombros. Me ha dado la impresión de que había hecho algo espantoso, que había arrancado páginas a un libro o cabellos a una muñeca. Cerca de la mesa del centro hay dos sillas, y la señora se ha acercado a una y se ha desplomado. Bien podría haberme acusado de no estar haciendo nada —o de estar haciendo lo que no debía, como leer un libro que me habían prohibido tocar y cantar—. No creo que Dios estuviera demasiado contento tampoco, por mis manos holgazanas y por el descanso. Pero tampoco entiendo cómo quitarles el polvo a los estantes es servirlo a Él.

La escalera ha crujido cuando he bajado, pero la señora no ha levantado la vista. Me he dirigido hacia ella, planeando hacer no sé qué. Casi he balbuceado que quería ayudarla, que ojalá me dijera cómo, que por eso la señora B. me había mandado allí. Pero ella ha tomado la palabra antes que yo.

—¿Aunque te hayan dado algo, un talento, y te veas obligada a enterrarlo?

Seguía pensando en el poema. Había tanta infelicidad en su rostro que me he acercado más.

—¿Un talento, señora?

—Sí…

Confundida, he pensado en Edward. ¿Era posible que se refiriera a él? La señora me miraba con una extraña mezcla entre simpatía y desconfianza, como si no se atreviese a añadir nada más. He buscado algo que decir que pudiera ayudarla, y mis ojos se han clavado en el objeto metálico con manecilla… y he recordado lo que me había dicho la señora B. sobre la belleza.

—Creo, señora, que podría ser verdad.

Me ha mirado con dudas, pero en sus ojos también he atisbado una especie de ansia. He hecho un gesto hacia el objeto.

—Eso de ahí no hace nada. Pero está a la vista de todo el mundo, y solo me he pasado unos pocos minutos limpiándolo, y ahora…, en fin, creo que es precioso por cómo la luz incide en él.

La señora ha bajado la vista hacia el objeto.

—No es más que una cosa sin vida.

Por alguna razón, he pensado que debía convencerla.

—No sé qué es, señora, pero antes servía para algo, ¿no? Antes de que lo pusieran aquí.

Ha asentido lentamente. Y se le han oscurecido los ojos.

—Sí, servía para algo espantoso. Y ahora está aquí, pulido y apreciado e inútil.

Su expresión ha decaído. Ha hecho amago de seguir hablando, pero se ha detenido.

—Tanto da.

Se ha quedado con la mirada perdida como si yo no estuviese allí, como los demás criados, que nunca están. Con esfuerzo, se ha levantado y se ha encaminado a paso lento hacia la puerta. Se me ha acelerado la mente al intentar pensar en una forma de arreglarlo, en qué decir para traerla de nuevo a mí, pero se ha ido de la habitación y me he quedado nuevamente sola. Mucho más sola que antes. Sabía que la señora había dicho mucho más que el mero significado de sus palabras, y yo no lo había comprendido. Era como si se hubiera aproximado al abismo que nos separa y me hubiera gritado algo, pero como yo no la he entendido se ha alejado. No volverá a buscarme.

Me ha embargado una sensación de desolación. Me he visto desde el exterior, una criada que quería tener un papel en la vida de sus señores, deshollinando las chimeneas de otros y soportando el mal carácter de los demás, mientras que una vida distinta, respetable y cómoda, yacía abandonada, más frágil con cada día que pasaba. Madre tenía razón: la señora B. se había equivocado al pensar que yo podría ayudar a la señora. Ya no hay motivo alguno que justifique mi presencia aquí. Debería volver a casa. Pero junto a esos pensamientos ha renacido otra verdad, demasiado grande como para ignorarla.

No quiero casarme con William.

Ese simple hecho ha caído a mis pies, como si se hubiera agotado después de perseguirme durante mucho tiempo. Y, al mismo tiempo, se me ha formado otro pensamiento, igual de meridiano y certero.

Debo casarme con William.

Un breve suspiro, casi un jadeo, se ha escapado de mis labios, un sonido solitario en el silencio de la estancia. Es cierto que la mayoría de la gente se consideraría afortunada por contar con una cama cómoda, suficiente comida y un lugar en el cementerio por el que todos caminan los domingos. Cualquier otra muchacha estaría encantada de casarse y vivir en la cabaña de Mill Lane. Hasta yo sé que solo una mentecata cambiaría a un marido por una vida de servidumbre.

Me he acercado a la chimenea, pues de pronto quitar el polvo era

una tarea espantosa, y me he girado como la señora para poner el dedo encima del lomo de un libro. *El granjero inglés. Bocetos de una vida en el campo*. Estaba a punto de cogerlo tan solo porque ella lo había tocado cuando he oído a otra persona que se aproximaba. Cararreloj no tiene la habilidad de la señora de aparecer como por arte de magia. He tenido tiempo de coger el plumero y pasarlo por los libros.

Ha chasqueado la lengua al verme y me ha soltado una sucesión de palabras en francés; ninguna ha sonado demasiado halagadora. Mary está guardando cama por una supuesta enfermedad, así que debería haberme dado cuenta de que sería el blanco del ama de llaves. Antes de saber lo que pretendía, me ha puesto una mano sudada en la nuca y me ha obligado a situarme delante del espejo. Había olvidado las manchas de hollín de la mejilla.

—No eres adecuada para dejarte ver en una casa respetable. ¿Qué pensará el señor Gethin de mí por haberte permitido subir a las plantas superiores?

Ha acercado tanto la cara a la mía que he olido su aliento, el desayuno del mejor beicon que a ninguno de los demás criados nos dejan siquiera ver. Pensaba que me soltaría de nuevo la historia del pobre afilador, pero lo que me ha dicho ha sido peor.

—No creas que no le he escrito para comentarle que hay una mancha asquerosa ensuciando su casa. —Me ha sonreído en el espejo —. Te crees especial, ¿verdad que sí? Espera a que vuelva el señor. Y entonces te enterarás de lo especial que eres.

Me ha clavado suavemente un dedo en la nuca al soltarme, gesto que me ha provocado escalofríos en la piel. He corrido hasta aquí y me he lavado la cara. Por una vez, me alegro de que el espejo sea tan pequeño, pues no quiero ver mi reflejo. No quiero ver lo que ha visto la señora. Ahora esta página también está manchada por estas lágrimas absurdas e inútiles. Debo escribirle una carta a William.

Miércoles, 27 de marzo

No le he contado a Lizzie lo que pasó, no he querido, pero el cuarto de los niños siempre resulta reconfortante, como si fuera otra casa, una con gente agradable y cuadros normales en las paredes. Hoy he cogido en brazos a Edward; había vomitado parte de lo que había comido, así que Lizzie estaba ocupada limpiándose y el pequeño buscaba consuelo. La nodriza hace un buen trabajo: el bebé está rechoncho y suave como un cojín y huele tan bien como un pudin caliente todavía del horno.

—Le caes bien.

Creo que sí. Enseguida se ha calmado y me ha mirado con esos ojos azules como si estuviera encantado de verme. Y luego la nodriza ha dicho algo muy extraño.

—Nunca lo llama por su nombre.

He levantado la vista hacia ella.

—¿La señora?

Y ha asentido.

—Siempre pregunta cómo está «el bebé», nunca Edward, y cuando encuentra tiempo para hablar con él es como si se dirigiese al hijo de otra persona.

Edward ha empezado a hacer ruiditos de bebé. No lloraba, tan solo pretendía encontrar su propia voz como si estuviera buscando un juguete que ha desaparecido de su vista o su propio pie. Lizzie ha ladeado la cabeza y se nos ha quedado mirando.

—Al principio no le di importancia. Pero un día le pregunté si quería coger a Edward, cuando todavía le preguntaba esas cosas, y me dijo…, en fin, no pensé que fuera a darme una respuesta en absoluto, pero me contestó: «¿A quién?», en voz baja. Fue tan raro que fingí no haberla oído.

Edward ha proferido un gracioso balbuceo que le ha hecho abrir los ojos de la sorpresa. Ninguna de las dos sonreíamos.

—¿Por qué iba a decir eso?

—Nunca he estado en una situación parecida. —Y ha negado con la cabeza.

He mecido al pequeño como para protegerlo de algo. Me estremezco al pensar en lo indefensos que son los niños. Es un milagro que alguno de nosotros consiga sobrevivir el tiempo suficiente como para crecer. Por lo menos él tiene a Lizzie de nodriza. En eso es afortunado, y se lo he dicho.

—Bueno, es un bebé de trato fácil.

Ha sonreído y ha extendido los brazos hacia mí, pero no le he entregado al pequeño.

—No, quiero quedármelo eternamente.

Se ha reído, y he tenido que girarme hacia la ventana para que no viera mis lágrimas. Al parecer, me surgen sin ningún motivo. Le he susurrado al oído:

—¿Dónde quieres que vayamos, pequeño? ¿Atravesamos las colinas y nos marchamos lejos?

Para consolarme, me he dicho que algún día, más pronto que tarde, tendría a mi propio pudin idéntico a él.

Al escribir esto, se me ha detenido el lápiz. La carta que le he redactado a William sigue en mi bolsillo; mis dedos quieren tocarla y descubro que le han causado ya una arruga. Todavía no la he enviado.

La ventana del cuarto del niño da a la fachada delantera. Es una de mis vistas preferidas, pues es posible ver más allá de los prados, hacia el río y el bosque. El corazón me da un brinco y rueda hacia los setos. Un camino flanqueado de árboles se dirige recto hacia la casa desde una carretera que no se deja ver y luego rodea una fuente seca. En tanto estoy frente a la ventana y le señalo a Edward un cuervo que ha pasado por delante de nosotros con un decidido aleteo, un caballo y un carruaje dejan atrás los árboles. Mi corazón ha regresado a mi cuerpo con un golpe seco, aunque enseguida ha quedado claro que no podía tratarse del señor. Lizzie se ha acercado para verlo. Cualquier visita a esta casa es todo un acontecimiento.

—Debe de ser una entrega.

Sin embargo, el carruaje no se ha dirigido a la parte trasera. Un muchacho ha saltado del vehículo, ha abierto la puerta y, tras unos instantes de trastear en el interior, ha sacado un objeto enorme y redondeado, cubierto con una tela verde. Ha echado a caminar hacia la puerta principal. Me ha parecido que era una jaula de pájaros, y Lizzie ha estado de acuerdo conmigo.

—Quizá sea una nueva mascota.

—¿Nueva?

—La señora antes tenía un perro. Murió justo después de que naciera Edward. Nunca he visto a nadie tan afligido por la muerte de un animal. Aquí antes había un perrito de porcelana, un regalo para el bebé, y la señora lo lanzó y lo estampó contra la pared.

—¿En el cuarto del niño?

Ha asentido y ha arqueado las cejas de manera significativa. Al cabo de unos segundos, se ha ablandado un poco.

—Pero es que era un momento complicado. Las madres primerizas a veces sufren altibajos de humor… —Su voz se ha ido apagando, y ha mirado a Edward—. Te tiene a ti, ¿verdad?, si quiere un bonito tesoro con el que jugar.

Ha movido un dedo delante de la cara del niño, que lo ha embelesado.

—Lizzie… —Se me ha ocurrido una idea—. ¿Sabes algo de la doncella que trabajaba aquí? De la criada a la que la señora fue a buscar a Londres.

Ha bostezado y ha negado con la cabeza.

—No he llegado a conocer a ninguna doncella aquí. Eso fue antes de que llegara yo.

—Es que… Los otros criados… Es muy extraño. No quieren contarme lo que pasó.

Su expresión se ha transformado en complicidad, y ha puesto los ojos en blanco.

—Las doncellas siempre son el blanco de los chismorreos de la

cocina. Es muy probable que por eso se marchase. Sea como fuere, los criados siempre buscamos mejores casas donde trabajar.

He asentido como si estuviera de acuerdo. El muchacho ha reaparecido y el carruaje se ha marchado a galope hacia el vasto mundo. Los he observado alejarse. Edward ha girado la cabeza para mirarme como si estuviera celoso. Le he soplado un poco de aire y ha babeado y balbucido antes de volverse hacia Lizzie. Todavía nos comportábamos como un par de bobas, compitiendo por las sonrisas del bebé, cuando hemos advertido de nuevo movimiento en la entrada de la casa. Se trataba de la señora. Ha empezado a caminar en dirección a la fuente con la jaula de pájaros (teníamos razón) a cierta distancia de su cuerpo. Después de apoyarla en el borde de la fuente, se ha sentado al lado, en teoría a observar el animalillo amarillo que veía yo desde la ventana. Y luego ha abierto la puerta de la jaula. Lizzie se me ha acercado y me ha agarrado el brazo.

—No querrá dejarlo libre, ¿verdad?

Al parecer, sí. La señora ha metido una mano en la jaula, ha cogido el pajarillo y se lo ha quedado contemplando unos segundos antes de lanzarlo al aire. El animal ha revoloteado a toda prisa antes de acercarse a la cima de la fuente. A continuación, la señora ha arrojado la jaula a la fuente y ha regresado a la casa. El pájaro se ha asustado ante el gesto y ha echado a volar a gran velocidad para desaparecer entre los árboles.

Lizzie y yo nos hemos mirado, casi tan boquiabiertas como el propio Edward. Y la nodriza ha soltado un silbido.

—Vaya, no volveremos a ver a esa pobre criatura.

He asentido, compadeciéndome del animalillo, perdido y solo fuera de la seguridad de la casa. Pero ha resultado que con eso también nos equivocábamos. Un poco más tarde, me apresuraba a encender el fuego del salón cuando he visto a Laurence por la ventana. Estaba dando vueltas con la jaula en una mano, mirando hacia los árboles. A la hora de la cena, seguía en el exterior. Cararreloj estaba ocupada con algo en la alacena, pero Mary casi hervía por la necesidad de contárselo a alguien. Me he dado cuenta de que ya no había ni rastro de su misteriosa «enfermedad». Incluso me ha ayudado a poner la mesa y a llevarlo todo desde la cocina para así estar a mi lado y mascullarme al oído. Era un canario, un regalo del señor. Cuando la señora lo ha visto y ha leído la carta de él, ha cogido la jaula y ha salido con ella, como hemos visto Lizzie y yo. Pero al poco se ha arrepentido porque el pobre animal no debía de tener posibilidades de sobrevivir.

—En ese caso, ¿por qué lo ha soltado?

Mary ha puesto los ojos en blanco y ha negado con la cabeza de esa forma rara que no parece suya. Y luego me ha mirado como si supiera

algo importante que yo no debería conocer. Antes de que pudiera preguntárselo, Laurence ha entrado en la sala. Blandía la jaula como si fuera un trofeo y la ha dejado encima de la mesa. El canario revoloteaba y se sacudía en el interior. Mary ha aplaudido y le ha preguntado cómo lo había conseguido, y él se ha desplomado en una silla y ha estirado las piernas.

—Con repollo. Al maldito mocoso le encanta el repollo.

—Cuando estés a mi mesa, cuida esa lengua.

Cararreloj estaba más animada de lo que nunca he visto. Incluso tarareaba unas cuantas notas al darle una patada a Laurence para apartarle los pies y dejar una jarra sobre la mesa. Se ha erguido y, con las manos en las caderas, ha contemplado el canario.

—En cuanto lo he visto, he pensado que se avecinaba otra discusión.

Laurence ha chasqueado la lengua.

—No ha sido para tanto.

—Tú no la has visto. —Cararreloj ha fruncido el ceño—. Tenía la misma mala cara que puso cuando vio su propio retrato.

Laurence ha partido una hogaza de pan con las manos, gesto que sé que molesta al ama de llaves, y no ha contestado. No he entendido a qué se referían con lo del retrato —la señora parecía encantada con la pintura— y he mirado a Mary. Ha empezado a decir algo, pero Cararreloj se ha girado hacia ella y le ha soltado una palabra en francés. Mary se ha encogido y no ha vuelto a mirarme a los ojos.

—¿Ha dicho dónde quiere ponerlo?

Cararreloj ha señalado el pájaro. Laurence ha resoplado.

—En una tarta si de mí dependiera.

—No quiero que haga estragos por aquí. ¿Dónde está la señora?

—En la sala de estar. —Mary había recuperado la voz.

He dejado el último plato sobre la mesa con un golpe seco.

—Yo se lo llevo.

Todos se me han quedado mirando en silencio. Acto seguido, Cararreloj me ha sonreído casi con dulzura.

—Haz algo útil por una vez, sí. Ya que estás aquí.

Marcharme de la estancia con dignidad no ha sido fácil, pues la jaula pesa más de lo que parece. Me he tambaleado en el pasillo mientras intentaba no molestar al animalito y, cuando ya no me veía nadie, la he dejado en el suelo. Me había asegurado a mí misma que sería mejor si no volvía a ver jamás a la señora. El canario ha piado, y he bajado la vista.

—¿Crees que volverá a abrirse a mí de nuevo?

El pájaro no me ha contestado.

Cuando he llevado la jaula a la sala de estar, la señora estaba sentada con varias partituras de música en el regazo, pero no las

miraba. Tenía la vista perdida, al parecer, como si llevase cien años en la misma postura. Tras echar un inquietante vistazo al retrato de la chica de verde, me he aclarado la garganta.

—Laurence ha encontrado al canario, señora.

Ha girado la cabeza lentamente hacia mí, pero sus ojos seguían opacos y han tardado en dar conmigo, como si fueran ciegos. Me he sentido bastante perturbada. Tras parpadear, ha regresado a la sala. Se ha levantado como una niña pequeña.

—Me alegro. ¿Dónde te vamos a colocar?

Ha deambulado por la estancia y ha optado por la mesa junto a la ventana, donde ha quitado una figura que me gusta limpiar y la ha puesto de cualquier forma en la repisa de la chimenea.

—Aquí mismo.

Mientras yo cruzaba la sala con la jaula a cuestas, la señora ha mantenido los ojos clavados en el pájaro y las manos entrelazadas. No había rastro alguno de la mujer que había arrojado la jaula a la fuente, no había rastro de cómo se había comportado en la biblioteca. Después de levantar la jaula hasta la mesa, he notado las quejas de incredulidad de los músculos de mis brazos y de mi espalda tras tanto movimiento quitando cuadros de las paredes para volverlos a poner en su sitio.

—Maravilloso.

Ha recolocado ligeramente la jaula sobre la mesa y se ha inclinado para observar al canario con la ternura propia de una madre.

—Hola, pequeñín. ¿Quieres que cantemos juntos tú y yo?

Como si hubiera hablado con un bebé. Me he quedado mirándola con deseos de entrar en su cabeza y hurgar en su cerebro. ¿Cómo es posible que un pájaro le despierte tanto cariño y su propio hijo no? Ardía en deseos de no volver a decepcionarla, pero no he podido irme sin intentar entender lo que ocurre con Edward. Aunque eso supusiera olvidar mi papel en esta casa.

—Estoy segura de que al bebé le encantaría verlo, señora.

Ha dejado de murmurar frente a la jaula. Se me ha acelerado el corazón. He recordado lo que me ha contado Lizzie —que había hecho añicos un perro de porcelana contra la pared—, y mi voz ha sonado un poco más aguda.

—Podría llevarlo yo misma al cuarto de los niños…

—¿Sabías que a veces los mineros usan pajarillos como advertencia? —Se ha incorporado y me ha mirado a los ojos—. Los llevan consigo al recorrer los túneles. Si observan que los pájaros no pueden respirar, saben que hay gases peligrosos. Y disponen de más posibilidades de huir antes de que haya una explosión.

Su expresión ha sido expectante.

—No lo sabía, señora.

—Es extraño, ¿verdad? —Ha asentido—. Una criatura diseñada para volar y para cantar…

No ha desarrollado la idea ni ha terminado la frase, pero he entendido a qué se refería. Era complicado imaginar a ese ser con plumas en las profundidades de la tierra y pensar que los rudos mineros se fiaban del aleteo de su pecho para sobrevivir.

—Tú por lo menos tendrás aire que respirar y suficiente libertad para volar, hermoso mío.

Estaba hablando nuevamente con el canario, claro. Desde ese momento, pienso en lo que ha querido decir con «suficiente libertad»; ¿acaso una jaula más grande se puede considerar libertad? Pero demasiada libertad, cuando menos para el canario, supondría su muerte. En ese instante, he sentido alivio por que no me haya echado de la sala ni se haya enfadado por mi impertinencia, sino que tan solo ha ignorado mi propuesta con una idea de las suyas. Y ha tomado la palabra de nuevo.

—Gracias por cuidar de mí.

Sorprendida, he levantado la vista. Me estaba observando con seriedad. Como si hubiera hecho sonar una campana, me he dado cuenta de que la señora había regresado al abismo que nos separa y me estaba haciendo señas. Esta vez, la he mirado a los ojos. Se me ha ocurrido que éramos dos interrogantes que se observan el uno al otro, aunque no he sabido exactamente cuál era la pregunta. Sus ojos brillaban como en casa de la señora B. He asentido y ella ha hecho lo propio, como si entre las dos hubiéramos decidido algo.

Al girarme, los dos retratos me han llamado la atención, y he experimentado la imperiosa necesidad de preguntarle por qué el hecho de que el señor le haya regalado un canario la ha molestado tanto y qué había en la muchacha de verde que la alteraba, como había dicho Cararreloj. A salvo de nuevo en las escaleras del servicio, me he tomado unos segundos para respirar. Hay labores que dejan poco tiempo para disfrutar de instantes de paz y de un espacio sin palabras, por más que sea solo momentáneo. Annie me habría señalado con el delantal y me habría dicho que me había enamorado, pero no es eso. Es más bien conocer a alguien a quien reconozco, como si recorriéramos el mismo camino, aunque no comprendo cómo es posible, siendo ella una dama y yo no. Sea lo que sea, no quiero dejarla sola en esta casa.

Tengo la impresión de que estoy atrapada entre dos vidas, una, a su manera, tan imposible como la otra.

ABRIL

Lunes, 1 de abril

Ha ocurrido algo. No me fío, pero no se lo voy a contar a mis estrellas de la suerte. Me pone nerviosa el mero hecho de escribirlo incluso. Mi letra está tan inquieta e inestable como yo. ¿Por dónde empiezo? La peor discusión con Cararreloj hasta la fecha. Me encontraba en la recocina —ella se había ido a descansar un rato— y estaba fregando los platos de la comida del cuarto de los niños. Unos cuantos días de manos frías, rodillas magulladas y brazos doloridos han conseguido que vuelva a sentir la pequeñez de mi vida. No había visto a la señora desde que fui a llevarle el canario; los destellos brillantes que atisbo de ella son como la llama de una vela de cera derretida, siempre a punto de apagarse. Aun así, la carta para William sigue en mi bolsillo.

Mary está enferma en la cama con una nueva dolencia vaga, así que he tenido que hacer también todas sus duras tareas, pero cuando he regresado a la cocina, la puerta estaba abierta y la luz se derramaba sobre las escaleras y dibujaba un cuadrado sobre el suelo. Cuando esta gris y fría mañana lo he fregado, estaba mate. Desde el cuarto de los niños se ve una flor preciosa en el camino de entrada de la casa, y el cielo se cernía sobre ella como un viejo malcarado que despidiese de su lado a un chiquillo. En cuanto he visto el cuadrado de luz del sol, pues, me he colocado justo encima y me he levantado las faldas para calentarme los tobillos. Ha sido como meterme en una bañera. ¿Qué daño podría hacer que saliese al patio unos cuantos minutos para que el sol me calentara la cara también?

Las primeras golondrinas volaban por el cielo, y el aire lucía una suave temperatura en la que nadie piensa durante el invierno. Cruzar la puerta de la cocina y salir al patio ha sido como explorar un nuevo mundo. Libertad. Caminar como si me dirigiese a algún sitio, o a cualquier sitio que no fuese otra estancia que limpiar o a la que ir a recoger algo. Incluso la sensación de la tierra bajo los pies es distinta. El viejo perro se calentaba contra la pared de la casa, tan libre como cualquier varón, y me he detenido para rascarle la barriga.

Detrás de la casa se alzan jardines elegantes en los que jamás me atrevería a poner un pie, pero el jardín de la cocina está rodeado por un muro justo al otro lado del patio. Es un sitio precioso con árboles frutales que florecen junto a una pared y todo está ordenado y

desprende un rico olor a tierra y a mantillo. Las gallinas cacareaban fuera de mi vista. El joven jardinero ha asentido en mi dirección y ha seguido trabajando con la azada. Me he envalentonado. Una puerta da acceso a otro lugar cercado, que ahora se utiliza para guardar herramientas, en cuyos rincones las malas hierbas crecen libremente. He cerrado los ojos y estaba respirando hondo el penetrante olor de las ortigas cuando he oído un alboroto repentino, un tamborileo acelerado que no he conseguido ubicar, como si procediese de todas partes. Una voz ha empezado a gritar, y algo del tamaño de un calabacín me ha golpeado en el cuello, suave y duro al mismo tiempo. Me ha raspado la piel debajo de la oreja y ha caído al suelo.

Una gallina. Una gallina sin cabeza y con un desastre ensangrentado por encima del cuello, con las plumas manchadas de carmesí. Se ha erguido, ha batido las alas a toda prisa y ha saltado hacia mí. He chillado fuerte y la he apartado de mí. La repulsa me ha hecho darme manotazos allá donde me había tocado; no sabía si la sangre que tenía en el cuello era mía o del ave. Una grave carcajada ha llegado hasta mí.

—Conque te da miedo un poquito de sangre, ¿eh?

Cararreloj. No estaba descansando, pues. Ha atravesado una puerta, se ha limpiado las manos con el delantal y ha mirado a lo alto del muro con interés.

—Nunca había visto a una volar tan alto.

La frialdad de su observación y la leve satisfacción que la teñía me han revuelto el estómago, no sé por qué. No era más que una gallina muerta, una labor rutinaria de la casa, pero ha sido como si algo oscuro y siniestro hubiera roto la tranquilidad del día. El cuerpo se ha quedado inerte al fin, sangrando sobre las ortigas. Cararreloj se ha agachado y la ha cogido por las patas. El animal bailoteaba de modo grotesco a su lado cuando se ha girado hacia mí. Enseguida he sabido lo que iba a pasar: recibiría una buena regañina por haber estado fuera de la casa. Me he apresurado a ir hacia la puerta que da a los jardines cercados como si fuese a llevar a cabo un recado urgente.

—¿Dónde te crees que vas?

Sabía que debería pagar el precio, pero en esos instantes no podía soportar mirarla, así que he fingido que no la oía. En cuanto he cruzado la puerta, he echado a correr. La finca se extiende por ese lado del terreno, y hay un enorme prado salpicado de robles, así como un bosque que comienza en la linde. He elegido un árbol y me he sentado. ¿Por qué el ama de llaves no puede partirles el cuello limpiamente y sin escándalo como hacen en mi casa? Pero luego he recordado que William un día le arrancó la cabeza a una gallina porque sí, para demostrar que era capaz de hacerlo. Las lágrimas han acudido a mis ojos, y me he tapado el cuello arañado con una mano.

Unos senderos estrechos se adentran en la oscuridad del bosque. Resultan muy atrayentes, como si enviaran una invitación a adentrarse en ellos. Me he preguntado qué pasaría si seleccionase uno y lo recorriese sin mirar atrás. No es un pensamiento nuevo para mí. Cuando estaba en casa y miraba hacia la carretera, a menudo me preguntaba lo mismo. Me parecía que la carretera me llevaría a cualquier lugar: a atravesar nuevas tierras, a cruzar los mares; era un camino hacia la libertad. Quizá por eso me atrajo tanto la muchacha de verde y quise saber qué era lo que miraba. Tal vez me veía a mí misma en ella y no a la señora, a fin de cuentas. Pero mi vida es distinta a la suya. Monotonía, trabajo pesado y gallinas sacrificadas, ahí es a donde llevan mis caminos, todos ellos. Para mí no hay «suficiente libertad» en ningún lado.

Creo que pocas cosas me habrían convencido para que me levantara. Al mismo tiempo, no pretendía quedarme dormida. De hecho, no recuerdo en absoluto haberme adormecido. Quería disfrutar solamente de unos segundos de alivio para descansar los pies, quería pensar en lo extraño que resulta que un cuerpo sea capaz de sentir emociones aun cuando la mente se está apagando, y al poco he sentido que me ahogaba. Me ha entrado agua en la nariz, una sensación molesta y dolorosa. Cararreloj debía de haber salido a buscarme después de lavarse las manos y cambiarse el delantal, y luego ha ido a por un cubo de agua que lanzarme a la cara. Será zorra.

Es curioso cómo estas palabras, y el simple hecho de escribirlas, me aceleran el corazón como si se lo hubiera dicho a voz en grito a la cara. Se ha cernido encima de mí, me ha visto balbucear y luego me ha obligado a levantarme y a seguirla hasta la casa. Me ha insultado tanto en inglés como en francés, y los jardineros lo han oído todo. En cuanto hemos llegado a las escaleras, he tropezado por las prisas y me he caído de bruces. Se me ha salido la cofia, y el pelo se ha liberado y pegado a la cara. Menudo espectáculo debe de haber sido. Cararreloj bajaba las escaleras detrás de mí, con grandes ideas sobre todas las tareas que me asignaría para compensar el tiempo que había malgastado. He intentado alejarme a cuatro patas cuando, de pronto, se ha quedado paralizada. En ese el mismo instante, me he encontrado ante las puntas de dos zapatillas de satén inmaculadas, que sobresalían debajo de una falda azul oscuro.

—¿Qué está sucediendo aquí, señora Clarkson?

Por alguna razón, no me he levantado. No sé por qué. No soy de las que imploran, pero algo me ha indicado que me quedase donde estaba. Ha sido muy extraño. Cararreloj ha debido de pensar lo mismo, pues no ha respondido enseguida. La señora ha tenido que repetirle la pregunta para que pronunciara palabra.

—Me la he encontrado dormida fuera, señora. Estaba

holgazaneando, y no es la primera vez.

—¿Dormida?

—Sí, señora. Como un tronco en pleno día, para que todo el mundo la viese bien.

Ha habido un silencio. Una gota de agua ha hallado un camino alrededor de mi oreja y me ha caído sobre el cuello. Me picaba.

—Ya veo.

Y entonces…

—¿Acaso no es la hora en la que usted suele descansar un poco, señora Clarkson?

Ha sido tan mordaz que me ha despertado esperanzas en el pecho. No he mirado a Cararreloj, pero he notado cómo ha acusado el golpe por la tensión con que ha hablado. La furia teñía cada una de las palabras a medida que hilvanaba un discurso acerca de la fe que tenía en su deber para vigilar a los nuevos criados en todo momento. La señora ha esbozado una leve sonrisa.

—Su meticulosidad es admirable, señora Clarkson.

Cararreloj ha agachado la cabeza.

—Es mi deber proporcionarles al señor Gethin y a usted misma los mejores criados, señora, y dejar que el señor Barrett y yo nos encarguemos de seleccionarlos asegurará un buen funcionamiento del servicio. Confío en que mi visita a Londres dé como resultado una nueva y excelente doncella para usted.

Ha sido como si me hubiera dado un puntapié en el pecho. Era la primera vez que oía hablar de una nueva doncella. He recordado entonces que el ama de llaves le había mandado una carta al señor sobre mí —el señor Barrett es su ayuda de cámara— y se me ha detenido el corazón. La señora también miraba a Cararreloj con expresión indescifrable.

—¿Su visita a Londres?

—Sí, señora. —Cararreloj la ladeado la cabeza—. Como me pidió el señor Gethin, señora. Para que contrate a una muchacha de una organización de beneficencia.

En la cocina había un buen alboroto, pero nadie había tomado la palabra. Al cabo de unos segundos, la señora se ha erguido.

—En ese caso, estoy segura de que tomará una decisión excelente, señora Clarkson.

Las dos han sonreído —Cararreloj con regodeo—, y me he dado cuenta en ese momento de que se odian. Yo no era más que lo último que había quedado atrapado entre sus fauces. La cara me ardía. He pensado que había decepcionado tanto a la señora como a mí misma, y justo cuando me entero de que tenemos un enemigo común, y me he levantado para protestar, me ha interrumpido.

—Harriet, siéntate. Quiero hablar contigo.

Nunca me había llamado por mi nombre de pila, y ha sido como si la muchacha del cuadro hubiera salido de la pintura y hubiese empezado a hablarme, así de inesperado.

—Puede seguir descansando, señora Clarkson, gracias.

Cararreloj ha puesto cara de desprevenida.

—No es necesario, señora, gracias. Me pondré a trabajar, pues vamos con retraso.

—Como desee. Ya que Mary está indispuesta, ¿sería tan amable de cerciorarse de que se enciende el fuego en el salón?

Cararreloj se ha resistido.

—Laurence…

—Laurence está ocupado.

Cualquier otro día, habría disfrutado al ver a Cararreloj expulsada de «su» cocina y obligada a trabajar de rodillas, pero no he podido por culpa de mi propia humillación. El ama de llaves ha conseguido marcharse sin decir nada. Me he dado cuenta de que la señora había tomado asiento y me estaba observando. Se suele sentar muy erguida, elegante y esbelta como un gato. Fijarme en ella ha hecho que me percatara de que yo estaba encorvada como una garza desaliñada, y he recolocado un poco los hombros. Ella me ha sonreído ligeramente, creo que con aprobación, y he vuelto a sentir que éramos dos signos de interrogación.

—¿Estabas dormida, Harriet?

—Sí, señora.

—¿Aquí no duermes bien?

—No es eso, señora.

Me ha mirado muy fijamente y luego ha bajado la vista hasta mis manos, que de repente estaban aferrándose al extremo de la mesa. Las he ocultado en mi regazo y no la he mirado a los ojos.

—¿Por qué has salido de la casa?

—¿Por qué sale usted de la casa?

No sé qué tiene la señora que siempre consigue que diga lo primero que me viene a la mente, pero no lo he podido evitar; las palabras han surgido de mí antes de que pudiera pensarlo mejor, dejando tras de sí un rastro furioso en el silencio. Era como si me estuviera ahogando de nuevo, como si todo lo que había pensado se apresurara a subir por mi garganta, pero al final me he limitado a empezar a sollozar. No veía, esta vez por culpa de las lágrimas. Su silla se ha arrastrado por el suelo y he oído pasos. Pensaba que se habría ido a buscar a la señora Clarkson, pero al poco se me ha acercado y he visto que me ofrecía un paño. Era en el que estaba envuelto el jamón y seguía un tanto húmedo, así que me lo he puesto sobre el regazo.

—No quiero volver a casa.

Lo he dicho con graznidos y con el aliento entrecortado. He notado

cómo me ponía una mano con suavidad en el hombro, y las dos hemos aguardado hasta que se me tranquilizara la respiración.

Cuando he podido mirar de nuevo a la señora, había girado la cabeza hacia la ventana, así que he tenido acceso a su perfil. En la cocina, resultaba una criatura exótica, exuberante y sorprendente, como un león en un establo. Estaría fuera de lugar aunque intercambiáramos la ropa. Al notar mi mirada, se ha girado. En lugar de reprenderme o de formularme más preguntas, me ha sorprendido respondiendo a la mía.

—Yo salgo para imaginar… —Se ha detenido, buscando las palabras adecuadas—. Para imaginar lo que sería seguir caminando o cabalgando y no regresar.

Era tan parecido a lo que había pensado yo misma que me la he quedado observando boquiabierta. Al mismo tiempo, he notado una especie de miedo recorriéndome los brazos y la nuca. La señora no parecía en absoluto inquieta y hasta ha sonreído un poco, como si la satisficiera encontrar las palabras correctas.

—*Lady* Berrington te tenía en muy alta estima. Me dijo por carta que eres una costurera muy hábil.

Creo que la señora todavía no me ha dicho nada que no fuera extraño o inesperado. Cambia como el tiempo; recuerdo haber pensado que parecía la luz y la sombra de unas nubes en movimiento. Le he dicho que la señora B. siempre había sido muy amable conmigo y le he explicado que mi madre cose para *lady* Stanworth en Beechwood y que ella me enseñó, sin saber exactamente si iba a soltarme un sermón o más confidencias. Al final, ni lo uno ni lo otro. Ha empezado a hablar casi antes de que yo hubiera terminado.

—Verás, Harriet, no creo que puedas continuar siendo criada aquí, y creo que no es lo que deseas.

He guardado silencio y bajado la vista enseguida. La idea de que fuera a despedirme, independientemente de la decisión que había tomado yo con respecto a William, me partía por la mitad.

—Sin embargo, necesito los servicios de una doncella. ¿Crees que te gustaría el puesto?

He observado cómo mis manos ásperas, de uñas negras, jugueteaban con el paño del jamón. La tela desprendía un ligero aroma a vinagre. Era como si la señora me hubiera preguntado si me apetecía ser un caballo.

—¿Harriet?

No podía hablar ni moverme. Ha seguido hablando para decirme que dispondría de una habitación junto a la suya y que incluso podría usar la biblioteca y leer todos los libros que me vinieran en gana. Su voz era más aguda y hablaba más deprisa. He levantado la vista, casi sin creer lo que oía, pero era cierto que parecía nerviosa. Ha puesto

una mano sobre la mesa; no sé si era un gesto hacia mí o para apoyarse al levantarse.

—¿Te lo pensarás? Dejaré que vayas a tu habitación y te seques un poco… —Ha mirado con cierto asombro el descartado paño del jamón —. Luego te haré llamar.

Su propuesta sonaba tan sincera que tan solo he podido responder con un «sí, señora» antes de levantarme también. Pero no se ha marchado al instante.

—¿Por qué llamas «señora B.» a *lady* Berrington?

Ni siquiera me había dado cuenta, me sale de forma natural, así que le he contado la simple verdad.

—Era lo que quería ella, señora. Por lo general, no nos dejaba que la llamásemos de otra manera.

He dudado, sin saber si debería explicarle lo extraña que era la señora B. como ama.

—Le gustaba hablar con nosotros, señora, pero no como otros amos hablan con sus criados. Aunque…

La señora Gethin ha arqueado las cejas, a la espera.

—Verá, no sé si alguna vez se percató, señora, pero es que también hablaba con los muebles. Sobre todo con el retrato de lord Berrington. Casi todos los días reñía al cuadro.

La señora me ha mirado perpleja, luego pensativa, y al final —lo más raro de todo— ha soltado una carcajada. No era una risotada que en mi opinión encajase con la voz con la que la he oído cantar. Esa voz era digna de los cielos y de las mariposas y de las cumbres de las montañas —no sé a qué me refiero exactamente, en fin—; la risotada era dura como la piedra y sucia como el agua de una ciénaga. Pero alegre, como cuando se rio en casa de la señora B. acerca de mi elefante. Se ha tapado la boca con una mano como si supiera que había proferido algo indecoroso. Y luego me ha mirado y ha apartado la mano para dejarme observar su sonrisa de oreja a oreja. Y, una vez más, nos encontrábamos ante el abismo, pero esa vez con una cuerda que iba de una ladera a la otra.

—Espero que aceptes mi oferta, Harriet. Date prisa y cámbiate de vestido antes de que te resfríes.

Al echar a caminar por el pasillo, la he vuelto a oír cantar, a pleno pulmón, una melodía alegre y vivaz sin palabras. No he podido evitarlo y he roto a reír. La opción más imposible de todas había entrado en la cocina y había intentado limpiarme las lágrimas con un paño de jamón. Debo de haberle parecido una chiflada a Laurence, que en ese momento abandonaba el zaguán como si hubiera estado tumbado esperando. He detectado cierto destello desafiante en su rostro, que desentonaba con el ramito de flores que me blandía —y que al mismo tiempo explicaba su expresión—. Me he quedado

mirando el ramo y luego a él, como si toda la casa se hubiera vuelto del revés. Ha movido la cabeza como si fuera un caballo.

—¿Se las puedes llevar a Mary de mi parte?

Por supuesto. Me he desternillado de risa de nuevo, y la mirada herida que me ha lanzado todavía ahora me provoca carcajadas.

En un rincón

He tardado una eternidad en escribirlo. Quería ponerlo por escrito mientras aún estuviera fresco en mi memoria, así que me he doblado sobre mí misma y lo he redactado sentada en la cama mientras intentaba que la estructura no crujiera y despertase a Mary. Cuando he terminado, he visto que me observaba de todos modos desde su almohada. Obviamente, quería saber por qué me reía y por qué estaba mojada y, como siempre, qué escribía. Le he contado lo que ha pasado con Cararreloj en tanto me ponía el vestido estampado y me peinaba el pelo. Sus ojillos de rata se han abierto como platos tanto como la naturaleza les permite, y se ha incorporado para apoyarse en un codo.

—¿Te van a despedir?

Cómo ha disfrutado del drama.

—No.

He hablado con voz áspera y después, envalentonada por la propuesta de la señora, le he soltado todo lo que he pensado siempre sobre Cararreloj, todos mis rencores y resentimientos. Ha sido un poco cruel, ya que Mary es su sobrina, pero quizá lo he hecho por eso. Me ha sentado bien decir lo que pensaba. He añadido incluso que dudaba de que hubiera llegado a poner un pie en Francia.

—Uy, no, ¡sí que ha estado! —Mary estaba sorprendida. Las palabras surgían de sus labios en una rápida sucesión—. Durante mucho tiempo. Huyó con un hombre, el hijo del alcalde, así que fue un buen escándalo. —Su rostro resplandecía por la emoción del chismorreo—. Pero él la dejó allí, y como mi tía no tenía a quién acudir, tuvo que encontrar trabajo al ver que no comprendía ni una palabra de lo que la gente le decía.

Me la he quedado mirando, anonadada, y he intentado unir sus palabras con el ama de llaves de Finton Hall. Ha sido como intentar fabricar una camisa con tela que alguien ha cortado para formar unos pantalones.

—¿Por qué no volvió a casa?

—Mi abuelo y ella no se dirigen la palabra. —Mary ha negado con la cabeza, con los ojos muy abiertos—. Fue de visita una vez, pero solo porque estaba de viaje con la familia francesa para la que trabajaba, y

fue entonces cuando el señor la vio riñendo al afilador. En cuanto empezó a trabajar aquí, me mandó llamar, pero mi padre se niega a verla. Dice que mi tía se cree mejor que el resto de nosotros. No puedo ni siquiera mencionarla en mis cartas.

Ha puesto cara de pena durante unos segundos, pero luego un relámpago de terror ha cruzado su rostro, y me ha aferrado el brazo.

—Mi tía Sarah me molerá a palos si se entera de que te lo he contado.

He recordado que Laurence y ella deben andar con mucho cuidado por miedo a lo que pueda decir Cararreloj y me han entrado ganas de bajar corriendo a la cocina y retorcerle las orejas a su tía Sarah.

—No se lo diré, no te preocupes. —He cogido el ramo y se lo he tendido—. De parte de Laurence.

No he esperado su reacción, sino que he sacado la caja de debajo de mi cama para guardar esto. Las cartas de William y de Madre sobresalían por encima de mi Biblia. Dos cosas me han sorprendido: que el transcurso del resto de mi vida estaba a punto de cambiar, como sin duda había pasado con Cararreloj cuando huyó con el hijo del alcalde, y que había algo raro en las cartas. Me ha dado la impresión de que alguien las había sacado de los sobres y las había guardado de nuevo a toda prisa, no estaban ordenadas como las había dejado. Las he cogido, he cerrado la caja y me he sentado en el alféizar de la ventanita del final del pasillo.

Ya llevo aquí media hora, y noto ranas en la barriga. Saltan asustadas, y tengo que dejar de escribir porque estoy confundida. No dejo de mirar las cartas de Madre y de William. Incluso la letra de los dos parece hablar, suena acogedora y práctica. Ahora veo mis cartas distintas, pero ¿de qué sirve una letra bonita si la mano que la escribe está roja y agrietada? Sigue siendo lo bastante buena como para escribirle las cartas a una señora, pero, sin contar con las agujas, no tengo destreza suficiente. Es probable que no me vaya a emplear durante mucho tiempo, por más que le caiga bien, como creo. Y, aunque lo haga, ¿qué pensará el señor? Ya habrá contratado a otra doncella después de leer la carta que le mandó Cararreloj sobre mí; seguro que jamás acepta que yo ascienda a otro tipo de criada. Y sigue siendo un misterio lo que le ocurrió a la doncella a la que la señora fue a buscar… ¿Qué le pasó?

Más tarde

He regresado a la habitación y me he sentado en la cama de Mary.

—Cuéntame lo que le pasó a la doncella que se marchó o la

próxima vez le diré a Laurence dónde puede meterse sus flores.

Se ha puesto a temblar como si ella misma fuera una flor.

—¿Helene?

—Si así es como se llama, sí.

Me había sentado sobre su pierna y me he inclinado hacia delante para que no la pudiera mover.

—Se metió en apuros.

—¿Se quedó encinta?

Un asentimiento. He sentido un extraño alivio por que fuera algo tan normal y corriente.

—¿Por qué fue la señora a buscarla?

Un encogimiento de hombros.

—Dime, ¿quién fue? ¿Quién la dejó embarazada?

Mary ha evitado mis ojos y ha mirado por la ventana como si pudiera escapar por allí. He bajado la vista hasta el ramo de flores que ella seguía sujetando con las manos. Me he acordado de los celos que tiene y de la reputación de los criados varones.

—¿Fue Laurence, Mary?

Ha sido como si hubiera golpeado una serpiente. Se ha puesto rígida, se ha erguido y me ha siseado:

—No, no fue él. —Se ha retorcido para quitar la pierna de debajo de mí y se ha hecho un ovillo—. Pregúntaselo al señor Barrett si quieres saberlo.

Ya he oído mencionar antes al ayuda de cámara del señor y comentar el dinero que gana, pero poco más.

—¿Por qué? ¿Fue él?

Mary ha resoplado y ha negado con la cabeza. De pronto, me he acordado de cuando la señora sacó al canario de la casa, un regalo del señor, y que él solo contrataba a las criadas más guapas. He mirado fijamente a Mary.

—¿No sería… el señor…?

Una expresión de incredulidad le ha demudado el rostro, y ha vuelto a negar con la cabeza. He estado a punto de gritarle.

—¿Por qué no me lo dices?

Pero la había ofendido demasiado al acusar a Laurence. Se ha apartado de mí, con el cuerpo totalmente rígido. He cambiado de tono para dar un paso atrás.

—Son unas flores muy bonitas.

Se las ha quedado mirando y luego ha apartado la vista, pero he notado cómo se ablandaba. He seguido hablando con ligereza.

—Mi William nunca me regala flores.

Casi nunca he hablado de él, y he detectado cómo le interesaba el tema.

—Pero yo no soy tan guapa como tú. Es curioso, ¿verdad? ¿Cómo

es posible que aquí todos seáis tan guapos?

Me ha mirado de reojo. Le he sonreído como si su gesto no me molestase.

—¿Helene también era hermosa?

Por cómo ha parpadeado, he sabido que sí lo era. Me he inclinado hacia delante y he bajado la voz.

—¿Crees que al señor le importará que yo no lo sea, Mary? Me preocupa no agradarle cuando me vea.

No he tenido que fingir al preguntárselo y la he observado con suma atención. Ha fruncido el ceño como si nunca se le hubiera ocurrido y, siendo sinceros, ha intentado decir que yo también era guapa. Solo espero que nunca deba mentir para salvarse. Antes de que pudiera hablar de otra cosa y preguntarle acerca del retrato de la señora, en el pasillo han sonado unos pasos muy fuertes. Era Cararreloj, que venía a buscarme; creo que la señora aprovecha cualquier oportunidad para humillarla. No iba a traicionar a Mary diciéndole al ama de llaves que sabía que había huido con el hijo del alcalde, pero no he tenido reparos en lanzarle a su tía una mirada descarada. Me la ha devuelto con creces.

Era reacia a dejar mis cartas y mi diario ahí porque sabía que Mary había hurgado entre mis cosas, así que he tenido que llevarlo todo conmigo hasta el salón. La señora se lo ha quedado mirando con curiosidad, pero se ha limitado a pedirme que me sentara y a ordenarle a Cararreloj que nos trajera el té. Ha sido raro tomar asiento con ella de esa forma. Con su vestido azul oscuro, parecía una parte natural de la estancia, como si todo el entorno fuese un cuadro. Me habría gustado poder sentarme a contemplarlo todo, sin que nadie me viera a mí, y observar cómo todo encajaba, pero he cerrado los ojos. Si la señora era un león en un establo, yo era un mono en una reunión para tomar el té.

—¿Has pensado en mi propuesta?

Las palabras que quería pronunciar han ascendido por mi garganta, o tan solo una palabra, «¡Sí!», pero en el último momento ha perdido fuerza y se ha vuelto tímida e incrédula de sus posibilidades. Otras palabras han acudido en su lugar.

—Es difícil, señora.

—¿Difícil?

—Verá, sigue habiendo alguien… esperándome…

—Ah.

Su voz ha regresado al abismo, si bien esta vez sin alegría. Ha sido simplemente una vocal, pero transmitía tanta sorpresa como desilusión.

—No me gustaría decepcionarla, señora. Él se está impacientando.

Era un argumento bastante endeble y he sido consciente de la poca

fuerza que tenía. Ha habido una pausa, en que me ha dado la impresión de que la señora esperaba a que el argumento cayera al suelo.

—Creía que no querías volver a casa.

Ha sonado confundida. No podía decirle lo contrario. No podía decirle que me quedaría. Al final, ha asentido con la cabeza.

—En ese caso, Harriet, te deseo toda la felicidad del mundo.

—Gracias, señora.

He sido consciente de la enorme decepción. Era una puerta que se cerraba en mis narices. ¿Qué esperaba?, ¿que la señora luchara por mí y me lo suplicara? Se ha encerrado en sí misma como una almeja. Ninguna de las dos se ha movido.

—¿Le has estado escribiendo?

Ha sonreído ligeramente en lo que se fijaba en los materiales que tenía yo en las manos. Yo también me he fijado en ellos, sin apenas comprender a qué se refería.

—Ah, no, no. Es… es un diario.

Ha hecho una pausa.

—Yo también tengo un diario. —Lo ha comentado con fiereza, como si yo la hubiera acusado de algo—. Bueno, «tener» no es la palabra adecuada. Quemo las páginas en cuanto he terminado de escribirlas. Así puedo decir lo que quiera y nadie lo verá jamás.

Sus ojos han brillado con su ardiente secreto. He querido preguntarle para qué lo escribía entonces, pero me he acordado de que escribir «zorra» hizo que me diera un vuelco el estómago. Escribir palabras las trae al mundo de una forma que pensarlas no. Quizá ni siquiera quemándolas consigue deshacerse de ellas. Me he dado cuenta de que aferraba el diario contra mi cuerpo. ¿Podría quemar estas páginas? Sabía que debería, pero la mera posibilidad me revolvía las tripas.

—¿Siempre has escrito un diario? —La señora había regresado de su ensimismamiento.

—No, señora. La señora B., es decir, *lady* Berrington, me dijo que me ayudaría a mejorar la letra.

Ha asentido.

—¿Es el motivo por el que sigues escribiéndolo?

—Sí, y…

Iba a decirle que era como tener a alguien con quien hablar, pero me he refrenado.

—No conozco a ninguna criada que escriba uno.

—A menudo no hay tiempo, señora.

Ha vuelto a asentir y ha mirado tras de mí por la ventana.

—Recuerdo que me lo dijiste.

Me ha dado un brinco el corazón al acodarme de lo que había

hablado con ella en la biblioteca.

—En fin, es una lástima. Me podrías haber ayudado con las notas y las cartas, y habrías tenido mucho tiempo para escribir tu diario. Pero tendrás cosas mucho más interesantes que hacer con tu tiempo cuando te hayas casado, claro está.

No he sabido si la amargura le teñía la voz o si era así como lo interpretaba yo en mi cabeza porque un repique triste ha parecido sonar en la estancia. En ese momento ha entrado Cararreloj con el té. Mi cara debía de reflejar mi incomodidad, puesto que me ha sonreído con engreimiento antes de dejar la bandeja sobre la mesa con un buen golpe. La señora se ha puesto en pie.

—Gracias, señora Clarkson. Ya me encargo yo.

Cararreloj se ha girado y la ha mirado de arriba abajo. Su voz ha adoptado el tono de saber mejor que ella cómo debería comportarse una señora.

—Muy bien, señora.

Después de lanzarme una última mirada de interés, se ha marchado de la sala. Se me ha ocurrido que debería levantarme para servir el té, pero estaba pegada a la silla. La señora se ha ocupado de servir el té y ha hablado de bodas, creo, y del buen tiempo que haría en verano. En todo momento con el tono melodioso y desenfadado que se emplea con los invitados —si es que algún día recibiera alguno—, sin necesitar más respuesta que el tintineo de la cuchara contra la porcelana, una voz que está a mil millas de su voz de verdad. De todos modos, no he podido escuchar sus palabras. «Tendrás cosas mucho más interesantes que hacer con tu tiempo». He mirado a mi alrededor como si fuese a encontrar alivio o respuesta en los bellos objetos de la estancia. Los ojos fijos de los bustos me repelen, y enseguida he dejado de observar la mirada penetrante del señor. He contemplado el retrato de la señora, la muchacha de verde. Seguía fuera de lugar aun entre tanto esplendor, pero su expresión era igual de dulce y cautivadora que siempre.

La señora me ha tendido una taza de té. He tenido que dejar mis cosas sobre el regazo para aceptarla, con las manos temblorosas, y la taza y el plato han tintineado. La señora seguía hablando acerca de una novia a la que vio el año pasado en una boda campestre. He bebido un sorbo. El retrato brillaba en los confines de mi visión como una isla verde en medio del mar. He recordado cuando la señora me sujetó la mano en Gloucester Square y me suplicó que no viviese pensando en los demás, he recordado que le abotoné el puño y que sentí cierta elegancia en el acto, he pensado en la extraña distancia que la separa de su hijo y he recordado la promesa que le hice a la señora B.

Se ha hecho el silencio. La señora estaba entre la mesa y su silla,

con la vista clavada en la taza de té. Yo he mirado la mía y enseguida me he dado cuenta de que era el té negro normal que bebemos los criados, no el té especial que se guarda para los de los pisos de arriba. No sé cómo se ha atrevido Cararreloj.

La señora lo ha bebido poco a poco, a propósito, como si estuviera degustando un vino. He esperado que hiciera sonar la campanita o que saliera disparada hacia la cocina, pero ha parecido recobrarse y se ha sentado con una sonrisa dirigida hacia mí. «Contigo estará a salvo», me había dicho la señora B. No creo que se refiriera a salvo de un té indigno, pero por alguna razón la flecha diminuta y envenenada que ha lanzado Cararreloj le ha generado a la mujer que estaba frente a mí, a mi señora, un gran alivio. Por primera vez, lo he visto claro. Las sedas elegantes, los armarios lacados y los caros papeles de las paredes se volvían estridentes ante tanta soledad. Me ha parecido tan frágil como la taza de porcelana que tenía en las manos. Me he puesto en pie.

—Señora.

Ha esperado. Yo he esperado. La verdad sea dicha, creo que todavía seguiría ahí de pie de no haber sido por el diario y todo lo demás, que sujetaba de modo tan extraño con una mano que han empezado a resbalarse como si se hubieran vuelto líquidos y han caído al suelo. He intentado evitarlo sujetando la libreta, pero tan solo he conseguido derramar con la otra mano el té, que ha caído sobre la alfombra y la carta de William. La tinta se ha emborronado y ha mantenido el contorno de las letras durante unos segundos antes de esfumarse. Las palabras han terminado siendo una suerte de orilla ante la mancha de té. No importaba que acabara de dejar claro que era demasiado torpe como para ser cualquier tipo de criada; que hubiera desaparecido la letra de William era demasiado.

—Seré su doncella.

Todo se ha quedado paralizado. La señora parecía ensimismada con un cuadro. Yo he contemplado el desastre del suelo… y he oído mis propias palabras. Me ardían las mejillas.

—Si me acepta.

Una burbuja de alegría ha brotado de la señora. Ha mirado el diario, que había aterrizado abierto boca abajo, y el té que empapaba la alfombra.

—Sí, te acepto como doncella, Harriet.

Dicho esto, se ha levantado, se ha acercado hacia mí y me ha asustado al tenderme la mano para que se la estrechara. La suya era tan suave que apenas la he notado con mis dedos endurecidos. No sé cómo diablos voy a ser su doncella. Por culpa de mis manos tengo la sensación de que no soy ni doncella ni criada en absoluto.

Martes, 2 de abril

Aquí estoy, en mi propia habitación. Que tiene vistas, igual que la de la señora al lado y el cuarto de los niños de arriba. Mis nuevos aposentos dan a la fachada de la casa, donde el camino de entrada serpentea alrededor de un círculo y se ven millas de bosque y de campos con humo de chimeneas que indican algunas viviendas invisibles. Cada vez que contemplo las vistas debo respirar hondo, como si hasta el momento hubiera estado dentro de una estancia diminuta y alguien hubiera abierto la puerta. He escrito y enviado la carta a William, y no me siento tan culpable como quizá debería. Dispongo de un pequeño escritorio desde el que estoy escribiendo esto —mucho más fácil que desde un rincón o desde la cama— y mi propia silla cómoda, una jofaina que luce unos adornos preciosos con margaritas en la parte exterior y una jarra (que no está agrietada). La alfombra se ve nueva, con flores amarillas y rosas que combinan con las cortinas.

Mary me vio recoger mis cosas y guardarlas en una caja, y se pensó que me habían echado sin previo aviso. Cuando le conté la verdad, se puso bastante pálida y abrió mucho la boca. Hasta sus bigotes de rata se quedaron paralizados. Quería saber qué había dicho Cararreloj al respecto, como si Cararreloj fuera la señora de la casa. En Beechwood, la doncella de *lady* Stanworth come con la señora Hyatt en su habitación y no en la sala de los criados; gracias a Dios, no es la costumbre habitual con el ama de llaves de Finton Hall. Anoche, durante la cena, la mujer parecía un furioso enjambre de abejas; cuando a Mary se le cayó la cuchara, fue a recogerla ella y le dio un golpe a la muchacha en el brazo. No me miró a los ojos y mucho menos me dirigió la palabra. Había algo casi aterrador en el modo en que me evitó. Esta mañana, sin embargo, ha esbozado de nuevo su desagradable sonrisa, como si supiera algo que yo no. Se ha marchado a Londres nada más desayunar —creo que para entrevistar a criadas —, pero antes de marcharse me ha llamado una docena de veces «señorita Watkins» con voz burlona. Ojalá pudiera comer con Lizzie en el cuarto de los niños. Por lo menos ahora la veré más a menudo y podré ayudarla con el bebé cuando lo necesite. A duras penas consigo creer que podré coger en brazos al pequeño siempre que se me antoje y que podré verlo crecer. Y así descubriré lo que ocurre entre la señora y su hijo. Ahora lo noto, es una especie de llamada. La señora B. debía de ser una suerte de vidente.

La señora me ha hecho llamar después de desayunar. Siempre que hace sonar la campanita, es para que yo acuda a su lado. Me ha contado lo que se espera de mí, y se trata de todo lo mejor que vi al trabajar para la señora B. Una taza de té en su habitación de buena

mañana, luego desayuno propio en la cocina. Cuando esté preparada, debo ayudarla a vestirse. No ha mencionado peinarla, y espero que no sea necesario. Mary me ayudará a hacer la cama, y ella se encarga incluso de vaciar el orinal. Estoy al mando del vestuario, incluidos los remiendos, que es algo que sin duda sé hacer la mar de bien. Hemos hecho un inventario de todos los artículos, desde su vestido más elegante hasta el alfiler de sombrero más sencillo, y la señora ha afirmado que está lista para donarlo todo. Me he dado cuenta de que solo había un cajón que no ha tocado, en el fondo del armario, pero no he querido preguntárselo.

Cuando hemos abierto su vestidor, me ha mirado de arriba abajo como si yo fuese un pedazo de carne y ha cogido lo que ha llamado «uno de sus viejos vestidos». No se parecía en nada a los vestidos oscuros y apagados que la he visto llevar. Era precioso, de terciopelo azul y satén lila con volantes por todas partes y botones por delante, y apenas da la impresión de que esté usado. Me lo ha tendido.

—Creo que con un poco de esmero te irá bien.

Me ha dejado demasiado sorprendida como para contestar. La señora no se ha detenido ahí, sino que ha fruncido el ceño al observarme la cabeza.

—No me gustan las cofias en una doncella. Recógete el pelo con una cinta, eso bastará.

No sé de dónde se supone que voy a sacar una cinta. No me ha ofrecido ninguna. Ojalá no hubiera gastado el dinero en delantales nuevos, pero supongo que los puedo enviar a casa para mis hermanas en Beechwood. La señora ha señalado un gran cesto de remiendos y me ha dicho lo feliz que está por que al fin iba a poder recuperar algunas prendas que ha echado mucho de menos. Y todo gracias a la maestría de una buena costurera. En cierto sentido, las señoras de una casa están atrapadas en su situación, como si fueran criadas. Viven rodeadas de cosas preciosas, pero son incapaces de actuar si algo se tuerce. He recordado que la familia de la señora perdió todo su dinero y he dado gracias por que yo al menos pueda ganarme la vida.

He querido decir algo para agradecérselo. Ninguna otra señora me habría elegido para ser su criada personal, sobre todo después de que me encontraran durmiendo bajo un árbol.

—Haré cuanto esté en mi mano por usted, señora. Espero resultarle útil.

Ella seguía escogiendo las prendas que me daría a remendar primero, pero al oírme se ha erguido y me ha mirado a los ojos.

—¿Útil? No sabes lo feliz que estoy ya al saber que estás en la puerta de al lado. Pero espero que también nos lo pasemos bien juntas.

Ha dado un paso hacia mí y ha vuelto a cogerme la mano.

—Yo también haré cuanto esté en mi mano por ti. Una doncella debe ser mucho más que una mera criada.

Un destello ha cruzado sus ojos, y creo que, por lo que ha dicho a continuación, estaba pensando en la escena con Cararreloj.

—Todas necesitamos un poco de libertad. Yo no te diré cómo debes emplear la tuya.

Le he devuelto la sonrisa y hasta me he reído un poco. Lo cierto es que podría haberle dado un beso. Su vista ha bajado al vestido azul tendido sobre la cama y su expresión se ha oscurecido una pizca.

—Llévatelo. No tengas reparos en hacerle cambios para que sea de tu agrado.

—Sí, señora.

Se ha girado de forma abrupta y ha señalado la puerta con una mano. Ha sido un punto final repentino a nuestro primer encuentro «oficial», pero quizá así es como las señoras tratan a sus doncellas. Tendré que acostumbrarme.

Jueves, 4 de abril

La señora canta para mí. Solo para mí, y parece alegrarle el corazón casi tanto como me lo alegra a mí. Según ella, actuar delante de gente, aunque sea una sola persona, es totalmente distinto. Sueña con cantar óperas en un escenario real, como los teatros a los que la llevaron en Italia cuando era pequeña. Mis vítores y aplausos la deleitan como si fuera una niña. Ayer me mandó a la biblioteca a buscar el libro de poemas de John Milton y luego me pidió que me sentara a su lado al piano para cantar la versión de la señora B. de «Cuando pienso cómo mi luz se agota». No me habría quedado tan pasmada ni aunque me hubiese empujado a un escenario delante de una multitud. Me puso una fría mano en la nuca y la otra en la barriga.

—Baja los hombros y respira desde aquí. Respira conmigo.

Que me tocase me hizo encogerme, pero luego empezó a hacer unos ruidos muy poco píos para enseñarme cómo colocar la voz. Unos «uh» y «ah» bien altos. Yo solté varias carcajadas, no lo pude evitar.

—Así. ¿Lo ves? —Me sonrió de oreja a oreja y me dio una palmada en la barriga—. Y, ahora, ¡cántame, Harriet Watkins!

Lo gritó, pero imitando mi voz. De hecho, había hablado igual que yo. Me la quedé mirando, perpleja. Me devolvió una mirada y, sin dejar de impostar mi voz, me preguntó inocentemente qué problema había. Me hizo desternillarme de risa tanto como cuando me encontraba en Gloucester Square con Annie y bebíamos el brandi de la señora B. No sé cómo, pero al final encontré el tono. La señora

empezó a tocar las notas en el piano y las escribió. Y luego cantamos juntas, y fue como flotar en un río con su voz, como viento que impulsaba mis alas, atrayéndome hacia ella.

Me pregunto si el talento que en su día me comentó que había enterrado será ese, su forma de cantar, y si al final no tendrá nada que ver con Edward. Tal vez esté enfadada porque el señor la tenga recluida en esta casa remota con nadie ante quien cantar y ese sea el motivo por el que sueña con alejarse de aquí. Es obvio que algo no anda bien; como me dijo la señora B., en ocasiones no parece ella. Es como si una señora distinta y más siniestra la sustituyese. Su estado de ánimo cambia en un visto y no visto, y pasa de reír y bromear a estar de mal humor e impacientarse. Ayer pidió que le llevásemos el canario a su habitación y le silbó, con el animalillo en un dedo para darle de comer, pero hoy se ha limitado a observarlo entre los barrotes.

—Siempre regresa a su jaula. —Sonó despectiva—. Siempre.

Con la misma rabia, se giró hacia mí.

—¿Dónde está el vestido?

En ese momento, me encontraba separando la ropa para lavar y di un brinco como si me hubiera clavado un alfiler. Es cierto que he ido postergando los cambios del vestido; la prenda me observa desde mi silla de remiendos, ondeando su riqueza y detalles como si me retase a ponerme algo tan elegante. La señora frunció el ceño más todavía.

—Y te dije que te recogieras el pelo con una cinta.

Empecé a tartamudear que iría al pueblo a comprarlo —aunque no sé de qué servirá si todavía no me han pagado—, pero se dirigió a la ventana con otro gesto de la mano para despedirme. Supongo que es normal que las señoras a veces estén molestas, sobre todo si atraviesan un mal momento. No significa que me vaya a echar. Lizzie está de acuerdo. (Subí corriendo al cuarto de los niños en cuanto tuve ocasión). Me dijo que los criados les resultan convenientes a los señores de una casa para desahogarse de vez en cuando, como si fueran un taburete que patear. Y nadie se deshace después del taburete en cuestión. Acababa de darle de comer a Edward e intentaba que se quedara dormido. Le hablé en voz baja.

—Pero ¿qué me dices del señor Gethin?

No la miré a los ojos al preguntárselo. Los temores que siento hacia el señor son como arañas en una caja de cerillas: me da miedo la mera posibilidad de verlas.

—¿Y si no le agrada que me haya convertido en la doncella de la señora? Porque no tengo experiencia ni el físico… adecuado.

—Harriet.

Lizzie esperó hasta que levanté la vista. Me sorprendió la expresión divertida y lastimera que me ofreció.

—El señor no se fijará en ti.

Más tarde

La cena ha sido espantosa. Ya sabía que lo sería al ponerme el vestido, pero tampoco es que haya tenido opción. No he tardado en conseguir que fuese de mi agrado, como me dijo la señora, aunque yo tengo menos curvas que ella. A duras penas he podido mirarme a los ojos en el espejo; no parezco una dama, pero tampoco parezco yo misma, sino una nueva y extraña criatura que podría hacer a saber qué. He pasado varios minutos delante de la puerta de la cocina antes de reunir la valentía de entrar. He tenido que recordar no limpiarme las manos en la carísima tela.

No habría creado mayor conmoción por más que hubiese entrado desnuda. Cararreloj estaba animada, pero ha dejado de sonreír en cuanto me ha visto y también ha estado a punto de soltar el cubo que sujetaba.

—¿Qué crees que estás haciendo con ese vestido?

Se lo he contado. Mary ha aparecido en la puerta de la alacena con los bigotes erizados.

—¿A ti no te lo llegó a regalar?

Las dos se han quedado patidifusas.

—Es que yo no he entrado en su cuarto y lo he cogido, ¿sabes?

El comentario de su sobrina le ha devuelto la sonrisa a Cararreloj. De hecho, ha dejado el cubo sobre una mesa y se ha desternillado de risa.

—Disfrútalo mientras puedas. —Y ha añadido algo en francés que sin duda era una grosería—. No lo llevarás durante demasiado tiempo. Ni te quedarás mucho en esta casa.

He mirado a Mary, pero ha apartado la vista. Laurence, que ha entrado justo detrás de mí, ha soltado un largo y alto silbido (y he notado cómo Mary se crispaba). Se ha detenido y ha mirado a las demás con gesto interrogativo. Se han transmitido algo con la mirada, no sé qué. Al final, Cararreloj ha tomado la palabra.

—El señor llegará a tiempo para Pascua. Eso me aseguró el martes.

Al decirlo, se me ha quedado observando, pero como si en realidad hablase con otra persona y dijese otra cosa. Se me han congelado las entrañas. He erguido la barbilla.

—Y me arrancará las orejas y me echará de la casa, ¿no es verdad, señora Clarkson?

Ha habido un breve silencio, y luego ha curvado los labios.

—Vaya, vaya. Parece ser que el papel de doncella te ha aflojado la lengua. Ya veo, señorita Watkins, que deberemos comportarnos en tu presencia.

Y ha interpretado el papel durante el resto de la comida. Me ha hecho reverencias y me ha llamado «*milady*» para intentar que los

demás se echaran a reír con ella. Se ha referido a las doncellas de buena educación con las que hablaba en francés y luego ha fingido asombro cuando no he podido entenderla.

—Pero ¡creía que eras la doncella de una señora!

Lo peor ha sido cuando me ha observado mientras comía. Todo lo que he hecho con las manos, desde mojar el pan en el guiso hasta coger la cuchara, lo ha cuestionado arqueando las cejas, como dando a entender que no era quién para decir nada. Me he rendido al poco de haber empezado a cenar y el ama de llaves ha fingido desconsuelo al verme machar. No es la reina que se cree. Al cabo de un rato, alguien ha llamado a mi puerta, y he encontrado un plato de estofado y un trozo de pan. Laurence. Casi ha roto la magia del momento al tirarse del flequillo y llamarme «señora» antes de bajar las escaleras.

Viernes, 5 de abril

Queridísima Har:

¿Ni una sola palabra? ¿Ni siquiera para felicitarme? ¿Qué te pasa?, me he preguntado y le he preguntado a mi pobre esposo por lo menos tres veces al día. ¿Te has casado sin informarme? ¿Te has caído por un agujero? Andrew no sabe cuántas veces se lo he comentado. Por favor, ¡sálvalo de una esposa molesta y escríbeme!

Te manda recuerdos, o te los mandaría si no estuviera despatarrado sobre la alfombra y dormido como un tronco con las botas puestas. Ha estado ayudando a Robert con sus investigaciones sin dejar de trabajar con ahínco, así que la mayoría de las veces el pobrecito no sabe por dónde le sopla el viento. Robert quiere que abandone la división y que se convierta en detective como él; todo el departamento va a cambiar y, por lo visto, todos se convertirán en hombres elegantes y correctos y perfectos. Es lo que haría yo, pero Andrew dice que prefiere pasarse el día lidiando con borrachos y carteristas que con asesinos de bebés, y entiendo perfectamente que eso agote a cualquiera. Las historias que te podría contar, Har, te volverían blanco el cabello. Madres pobres que pagan a una nodriza para que cuide a sus bebés mientras intentan ganarse el pan y que luego descubren que sus bebés están muertos en una zanja. Recordarás que Robert ya era un tipo hosco, así que es un tema que le va como anillo al dedo.

Además, vive por y para el trabajo.

Si yo no tuviera una cocina abarrotada hasta los topes con camisas de policía malolientes, yo misma me dirigiría a Hertfordshire, que no te quepa ninguna duda, para saber quién te ha sellado los labios. ESCRIBE, Har. Dios es testigo de que me preocupas y me produces escalofríos.

Tu amiga que te quiere y que está un poco molesta,

Annie

Pobre Annie. Le escribiré y le contaré que ahora soy la doncella de una señora, le gustará saberlo. Y en cuanto se me presente una oportunidad, iré a Londres a verla.

Mientras guardaba su carta con las demás, se me ha ocurrido una idea y he desatado la cinta roja que las ata. Me la dio Madre hace años. No podía usarla en las labores de costura para *lady* Stanworth porque tiene una pequeña mancha de aceite que no sale. En realidad, no conjunta con el vestido, pero así la señora verá que por lo menos lo he intentado. Es importante que vea que lo he intentado.

Lunes, 8 de abril

Esta mañana ha llegado alguien. Yo acababa de terminar de vestir a la señora y estaba de rodillas enderezándole las faldas y las enaguas. Atenderla empieza a resultarme mucho más natural ya, y ni siquiera ponerme su vestido me sorprende en el espejo. Me estaba diciendo lo rápida que me había vuelto con los dedos en solo unos pocos días cuando el ruido de ruedas y cascos nos ha sobresaltado y nos hemos girado hacia la ventana, alertas como dos ardillas. El señor de la casa. Estaba tan convencida que casi he tirado de la señora hacia mí apretándole demasiado las enaguas. Me ha apartado con una mano.

—¿Quién es? Rápido, ve a verlo.

Me he girado justo a tiempo para ver a Duncan conduciendo el carruaje hacia el patio. Detrás de él, medio escondida detrás de un baúl, había una muchacha. El alivio me ha dejado sin aliento.

—¡Ah! Es la nueva criada, señora.

Le he dedicado una sonrisa pensando que no significaría gran cosa para ella, pero una sombra le ha cruzado el rostro, repentinamente, como una pena recién recordada. Ha girado la cabeza como si le hubiera dicho algo horrible.

—¿Qué clase de muchacha es?

—¿Qué clase…? —He mirado de nuevo hacia el camino ya

desierto, sin saber a qué se refería ni cómo debía estar al corriente yo de su aspecto—. Bastante… bajita, creo, señora.

—¿Bajita?

Sus ojos han perdido toda vida de nuevo. He experimentado la misma impotencia que antes.

—Por lo que he visto sí, señora.

Se me ha quedado mirando durante unos instantes y luego ha tomado asiento delante del tocador.

—Hoy saldré. Péiname… Hazme algo distinto, pero no te pases la mañana entera.

Me la he quedado mirando, perpleja, embargada por un pánico creciente. Hasta hoy, solamente me había pedido que le cepillase el pelo y que le diese las horquillas mientras se lo recogía. No me he atrevido a decirle que no tenía ninguna experiencia y he intentado pensar en lo que me solía pedir la señora B. Aunque la anciana tenía el pelo muy fino, así que se trataba más bien de recogérselo de cualquier forma sobre la cabeza. Creo que, en realidad, lo que deseaba era que la tocase.

Le he soltado el pelo a la señora. Es muy espeso. Se la ve muy diferente con el pelo suelto alrededor de la cara, en parte desgreñado. Siempre pienso que cepillarle el pelo y ver cómo echa la cabeza un poco atrás con cada pasada es un acto de gran libertad. Hoy he sido consciente de los destrozos que podría hacerle. Mis dedos se han vuelto torpes.

Encima del tocador había una diadema. He decidido intentar hacerle un peinado alto por delante y luego con el pelo suelto por detrás, como he visto en otras señoras. No ha abierto la boca en ningún momento. Cuando he mirado al espejo, me estaba contemplando. Sin expresión alguna. Lo que pensara estaba en las profundidades de esos dos pozos oscuros. No he vuelto a mirarla.

No he podido domarle el pelo. No he conseguido darle forma y los mechones caían libres. No iba a funcionar de ninguna de las maneras. Me han empezado a temblar las manos.

—Vete, Harriet.

Lo ha dicho con voz tan baja que me ha dado un vuelco el corazón ante la decepción que teñía sus palabras. Me ofende que todavía me llame por mi nombre de pila, como si no me tomara lo suficientemente en serio como doncella como para llamarme por mi apellido. Pero por cómo lo ha dicho me ha dado la impresión de que me estaba dando un consejo, como si me estuviera urgiendo a irme de Finton Hall por mi propio bien. «Vete, Harriet». He dejado sobre la mesa del tocador las horquillas que tenía en las manos y la he mirado brevemente a los ojos. Su expresión irradiaba frialdad y ardor al mismo tiempo. No he podido dejar de pensar en Helene, la antigua

doncella.

De regreso a mi habitación, me he mirado en el espejo y ya no me ha parecido que era una criatura extraña capaz de hacer cualquier cosa, sin duda nada que fuese a ayudar a la señora. Me he visto como me ven los demás, como una muchacha ridícula. La cinta roja me ha llamado la atención, una cinta roja torcida, y me la he arrancado junto a unos cuantos cabellos, gesto que me ha llenado los ojos de lágrimas. Enseguida han comenzado los sollozos. Estaba convencida de que Cararreloj entraría en mi cuarto y me echaría de la casa, de que la criada a la que habían contratado sería mi sustituta. En teoría, a mí debían despedirme, no ascenderme a doncella de la señora. He lanzado la cinta al suelo y me he regodeado en mi desgracia. Pero de nada me serviría ocultarme. Cuando Cararreloj no ha irrumpido en mi habitación, me he enjugado los ojos y me he peinado en tanto en el espejo procuraba componer una expresión menos torturada. Como le gustaba decir a la señora B., hay que salir e ir a saludar a los enemigos.

He bajado las escaleras del servicio hasta la cocina. Cararreloj estaba junto a los fogones, muy satisfecha consigo misma y, encogida detrás de su baúl, estaba la muchacha. Se me ha caído el alma a los pies al ver lo guapa que es. Su cuerpo menudo y su cinturilla hacen las veces de reproche personal. Antes de que nadie tomase la palabra, Laurence ha entrado en la cocina, con la camisa y la chaqueta desabrochadas en el cuello, medio empapado y sonriente. Ha dado un exagerado paso atrás al ver a la chica.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí?

La muchacha ha puesto cara como si un oso se hubiera abalanzado sobre ella y le hubiese dirigido la palabra. Ha hecho una reverencia con un gritito. Creo que incluso lo ha llamado «señor». Cararreloj se ha reído a carcajadas.

—Fíjate, Laurence, por lo menos eres el señor de una (algo en francés). —Le ha lanzado un paño y se ha reído entre dientes—. Pero no lo serás si te sorprenden medio desnudo. Tu verdadero señor regresará cualquier día de estos. No te preocupes, querida. —Se ha girado hacia la chica, la ha llevado junto a la mesa y, ante mis incrédulos ojos, le ha servido una porción de tarta de limón—. No le hagas caso.

Laurence ha sonreído mientras se pasaba el paño por la cara y el cuello, y observaba a la chica con expresión pensativa. Es de los que lo hacen con todo lo que se mueve, creo, y me he apiadado de Mary.

—¿Estás sorda, Watkins?

Cararreloj me lo ha dicho tan de pronto que he dado un brinco y me he percatado de que la campana sonaba por segunda vez. En la habitación de la señora. Cararreloj se me ha quedado mirando, sin

duda reparando en mis ojos rojos y en las mejillas sucias.

—¿O acaso alguien se ha caído del pedestal?

Me he girado y he salido a toda prisa de la estancia para subir las escaleras. En el segundo piso, he oído pasos apresurados. Laurence ascendía detrás de mí. Parecía preocupado.

—¿Sabe que la criada está aquí?

—Hemos oído el carruaje. —He asentido.

He hablado con voz temblorosa, y Laurence me ha escrutado como Cararreloj unos minutos antes.

—¿Qué ha pasado?

Era reacia a contárselo, pero el simple hecho de que me lo preguntara ha conseguido que las palabras salieran despedidas de mi boca como una olla que se derrama.

—La señora está diferente. Enfadada. Temo que me despida. No sé cómo peinarla.

Una parte mí esperaba que se riese, y no lo habría culpado, pero más bien lo he visto aliviado. Ha negado con la cabeza.

—No te despedirá. Tiene sus peculiaridades, nada más. No deberías preocuparte por ella.

Lo ha dicho como si hubiera otra persona de la que sí debería preocuparme. He tragado saliva.

—La señora Clarkson dice que el señor me echará en cuanto llegue. ¿Es porque no soy tan… tan… atractiva como los demás criados?

Me he ruborizado al decirle a la cara que era atractivo. Se ha echado a reír y me ha dado un golpecito en la barbilla.

—Una sonrisa de vez en cuando le echaría una mano a la naturaleza.

—¿Por qué soy la única distinta? —Quería una respuesta real y he alzado la voz—. En esta casa todo es precioso o majestuoso, incluso la gente.

—¿De veras? —Me ha mirado con una ceja arqueada—. Ven conmigo.

Me ha cogido del brazo y ha tirado de mí hacia el pasillo de la segunda planta. Las puertas de las habitaciones de la señora y la mía estaban a pocos pasos, pero les ha dado la espalda y ha levantado la vista. He seguido la dirección de su mirada hacia el rincón del techo. Allí había una cara. Una lengua que sobresalía de una boca que hacía una mueca y unos ojos avariciosos que desprendían odio. La señora y yo pasamos por debajo de aquellos ojos malévolos cada vez que entramos o salimos de nuestros cuartos. Está tan arriba que no lo he visto al limpiar el pasillo. Laurence me ha soltado el brazo.

—Yo no diría que eso es precioso.

—¿Para qué sirve? ¿El señor la ha puesto ahí? —El miedo me ha hecho estremecerme.

—Tú haz tu trabajo y cuida a la señora.

—Pero no sé qué problema tiene… ¿Por qué no va a ver a su hijo? —He bajado la voz—. ¿Tiene que ver con el señor, Laurence? No sé si podré ayudarla.

Me ha parecido que se arrepentía de habérmelo mostrado.

—Deja de hacer preguntas.

—Laurence…

Se ha erguido cuan alto es para alejarse más de mí. El tañido amortiguado de una campana ha llegado hasta nosotros.

—Más vale que acudas a su llamada.

Antes de que le contestara, ha cruzado a toda prisa la puerta del servicio y me he quedado a solas con la gárgola. Me ha hecho pensar en el ojo del amante, que seguía oculto detrás del pisapapeles en el armario del salón, y enseguida he sabido que ya no podría entrar en mi habitación sin echarle un vistazo. La señora seguramente hace lo mismo. La campana ha vuelto a sonar, y he corrido hacia su puerta. He irrumpido en su dormitorio como si esperase encontrarla en peligro.

—Harriet, ¿dónde te habías metido? Hace días que te llamo.

Estaba sentada frente a la ventana. Su alegría ha sonado forzada, pero el alivio me ha embargado de todos modos. He sonreído, como si mi fracaso anterior no hubiera tenido lugar. Llevaba el pelo como de costumbre. Con un repentino gesto, se ha levantado y ha empezado a reír.

—Me iré de inmediato. No quiero desayunar. Dile a Duncan que prepare el carruaje. Y haz que manden esto a la casa parroquial. —Una carta ha pasado de la mesa a mis manos—. Mañana por la tarde, me acompañarás a hacer una visita. Pero espera…

Se ha acercado al armario y ha abierto uno de los pequeños cajones, donde guarda encaje y lazos de repuesto. Tras pensárselo durante unos segundos, ha sacado una cinta azul oscura y me la ha tendido.

—Para que te recojas el pelo.

La he cogido y le he dado las gracias. Se ha quedado observándome.

—Quiero que seas feliz en esta casa.

—Gracias, señora. Soy feliz. —He asentido—. Y señora…

Las dos hemos hecho una pausa.

—Me gustaría ayudarla de cualquier manera posible.

Nuestras sonrisas han intentado ser idénticas como en otras ocasiones, y casi lo han logrado.

—Estaré en la sala.

Y se ha ido. Me he sentado en la cama y me he permitido tumbarme de espaldas sobre el revoltijo de sábanas suaves, con la

sensación de que merecía esa libertad. Al observar el dosel de la cama, cuyas cortinas recogidas reflejaban u ocultaban la oscuridad, he pensado en gárgolas. Tengo entendido que en teoría sirven para ahuyentar a los malos espíritus, pero la presencia de una de ellas en el interior de la casa es inquietante. Me he apoyado sobre los codos y he observado la habitación de la señora en busca de algo siniestro que se cerniera sobre los rincones.

Su dormitorio es tan bonito, a su manera, como el resto de las estancias de la casa, pero está atestado de felpa roja y de patrones florales, por lo que trabajar aquí a veces resulta sofocante. Me da la impresión de que me adentro en un jardín que ha crecido descontrolado, como si los patrones no fueran planos, sino que se retorcieran alrededor de mis tobillos y cintura. Hasta hoy no me había dado cuenta de que en su cuarto no hay gran cosa que lo relacione con ella. Su perfume en el tocador y su salto de cama que he guardado, nada más. Aquí es invisible, está desaparecida, como un fantasma que se mueve entre muebles que no reconoce. Los cuadros son todos de la realeza. Algunos de los adornos tal vez sean suyos, pero no lo creo. La señora B. tenía una historia para cada uno de los artículos de su casa, aunque no me creí de la misa la mitad.

—Este collar es un regalo de un conde extranjero, ese retrato muestra a un antepasado canalla que huyó con una baronesa, ¡esos atizadores de hierro los usó un criado para asesinar a otro!

A veces incluso hablaba con los objetos, sobre todo con el retrato de su esposo fallecido. Un día vi que en el lienzo había un poco de mermelada, como si la anciana le hubiera arrojado un pedazo de tarta.

Me he levantado y me he dirigido hacia el armario. El contenido de los cajones superiores ya me resulta familiar: cinturones y guantes, complementos más pequeños, y luego enaguas y camisolas, toda la ropa interior. Me he arrodillado para abrir el cajón inferior, el que no me había enseñado, y me ha sorprendido un poco que no se moviera. Está cerrado. Con una llave que no he encontrado por ninguna parte.

Martes, 9 de abril

Llevo en esta casa más de seis semanas, y hoy ha sido el primer día que realmente he salido del perímetro. La señora no me ha explicado demasiado, no me ha aclarado dónde íbamos a ir ni por qué precisaba de mi compañía hasta que hemos llegado. Aunque supongo que, como la dama que es, tampoco le contaría a su chal por qué lo había comprado. Después de lo acontecido en los últimos días, ha sido un alivio salir de la casa. El carruaje es enorme y está ornamentado;

parece que tenga cien años, con grandes ventanales que la señora ha ordenado que abrieran. No he podido apartar los ojos de los prados. El aire era cálido, el verdor estaba despierto y reluciente, los setos vivos, con pajarillos y muchísimas flores. Me he percatado del mal tiempo que ha estado haciendo y de que solo había reparado en la llegada de la primavera en ciertos momentos, al mirar por la ventana y notar que cambiaba el aire al trabajar en el patio. Estar rodeada por la primavera me ha producido cierto mareo. Casi he lamentado que la señora quisiera que fuera con ella en el carruaje y no poder sentarme atrás con Laurence. La señora no ha dejado de mirarme con esos ojos profundos. Y yo no he dejado de sonreír de oreja a oreja y de abrirme como si fuera una flor.

Al cabo de poco rato, ha empezado a cantar de repente. Una nota alegre que se ha transformado en una canción sobre un hombre que crea árboles con su laúd, así como plantas y flores que cobran vida. Se ha inclinado para cantar por la ventana y arrojar las notas mágicas sobre los setos y los arbustos. Cuando hemos pasado por delante de un descolocado jornalero, que estaba a un lado de la carretera con un pedazo de pan a medio camino de la boca, la señora ha comenzado a reír. Y yo he tenido que recordar que debía coger aire y respirar.

—Es una canción preciosa, señora.

—Gracias, Harriet. ¿La conoces? Se llama «Orfeo con su laúd».

Ha cantado la primera estofa de nuevo y ha sonreído, con los ojos brillantes.

—Cuando tenía catorce años, oí a Jenny Lind cantarla. ¿La has oído alguna vez?

Como si eso fuera posible… Nunca había oído hablar de ella. La señora ha respirado hondo y ha cerrado los ojos como si oyese cantar a la tal Lind mentalmente.

—Es la mejor cantante que ha dado la historia.

No sé cómo lo sabía, pero al verle la cara me lo he creído.

—Cantó por toda Europa. ¡Ay, Italia! Ojalá la hubiera visto allí. También se fue a América.

He intentado imaginar lo que debe de ser dar la vuelta al mundo, pero no he podido. Con gran esfuerzo, consigo imaginarme viajar hasta Italia, quizá, pero la idea de llegar a América por medios mundanos siempre se me ha antojado absurda.

Cuando la señora ha parpadeado, tenía lágrimas en los ojos. He recordado que en la biblioteca había hablado de tener un don.

—Nunca he oído una voz como la suya, señora. En cuanto llegué a esta casa, la oí cantar, y me hizo… —Como de costumbre, no he encontrado la palabra adecuada—. Me puso feliz, aunque fuera una canción triste.

Me ha sostenido la mirada.

—Me alegro de que seas mi doncella, Harriet.

—Yo también, señora.

Y lo he dicho de corazón. Ella seguía mirándome.

—Harriet Watkins. La mejor doncella que ha dado la historia.

Me he echado hacia atrás. Había vuelto a impostar mi voz, pero esta vez con más cuidado, como si hubiera estudiado y quisiese reproducirla de modo fidedigno. Me la he quedado mirando con cara de boba. Se ha echado a reír y ha puesto una mano sobre la mía durante unos segundos.

—A mí también me gusta tu voz, Harriet. No debe importarte que te imite.

Ha esperado hasta que le he devuelto la sonrisa.

—Ahora que eres mi doncella, tienes que recordar que te riges por normas distintas. Confío en que emplearás bien tu tiempo, y eso quiere decir que trates de no malgastar las ventajas de tu situación. Una doncella desganada por demasiado trabajo no me satisface. Como te comenté, debes disfrutar de tu libertad. Puedes recorrer la biblioteca, por supuesto; lee tantos libros como te plazca. Y sal a explorar el entorno de la casa. A mi última doncella, Helene, le gustaba pasear.

Se ha recostado de nuevo en el asiento y ha tarareado la melodía para sí misma. Que mencionase a Helene me ha descolocado. Quería preguntarle más, pero ¿qué podía decirle sabiendo lo que sé? A la señora le importaba tanto que la siguió a Londres ella misma; debían de haberse llevado muy bien.

Al cabo de una media hora, hemos llegado al camino de entrada de una casa bastante modesta; solo digo «modesta» porque me había dado miedo que fuésemos a Hill Court, que, en palabras de Mary, es más bien un palacio. Me aterraba la idea de conocer a otros criados y que me mirasen, pero la casa parroquial es más pequeña que la de los señores Gethin.

—Antes de casarse, la señora Trevelyan era doncella y ha aceptado muy amablemente enseñarte a peinar.

No he tenido tiempo de pensar en ello, pues Laurence ha abierto la puerta del carruaje enseguida y una criada de rostro pecoso nos ha dado la bienvenida a la casa. La señora Trevelyan ha aparecido y ha besado a la señora como si fueran viejas amigas. Tras girarse hacia mí, ha levantado ambas manos y ha asegurado estar encantada. Creo que nadie me ha mirado con tanta bondad sincera desde la señora B. con su estado de ánimo veleidoso. El vicario es una silueta más sombría con una barba larga, bastante más joven que su esposa. Más joven, pero no tan jovial. Nos ha mirado a las dos, a la señora y a mí, con desaprobación.

Para mi sorpresa, han decidido «comenzar» de inmediato, y nos

hemos separado. La señora Trevelyan y yo hemos ido a su dormitorio y la señora y el vicario, a una estancia de la planta baja. Tonta de mí, he pensado que practicaría con la mismísima señora, pero la criada pecosa, de nombre Tabitha, iba a ser la modelo. Se ha puesto delante de mí, y me he llevado una buena sorpresa cuando me he fijado en que la manga de su brazo derecho terminaba demasiado pronto. Su mano y casi un palmo de su antebrazo han desaparecido.

La señora Trevelyan es una profesora amable y Tabitha, la modelo más paciente, aunque no debe de tener más de quince años. No le ha importado que al principio le hiciera auténticos desastres en la cabeza. No han dejado de caérseme el cepillo y las horquillas por el suelo, pero la señora T. se ha reído tanto que Tabitha y yo nos hemos mirado en el espejo y también nos hemos puesto a reír. La señora T. tiene unas líneas muy finas alrededor de los ojos que le quedan muy bien, sobre todo cuando sonríe, y un pelo claro que a duras penas está salpicado de gris. Es una elfa que envejece con calma. Me ha extrañado que estuviese con el vicario. El hombre parece muy serio en comparación. He sentido una punzada de culpabilidad cuando me ha mirado mal por no haber asistido nunca a la iglesia.

Me he enterado de más cosas sobre él y la señora en cuanto he conseguido elaborar un peinado un tanto decente con el pelo de Tabitha, y la señora T. ha decidido que bastaba como primera lección. Sus puertas son macizas y pesadas, y aíslan muy bien del resto de la casa. Nada más se han abierto, he oído la música, que se ha vuelto más fuerte conforme hemos bajado las escaleras. Sin lugar a dudas, se trataba de la señora, pero no estaba sola; la acompañaban la voz de un hombre y un piano. Nos hemos detenido en el pasillo a escuchar. La voz del vicario era un río glorioso que fluía por debajo, mientras que la de la señora era la luz del sol que resplandecía en la superficie. La señora T. ha escuchado con atención. Y luego la música se ha interrumpido y hemos oído palabras amortiguadas, bastante apasionadas, y una rápida sucesión de notas en el piano. La señora T. ha asentido.

—Sí, el último estribillo ha sonado un poco torpe.

Se ha girado hacia mí, y las arrugas han regresado, convirtiendo así sus ojos en dos estrellas.

—Creo que más vale que no los molestemos. Estoy convencida de que, después de esmerarte tanto, te gustaría tomar una taza de té. Tabby te enseñará dónde está la cocina.

Le he dado las gracias de corazón y también a Tabitha, que me ha llevado al piso de abajo. Parecía tan agradable como su señora, pero yo seguía estando nerviosa por aparecer en los aposentos de los criados con este vestido. No debería haberme preocupado; las criadas sentían la misma curiosidad sobre mi señora que yo sobre su amo y, si

acaso, creo que mi ropa elegante las ha asombrado ligeramente. La cocinera, Gertrude —no le gusta que la llamen señora Gray a pesar de su puesto y su edad—, me ha puesto delante una taza de té, pan y mermelada, y las tres —de repente, había aparecido Selina, otra criada— se han apiñado como si estuviéramos en un consejo de guerra.

¿Cómo era trabajar para la señora? ¿Había conocido al señor? ¿Cómo estaba el bebé? ¿Por qué los criados de la casa eran tan distantes? Duncan a veces aceptaba una taza de té, pero Laurence jamás aparecía por allí. Selina ha suspirado y se ha relamido los labios.

—Por el amor de Dios. —Gertrude la ha fulminado con la mirada—. Si ese hombre pone un pie en esta cocina, le arrojaré una sartén ardiendo.

Me la he quedado mirando sorprendida, pero las muchachas seguían hablando. A veces han visto a los demás criados en la iglesia o en los bailes de sirvientes de Hill Court, pero no suelen mezclarse. Les he contado lo duro que era trabajar en la casa y cómo he llegado a ser la doncella de la señora. Selina le ha dado un codazo a Tabitha.

—Igual que tú cuando estuviste en esa casa, pues.

He dejado de acercarme el pan con mermelada a la boca para mirar fijamente a Tabitha. Se ha encogido de hombros.

—Solo durante unas semanas, hace más o menos un año. La señora Trev me ofreció empleo aquí… —Ha bajado la voz—. Me llevé tal alegría que acepté.

—Su trato justo te sedujo, ¿verdad? —Gertrude la ha mirado de forma maternal y luego ha negado con la cabeza—. Contratan y despiden a criadas y muchachos más rápido de lo que canta un gallo. No es una situación agradable cuando los sirvientes al mando son peor todavía que sus amos.

Yo seguía mirando a Tabitha al pensar que debía de haber conocido a Helene. Gertrude me ha dado una palmada en el brazo.

—Ahora que eres la doncella de la señora, puedes utilizar el puesto que has conseguido por la gracia de Dios para traer Su amor y bondad a los demás criados.

Sus ojos brillaban de alegría. Por mí, creo. Nunca se me había ocurrido que pudiera tener alguna influencia en el funcionamiento de la casa. ¡La idea de tratar a Cararreloj con bondad! Pero he pensado que podría hacerme amiga de Lily, la criada nueva. Se acobarda en la cocina junto a Cararreloj, con la mirada perdida, como si el resto fuéramos duendes malévolos.

Gertrude no había terminado, y he intuido lo que me iba a decir.

—Espero que te veamos en la iglesia cuando haya regresado el señor Gethin. Estoy convencida de que las cosas en la casa serán más fáciles con él allí. Da un ejemplo espléndido. Es un hombre muy

amable.

Me la he quedado observando. Me ha dedicado una sonrisa alentadora y ha bajado la voz.

—Y muy paciente.

Ha lanzado una mirada hacia arriba de manera significativa, en dirección hacia la señora. He recordado el humor inestable que he visto u oído en la señora y me he preguntado si sus cambios de ánimo eran objeto de habladurías en todo el condado. Un destello de lealtad me ha enfurecido. Los ojos de Gertrude brillaban más intensamente al hablar del señor que cuando se refería a Dios. Me pregunto qué pensaría de la gárgola. Cambiando de tema, he sido lo bastante valiente como para decir que me parecía extraño que la señora no acudiese a la iglesia y que fuese a cantar a la casa parroquial con tanta frecuencia. Selina ha hablado entre susurros, lo que era casi del todo innecesario.

—A veces se pasan horas en silencio.

Sus ojos han dejado claro lo que opinaba al respecto. He recordado al hombre de rostro serio que había visto y casi me he atragantado con un trozo de pan. Gertrude le ha dicho que tuviera cuidado con lo que decía, pero era obvio que habían mantenido aquella conversación en incontables ocasiones. La cocinera ha resoplado.

—Los caminos de Dios son inescrutables. La música es un camino hacia el alma y nuestro buen pastor lo sabe.

Me ha quitado el plato para cambiar de tema y me he quedado mirando el pan con tristeza; la mermelada estaba muy dulce. De todas formas, en ese momento ha sonado una campana. Tabitha ha dado un brinco y me ha hecho señas para que la siguiera.

—También te están llamando a ti.

Me ha dado pena marcharme de allí. La casa parroquial era un lugar muy corriente, allí respirar parecía más fácil que en la casa de los señores Gethin y las criadas son muy alegres y normales. Estar entre rostros tan comunes como el mío me ha provocado un alivio inesperado. Solo Tabitha es bastante guapa de cara, incluso con todas sus pecas, que en ella resultan más encantadoras que las mías, que parecen desperdigadas por mi rostro.

Me estaba preguntando si tendría tiempo de preguntarle acerca de Helene cuando la criada se ha detenido de pronto a mitad de las escaleras y me ha sujetado el brazo. Se me ha quedado mirando como si buscara algo invisible en mí.

—¿Estás bien en la casa?

No sabía cómo responder, así que he asentido. Se ha inclinado hacia delante.

—Allí pasa algo raro.

—¿Raro?

—Sí. Hay algo extraño, y por eso me alegré tanto de venir aquí. Los sirvientes se van uno tras otro. Y creo que es por algo más que por el mal trato de la señora Clarkson.

Se me ha formado un nudo en el pecho.

—¿Es por el señor?

Ha fruncido el ceño y se ha mirado el brazo derecho.

—No lo creo. Me contrató después de mi accidente y me trajo hasta aquí. Conmigo fue amable.

Se ha rascado debajo del codo con la otra mano y me ha sorprendido contemplándola.

—Cuando tenía doce años, el brazo se me quedó atrapado en un telar al intentar arreglar un huso.

He apretado el puño de la mano derecha sin siquiera pensarlo. Ella se ha encogido de hombros.

—Ya no me doy ni cuenta. Pero de no haber sido por el señor Gethin, ahora estaría en un asilo para pobres.

He dado un paso adelante y le he susurrado:

—¿Sabes lo que le pasó a Helene, Tabitha? ¿A la antigua doncella? Mary no me lo quiere contar.

Ha mirado la escalera de arriba abajo antes de responder.

—No todo. Se metió en líos, pero eso era impropio de ella. Iba a la iglesia aunque no fuésemos los demás, y por eso en la casa parroquial la conocían mucho. La señora Trev la tenía en gran estima. Hablaban francés entre ellas. —Ha fruncido el ceño de nuevo—. No llegué a conocerla demasiado. Acababa de empezar a trabajar en la casa cuando los Gethin se la llevaron a Londres. También los acompañó un mozo de cuadras, un muchacho indio, que no regresó. Helene contó que huyó en cuanto llegaron a la ciudad, pero no añadió nada más. Siempre estaba nerviosa y luego, cuando se supo su estado, se fue. Todo el mundo decía que fue Laurence… Ya habrás visto cómo es, ¿verdad?

He asentido a regañadientes.

—Duncan dice que lo confesó, pero el señor Barrett lo ocultó todo y obligó a Helene a marcharse. Desde entonces, los criados se han sucedido con más velocidad de la que rige el sentido común. Aunque es cierto que a muchos de ellos los despiden casi nada más llegar. No sé si a mí también me habrían echado, pero la señora Trev me contrató antes.

La campana ha vuelto a sonar en la cocina. Tabitha ha proferido un gemido de impaciencia.

—Tú estate por tus cosas. Sobre todo en lo que respecta a Laurence.

Se ha girado y ha subido las escaleras veloz como una liebre, dejándome a mí con el estómago revuelto, como si el suelo de pronto

fuera inestable. En el pasillo, el vicario tenía la misma expresión seria que antes, pero la señora centelleaba como un faro y hablaba con la señora Trevelyan casi como si no hubiera dejado de cantar. Las palabras brotaban de ella como notas que subían y bajaban las escalas. Están organizando una velada en la casa para cuando regrese el señor, una velada musical. Estaba sonrojada y parecía más joven. La señora T. no ha dejado de asentir y de sonreír de forma maternal, y la ha conducido hacia la puerta con un gesto apenas discernible con el cuerpo y movimientos elegantes de la muñeca que la señora no ha visto. En el carruaje, Laurence ha cerrado la puerta cuando yo iba a subir.

—Te sentarás atrás conmigo.

Después de lo que me había comentado Tabitha, aquella idea me desagradaba.

—No, en absoluto.

Hiervo incluso escribiendo estas palabras. Laurence me ha mirado como me merecía y ha bajado la voz.

—¿Quién te crees que ha dado la orden?

No he tenido más remedio que seguirlo, con la esperanza de que la señora no me hubiese oído. En la parte trasera no hay demasiado espacio, así que hemos tenido que sentarnos muy cerca el uno del otro. He sido consciente del calor y de la presión de su brazo contra el mío.

—Hoy eres un rayo de sol.

Me lo he quedado mirando. Era extraño estar tan cerca, de forma tan íntima, en el carruaje. Consciente de lo que se decía en la casa parroquial —que Laurence incluso se lo había confesado todo a Barrett—, he reparado en su cuerpo de un modo que no me apetecía. Pero Mary me había dicho que Barrett sabía que no había sido Laurence. Solo quería estar sola y pensar en calma.

—¿Se te ha comido la lengua un gato?

—Estoy cansada. —He intentado sonar despreocupada—. No estoy obligada a hablar, ¿verdad?

Se ha hecho el silencio. Laurence ha soltado aire entre los labios.

—No dudo de que habrás hablado mucho en la cocina de la casa parroquial.

En su tono había algo que me ha avergonzado. Sabía lo que habíamos dicho o se lo imaginaba. He levantado la vista y me ha sorprendido la franqueza de su mirada; me contemplaba como si fuera un animalillo. A pesar de la crudeza de sus ojos, no he sabido lo que se ocultaba y he apartado la cabeza, aturullada. Y él ha soltado una de sus amargas carcajadas.

Es curioso cómo puede cambiar un lugar sin que su aspecto exterior dé fe de ello. Finton Hall parecía una casa más oscura y

problemática. Mary nos esperaba. Yo no sabía cómo mirarla a los ojos. Me ha entregado una carta a escondidas, con la letra de William en el sobre. Ha sido muy amable por su parte. Es probable que Cararreloj la hubiese retenido durante días. Le he devuelto la sonrisa en el acto y he escondido la misiva debajo del abrigo de la señora antes de seguirla arriba para ayudarla a cambiarse. Cuando hemos terminado, me ha enviado a la cocina a por vino y galletas. A medida que me acercaba, he oído la voz de Cararreloj. Estaba hablando con tono urgente, y me he detenido al otro lado de la puerta.

—… que frenarla. De no haberlo hecho, habría destrozado el retrato, y ¿quién sabe qué más? Me estremezco solo de pensarlo.

—Pero ¿por qué quería hacer añicos su propio cuadro?

Era la voz de Lily, sonaba baja y preocupada. He oído un golpe cuando Cararreloj ha lanzado un trozo de carne sobre una tabla de cortar.

—Las preguntas sensatas como esa no harán que le caigas en gracia a la señora. ¡Qué cara tan aterradora puso al ver la pintura, y con un cuchillo en las manos! —Ha añadido algo brusco en francés—. Si yo fuese el señor, no me sentiría seguro en mi propia cama. No me extraña que pase tanto tiempo fuera.

Lily ha dicho algo más que no he podido oír, y luego ha sonado un resoplido.

—Los demás debemos aguantarnos y esperar que no se ponga peor. Uno de estos días se derramará sangre.

Me ha dado la impresión de que a Cararreloj le agradaba esa idea, pero cuando he entrado Lily estaba blanca como la nieve. Me ha mirado mal con esos ojos enormes, como si yo estuviese tan loca como el mundo cree que está la señora. Advierto la influencia de Cararreloj en ella, profunda como los cortes que le hacía al pescado. Las he saludado a las dos con alegría y me he ganado una mueca de desdén a cambio. Al marcharme, he notado cómo latían en el silencio las palabras desagradables que iban a pronunciar enseguida.

He echado un último vistazo al retrato antes de subir el vino. Sigue ocupando un extraño lugar en la pared del salón, y la señora no ha vuelto a mencionarlo. No comprendo por qué la llegada del cuadro le afectó tanto. La muchacha de verde parece joven y feliz, cuesta imaginar esas bonitas manos blandiendo un cuchillo. Pero si algún día sucede estaré preparada. He decidido que ya no hay nada que pueda hacer la señora que vaya a sorprenderme.

Más tarde

No pienso reproducir aquí la carta de William. Dice que está contento y que ahora siente la libertad de casarse con otra persona a la que no le dé reparos que los vean juntos. Y luego me ha dado recuerdos de mi madre, de mi propia madre, porque, según él, está demasiado molesta como para escribirme. He arrugado la carta, la he lanzado al suelo y la he pisoteado. Le recomendaría que se casara con mi madre; por lo visto, se tienen en muy alta estima los dos.

Miércoles, 10 de abril

¡Mi cinta roja ha desaparecido! Quería volver a atar mis cartas después de guardar la de William en la caja (y después de desarrugarla). La cinta debería estar en el suelo donde la lancé, pero no recuerdo verla. No hay ninguna grieta por la que haya podido colarse. En su lugar, ha aparecido otra cosa: un tarro de crema fría en mi aguamanil. Está hecho con aceite de rosas, creo, y no consigo dejar de llevarme los nudillos a la nariz para admirar el olor. He sentido una vergüenza momentánea al pensar que la señora me lo había dejado por el estado en que se encuentran mis manos, pero no me ha dicho nada al respecto. No hace más que hablar de la velada musical: qué comida preparar, qué ropa ponerse, qué canciones cantar. La idea de tener invitados y música en la casa late en su interior como si fuera un segundo corazón. Hemos vuelto a la casa parroquial, y creo que mi habilidad con los peinados está mejorando. Cararreloj hace comentarios libidinosos en la cocina sobre la señora y el vicario, pero yo no les presto atención alguna.

Viernes, 12 de abril

La señora se ha ido a Londres a ocuparse de unos asuntos en Gloucester Square. La señora B. le dejó la casa en herencia, que es otra de las cuestiones que motiva la presencia del señor en la ciudad. La está convirtiendo en su hogar londinense y, sin duda alguna, llenándola de retratos y estatuas y demás como ha hecho con esta. No supe que se marcharía hasta ayer mismo, cuando me dijo que debía preparar sus cosas y que podría disponer de todo el fin de semana para mí misma. Se ha llevado a Laurence. Se me ha caído el alma a los pies al enterarme. ¿Por qué a él y no a su doncella? Me preocupa que estar separada de mí no le haga ningún bien. Finton Hall parece más alejada del mundo que nunca. Es una casa vacía y rancia sin ella.

Merodeo por su habitación, quitando el polvo sin que sea necesario, recolocando cosas y buscando en vano la llave del cajón inferior.

Sábado, 13 de abril

Primero mi cinta, y ahora ha desaparecido mi vestido, y no sé cuándo. Quería ponérmelo para salir a dar un paseo, pero el armario está totalmente vacío. Mary estaba fregando las escaleras delanteras cuando he ido a buscarla. Ha mostrado tan poco interés en mi vestido desaparecido que no creo que haya sido ella. Al girarme para marcharme, me ha preguntado cómo era Londres. Me asombra que nunca haya ido.

—Es una ciudad concurrida, sucia. Grande.

Ha asentido.

—Pero la gente y los sitios…

Sé en qué pensaba. O en quién.

—Laurence estará demasiado ocupado con los recados de la señora como para ver gran cosa.

Me ha fulminado con la mirada, pero no me he ofendido. Quería preguntarle por lo que me había dicho Tabitha, pero sabía que me mandaría callar si se lo comentaba. Parecía preocupada.

—No sé por qué se lo ha llevado.

—Porque es fuerte, supongo. —Le he respondido el débil argumento que me repetía a mí misma—. Habrá cosas que llevar que la señora no querrá confiarle a un mozo de cuadras.

Se ha quedado pensando, ella también quería creérselo. Me he preguntado hasta qué punto la carcomían los celos.

—Un día lo golpeó.

—¿Cómo? —La he mirado fijamente.

—Creía que lo de Helene era culpa de él, como todo el mundo. —Su voz se ha vuelto más dura—. Fue a buscarlo, histérica como nunca. Le dijo unas cosas espantosas.

He escrutado su expresión.

—¿Por qué no lo despidió?

Mary se ha encogido de hombros y se ha quedado mirando el camino de entrada.

—La señora cambió de opinión. Y ahora siempre se afana en protegerlo, lo trata como si fuera una mascota.

—Pero no lo entiendo… ¿Por qué iba a cambiar de opinión si todo el mundo dice que fue él?

Ha sido una mala elección de palabras. Mary se ha puesto rígida y me ha enseñado los dientes. Me he apresurado a cambiar de tono.

—Bueno, a ella no le regala flores, ¿verdad?

Se le han iluminado los ojos aun sin querer. He notado cómo retorcía los bigotes en el aire al intentar no sonreír.

—El viernes encontré campánulas en mi costurero.

Nunca nos habíamos contado confidencias. Yo estaba intentando pensar cómo hacerle más preguntas sobre la señora, pero de pronto ha hecho un rápido movimiento con una mano cerca del cuello y se ha quitado un collar. Era un anillo pequeño con un cordel de cuero. Me lo ha enseñado con la misma cara de desafío que me puso Laurence cuando me dio las flores para ella. Este cortejo suyo es bastante extraño. Supongo que soy la mejor testigo que tienen de su amor.

—Era de su abuela.

Lo he examinado con más atención. Es un anillo salido de una pulsera de la suerte, con un precioso grabado, y parece de oro. Y caro. He sentido una punzada de suspicacias… ¿El señor no había rescatado a Laurence de una vida de pobreza? Es poco probable que pudiera tener en su haber una reliquia familiar. Mary tenía el anillo en la mano como si fuera un pajarillo que fuese a echar a volar en cualquier momento si lo asustaba. Le he dicho que era bonito, pues lo era, y se lo ha guardado de nuevo debajo del vestido, con expresión feliz para variar. Ha empezado a contarme otra historia sobre Laurence, incapaz de detenerse ahora que disponía de público, pero Cararreloj ha aparecido por la puerta como una bruja de cuento de hadas, y se ha callado.

Le he preguntado a Lily sobre mi vestido desaparecido. Me ha mirado como si hablase en otro idioma y no se ha molestado en responder. Creo que está empezando a comprender las ventajas de su posición como favorita de Cararreloj.

Domingo, 14 de abril

Esta tarde me ha dado la impresión de que el sentido común me abandonaba por completo. Al abrir la puerta de mi habitación, he visto a la muchacha de verde iluminada en las escaleras. Estaba mirando detrás de mí, aun cuando se movía en mi dirección, y he estado a punto de ponerme a gritar. Durante unos segundos, he observado con impotencia cómo avanzaba flotando, convencida de que de alguna forma iba a por mí. El miedo me ha atenazado la garganta. Y ha sido una suerte. La muchacha ha girado de pronto en lo alto de las escaleras, y ahí estaba Laurence, llevando a cuestas el retrato —por supuesto—. Verlo ha hecho que el corazón me diera un vuelco en otro sentido; en teoría, se encontraba en Londres, así que

¿dónde estaba la señora? Debo de haberme puesto pálida porque se ha detenido al verme. He hecho acopio de valentía y le he preguntado si la señora había regresado. No. La señora le había pedido que regresase solo a casa con órdenes de colgar el retrato en su habitación.

—¿Por qué?

Lo he seguido. Me ponía incómoda que la muchacha de verde se paseara por la casa. Laurence la ha apoyado en una mesita y se ha acercado a un conde que pendía cerca de la puerta.

—No tengo ni idea. De esto deberíais encargaros las criadas, no yo.

No estaba de humor para aceptar sus respuestas simplonas.

—¿Por qué se molestó la señora cuando llegó el retrato? Me ha contado que ella misma pidió que lo trajeran de Londres, pero la señora Clarkson dice que se le acercó con un cuchillo. No entiendo por qué.

Ha girado la cabeza para mirarme como si hubiera dicho algo extraño y luego ha contemplado el retrato.

—Y cuando llegó el canario —he proseguido—, ¿por qué quiso soltarlo? ¿Está enfadada con el señor?

Laurence ha guardado silencio durante un rato.

—Ya te lo he dicho. Limítate a tu trabajo.

Me han entrado ganas de propinarle un puntapié.

—Cuéntamelo.

Después de erguir los hombros, ha cogido el cuadro del conde.

—Laurence.

Ha bajado la pintura y luego ha alzado la de la muchacha de verde. Con cada segundo que pasaba ignorándome, he notado cómo me hervía la sangre.

—Le contaré a Mary lo que me dijeron en la casa parroquial. Que confesaste lo de Helene.

Se ha quedado momentáneamente paralizado. De forma espeluznante. De pronto, me han dado miedo los pensamientos que debían de cruzar por su mente y cómo aferraba el marco del cuadro con las manos. Tabby me había dicho que fuese con cuidado, pero he visto que mis palabras le habían afectado y no podía retirarlas. Sin abrir la boca, ha colocado la pintura en el hueco y ha intentado enganchar el cordel a la pared. No había manera. Lo ha intentado varias veces, con movimientos tan bruscos que he temido por el propio cuadro. Al final, debe de haberse cortado la piel porque ha soltado un grito con una mano en alto y ha dejado que el retrato se deslizara peligrosamente hacia el suelo. He visto cómo el dolor avivaba su rabia. La furia le ha inundado el cuerpo como si fuera hierro fundido y, con un rugido que me ha erizado el vello de los brazos, ha pegado un puñetazo en la pared. Al retroceder, he chocado con una silla y me he tambaleado, con las manos agitándose en el aire.

Se ha girado, respirando con dificultad, y he recordado los atizadores del fuego, en caso de que llegase a tiempo hasta ellos. Su rostro desprendía ira y algo más, una sensación aguda de angustia. Me ha fulminado con la mirada.

—Cuéntaselo. A ver qué consigues con eso.

Se ha desgarrado la piel de los nudillos. Ha apretado los doloridos dedos y parecía a punto de añadir algo más. Pero no lo ha hecho. Se ha vuelto bruscamente y ha cogido el cuadro del conde antes de salir por la puerta. He corrido hacia el retrato de la muchacha de verde para asegurarme de que no había sufrido daños y, aunque me temblaban las manos, he conseguido colgarlo sin problemas. Después de esto, me he encerrado en mi habitación y no he salido ni siquiera para comer. He llenado las horas con labores de costura. Y con rezos para que la señora regrese pronto.

Lunes, 15 de abril

Ha sucedido como un trueno que restallase en un día despejado, sin nada que advirtiese de lo que se avecinaba. Ha sido como si el relámpago me hubiera alcanzado. Me encontraba en la biblioteca, ya que la señora dice que puedo ir cuando se me antoje, pero no he ido por los libros. Todavía me cuesta creer que me permitan tocarlos y, dejando a un lado a Milton, no sé si me apetece hacerlo. No suelo leer más que las cartas, y me gusta ordenar los papeles de la señora en la sala, aunque solo sea para descubrir cosas como por ejemplo cómo se escriben palabras como *«soirée»*. La mera idea de una larga sucesión de palabras serias en las páginas de la biblioteca me agota. Pero esta tarde estaba inquieta, preocupada por que la señora estuviera en Londres sin mí y alterada todavía por Laurence. Mi costura se ha torcido en unas enaguas, y me he rendido. He hurgado en su habitación y en la mesa de la sala por centésima vez en busca de la llave del cajón inferior o de alguna pista sobre su retrato, Helene o cualquier cosa. Nada. Así pues, he probado suerte en la biblioteca por si daba con información sobre el señor. He ojeado libros y he mirado detrás y he tirado de todo lo que tenía manecilla. Lo único raro que he hallado ha sido un trozo de sílex en el cajón de la mesa del centro.

He cerrado el cajón con fuerza, y el extraño aparato me ha llamado la atención. Se ha vuelto más opaco desde la última vez que lo limpié, hace tres semanas. Mary es una holgazana y dudo de que Lily tenga fuerza para quitar el polvo con energía, es una muñequita. No entiendo por qué la han contratado para una casa como esta. Quizá no es de extrañar que el servicio cambie con tanta frecuencia. He

intentado hablar nuevamente con ella, pero he comprobado que es reacia a entablar una relación conmigo. Lo que sé es que es una huérfana con opciones menos halagüeñas que yo fuera de este papel de criada. No dejo de recordar las palabras de Gertrude en la casa parroquial. Debería esforzarme más.

Me he quedado observando el objeto con rueda durante unos segundos y luego lo he cogido y le he quitado el polvo con mi pañuelo de bolsillo. El lustre ha regresado y, con él, el resplandor a mi día. Me he puesto a pensar que, en realidad, a las criadas se nos debería tener en mayor consideración. Somos sacerdotisas que perfeccionan la belleza de las cosas normales y corrientes. La fantasía me ha hecho reír. Quizá quitar el polvo sea en realidad una forma de servir a Dios.

He oído los pasos de un hombre y he notado un nudo en el estómago. Debía de ser Laurence haciendo alguna tarea o yendo a descansar a su habitación, a la que accede más rápido por las escaleras traseras de la zona de la biblioteca. Duerme en el mismo sitio en que se guarda la plata, por seguridad (aunque dudo de que esté muy a salvo con él). Se me ha acelerado el pulso cuando los pasos se han vuelto más fuertes. He esperado a que se apagasen —ninguna parte de mi cuerpo sabe cómo reaccionar cuando él está cerca—, pero en lugar de seguir caminando se ha quedado frente a la puerta. El corazón me ha martilleado y se ha detenido por completo. El hombre ha dado dos pasos hacia el interior de la biblioteca antes de que los dos nos quedáramos patidifusos como dos perros que perciben el olor del otro. No era Laurence. Era el señor, sin duda. Como si el tipo del cuadro del salón hubiera saltado de la pintura y hubiera envejecido al instante. Todo lo que Cararreloj y Laurence me han dicho o sugerido me ha cruzado la cabeza, y he sentido la horrible necesidad de echar a correr hacia la puerta.

—Disculpe, señor.

Ha sido un suspiro. Apenas he podido oír mi propia voz por encima del zumbido de mis oídos. Sus ojos han barrido la estancia hasta clavarse en mí.

—Ah.

Y ha echado a caminar en mi dirección.

Intentaré describirlo como me dijo la señora B. que debía hacer. La primera impresión es que es muy apuesto, desde luego. Tiene un rostro amable, nada de bigotes de rata. Es más robusto que en el cuadro, no le queda demasiado pelo en la cabeza y no es demasiado alto. Si acaso, me ha sorprendido lo normal que parecía, a excepción de sus ojos. Se han apagado, quizá por el paso del tiempo, pero irradian vida de una forma que nunca había visto. Jamás me he sentido tan observada. Y Lizzie me había dicho que no se fijaría en mí. He tragado saliva y he hablado a toda prisa, como si hablar fuera a

espantarlo de algún modo.

—Harriet Watkins, señor, la nueva doncella de la señora.

Ha sido como si le hubiera dicho que era el mayordomo de la casa. Ha arqueado las cejas y su sonrisa se ha ensanchado como si hubiera detectado una broma que yo no. Después de lo que me había dicho Cararreloj, esperaba que se pusiera a hablar en francés. Sin embargo, me ha tocado la barbilla con esos dedos tan suaves, que me han sobresaltado; yo estaba mirando al suelo y echaba algún que otro vistazo hacia arriba. Ha sido como la vez que me tocó la señora, pero él me ha levantado la cabeza y me la ha ladeado un poco, como si me inspeccionara para comprarme o valorase un adorno o qué sé yo.

—Harriet Watkins.

Ha pronunciado mi nombre despacio, como si fuera una especie de secreto entre los dos, y de pronto he recordado que Cararreloj le había mandado una carta para quejarse de mí.

—¿Puedo?

Estaba mirando el objeto metálico que sostenía yo en las manos.

—¡Ah!

Se lo he entregado y he empezado a hablar de nuevo a toda prisa para decirle que acababa de cogerlo para quitarle el polvo. He sido consciente de los aspavientos que hacía y he procurado esconder las manos, pero él se ha dado cuenta —de eso y de todo—, y he continuado diciéndole que he sido criada y que estaba acostumbrada a limpiar. Es imposible que Cararreloj me hubiera hecho quedar peor.

El señor ha pasado una manga por las ruedas, como si fuera una caricia. Tiene las manos suaves y lisas como la cara. Y luego ha levantado el objeto para que la luz incidiera en él.

—¿Sabes lo que es, Watkins?

—No, señor.

Con sumo cuidado, lo ha colocado de nuevo en el centro de la mesa. Yo esperaba algo más, pero se ha quedado ahí, admirándolo. El silencio era insoportable.

—Creo que es precioso, señor.

Me ha mirado con expresión inquisitiva.

—¿Mmm?

—Sí, señor. Quiero decir, interesante. Creo que es casi el hecho de desconocer qué es lo que lo vuelve bonito, señor.

Ha asimilado con gesto serio mis palabras.

—Si supieras lo que es, ¿dejaría de ser tan bonito?

No había llegado hasta ese punto de reflexión. Como el señor esperaba que le respondiera algo y me miraba como si yo fuera algo interesante, mis pensamientos no han encontrado ningún camino directo, sino que se han desparramado entre los matorrales.

—Ah… No lo sé, señor. No…

Me he inclinado hacia delante para observar el objeto, con la mente en blanco para mi desgracia, pero entonces la señora B. ha acudido en mi ayuda.

—Mi última señora me dijo que, si le prestamos atención a algo bello, nos contará un secreto, señor. Creo que, si una persona se acostumbra a algo y sabe qué es, tal vez olvide que es bello… o tal vez no lo vea en absoluto.

Me he arriesgado a mirarlo a la cara. Estaba totalmente concentrado en mí. Se me ha ocurrido que no debería estar hablando con tanta libertad, por más que él me hubiera formulado la pregunta. Ha contestado como si hablar con una criada como yo fuera lo más normal.

—Quizá su secreto es que sí es bello. Si le prestas atención a un objeto o a una persona, por anodino que parezca, serás capaz de admirar toda su belleza.

Sabía que seguía mirándome y me ha subido la temperatura más que antes. La gárgola ha acudido a mi mente. ¿El señor creerá que es bella?

—Quédatelo. —Ha apartado la vista y ha señalado la máquina con un gesto—. Es una rueda de Spedding, un objeto de acero y sílex utilizado por los mineros del último siglo para arrojar luz a las galerías mientras trabajaban. La llama de una vela era demasiado peligrosa con los gases que hay bajo tierra.

Ha abierto el cajón de la mesa y ha extraído el trozo de sílex.

—Deja que te enseñe cómo funciona. Cierra las cortinas.

Hay ventanas a ambos extremos de la biblioteca. El señor se ha dirigido a paso vivo hacia una y yo, apabullada, me he apresurado a correr las cortinas de la otra. La biblioteca se ha sumido en la oscuridad.

—Ahora acércate.

Nos hemos reunido en el centro de la sala a ambos lados de la mesa. Ha cogido la rueda y la ha sostenido con un extremo apretado contra su cuerpo. He visto que la manecilla de la rueda quedaba muy cerca de él. La ha girado y, al instante, una chispa ha volado por los aires, llenando de luz la zona que nos separaba. Ha sonado un fuerte chirrido y he visto cómo con la otra mano sujetaba el trozo de sílex contra el disco rodante. Su rostro, iluminado y flotando tras las chispas producidas por el objeto, me ha hecho pensar en un verso de *El paraíso perdido* de Milton que la señora B. nos leía a menudo: «[…] con la cabeza fuera de las olas, los ojos centelleantes». El señor sonreía como un muchacho, con los labios y los dientes magnificados por la luz ardiente. Mi propio rostro se ha prestado a esbozar una sonrisa también, como si algún rayo de energía hubiera viajado de él a mí. Ha soltado una carcajada, y la rueda se ha detenido; tras la luz potente,

hemos quedado sumidos en una oscuridad casi total. He parpadeado. La repentina ceguera y silencio me ha puesto la piel de gallina. Me ha parecido que algo se movía en la oscuridad, y he trastabillado hacia la ventana para correr las cortinas y que entrara de nuevo la luz del sol.

—Es muy efectivo, como ves.

El señor ha arrojado el sílex de vuelta al cajón.

—Pero no es demasiado seguro. Esta rueda en particular provocó una explosión que mató a un minero.

La ha dejado, casi con cariño y con sumo cuidado, sobre la mesa.

—Pero el hombre que llevaba la rueda sobrevivió. Es interesante, ¿no crees?

Me ha parecido que quería que estuviera de acuerdo con él de verdad. He regresado lentamente al centro de la estancia mientras el señor seguía hablando.

—Dicen que las chispas cambian de color conforme aumentan los niveles de metano. Durante un breve instante, debió de ver lo que se avecinaba. Me imagino que fue una imagen bastante bonita.

Me he quedado mirando el objeto. De repente, era horripilante, como los bellos cuadros que retratan la muerte y el horror. Pero también era interesante, en efecto. El señor se ha aclarado la garganta.

—Sin duda, habrás visto muchos de los artículos que forman mi colección. Y los habrás tenido en las manos, por supuesto. Me alegra que seas tan observadora. No hay nada en esta casa que carezca de belleza, por más que su propósito sea ornamental o útil; para mí, eso es lo más importante.

He recordado que Cararreloj me dijo que yo era una sucia mancha en la casa y he encorvado los hombros, pero el señor me estaba contemplando con bastante seriedad.

—Hasta la cosa de apariencia más humilde te puede sorprender con su belleza. Solo hay que aprender a mirar. —Sin dejar de contemplarme, ha señalado la rueda de la mesa—. ¡Fíjate! Este artilugio tan curioso no se diseñó para ser bonito, pero ha fascinado tanto a la doncella Harriet Watkins que la muchacha no ha podido evitar ensuciar su precioso pañuelo blanco para limpiarlo.

No he sabido interpretar su tono. El matiz de burla me ha hecho mirarlo con más atrevimiento, pero lo he visto sonreír. Me he echado a reír, una vez más como si mis facciones estuvieran modeladas a su voluntad.

—Por supuesto, ahora en las minas usamos lámparas. Son mucho más seguras y mucho menos bonitas.

Su sonrisa se ha apagado como si estuviera pensando en otra cosa.

—Y ¿a qué feliz hogar le hemos arrebatado a la observadora Harriet? Tengo entendido que eres del norte, ¿no es así?

Le he hablado de mi casa, y ha querido saberlo todo sobre mis

padres y hermanas y los Stanworth, así como la frecuencia con que les escribía o visitaba, como si aquello pudiera significar algo para él. Al final, ha juntado las manos y se ha girado hacia la mesa.

—Vaya, pues debemos asegurarnos de que cuidamos muy bien de ti.

Era evidente que debía irme tras aquello, y lo he hecho con una mezcla de reticencia y alivio. Me moría por atender a la señora, pero antes de nada he venido a mi habitación para mirarme en el espejo; en parte para ver si en mi cara persistía algún trazo de rubor, pero también para ver lo que estaba contemplando el señor. Si me miraba el tiempo suficiente, tal vez sería capaz de discernir la belleza oculta en mis rasgos humildes. Pero no. La misma mandíbula cuadrada y el mismo rostro alargado. Aunque ahora que no me encargo del trabajo duro no estoy tan cansada. Mi piel está más limpia, y hay algo más, no en mis facciones sino en mi expresión, que me gusta. No creo que estuviese ahí antes.

La señora estaba en su habitación, todavía con el abrigo de viaje, mirando por la ventana. Me ha alegrado mucho verla.

—Lo siento, señora, no sabía que llegaría ahora.

Ha girado la cabeza y he visto de nuevo esos pozos negros, como me había temido. Mientras le quitaba el vestido, se ha quedado observando el retrato, y yo he esperado su reacción con nerviosismo. La presencia de la joven de verde parece mucho más lógica allí, en su cuarto, envuelta por el exquisito papel de pared verde. Desde la semana pasada, veo más a la señora en ella. O a ella en la señora, supongo. Es como si se estuvieran acercando la una a la otra.

—Recuerdo el aburrimiento que era posar para el retrato.

Su voz ha sonado como procedente de un sueño.

—El artista era un viejo malhumorado y lamentaba, creo, tener que ganarse la vida pintando a aristócratas mimados. Y yo fui una modelo horrible, muy impaciente. Me pintó en el jardín de una sola vez, y cuando los músicos empezaron a tocar recuerdo querer echar a correr por la puerta y unirme a ellos; tanto fue así que me levanté. El pintor soltó una maldición en mi dirección y se arrancó el pañuelo del cuello en un ataque de rabia, así que volví a sentarme. Ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá hubiese echado a correr.

He terminado de colocarle bien la ropa mientras pensaba, después de mi charla con el señor, en aquella desagradable escena y en que el pintor había conseguido crear algo bello a partir de ese feo momento.

—En ese caso, no dispondría de un retrato tan bonito, señora.

Ha negado con la cabeza sin dejar de observar su imagen.

—Ojalá lo hubiera hecho. Ojalá ella lo hubiese hecho. En ese caso, no habría olvidado ese día ni a los músicos durante tanto tiempo.

Tal vez por eso quiso hacer añicos el cuadro cuando llegó a la casa.

Me he imaginado a la muchacha de verde levantándose de un brinco para salir disparada del marco, dejando tras de sí una silla vacía bañada por la luz del sol. Era una escena alegre, pero no he querido regodearme en ella. El corazón todavía me latía acelerado con una suerte de emoción ahora que el señor había regresado al fin y parecía que yo le había caído bien.

Martes, 16 de abril

Querida Harriet:

Sé que no servirá de nada que te diga la desagradable sorpresa que le has dado a tu padre. El daño ya está hecho, y no sé si llegará a recuperarse por completo. Dios sabe que he intentado educar a todas mis hijas con mano firme y con cariño; solamente Él ha visto las vicisitudes que he padecido sin ayuda alguna y sin proferir ni una sola queja. El domingo, en la iglesia, se leyó el edicto matrimonial de William y Dorcas, y no te puedes hacer una idea de las miradas que he tenido que soportar por parte de nuestros vecinos y amigos. Por no hablar de Prudence Harding, que siempre ha pensado que su familia está por encima del resto de nosotros. De no haber sido por todo el trabajo que debía hacer y porque debía cuidar a tu padre y no hay nadie más que yo para hacerlo, me habría tumbado en la cama.

Tan solo espero que jamás llegues a arrepentirte de la decisión que has tomado, Harriet. Pero me temo que es una esperanza vana de madre. Has buscado tu propio camino y tendrás que recorrerlo. Creo que un hombre misericordioso y liberal como el señor Gethin solo lleva problemas a su casa por su caridad. He oído rumores que no me gustaría reproducir de boca de una criada de Beechwood que en su casa anterior conoció a una sirvienta cuyo cuñado había trabajado para los Gethin en Londres. Estoy convencida de que no se trata más que de la vengativa cháchara de un sirviente despedido, uno que sin lugar a dudas no merecía la bondad de los Gethin, y que va explicando historias para minar la buena reputación del señor. Me preocupa que hayan seleccionado a una joven a medio hacer como tú como doncella y rezo día tras día por que no me des motivos para sentir vergüenza. Has decidido

desobedecer los cariñosos consejos de tu madre, Harriet, pero te suplico, por encima de todo, que seas sincera contigo misma.

Con cariño,

Madre

Posdata: La semana pasada, Sam Jessop murió en la cantera cuando le cayó encima una carretilla. Su viuda, la pobre, encontrará cierto alivio en la Asociación durante su período de luto. No todo el mundo es tan afortunado.

Dudo de que vuelva a leer la carta, aunque solo sea por el bien de mis nervios.

Miércoles, 17 de abril

La casa está muy concurrida. Todo el mundo está ocupado y asegura que su trabajo es más importante y serio que nunca, como si antes no lo hubiera sido. Incluso los muebles y los cuadros, y las mismas paredes, parecen más vivos. Los ojos inexpresivos de las estatuas parecen arrojar luz, como si tras ellos se hubiera despertado algo. Laurence sube y baja las escaleras tanto como hacía yo antes. Las comidas se sirven con decoro, la cocina palpita como una máquina con una Cararreloj sonrojada y sudorosa en el centro, gritando órdenes e insultos a partes iguales a la ayudante de cocina. La chica es del pueblo y ha venido solo por hoy. Al principio vino otra muchacha, pero solo duró una mañana antes de volver a casa corriendo envuelta en lágrimas, según Mary. La nueva es robusta como un carnero. Las reprimendas de Cararreloj no parecen afectarle lo más mínimo. Quizá sea porque, si así lo quisiera, Bridie podría derribar a Cararreloj con un simple golpe con la frente. Me cae muy bien.

Las comidas de los criados también han cambiado. El señor Barrett preside la mesa. Parece un tipo a quien le gusta gastar el dinero en sí mismo. Mary me ha comentado que el ayuda de cámara ha ahorrado una buena fortuna después de tantos años de servicio al señor, y el señor Gethin lo aconseja sobre inversiones. Es bajo pero fornido y elegante. Parpadea lentamente. Nadie sabe en qué está pensando. Cuando nos conocimos, se me quedó mirando largo y tendido, y no ha vuelto a mirarme desde entonces. Yo no puedo dejar de observarlo al pensar en Helene, pero no me atrevo a preguntarle qué sabe al respecto. Habla muy poco, y eso hace que los demás guardemos silencio también, así que de momento me cae bien.

Cararreloj debe conformarse con fulminarme con la mirada. Ahora me siento una tonta por haberme creído sus palabras hirientes sobre el señor; creo que solo pretendía asustarme. El hombre al que conocí en la biblioteca jamás despediría a un criado sin motivo. En realidad, ojalá todos hubieran oído cómo se dirigió a mí. Cada vez que entro en la cocina, Mary y Laurence me miran como si esperasen que me brotara una segunda cabeza.

Desde su regreso, el señor ha estado ocupado con visitas que le piden donaciones caritativas. Mary dice que llegan en tromba en cuanto está de vuelta. Por lo que he visto, se marchan encantados. Al parecer, Laurence tenía razón: es un santo. Me encontraba en el pasillo cuando uno de los caballeros de rostro rubicundo salía de la biblioteca, hablando incesantemente y balbuceando su gratitud. Estrecharon la mano y el señor le dio una palmada en la espalda y me lanzó una mirada de diversión, como si fuera costumbre nuestra compartir bromas acerca de sus visitantes. Sorprendida, le devolví la sonrisa. Esta mañana lo he visto de nuevo desde la ventana; estaba subiendo al carruaje cuando Francis, un joven criado negro que vino con ellos desde la ciudad, ha resbalado con la manta que acarreaba y se ha caído de bruces. El señor se ha desternillado de risa y le ha arrojado una moneda cuando el muchacho se ha incorporado. Finton Hall es más alegre con su presencia, la casa está menos aislada y se ha sacudido de encima la pesada soledad.

Francis me encanta. Es una especie de criado o mozo de cuadras con librea verde como Laurence, pero acaba de cumplir diez años; la semana pasada, mostró orgulloso la pequeña pipa de arcilla que el señor le regaló por su cumpleaños. Nadie ha dado importancia a su color de piel. Creo que el señor a menudo contrata a criados de ascendencia extranjera. El joven que Tabby dijo que huyó era medio bengalí, no indio, según Duncan (ha dibujado un mapa en el suelo para enseñármelo). Su padre era un marinero que se había casado con una muchacha de Cardiff que murió al poco, y el señor lo encontró descalzo en las calles. Parece decidido a ayudar a los más necesitados. Ha recibido la visita de varias damas de asociaciones que forman como criadas a muchachas sin futuro, como la organización de la que Cararreloj contrató a Lily.

Pero Francis no es un muchacho descarriado como Lily, Laurence o Tabby. Su padre es escritor y orador que defiende la abstinencia, y sus hermanos mayores son aprendices o curas. El señor mantuvo una conversación con su madre en una especie de asamblea política cuando la mujer le hizo una pregunta desde el público y, según Francis, toda su familia se llevó una gran alegría por que le dieran la oportunidad de trabajar en una casa tan digna. Adora las pinturas y las esculturas —y, como he podido comprobar, todo lo que brilla—, y

algún día quiere estudiar arte. El señor le dijo a su madre que se aseguraría de enseñarle algunos de sus tesoros. Al oírlo, me quedé boquiabierta. Francis ha recibido una carta de su padre, que me ha leído con suma atención y cogiendo aire cada tres o cuatro palabras. Ojalá yo recibiera alguna carta parecida. La misiva lo urge a trabajar con ahínco y a enorgullecerse de su papel, así como a aprender todo lo posible. Le he prometido que lo ayudaré a redactar una carta de respuesta. Es un rayo de luz, lleno de alegría, y observa todos los tesoros como hice yo al principio. Lo he visto contemplar embelesado el cuadro del niño negro. El artista fue especialmente listo al hacer que la luz irradiase del collar de plata. Francis casi ha apoyado la frente en el cuadro para intentar analizar cómo fue pintado. Incluso lo he visto levantar un dedo para tocar el retrato, pero se ha retenido a tiempo antes de que a mí me diera un ataque al corazón. Su otra predilección parece ser Laurence. Lo sigue como un perrito faldero, pero Laurence se enfada y se lo quita de encima con palabras desagradables —o lo intenta—. Duncan me contó que se había llevado muy bien con Joe, el mozo de cuadras que desapareció. Ninguno de los dos tenía familia, y Joe lo admiraba. Sea cual sea la razón, Laurence ha perdido la arrogancia desde el regreso del señor. Durante la cena, se queda taciturno y no mira a nadie.

La señora también está distinta. Tiene la mirada perdida. Al observarla, uno no ve más que una superficie lisa y dura que no da muestras de lo que sucede en su interior. El regreso del señor y el ajetreo de la casa no la han alegrado. Pero tampoco está tan mal como en sus peores días. No sé cómo explicarlo. A veces se queda tan quieta que cualquiera diría que el alma ha abandonado su cuerpo, y recuerdo todo lo que me han contado sobre ella, sus arrebatos de rabia y sus repentinos cambios de humor. La vigilo. Planear la velada musical es lo único que parece devolverla a la vida, así que a menudo le hablo sobre ello para intentar sacarla de su ensimismamiento. Viajaremos nuevamente a la casa parroquial. La próxima vez, me enseñarán un peinado para la *soirée*. Ahora que Barrett y el señor están en casa, soy más consciente del nuevo papel que ocupo y de mi falta de experiencia. Una muchacha «a medio hacer», como escribió mi madre, como si me faltara algún órgano.

Jueves, 18 de abril

Mi vestido ha reaparecido, sin desperfectos que yo advierta, y vuelve a estar en mi armario. Al pensar que alguien ha revuelto mis cosas y está jugando conmigo, he gruñido como un oso. Fue ayer, justo antes

de comer, y bajé las escaleras decidida a decir lo que opinaba al respecto para que me oyeran todos en la cocina, sin importarme la presencia de Barrett. Soy una criada de rango superior, supongo que debo actuar como tal para que me respeten. Pero me detuvo en el pasillo la melodía del piano y las voces que provenían de la sala. Era la señora, sin duda —y la primera vez que la oía cantar desde que había regresado el señor—, pero también oí una voz aguda, clara como una campana. No era una canción, sino una sucesión de notas que repetían sin cesar, con la señora como voz principal. La puerta de la sala estaba abierta y, cuando me acerqué de puntillas, oí una risilla, y no me lo podía creer. Al asomar la cabeza, vi a Francis junto al piano y a la señora mirándolo con la cara iluminada como en el retrato. No había peligro alguno en que me vieran.

Me llevé una buena sorpresa. Algo en mí percibió la presencia de otra silueta en la puerta del otro extremo de la sala, en la misma postura que yo. El señor también los estaba espiando, aunque no creo que pueda decir eso de un señor en su propia casa. Pero era eso lo que parecía. Me vio y, cuando mis ojos se clavaron en los suyos, esbozó una lenta sonrisa con un matiz de picardía. Su rostro centelleó, si esa es una palabra adecuada, hasta que pensé que me caería de bruces en la habitación. Con el rostro colorado, hice una reverencia y luego bajé a la cocina agradecida, pues cualquier otro señor me habría despedido por escuchar a hurtadillas.

Aquello me llenó de esperanzas hacia la señora y me pasé buena parte de la hora de la comida preguntándome cómo conseguir que siguiera de buen humor, sin pensar en el vestido ni en la cinta hasta que Barrett se levantó de la mesa. Me aclaré la garganta y también me puse en pie antes de quitar los cubiertos de mi plato. El tintineo llamó la atención de los presentes, y aproveché para quejarme de la desaparición de mis cosas, discurso que dirigí al botón superior de la camisa de Barrett para así no perder la valentía. La respuesta que obtuve fueron silencio y miradas de confusión. Cararreloj se levantó y colocó la silla bajo la mesa para que emitiera un espantoso chirrido contra el suelo. Y se quedó mirando a Barrett con una ceja arqueada.

—Yo diría que lo que ha desaparecido es más bien algo de la cabeza de la muchacha.

El ayuda de cámara resopló y asintió sin cambiar la expresión. Pero nada de eso es comparable con lo más extraño que ha pasado hoy. Esta tarde he aprovechado como siempre para ir al cuarto de los niños y estar con Edward durante unos minutos, y ahí he encontrado a la señora, con el bebé en brazos. Me había dicho que se iría a dar una vuelta por el jardín. Me he quedado en la puerta como una estatua y he intercambiado una mirada con Lizzie. La señora caminaba a paso lento por delante de la ventana y tarareaba, pero se ha detenido al

verme. He intentado sonreír para ocultar la sorpresa.

—La veo muy contenta, señora.

Ha asentido ligeramente y, de pronto, ya no parecía contenta en absoluto. Edward ha percibido el cambio en ella y ha empezado a revolverse, con la cabeza ladeada. Ha soltado un gemido. La señora lo ha acallado y lo ha mecido como haría cualquiera, murmurando de nuevo, con los labios casi sobre su piel. Durante unos segundos, ha parecido que lo calmaba. El pequeño se ha tranquilizado sobre su pecho, con los ojos cerrados. Lizzie se ha inclinado hacia delante para decir algo, sin duda palabras amables, pero ha cambiado de opinión. Y entiendo el porqué. Conoce a Edward mejor que su propia madre, pero manifestarlo de cualquier forma resultaría una impertinencia. Me ha gustado observar a la señora, parecía de nuevo la muchacha del retrato. Una sonrisa le ha cruzado el rostro. Creo que es obra de Francis, el niño le ha abierto el corazón.

Edward estaba inquieto, sin embargo. Un deseo desconocido lo ha llevado a abandonar la duermevela, y su carita se ha llenado de arrugas. Se ha arqueado hacia atrás, ha fruncido los labios con gesto de aflicción y ha gritado a pleno pulmón. Nos ha golpeado a todos como si de un látigo se tratara. La señora se ha quedado rígida y lo ha apretado demasiado. Ha proferido ruidos tranquilizadores, o lo ha intentado, pero el pequeño le apartaba la cara, berreando sin parar. He visto cómo pasaba de la angustia a la rabia. Ha empezado a caminar con zancadas apresuradas y movimientos bruscos que lo han alterado todavía más. Lizzie le decía que a esas horas era lo más normal, pero no creo que la haya oído. De repente, se ha girado y me ha lanzado a Edward. No he tenido más remedio que cogerlo en brazos. El bebé ha soltado un llanto estruendoso, pero se ha quedado adormilado con la misma rapidez con la que sus gritos han empezado a apagarse. Su manita ha encontrado un pliegue en mi vestido y su cuerpo se ha aovillado contra el mío.

La señora se nos ha quedado mirando de una forma que no me ha gustado. Lizzie le ha insistido en que a esa hora el pequeño siempre se pone de mal humor. Ha hablado con la mayor amabilidad posible, pero la señora ha erguido la barbilla como si hubiera recibido un insulto. Acto seguido, se ha marchado de la estancia a toda prisa. Lizzie se ha desplomado en su silla.

—Qué lástima.

He sido muy consciente de que era preferible esperar un rato antes de seguir a la señora. Estaba fuera de sus casillas. Tras recolocar a Edward, he posado los labios en su cabecita ardiente, y me he sentado en una mecedora con él en brazos.

—¿Qué la asusta tanto?

Lizzie se ha encogido de hombros.

—No debería haberle contado que el señor ha estado aquí con el pequeño.

—¿El señor?

—Pues sí. —Me ha sonreído de oreja a oreja—. Ha traído muchos regalos. Libros, juguetes… Todavía es demasiado pequeño, pero eran detalles preciosos. Eso lo ha traído él.

He mirado hacia donde señalaba y he visto un zoótropo bellamente decorado encima del pequeño baúl que estaba cerca de mí.

—Lo ha cogido en brazos y se lo ha enseñado todo, el padre más orgulloso que yo haya visto nunca.

Me he mecido hacia delante y he empujado el cilindro con un dedo. En los agujeros, dos focas dan un brinco atrás y se rozan con la nariz. Es precioso, y he sentido una punzada en el corazón al ver un objeto tan infantil y al tener al bebé en brazos.

—¿Por qué le importa a la señora que él haya estado aquí?

—No lo sé —Lizzie se ha encogido de hombros—, pero ha sido como si le hubiera dicho que un oso ha irrumpido en este cuarto.

Cuando más tarde he ido a vestir a la señora, volvía a estar en su mundo. No había indicio alguno de qué sentimientos albergaba. La he atendido con toda la amabilidad y esmero que he podido. Creo que es en momentos como este cuando más me necesita. Aunque no puedo sino pensar que hemos perdido una oportunidad maravillosa con Edward y que hemos dado un paso atrás. Echo de menos la relación que teníamos antes de que ella fuera a Londres.

Viernes, 19 de abril

Esta mañana, estaba ordenando su cuarto de baño cuando la he oído entrar en su habitación, algo impropio de ella. Me ha dicho que iba a ensayar una canción para la velada musical, la que cantó en el carruaje en mi primer trayecto hasta la casa parroquial. Encantada, le he sugerido que fuera a la sala y se sentara al piano, pero ha negado con la cabeza.

—Imaginemos que esta estancia es un gran teatro lleno de gente y que tú eres una dama aristocrática, sentada en el mejor de los palcos.

Me ha hecho un gesto para que tomara asiento en la cama y me ha hecho una gran reverencia, que me ha provocado una sonrisa.

—Es algo con lo que he soñado.

Ha cerrado los ojos.

—Siempre que canto sola, me imagino que solo hay una pequeña distancia en el escenario entre el público y yo. El silencio es solo la gente que contiene la respiración al esperar que me ponga a cantar de

nuevo.

En cuanto se preparaba, la quietud del dormitorio sí ha parecido ser el instante previo a una actuación. La primera nota ha brotado entre sus labios, y he notado cómo se me erizaba la piel. Ha cantado con voz suave, como si no quisiera hacerse oír, pero yo he sabido que en su cabeza la habitación había desaparecido por completo y que se encontraba ante un público de cientos de personas. La puerta quedaba a mi espalda y ella tenía los ojos cerrados, así que ninguna de las dos nos hemos percatado de que se abría. Estábamos embelesadas en la actuación, cada una por motivos distintos, muy lejos de Finton Hall. Cuando se ha detenido para coger aire, otra voz ha tomado la palabra.

—¡Ah! El «Orfeo» de Sullivan.

He dado un brinco del asiento, pero el señor ni siquiera me ha dirigido una mirada. Estaba apoyado en el marco de la puerta, no había cruzado el umbral, y sonreía hacia la señora. Ella ha parpadeado rápido, como un sonámbulo a quien hubieran despertado con brusquedad.

—Espero que la cantes en la *soirée*.

Se lo ha quedado mirando como si no lo comprendiese. Sus ojos no parecían interpretar siquiera lo que tenían ante sí. El señor se ha puesto una mano en el pecho y ha reído con ligereza.

—Perdona que os haya interrumpido. Es que se me había ocurrido que a Garston le gustaría, como amante de Gilbert y de Sullivan, ¿sabes?

Se había dado la vuelta para marcharse cuando la señora ha hablado con voz aguda y fina.

—¿Garston?

—Sí. —El señor se ha girado y ha enarcado las cejas—. He invitado a unos cuantos amigos de Londres.

Como la señora no le ha respondido, ha señalado la estancia.

—Hay que ser generosos con nuestros talentos, no ocultarlos y guardarlos para nosotros mismos. Y tu voz, querida, es un talento espectacular. Los dos sabemos que está desperdiciada en la iglesia y con los criados. Mereces un público que te aplauda de verdad.

Yo me encontraba casi entre ambos, pero ninguno de los dos ha dado muestra alguna de ser consciente de mi existencia. La señora lo miraba como si él la hubiera sorprendido y le hubiese hablado en un idioma desconocido. Dos puntos rojizos han aparecido en lo alto de sus mejillas. Confieso que no sé qué ha ocurrido en ese silencio. A mí me ignoraban, como se suele hacer con los criados. Al final, el señor ha vuelto a sonreír y ha inclinado la cabeza.

—Ardo en deseos de oírte en la fiesta.

En cuanto se ha marchado, la señora se ha sentado sobre la cama y me ha pedido que me acercase.

—Harriet, escúchame. —Me ha cogido la mano, pero no me ha mirado a los ojos. Sus dedos sin guantes, fríos y blancos, se han deslizado por mi piel encallecida y han recorrido mi palma—. Necesito tu ayuda.

He esperado a que continuara.

—En la velada musical.

Me ha apretado más fuerte, como si lo que quería decirme hubiera encontrado la forma de llegar hasta mí a través de su mano y no por sus labios. No me he movido, pero lo que sea que haya debajo de mis costillas se ha encerrado en sí mismo como un erizo al que alguien hubiera provocado. Lo último que quería era dejarme ver ante las damas y los caballeros de la velada. Creo que la señora ha notado los pinchos porque de pronto me ha soltado y se ha cogido las manos. Ha echado mano de un tono señorial para darme órdenes.

—Habrá más invitados de los que pensaba. Contrataremos ayuda extra, por supuesto, pero te estaría muy agradecida si…

No ha terminado la frase y ha bajado la voz.

—Dependo de ti.

He asentido a regañadientes.

—Por supuesto, señora.

Me ha dado un nuevo apretón en la mano, aliviada, pero no ha dicho qué espera de mí. Ojalá supiera lo que me quería decir.

Sábado, 20 de abril

Visitantes. Estaba ordenando la sala y, cuando he salido al pasillo, me he encontrado con un caballero de rostro parecido a una manzana medio podrida. Me ha mirado una vez y luego otra, como si fuese una sorpresa desagradable, un perro sucio que se había colado en la casa. He pensado que sería otro hombre que viene pidiendo ayuda para alguna causa, pero cuando más tarde la señora me ha hecho llamar con la campana al salón, ahí estaba de nuevo él, con su esposa huesuda y canosa, y el señor.

La señora hablaba fuerte con cierta frialdad, semejante al fresco cielo blanco que se ha pasado toda la mañana mirándonos desde arriba. Me ha dicho que fuera a coger un periódico de su mesa. Había un anuncio de una criada que quería enseñarle a la señora Murray. Cuando he regresado, me ha pedido que esperase y se ha acercado a una mesita lateral para buscar la página en cuestión, mientras en todo momento hablaba con la señora Murray sobre el problema de los criados y luego, y creo que más alto, se ha puesto a comentar lo afortunada que era por contar con una doncella tan amable e

inteligente. Me he quedado anonadada. Ha sido raro que hablara de mí como si no estuviera allí, pero el corazón me ha dado un leve brinco. El señor hablaba en voz baja con el señor Murray y recolocaba los objetos de la chimenea que las criadas habían limpiado y desordenado. El señor Murray lo escuchaba con la mirada girada hacia mí. Me ha ardido la piel. El fuego emitía potentes crujidos en la chimenea, como si fuera una noche de invierno. Y luego la señora ha vuelto junto a mí y me ha entregado la página arrugada.

—Recorta esta parte para la señora Murray y vuelve con el fragmento.

En su mesa del salón hay unas tijeras. En cuanto me he marchado de la estancia, he leído las palabras esperanzadas de la criada y me he apiadado de ella, pues tal vez terminase con los Murray. Al doblar de nuevo el papel, me he dado cuenta de que alguien había usado una pluma para rodear una columna con un círculo. Me he acercado el papel y he visto que era un artículo sobre la posible guerra y lo que se había debatido en el Parlamento. El escritor había sacado las garras para criticar a los que estaban a favor, sobre todo a los diputados liberales como el señor.

Es de sobra conocido que el señor Gethin, en nombre de la caridad cristiana y del progreso social, llena su casa de criados necesitados, heridos y abandonados; ¿les abrirá las puertas a los soldados mutilados, a los niños huérfanos y a las viudas desahuciadas que su apasionado discurso, recibido con un sombrío silencio por sus compañeros, sin duda ayudará a crear? Hay una inconsistencia deplorable en el carácter de algunos caballeros ingleses, que en su casa se comportan con dignidad y en otros países abogan por la violencia excesiva y los derramamientos de sangre innecesarios.

Desconozco los argumentos que defienden la guerra, pero me ha parecido duro usar la bondad del señor en su contra. Una bondad «famosa», decía el texto. Es curioso que se me haya llenado el pecho de orgullo al saber que soy la doncella de una casa que aparece en los periódicos. Finton Hall no está tan aislada del mundo como pueda parecer al vivir aquí. He dado un ligero paseo por la casa y he encontrado a Francis, guapo en su nuevo papel. Lo están formando para que abra la puerta a las visitas, ahora que al fin viene alguien de visita. Nunca he visto a nadie esperar nada con tanta ilusión. Parecía dispuesto a saltar sobre el pomo de la puerta.

En la sala, la señora estaba ocupada sirviendo tazas de té en la bandeja que Laurence acababa de dejar sobre la mesa. Mientras tanto, hablaba sobre la velada musical y comentaba que las mujeres de Hill Court habían aceptado tocar y cantar. No había rastro de los nervios que había mostrado al pedirme ayuda. Estaba alabando la voz de la vieja señora Spencer cuando un aullido de la señora Murray la ha

interrumpido. Todos nos hemos detenido y hemos visto a Francis en el umbral de la puerta. Había sido incapaz de resistirse a echar un vistazo a la reunión. El grito ha parecido dejarlo paralizado donde estaba, y se ha agarrado el abrigo con el puño. La señora Murray se ha llevado una mano al cuello y ha mascullado algo. He visto a Laurence erguirse lentamente de la bandeja del té y quedársela mirando.

—No hay necesidad alguna de ir a buscar voces preciosas fuera de estas cuatro paredes.

El señor ha retomado la conversación de nuevo como si no hubiera ocurrido nada y se ha dirigido hacia Francis. Le ha puesto una mano en el hombro y ha sonreído hacia la señora Murray.

—Canta como los ángeles. Deberíais oírlo.

Su entusiasmo no ha sido bien recibido en la estancia. He visto al señor Murray observar a Francis de tal modo que me han entrado ganas de ponerme entre los dos. El señor no se ha dado cuenta, al parecer; hacía gala de la misma emoción juvenil que cuando me enseñó la rueda de Spedding.

—Ven. Clara le estuvo enseñando ayer. Demuestra lo bien que cantas, querido.

Ha guiado a un Francis agarrotado hacia el piano. La señora ha dejado la cuchara del azúcar.

—Ralph, no creo que…

—Vamos, solo para nosotros. ¿Qué estabais tocando?

Ha señalado la banqueta del piano. La señora no se ha movido. Su esposo le ha hecho un gesto con la mano antes de tomar asiento él mismo.

—¿Por qué no íbamos a deleitarnos todos? Veamos…

Ha tocado unas cuantas notas y ha mirado a Francis de forma alentadora.

—No tengas miedo. Sé que en esta sala hay por lo menos tres personas que ya han disfrutado al oírte cantar.

Ha desplazado la vista hasta la señora y hasta mí. La señora me ha lanzado una mirada confundida.

—La, la, la, la…

El señor cantaba con voz grave y fuerte.

—Ahora tú.

Francis parecía a punto de desmayarse por lo rápido que respiraba. Ha erguido la barbilla y abierto la boca. Ha proferido una especie de grito y un hipo. Todos hemos esperado en un doloroso silencio. Y luego las comisuras de sus labios han descendido y se le han llenado los ojos de lágrimas.

—¡Ay! —La señora Murray ha sacudido un abanico delante de su rostro—. ¿De veras es necesario que padezcamos esto?

Casi en el mismo momento, la señora ha soltado la taza y el

platillo, que se han estrellado en la bandeja del té y se han hecho añicos.

—Qué torpeza la mía.

He corrido hacia ella para ayudarla, pero me ha rechazado con un gesto y se ha girado para decirle algo a la señora Murray. Laurence ha negado con la cabeza en mi dirección y se ha llevado la bandeja. He mirado a Francis, que debido a la sorpresa había dejado de llorar. El señor contemplaba la escena con aire de estudiada paciencia. Se ha girado hacia Francis y le ha sonreído mientras le daba un apretón en el brazo.

—Ya te puedes ir, muchacho. No pasa nada.

Le ha dado otra moneda y ha asentido hacia Laurence en tanto dejaba de sonreír. Laurence ha señalado la puerta con un movimiento de barbilla, y Francis ha salido corriendo como alma que lleva el diablo. Yo también quería marcharme y le he tendido el recorte del periódico a la señora Murray.

—El anuncio, señora.

Seguía abanicándose como una beldad en un baile a punto de desmayarse. Le he puesto unos cincuenta y cinco años, de rostro duro y afilado como la pizarra. Yo soy igual de alta y tengo la mandíbula cuadrada como ella y mi voz no suena débil, pero ha hecho ver que yo no estaba allí. Ya me habían contado que a los criados a veces se nos ignora para confundirnos. La mujer tiene unos ojos de una extraña palidez, como si alguien les hubiera arrebatado el color. Quería que mirasen a cualquier parte menos a mí y me he preguntado si el señor había intentado demostrar lo poco que le importaban sus gritos y comentarios. He dejado el artículo junto a su taza de té.

—Se lo dejo aquí, señora.

—No.

Ha chasqueado la lengua y ha señalado otro sitio. La sangre ha acudido a mis mejillas. Al darme la vuelta, he arrancado la dirección del margen inferior del anuncio. Espero que algún día tenga una criada fuerte y malencarada como Bridie, no una muchacha lánguida y desesperada que busca trabajo en los periódicos.

Francis ocupaba de nuevo su puesto en el vestíbulo. He querido consolarlo, pero Laurence también estaba ahí, alisándole el abrigo y palmeando la tela allá donde la había arrugado con el puño. Cuando la barbilla del muchacho ha empezado a temblar una vez más, Laurence se la ha cogido entre el índice y el pulgar.

—Para. —Se le ha acercado mucho—. Nunca dejes que te vean derrotado. Nunca se lo enseñes. Sobre todo a él.

He dado un paso en su dirección.

—Suéltalo. Le estás haciendo daño.

Laurence ha girado la cabeza y me ha fulminado con la mirada. Me

ha sorprendido de nuevo lo desnudos que parecen sus ojos con esas pálidas pestañas, como si fueran a irradiar una violencia desenfrenada.

—Cómo no, señorita Watkins. Tú eres la más lista. Tú sabes todo lo que hay que saber, ¿verdad? Una mascota con un señor y una señora dignos de ella.

Se ha incorporado y se ha encaminado hacia mí. Se me ha aproximado tanto que he notado el calor que desprendía. Desde fuera habría parecido otra cosa. Me ha empezado a hervir la sangre.

—Te diré lo que eres, Harriet Watkins. Eres una ratita hambrienta que ha encontrado algo de queso. —Se me ha erizado el vello de la nuca—. Demasiado satisfecha consigo misma como para darse cuenta de la trampa en la que se ha metido.

Ha chasqueado los dedos delante de mi cara y luego ha cogido la bandeja y se ha ido. Al ir a consolar a Francis, he notado que me temblaba todo el cuerpo. El muchacho había vuelto la cabeza hacia la puerta principal y fruncía los labios en un intento por no echarse a llorar. Le he dicho que no hiciera ningún caso ni a Laurence ni a los invitados de los señores, pero no he conseguido calmarlo, pues me distraía mi propia incomodidad. Ha puesto una mueca y ha evitado mirarme a los ojos. Así es como empieza. Así empiezan la malevolencia y los secretos entre los criados. En cuanto me he girado, me ha llamado la atención el armario y, con un sobresalto, he visto que el ojo del amante había abandonado su sitio detrás del pisapapeles y me contemplaba con más maldad incluso de lo que recordaba. Las palabras de Laurence están tan vacías como las de Cararreloj, me he repetido sin parar, y solo pretenden asustarme. Es la señora la que está atrapada aquí, no yo. Pero he notado cómo los ojos que hay repartidos por la casa lo observan todo —los de los cuadros, las estatuas y la gárgola— y he pensado en Helene. La antigua doncella debió de sentarse a esta misma mesa en esta misma habitación y debió de pensar que estaba en un buen sitio. Y que estaba salvo.

Día de Pascua. Domingo, 21 de abril

He dormido muy mal y he soñado con pasillos oscuros sin puertas. Tengo un mal presentimiento desde ayer, y no ha hecho más que empeorar esta mañana en la iglesia. Lizzie tenía razón y todos los de la casa hemos acudido al servicio. He visto a vecinos que no conozco, rostros jóvenes y mayores que escrutaban los nuestros, curiosos para con los recluidos en Finton Hall. Había tenido muchas ganas de ver a más gente, pero al final me he sentido como una criatura en un zoo. El

señor se movía entre ellos con destreza, dando palmadas y estrechando manos, saludando a todos como un viejo amigo.

Laurence también ha sido bien recibido, por lo menos por las hijas de unos cuantos feligreses. Él era consciente y ha ido repartiendo miradas y sonrisas hasta el punto de que yo habría podido secar mi ropa interior sobre las llamas de las mejillas sonrojadas. Mary las ha fulminado con la mirada, petrificada como una fuente. Cuando salíamos de la iglesia, he visto cómo le ponía una pluma en la mano. Maldito diablo. Creo que se la ha robado a alguna mujer del sombrero.

He ocupado el banco entre Barrett y Cararreloj y me he sentado rígida como una estatua. Veía de reojo los ligeros movimientos de las manos de Barrett para pasar las páginas del libro de oraciones, alisar sus puños inmaculados y hacer desaparecer una arruga de sus pantalones. Mary dice que es el motivo por el que Laurence es tan duro con Francis. La he protegido con mi paraguas mientras esperábamos fuera antes de entrar y la he obligado a entablar una conversación conmigo. Barrett afirma que Laurence dejará los establos y pasará a trabajar en los jardines cuando Francis haya terminado su formación y que el chico es su sustituto. Laurence también le ha contado a Mary que Barrett fue el culpable de que se marchara Joe, el mozo de cuadras que tan bien le caía. Yo he puntualizado que es el señor quien nos paga el sueldo y no su ayuda de cámara, pero Mary ha negado con la cabeza y susurrado:

—Barrett consigue que se haga lo que él quiere en la casa. Inventará cualquier excusa para poner al señor en su contra.

En la iglesia, no he dejado de mirarlo de reojo para intentar conocerlo mejor, pero es un hombre totalmente impenetrable; no hay atisbo alguno de sus emociones o pensamientos. Solo emitía ruidos al respirar por la nariz, una especie de susurro como de olas rompiendo a lo lejos. No me ha gustado oírlo y no me ha gustado nada sentarme entre él y Cararreloj. Ahora creo que los dos forman parte de un sombrío engranaje, juntos como las ruedas del artilugio de los mineros, pero que provocan oscuridad en lugar de luz.

El único momento alegre en la iglesia ha llegado cuando he podido volver a oír cantar a la señora. Su voz se alzaba por encima de nosotros como un mirlo volando entre urracas, atrás quedaban los tonos callados con que había cantado últimamente en la casa. Ahora sí que estoy segura de que a eso se refería al decir que había enterrado su talento. El señor está en lo cierto al afirmar que desperdicia su don; las damas tienen pocas oportunidades de actuar. En su mesa se acumulan algunas invitaciones a conciertos caritativos. La señora me mostró una la semana pasada, de un hospital infantil que atrae a grandes cantantes y artistas muy respetados. Quizá albergue esperanzas.

No he conseguido oír cantar a Francis, aunque se encontraba en el banco detrás de mí. No he oído que nadie le dirigiera la palabra, pero las miradas eran lo bastante elocuentes. El chico miraba hacia la nada y hacia nadie, por más que docenas de ojos lo analizaran de la cabeza a los pies. Espero que su silencio no lo haya provocado el miedo. Ahora que hemos terminado de comer, debe de tener ya el día libre. Iré a buscarlo. Creo que sé cómo animarnos los dos.

Más tarde

Creía que quería conocer todos los secretos de la casa. Habría sido mejor para mí merodear con los ojos tapados y las orejas gachas. He cogido algunas hojas de papel de la mesa de la señora y he ido a buscar a Francis. No lo he encontrado por ninguna parte. Ni en la habitación donde duerme ni en el zaguán donde va a hacer burbujas de jabón con la pipa de arcilla que el señor le regaló, ni en la alacena donde un día me lo encontré dibujando las enormes garrafas de aceite de Italia. (Me sorprendió que hubiera logrado capturar la luz que desprendían, pero vi que tenía lágrimas en los ojos porque solo tenía un trozo de pizarra y un lápiz con que dibujar). Tampoco estaba en el patio, donde acaricia al viejo perro y habla con el animal. No me ha parecido que fuese a aventurarse más lejos, ya que está demasiado acostumbrado al ajetreo de las calles de Londres y muy poco al bosque, a los prados y a los lugares tranquilos. Y luego he recordado con pena en el corazón que, si quería encontrar a Francis, debía ir a buscar a Laurence, y la forma más rápida de dar con él era preguntárselo a Mary.

Se encontraba en el vestíbulo, jugueteando con la pluma que él le había dado en la iglesia. La ha ocultado debajo de la falda hasta que ha visto que era yo la que se acercaba y luego la ha sacado con una sonrisa tímida porque quería que me fijara. Ojalá tuviera alguien más con quien compartirlo. Por una vez, no sabía dónde estaban Laurence ni Francis. La he dejado acariciándose la barbilla con el extremo de la pluma y luego los brazos, supongo que sumida en fantasías en que imaginaba que era Laurence quien la tocaba.

Bridie estaba en la cocina cuando he pasado por allí de nuevo y me ha dicho que los había visto salir. He recordado que a Laurence le encanta pavonearse delante de los mozos de cuadras y he rodeado la fachada de la casa hasta respirar el olor fuerte y acre a excrementos y heno y sudor de caballos, percibiendo la pesada calidez de los cuerpos del interior. Los caballos me dan un poco de miedo, son animales con demasiados músculos.

Detrás de los establos hay otro patio con graneros para la comida y los arreos, además de la cochera. He abandonado la búsqueda y me he colocado junto a la pared para sentir el aire fresco en la cara antes de que empezase a llover de nuevo. Una de las grandes puertas de la cochera estaba abierta un par de palmos, y en el silencio me ha parecido oír un chasquido. Nunca he entrado allí y me he acercado a asomar la cabeza. El interior estaba en penumbra, no había ventanas y el ambiente era más frío. A medida que mis ojos se han acostumbrado a la negrura, he divisado con más claridad el enorme carruaje. Y también he visto que la puerta más alejada de mí estaba abierta. He oído una voz, y el jardinero que me recuerda a William ha pasado por delante del vehículo mirando atrás por encima del hombro. El carruaje se ha mecido como si alguien hubiera bajado de un salto, la puerta se ha cerrado de pronto y he visto a Laurence. Se le ha caído el pañuelo y se ha agachado a cogerlo, gesto que ha provocado un comentario de burla del otro muchacho. Los dos se han echado a reír, y Laurence le ha dado una palmada en el brazo al pasar por su lado. Parecía dirigirse directamente hacia las puertas y hacia mí —he abierto la boca para llamarlo por su nombre—, pero de pronto se ha girado, ha rodeado el cuello del muchacho con una mano y le ha dado un beso.

Han mantenido los labios juntos durante quizá tres anonadados latidos de mi corazón. He visto la firmeza de la mano de Laurence, cómo han fruncido el ceño al cerrar los ojos y la fiereza del beso. Cuando han terminado, se han quedado cara a cara, la frente de uno sobre la del otro, sonriéndose. He recordado el olor de Laurence cuando había estado así de cerca de mí, y la sangre me ha recorrido el cuerpo entero.

Una parte de mí se ha sobresaltado, no sé cómo ni por qué, y la puerta ha crujido. Dos cabezas se han girado hacia mí, y he dado un tambaleante paso atrás hacia la luz antes de dar media vuelta para echar a correr por el patio. La puerta ha traqueteado cuando alguien se ha dispuesto a perseguirme. Al llegar a la esquina de los establos, he mirado atrás. Laurence se precipitaba hacia mí con una cara y un propósito que me han infundido mucho terror. He volado por el patio junto a la casa y me he detenido en el centro, sin saber a dónde ir, dónde estaría a salvo. Él se ha quedado quieto y ha mirado hacia la casa y los establos. Al final, mis pies me han situado en el lugar más seguro de todos, cerca de la cocina y de los jardines para que pudieran oírnos y a la vista de quienquiera que se asomara a las ventanas de este lado de la casa; he sentido como si la propia mansión hubiera abierto cien ojos para contemplarnos. De hecho, los dos nos hemos quedado paralizados y no hemos podido hacer más que mirarnos. Pero menuda mirada. En esos instantes de silencio, he mantenido con Laurence Triggs una conversación más sincera de lo que jamás nos

hayamos dicho con palabras. Él quería que me mantuviese callada, y he sabido que se encargaría de ello sin vacilar. Sin embargo, también irradiaba de sus ojos una pregunta, una súplica incluso. No he sabido cómo responderle… He pensado en Mary y he sido incapaz de ordenar mis pensamientos. Él ha detectado mis dudas y me ha odiado. Aunque he percibido que su miedo era más grande que su odio. Lo he olido, igual que el sudor de los caballos.

El sonido de unos cascos nos han interrumpido. Parecía que se avecinaban problemas, pero era el señor, que cruzaba el arco con su yegua gris. Ha tirado fuerte de las riendas, ha llamado a gritos al mozo de cuadras y ha saltado de la silla.

—Ha perdido una herradura.

Encontrarse con Laurence lo ha puesto de peor humor aún.

—Nunca estás donde deberías.

El señor se ha inclinado para inspeccionar la pezuña y le ha dado un codazo en las costillas a la yegua mientras seguía hablando. La vista de Laurence no se ha apartado de mis ojos y me ha mantenido paralizada.

—Debería ponerte a trabajar aquí, de rodillas entre la mugre, ya que tanto te gusta. Ayúdame con las botas, anda.

Al incorporarse, el señor me ha visto y se ha detenido. Me he obligado a dejar de observar a Laurence. Ha sido como darle la espalda a un toro. He hecho una reverencia. El señor se me ha quedado mirando durante más rato del conveniente, sin esbozar una de sus habituales sonrisas, y luego ha echado a caminar hacia la casa mientras el mozo de cuadras se encargaba de la yegua. Laurence no se ha movido. Su rostro era una máscara de terror, lleno de desesperación y de amenazas.

—¿Sabes lo que podría pasarme? —Sus ojos se han clavado en los míos—. ¿Sabes lo que podrías hacer?

Le he devuelto la mirada, incapaz de responder, y he visto cómo apretaba los dientes.

—¿Por qué has tenido que ir a la maldita cochera? Se supone que tu lugar está…

Se ha detenido, de pronto vencido, y ha agachado la cabeza.

—En la casa, diantres.

Nunca había sentido ningún tipo de ventaja sobre Laurence. El miedo ha empezado a abandonarme.

—¿Por qué te quedas aquí, pues?

Ha levantado la vista de inmediato.

—¿Crees que puedo marcharme sin más?

—¿Por qué no?

Ha entornado los ojos.

—¿Crees que me dejarían irme y buscar otro trabajo cuando

podría…?

Se ha quedado de nuevo sin palabras.

—¿Cuando podrías qué?

Ha vacilado, con expresión de pánico y desconfianza. Durante unos segundos, se ha mordido el labio tan fuerte que he pensado que se haría sangre, y ha negado con la cabeza para rechazar lo que tenía pensado decir.

—Saben lo que soy. Pueden conseguir que haga lo que deseen.

—¿Quiénes? —He fruncido el ceño—. ¿Te refieres a Barrett?

Ha mirado al suelo y no me ha contestado. He recordado lo que acababa de decir el señor.

—¿El señor también, Laurence? ¿Lo sabe todo sobre ti?

No me ha respondido, pero ha hecho un gesto como si fuera un caballo que intenta desatarse las riendas. Me he arriesgado.

—¿Sabe lo que pasó contigo y con Helene?

Ha sido un error. Se ha girado hacia mí, y he sentido de nuevo la misma rabia apoderándose de él que cuando dio el puñetazo en la pared. He levantado una mano.

—No diré… —he empezado.

Ha esperado a que siguiera hablando.

—No diré nada.

He presenciado cómo intentaba creérselo. El sentido común me pedía que le ofreciera algo más, que le hiciera alguna promesa, pero al final la pregunta que me martilleaba la cabeza se ha abierto paso entre mis labios.

—¿Cómo le has podido hacer esto a Mary?

Laurence ha abierto mucho los ojos. Los dedos de su mano derecha se han extendido como si quisiera coger algo, y la luz ha arrancado destellos a su anillo grabado. Cuando ha tomado la palabra, ha hablado con gran cuidado, como si las palabras que me dedicaba fueran frágiles y pudieran romperse.

—La amo.

Me lo he quedado mirando fijamente.

—Entonces, ¿por qué…?

Se ha mordido el labio de nuevo. He visto cómo buscaba una explicación que yo pudiese entender, pero no lo ha conseguido.

—Es… una parte diferente de mí, nada más. Contárselo a Mary no la ayudará.

La desesperación le demudaba el gesto, acompañada de una rabia y un miedo crecientes, y se me ha ocurrido una idea.

—Muy bien. Pero, a cambio, deberás ser más amable con Francis. Fórmalo bien. No es culpa suya que lo contrataran para sustituirte ni que Barrett se deshiciera del antiguo mozo de cuadras.

Las palabras de Mary sobre Barrett habían regresado hasta mí

desde la puerta de la iglesia. La sorpresa ha atravesado el rostro de Laurence. Lo había dejado descolocado. He dado un paso adelante.

—¿Qué le pasó al mozo de cuadras, por cierto? ¿Por qué huyó?

En la casa ha sonado un aullido de furia. Laurence se ha pasado una mano por los ojos con fuerza. Se ha girado y había avanzado medio patio hacia la casa cuando se ha girado de pronto en un repentino ataque de cólera.

—Mantén el pico cerrado. O te juro que me las pagarás.

La puerta se ha cerrado de golpe tras él. Me la he quedado contemplando como si esperase que se abriese con un estallido. No se ha movido nada, a excepción de uno de los caballos, aburrido en los establos. Una solitaria gota de lluvia me ha golpeado la mejilla, y me he encogido. He cogido aire en la que me ha parecido la primera vez desde que había presenciado el beso en la cochera. A fin de cuentas, me he dado cuenta de que todo estaba bastante claro —además de mi propia lentitud mental—. Annie lo habría detectado enseguida: las bromas y el alardeo de Laurence ante los mozos y los jardineros, las miradas maliciosas de Cararreloj. En Londres, Annie siempre me tiraba del brazo para que mirara a ciertos hombres o señalaba calles o lugares públicos, con las cejas arqueadas, mientras yo seguía avanzando sin percatarme de nada. Ahora, para mi sorpresa, ya no me impactaba nada. Hay quien se aparea con todo lo que se mueve, sin duda… Y ¿por qué no iban a hacerlo aquí, igual que en los callejones y los parques de Londres? Pero estaba Mary. También me he acordado de su beso, tan lleno de necesidad hacia el otro. Quizá sí que sea algo distinto para él. Nunca se me había ocurrido que el amor pudiera dividirse de esa forma, como si fuera diferentes trozos de carne. Pero ¿dejar que la pobre creyese que él era suyo por completo? ¿Eso era amor? Si se enteraba, aquello la destrozaría. Jamás volvería a confiar en Laurence… ni siquiera en lo que respecta a lo que pasó con Helene.

La casa se cernía siniestra sobre mí. Me he apartado de ella para cruzar el patio y alejarme del huerto de las cocinas. Tras doblar el rincón, he visto a Francis en el prado, sentado debajo de un roble. Me ha parecido que había transcurrido una eternidad desde que había salido a buscarlo. Estaba desplomado con las piernas estiradas, la cabeza agachada sobre el pecho y arrancando briznas de hierba con los dedos. Me lo he quedado mirando, tentada a tomar otra dirección, pues me zumbaban los oídos. Pero yo también me había sentado ahí mismo un día, sintiéndome tan sola e impotente como parecía él. Las lágrimas de miles de criados deben de haber regado ese árbol. He recordado el papel y el lápiz de mi bolsillo y he caminado hacia él. Ha erguido la cabeza y he visto que su expresión desprendía dolor. Al arrodillarme, se ha apartado, y he alargado el brazo para acariciarle la mejilla. Aún es lo bastante pequeño como para permitirme hacerlo.

—¿Qué pasa?

Ha agachado la barbilla más hacia el pecho y ha hablado tan bajito que apenas lo he oído. Decía algo sobre los establos y sobre querer que Laurence le enseñara los caballos. Laurence se había reído de él delante de los mozos de cuadras, se había burlado de su gran sonrisa y le había preguntado si había robado algo de heno, pues tenía la dentadura de un caballo. Me he removido hasta sentarme a su lado.

—Pensemos en las cosas bonitas que les puedes contar a tus padres.

No me ha contestado, se ha limitado a juguetear con el trozo de alambre con el que se había rodeado el dedo para imitar el anillo grabado de Laurence. Yo he empezado a enumerar cosas en voz alta: el perro, su librea, la pipa de arcilla. Su carácter es demasiado alegre como para resistirse demasiado al juego. Enseguida ha añadido viajar en el carruaje de dos ruedas, dormir en su propia habitación (un jergón en un almacén abarrotado) y, sobre todo, que el señor le había regalado un cuaderno de dibujo para Pascua y le había dicho que podría dibujar el pisapapeles de cristal con la mariposa de verdad que está encerrada en el interior. He pensado que Francis también querría escribir sobre la señora y las canciones que habían cantado juntos, pero quizá ese recuerdo está arruinado para siempre por culpa de los Murray y de Laurence, Al final, ha añadido con voz tímida y traviesa al mismo tiempo:

—Y usted, señorita.

He soltado una carcajada y luego, de pronto, me han entrado ganas de llorar. Le he puesto el lápiz en la mano y me he apresurado a hablar para ocultarlo.

—Empecemos por la fecha.

Escribe muy lento y con letra torcida. Es como si las palabras hubieran caído sobre la página desde cierta altura. Es absurdo que me compare con un niño, pero he sentido un orgullo momentáneo por cómo he mejorado con mi escritura y por lo agradecida que estoy —ya puestos a contar bendiciones— por que la señora me haya hecho su doncella. Cuando Francis ha terminado, le he preguntado si yo podría escribirles algo a sus padres también. Les he dicho quién era y que podían estar muy orgullosos de su hijo, y también les he prometido que sería amiga suya y que me encargaría de cuidar de él. Laurence hará lo que le pida, creo, a pesar de su amenaza. Pero no si le cuento a Mary su secreto. Ojalá pudiera borrarlo de mi cabeza o dejarlo a un lado; tengo la sensación de que Mary se dará cuenta de que le oculto algo en cada uno de mis movimientos, como si la traición de él de repente también fuera mía. El cielo ha cedido al fin y nos ha bombardeado con la lluvia, y hemos corrido hacia la casa para sellar la carta de Francis y añadir la dirección de su familia en Stepney.

Martes, 23 de abril

He fingido estar enferma para cenar en mi habitación y saltarme el desayuno, y así no enfrentarme a nadie, sobre todo a Mary. Aunque no voy a poder evitarla para siempre. La señora me ha hecho llamar esta mañana, mientras leía con suma atención los programas impresos para la velada musical, y he bajado a la cocina a por algo de comer. Mary estaba en el pasillo de los criados, bloqueando el paso con dos garrafas de agua. Parecía agotada y ha tenido que dejarlas en el suelo para descansar un poco. Mi corazón se ha apiadado un poco de ella. Le he preguntado si quería ayuda, y mi propuesta le ha erizado los bigotes de rata durante varios segundos.

—Son para los aposentos del señor.

—Muy bien.

Ha dudado y me ha mirado arriba y abajo. Como no quería mirarla a los ojos, he cogido una garrafa y he echado a andar. Íbamos por la mitad de las escaleras cuando he oído una tímida pregunta tras de mí.

—¿Te ha dicho algo él?

He reducido el paso y enseguida me he arrepentido de haberle ofrecido ayuda.

—¿No?

No he mirado alrededor, pero no creo que mentir se me dé mejor que a ella.

—¿Nada en absoluto?

—No.

Se ha hecho el silencio. Desde el domingo he visto pocas veces a Laurence en la planta baja y me pregunto si él también estará evitando a Mary. Hemos subido unos cuantos escalones más, y de pronto mis pies se han detenido. Me palpitaba el cerebro. ¿Por qué debería guardar los secretos de él? Es probable que ya haya arruinado la vida de Helene, así que ¿por qué iba a permitir que también le haga daño a Mary? Si yo fuera ella, me gustaría saberlo, por dolorosa que resultase la verdad. Me he girado para observar su rostro triste, que me contemplaba a la espera.

—Muy bien. Te lo contaré. —He dejado la garrafa en el suelo—. Laurence te ha ocultado una cosa.

Ha abierto mucho los ojos.

—Sé lo mucho que te importa él, Mary, pero debes saberlo.

Un gesto duro se ha apoderado de su expresión, y ha empezado a subir las escaleras dejándome atrás. He soltado un suspiro.

—Mary, no lo entiendes. Laurence…

—No, eres tú la que no lo entiende.

Se ha detenido un escalón por encima de mí y se ha girado, temblorosa.

—Todo el mundo cree que lo sabe todo sobre él, pero no es así. No fue culpa suya. Si no hubiera dicho que fue él, se habría quedado sin trabajo.

He abierto la boca y la he cerrado al instante. Mary me fulminaba con la mirada.

—Nadie la habría creído a ella, de todos modos. Habría tenido que irse igualmente.

He comprendido muy lentamente de qué me estaba hablando. Mi mente ha avanzado a tientas hacia el tema en cuestión hasta que me ha dado un golpe en toda la frente.

—¿Helene?

Unas lágrimas de furia han anegado los ojos de Mary.

—Estaba dispuesta a acusar… —Ha bajado la voz y ha observado las escaleras arriba y abajo, nerviosa—. Decía que la había dejado embarazada un caballero, un amigo del señor de Londres. Que le había dado algo para dormirla y que la había violado. Cuando supo que estaba en una situación límite, dijo que iría a hablar con el señor y con la policía. El señor Barrett se lo impidió. Le indicó a Laurence que dijera que había sido él para que nadie la creyese a ella si algún día acudía a la policía. Y así pensarían que no intentaba más que sacar algo en beneficio propio.

La fiereza de Mary ha regresado.

—Así es como actúa el señor Barrett. Dijo que conseguiría que despidieran a Laurence si no decía que el bebé era suyo. Y que había logrado que todo el mundo pensara ya que había sido él y que se quedaría solo y sin reputación alguna. Nadie lo contrataría después de lo ocurrido, no tendría a dónde ir. No le quedó más remedio.

Las palabras de Laurence han regresado a mi cabeza: que podrían obligarlo a hacer lo que quisieran, que no podía marcharse. Estaba atrapado por culpa de Barrett, más incluso de lo que Mary sabía, y mi decisión de contarle lo que había presenciado ha empezado a desvanecerse. Además, tenía preguntas más urgentes que formularle.

—¿El señor lo sabe?

—Barrett lo protege. —Mary ha curvado los labios—. El señor cree lo que él le dice.

—Pero ¿Laurence no pudo decírselo a la señora?

Ha resoplado y negado con la cabeza, como queriendo decir que era la última persona a la que alguien acudiría en busca de ayuda.

—Era muy agresiva con él, y luego se puso tan loca al ver el retrato que los doctores tuvieron que encerrarla en su habitación durante una semana.

—Que la… ¿Cómo?

Su rostro se ha llenado de desprecio.

—Laurence no ha hecho nada malo. Son Barrett y ella… —Ha

señalado con la cabeza el lugar en el que debía de estar la señora—. Son ellos los que causan los problemas.

Ha avanzado con paso fuerte y me ha dejado boquiabierta en las escaleras. Al pensar en cómo había provocado a Laurence en el patio con lo de Helene, se me han enrojecido las mejillas. Había estado más que dispuesta a creer que era él el culpable y a fiarme más de Tabby que de Mary. Pero se trataba nuevamente de Barrett. El ayuda de cámara del señor ha aparecido en mi mente como una esponja monstruosa que absorbe toda la suciedad antes de que afecte a sus amos. ¿Era posible que hubiera actuado de esa forma para salvar la reputación del señor Gethin, para enterrar el escándalo de su amigo, sin que el señor lo supiera? Gertrude me había dicho que los sirvientes con algún rango superior a veces son peores que sus amos. He levantado la vista. Mary bajaba las escaleras hacia mí con furia renovada en la cara.

—Y no te estaba preguntando nada sobre Laurence. Te estaba preguntando si el señor te había dicho algo de eso.

Ha señalado mi vestido de arriba abajo. Me ha dado un doloroso golpe en el hombro. Debo de haberme puesto blanca como la nieve, pues su rabia ha decrecido un ápice. Se me ha quedado mirando, y he intuido que estaba sopesando una decisión.

—Ven conmigo.

Ha dejado la garrafa de agua y ha tirado de mí para subir las escaleras y llegar a la tercera planta. Los aposentos del señor se encuentran en la parte trasera de la casa y los de Barrett, al otro lado del pasillo. Nunca había estado aquí; mantenerlo todo limpio y ordenado mientras él estaba en Londres era tarea de Mary, y a mí se me dijo que no subiera cuando ella se puso enferma. Me ha llevado directamente a su salita privada. Es preciosa, con toda clase de bonitas butacas, mesitas, reposapiés y biombos, y en cada superficie hay decenas de adornos y curiosidades bellísimas. Me podría haber pasado horas observándolo todo. Hay muchas cosas que no he reconocido, artilugios extraños como la rueda de Spedding.

Mary se encontraba en el centro de la estancia, a la espera de que mis ojos se acostumbraran al entorno. Ha mirado enseguida hacia la chimenea para conducir mi atención hacia allí. En ese lugar hay un cuadro enorme, el retrato de una mujer. Durante unos delirantes segundos, he creído que se trataba de mí. La mujer está sentada en un balcón con el codo apoyado en la barandilla y los dedos sobre el cuello como si quisiera jugar con su colgante en forma de pera. Detrás de ella se alza un vasto y bello paisaje, que se extiende hasta una mina en el horizonte, de la que emergen montones de carbón que resplandecen entre las verdes colinas hasta formar parte de la escena, aportando cierta armonía. El balcón está repleto de objetos preciosos

que denotan comodidad y pasatiempos divertidos: un perro dormita a sus pies, junto a su mano hay partituras de música, una jaula de pájaros vacía con la puerta abierta está medio cubierta por una tela verde, pero de pronto se ve al canario volando por los aires. Parece el cuadro de otra era. Mary se ha acercado a la pintura.

—Este es el retrato en cuestión que causó el alboroto. No el de abajo en el que se ve a la señora con un vestido verde.

He intentado tragar saliva, pero no lo he logrado. Se trata de la señora, por supuesto. Mira hacia la estancia con expresión seria. El pintor ha retratado en parte la tensión de su mirada. Pero es el vestido el que hace que me sobresalte, el que me obliga a observar mi cuerpo. Es el mismo que llevo. Azul y lila, con volantes y pliegues y botones. En el cuadro, en la señora, parece más elegante si cabe; quienquiera que lo diseñara sabía exactamente el efecto que produciría y que resaltaría sus ojos marrones y su hermosa piel. Al encontrarme delante de la pintura, me ha dado la impresión de que el verdadero vestido también tenía ojos y se revelaba al saberse endosado a una paupérrima sustituta. La tela se ha apretado sobre mi cintura y me ha dificultado respirar; los puños me han irritado la piel y el peso de la falda se ha incrementado.

—Según mi tía, el señor encargó el vestido especialmente para el retrato. Era un regalo de aniversario.

Mary brillaba de nuevo haciendo gala de su devoción por los escándalos.

—Pero la señora se negó a volver a ponérselo y a que bajaran el cuadro.

—¿Por qué?

Se ha encogido de hombros.

—Amenazó con desgarrarlo con un cuchillo, así que el señor tuvo que traerlo hasta aquí. Pero resulta que ya por aquel entonces estaba embarazada. El doctor dijo que fue por eso. Y que había algo extraño en ella. Fue cuando la encerraron para evitar que amenazase a alguien o algo con un cuchillo. Desde entonces, solamente ha llevado colores oscuros. No habíamos vuelto a ver el vestido hasta que apareciste tú luciéndolo.

No he respondido. No podía. Todo el aire parecía haber abandonado mi cuerpo. Ese era el retrato que protagonizaba los rumores, no el de la muchacha de verde. He recordado cómo me miró el señor cuando nos vimos por primera vez en la biblioteca, así como la larga mirada que me dedicó Barrett. Y la señora… He sentido que me ahogaba. Un espantoso presentimiento ha invadido mis entrañas. ¿Qué la había llevado a actuar así? Es al señor a quien teme u odia, ya no hay ninguna duda al respecto. Pero ¿por qué? Me he quedado mirando fijamente el retrato en busca de algo que pudiera alterarla,

que pudiera provocarle ganas de hacer añicos la pintura. Era tan solo un regalo precioso, como el vestido.

Entre todos los tesoros, un reloj ha soltado un repique mortífero, o eso me ha parecido a mí. Mary se ha puesto en marcha enseguida.

—Volverán pronto… Y no he terminado. Rápido.

—Mary.

Le he rozado el brazo antes de que saliera corriendo.

—Gracias. Por enseñármelo.

Se ha encogido ligeramente de hombros.

—Y perdona. Por lo de Helene… Por pensar que fue Laurence.

Me ha mirado de reojo, reacia a perdonarme tan pronto, pero ha asentido. Cuando se ha marchado, he levantado la vista hacia la señora, que me observaba desde el cuadro. ¿Sabría ella la verdad de lo de Helene? Quizá se lo había contado al señor y él no la había creído. Me ha dado un vuelco el estómago por el miedo. Se había vuelto tan loca y tan violenta que tuvieron que encerrarla. He notado de nuevo cómo el vestido se ceñía más a mi alrededor, un símbolo de algo espantoso que no he sabido nombrar. La idea de que el señor me encontrase allí era insoportable. Debe de pensar que yo ya había visto el retrato y que había conspirado con la señora para llevar el vestido. No me extraña que Cararreloj se echara a reír como lo hizo cuando bajé a la cocina así vestida por primera vez. Me vio como la marioneta que soy. Igual que todos. Una rata en una trampa, me había dicho Laurence.

He corrido hacia el cuarto de los niños y he encontrado a Lizzie ordenando la ropa del bebé. Al verme, me ha pedido que tomara asiento, pero mis preocupaciones en lo referente el retrato no la han impresionado.

—No pasa nada por que te dé un vestido que no quiere.

—Pero ¿este en concreto? Es demasiado para una criada, y ahora sé que significa algo entre ella y el señor.

Ha acariciado el encaje de los puños con dos dedos.

—Es muy elegante.

He notado cómo se me llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Y si solo me pidió que fuera su doncella para poder encasquetarme el vestido? En realidad, soy una criada normal y corriente, y ni siquiera soy tan guapa como Mary o Lily.

—Olvídalo, Harriet. —Lizzie se ha inclinado para que estuviéramos cara a cara—. Tengan el problema que tengan, no es culpa tuya ni asunto tuyo.

No estaba recibiendo el consuelo que había ido a buscar. Se ha incorporado y se ha acercado a la cuna de Edward, pues el niño había empezado a llorar.

—De todos modos, me alegro de que no vaya a ser mi señora

durante mucho más tiempo.

Se estaba alejando de mí, así que tan solo lo he captado a medias. Mi corazón ha percibido el primer rumor de una segunda tragedia.

—¿A qué te refieres?

—La señora ha venido hace un rato. —Ha cogido a Edward y le ha dado un beso en la carita arrugada—. Quiere destetarlo.

—¿Destetarlo?

He pensado que no la había oído bien por el llanto de Edward. Me ha hecho señas para que esperase un minuto, se ha sentado en la silla y se ha abierto la parte delantera del vestido. El silencio ha retornado a la estancia. Y Lizzie ha negado con la cabeza.

—No sé por qué quiere darse tanta prisa con eso. Al doctor no le hará ninguna gracia. Es demasiado pronto.

No he sabido qué decir. Todo lo que parecía seguro y positivo en la casa está empezando a hacerse añicos en mis manos. La idea de perder a Lizzie hace que me sienta huérfana. No tiene ningún sentido que la señora esté dispuesta a dejarla marchar tan pronto. Un oscuro abismo se ha abierto entre mi señora y yo. Ella no lo sabe y no se lo voy a contar todavía; recorreré el precipicio con mucho cuidado. Me he mirado el regazo y los preciosos pliegues del vestido, que ahora parece una jaula. Es como si los problemas de la señora hubieran adoptado una forma física y de pronto también me atrapasen a mí. La señora B. me había dicho que conmigo estaría a salvo. En lo que no había pensado era en la pregunta inversa: si yo estaría a salvo con ella.

Viernes, 26 de abril

¿Qué hago? Dios, ni siquiera puedo escribir bien. No dejo de pensar que es mi culpa… No debería habérselo pedido a la pobre Lily. Debería haber seguido en mi sitio y ella en el suyo.

Ha sido porque quería hacer un peinado como Dios manda. Mi última lección con la señora T. y Tabby tuvo lugar ayer, y mañana habrá tanta gente en la casa que me aterra no hacerlo bien. He pensado en Lily porque tiene el pelo espeso y una buena mata de rizos, y eso significa que no tendría que preocuparme por usar el rizador. Y también se me ha ocurrido que sería una forma de llevarme mejor con ella, de mostrarle que no soy un monstruo, por muchas barbaridades que oiga sobre mí en la cocina. Se lo he pedido en las escaleras después de comer. Se me ha quedado mirando durante un rato como si fuera un perro a punto de soltarle una dentellada, pero luego se ha puesto una mano en la nuca y ha sonreído, con cierta timidez. Quizá ante la posibilidad de quitarse la cofia durante un rato.

No ha sido una modelo tan paciente como Tabby. Hemos bajado el espejo de la pared del desván para que lo sujetara con las manos, pero no lo dejaba quieto ni paraba de mover la cabeza. Al final, se lo he arrebatado y lo he dejado boca abajo en la cama hasta que lo necesitara. El peinado ha empezado a cobrar forma a pesar de su inquietud y de mi impaciencia. Era fácil recogerle el pelo y las trenzas no se han torcido. Al final, he dado un paso atrás y le he pedido que se pusiera en pie y se colocase delante de mí.

—¡Lily!

He estado tan concentrada en los detalles que no me había dado cuenta de cómo quedaba en su conjunto. La bonita criada había desaparecido, y ante mí se encontraba una joven princesa del reino de las hadas. Debería llevar un vestido de gala, no uno sencillo de algodón en un desvencijado desván.

—¡Quiero verlo!

Su voz es sorprendentemente fuerte y grave para ser una persona que parece hecha de porcelana. Tiene un marcado acento londinense. He cogido el espejo y ha puesto los ojos como platos. Se ha contemplado asombrada, ladeando la cabeza de distintas maneras, como si no reconociera su propio reflejo. Hemos oído ruidos procedentes del pasillo, alguien que subía las escaleras, y luego fuertes pasos. Mary ha abierto la puerta de repente y ha irrumpido en el desván jadeando. Al ver a Lily, me ha parecido que dejaba de respirar.

—¿Qué estáis haciendo?

Me he erguido y mis labios han esbozado una sonrisa.

—Estoy practicando un nuevo peinado para la señora.

Me habría encantado hacer desfilar a Lily por la casa y por el pueblo, eso me hubiera encantado. Mary ha parpadeado deprisa, con los bigotes en punta. He imaginado que pensaba que debería haberle pedido a ella que fuera mi modelo. Ha mirado a Lily de arriba abajo.

—Uno de los invitados ha llegado un día antes y la habitación no está terminada. Te necesitamos. Ya.

La cabeza de Lily está llena de horquillas, así como de cintas y lazos que yo había cogido de la habitación de la señora. He alargado un brazo, pero la chica se ha apartado de mí.

—Lily, no puedes bajar así.

—Tiene que bajar. —Mary parecía molesta—. Y la señora te ha estado llamando a ti con la campana. Vamos.

—Toma. —He cogido la cofia de Lily—. Intenta quitarte la parte alta mientras bajas las escaleras para que pueda taparte el peinado.

No tenía mucha fe en que lo consiguiera, pues la parte alta del peinado también estaba sujeta con horquillas, pero nadie debía darse cuenta. Al ir con la señora, me la he encontrado en el salón, tomando el té acompañada de un rostro ceniciento que me resultaba familiar.

La señora Murray se había desgarrado el vestido al subir en el carruaje en Londres y quería que se lo remendara después de haber tomado una taza. Lily habría tenido tiempo de sobra para llevar carbón y agua a la habitación, y deshacerse del peinado, pero su reflejo en el gran espejo la había subyugado. No ha podido abandonar ese aspecto. Cuando la señora ha guiado a la señora Murray hasta su habitación conmigo a la zaga, Lily se ha girado, sorprendida entre la cama y el aguamanil como un ciervo desprevenido. No se había quitado ni una sola horquilla. La señora estaba tan tranquila y gélida como un lago helado.

—Sal ahora mismo del cuarto y espera fuera.

Cuando Lily se ha escabullido, yo he dado un paso adelante.

—Señora…

—Ahora no. —Ni siquiera me ha mirado, y se ha girado hacia la señora Murray—. Perdóname un momento, Victoria. Watkins se llevará tu vestido. —Irradiaba una resolución que en parte era alegre y en parte siniestra.

—Señora, le he pedido a Lily que me hiciera de modelo…

Debía decirle algo, explicar por qué Lily lucía ese peinado, pero la señora me ha interrumpido de nuevo.

—Gracias, Harriet.

Se ha marchado de la habitación y ha cerrado la puerta de golpe. La señora Murray ha negado ligeramente con la cabeza en gesto reprobatorio.

—En fin.

Supongo que para ella sonreír sería el equivalente a levantarse las faldas.

—No debería resultar complicado lograr que parezca un vestido nuevo.

He tardado unos instantes en darme cuenta de que me estaba enseñando el desgarrón del vestido. He mirado la tela raída y las manchas de grasa, y he querido reírme en su cara. Me miraba con los ojos entornados como si me retase a que le llevara la contraria.

—Señora.

La he ayudado a cambiarse. Ha sido como vestir un espantapájaros, no me ha facilitado la tarea en absoluto. La señora ha regresado cuando yo estaba recogiendo el vestido roto, lleno de encantadoras disculpas. No me ha mirado a los ojos al pasar por delante de mí.

He corrido hasta mi habitación y he dejado el vestido junto a mi silla de remiendos, y luego me he apresurado a ir hasta el cuarto de las criadas. Lily estaba sentada en la mesa, encorvada, con el pelo hecho un desastre de trenzas revueltas y horquillas sueltas. Me he arrodillado delante de ella y le he cogido las manos.

—Lily, ¿qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho la señora Gethin?

Se ha apartado de mí y se ha pasado el dorso de la mano por la nariz, sorbiendo.

—Me va a echar. Hoy mismo.

—¿No le has contado lo que ha pasado?

—Lo he intentado.

—No te puede echar así como así.

Me ha lanzado una mirada de amargura y se ha girado. Agachada, ha sacado su baúl de debajo de la cama. Con el pelo desaliñado, de espaldas parecía una bruja escuálida cometiendo alguna fechoría. Se me ha ocurrido una idea.

—Puedo mandar una carta a mi madre. Cerca de la suya hay una casa enorme que…

Ha dado media vuelta y me ha chillado:

—¡No quiero tu ayuda! Traes mala suerte. Déjame en paz.

Componía una expresión lóbrega que rompía su imagen de muñeca. Las facciones de una mujer mayor y más experimentada, la bruja, intentaban abrirse paso. Me he marchado y he ido a buscar a la señora, pero Mary me ha comentado que se había ido a dar una vuelta a caballo con el señor y con el señor Murray. No voy a poder pensar en nada más hasta que haya hablado con ella. Ay, pobre Lily. Yo debería haber anticipado lo que ocurriría.

Más tarde

Al final no he podido hacer más que ocuparme del vestido de la señora Murray y esperar a que regresara la señora. Coser es como escribir. Las puntadas son palabras, situadas una tras otra para unir pedazos de tela pero también pensamientos fragmentados. Me he tranquilizado durante la labor. He tardado una eternidad en eliminar las manchas; la grasa se había pegado tan rápido como ha aparecido hoy la desgracia en la casa. En un momento dado, he oído el carruaje de dos ruedas y he corrido a la ventana, desde donde he visto que Lily se marchaba con su baúl, supongo que hacia la estación. Llevaba el pelo remetido en la cofia y la cabeza gacha. Solo Dios sabe en qué estaría pensando. Ha mirado hacia la casa en cuanto el carruaje pasaba por debajo de los árboles, demasiado lejos como para ver su expresión.

La señora se ha pasado toda la tarde fuera y ha vuelto directamente para vestirse para la cena. No he ido enseguida con ella, pues he oído que estaba acompañada del señor. Hablaban en voz baja, así que he avanzado de puntillas por el cuarto para poner la oreja sobre la pared. He captado suficientes palabras para saber que hablaban de Lily. La

señora sonaba nerviosa y decía que estaba contenta de haberla echado de la casa y que volvería a hacerlo, cien veces si era necesario. He detectado agotamiento en la voz del señor.

—Y ¿qué crees que le va a pasar ahora? La has mandado de vuelta a Londres sola.

La señora ha comentado que encontraría otra casa, pero el señor la ha interrumpido.

—¿Después de esto? A mitad de semana se estará vendiendo en la calle.

Se ha hecho el silencio. En cuanto ha hablado, la voz de la señora ha sonado grave y ronca.

—Nunca debería haberla traído aquí esa mujer.

El señor ha suspirado, exasperado.

—Esa mujer es mi ama de llaves, y muy leal.

—Uy, sí. —Ha soltado una carcajada amarga—. Nadie duda de su lealtad con la gran cantidad de dinero que le pagas. Igual que a Barrett. —Ha escupido el nombre del ayuda de cámara—. Pero, por supuesto, para ti son más que criados, ¿verdad? Os une un parecido abominable. Compartís sangre.

—Esto tiene que parar, Clara.

El señor debía de haberse girado, pues de repente su voz sonaba mucho más fuerte y me ha hecho dar un respingo.

—Que tantas criadas se marchen de la casa tan deprisa… ¿Qué crees que dice eso de ti? No es solo tu reputación la que sufre las consecuencias, querida.

Ha habido pasos, y se ha cerrado la puerta. He dejado pasar unos buenos diez minutos antes de entrar en el cuarto. La señora estaba sentada frene al tocador con el sombrero y el abrigo, con la mirada perdida.

—Señora.

He hablado con suavidad. No me ha mirado ni se ha movido.

—Señora, Lily llevaba ese peinado porque yo he querido practicar. Y no hemos tenido tiempo de deshacerle el recogido porque el señor y la señora Murray han llegado muy pronto.

Ha mirado el suelo como si la hubiera regañado, pero sus palabras irradiaban frialdad.

—¿Eres partícipe de mis decisiones en lo que respecta a las criadas, Harriet?

—No, señora.

—Y ¿crees, aun así, que conoces todos los detalles del despido de Lily?

Me ha mirado a los ojos brevemente. Me ha parecido que detrás de su pregunta había otra distinta. No he podido descifrarla.

—No tiene familia, señora, ni ningún sitio al que acudir. Y usted no

la ha avisado con tiempo.

La señora se ha girado hacia mí con brusquedad.

—Olvidas tu puesto, Harriet.

Sí, de acuerdo, pero no podía creer que Lily hubiera hecho algo peor que lo que yo había visto, y era evidente que el señor compartía mi opinión.

—¿Crees que debo justificarme ante ti cada vez que contrate o despida a un criado?

—No, señora, pero no ha sido culpa de Lily. Ha sido culpa mía.

—No, Harriet. —La rabia ha desaparecido de pronto—. No es culpa tuya.

Se ha apoyado en los reposabrazos de la silla y ha bajado la cabeza para hundir los dedos en los mechones sueltos.

—Era una ladrona.

Tan solo lo ha musitado, así que casi no la he oído bien.

—¿Una ladrona, señora?

Lo he preguntado con incredulidad, pero al mismo tiempo esa idea ha sonado en mi cabeza como si fuera plausible. Apenas era una niña, que procedía de Dios sabe qué situación extrema, y de pronto se encuentra ante tesoros y lujos que jamás había imaginado. He observado sigilo en sus modales más de una vez. La señora no ha seguido mis pensamientos, por supuesto. Se ha erguido y ha continuado sin mirarme a los ojos.

—¿Quién crees que se llevó tu cinta?

Mi cinta. Había desaparecido al poco de que llegara Lily, pero… ha habido un detalle que me ha llamado la atención.

—En ningún momento he dicho que me robaran la cinta.

Me ha mirado fijamente.

—Has dejado de ponértela. ¿No la habías perdido?

—Es que… —He vacilado, pues no quería decir que la había lanzado al suelo—. Es que no hacía juego con el vestido.

Ninguna de las dos decía cosas con sentido. Ha examinado el vestido con la vista, como había hecho el señor. Y luego me ha contemplado con una expresión que era nueva para mí. Como si tuviera en las manos algo muy importante para las dos y lentamente se dispusiese a mover el brazo para soltarlo.

—¿Acaso no te gusta el vestido, Harriet?

Enseguida me he percatado de que sabía que yo había visto el cuadro. Al mismo tiempo, con un espantoso vuelco en el estómago, he comprendido cómo lo ha sabido. Mis propias palabras se lo habían contado. La sangre ha abandonado mi rostro y luego ha regresado con fuerza. Pensé que había sido Mary la que había hurgado en mis cosas. La señora me ha observado en tanto lo asimilaba todo. Así es como se ha enterado de que me había desaparecido la cinta, y también explica

por qué me dio un bote de crema para las manos y por qué me aseguró que podía salir a dar paseos si me apetecía. La señora ha leído mi diario. Este diario.

Al sostenernos la mirada, las puertas se abrían una tras otra. Me han embargado oleadas de humillación al recordar lo que había escrito: que quería ser su doncella, lo que había pasado con Helene…

Ni siquiera ha intentado negar lo que las dos estábamos pensando.

—Deberías haber quemado cada página, Harriet, como hago yo.

Me he quedado sin habla. Al final, se ha puesto en pie.

—Te encontraremos algo más adecuado.

Se ha dirigido hacia el armario y se ha detenido.

—Harriet. Ese vestido…

—Usted quería que el señor lo viera.

—Sí. —Se ha dado la vuelta—. Sí, quería enseñarle…

Su rostro se ha crispado, como si estuviera recibiendo el ataque de mil agujas diminutas. Ha hecho un esfuerzo por recuperar el control.

—No he pensado en ti. Ha sido cruel. Permíteme… Por favor, permíteme que repare el daño.

Me he girado a un lado para despejar la cabeza y recobrarme un poco, recordando así la promesa que me había hecho a mí misma de no dejar que la señora me sorprendiera más, pero ha malinterpretado el movimiento. Ha echado a correr hacia mí y me ha cogido las manos.

—No te marches, Harriet.

Sus ojos me devoraban, hambrientos. Ha hablado deprisa, con tono urgente, ante mí.

—Ese cuadro no es lo que parece. ¿Viste al perro? —Me ha apretado más fuerte—. ¿Al perro pequeño, a George Frederick? En el cuadro parece dormido, pero no lo está. Estaba muerto. Él lo había colgado. El canario está cayendo, no volando, muerto también. Y la música… Todas las partituras están desgarradas o en blanco. Llevo una gargantilla en el cuello… ¿La viste, en forma de pera?

Una idea loca se había adueñado de sus ojos. Los ha abierto mucho y luego entornado.

—Él quiere destruirme. Y puede hacerlo. Ahora que le he dado un hijo…

La oscuridad de su expresión ha provocado un repentino pánico en mi interior. Lo que estaba diciendo sonaba fantasioso, absurdo. He visto el cuadro y sé que no hay nada tan siniestro en la pintura.

—Suélteme, señora.

Me he liberado de su agarre y me he tambaleado hacia atrás, hasta caer sentada sobre la cama. Ha habido unos instantes en que ninguna de las dos nos hemos movido. Su respiración estaba entrecortada. Con el pelo enmarañado y una expresión fiera, me ha recordado a la bruja

Lily. Poco a poco, la emoción ha abandonado su rostro. Ha asentido y se ha llevado una mano al cuello.

—Perdóname, Harriet.

Se ha encaminado hacia el tocador y ha empezado a quitarse más horquillas, me ha parecido que con cierto dolor.

—Supongo que volverás a casa y te casarás con William. Seguro que no es demasiado tarde.

La amargura que teñía su voz me ha retrotraído a nuestra conversación en el salón, cuando le comenté que él estaba perdiendo la paciencia. Me he preguntado si empezó a leer mi diario en aquel entonces, casi se lo había puesto a los pies, pero he recordado que alguien había hurgado en mi baúl antes de eso. Y la había oído en la cocina el día que lo oculté en la alacena… La señora había intentado abrir los cajones de los criados. Se me ha secado la boca.

Ha terminado de quitarse las horquillas y el pelo le ha caído suelto sobre los hombros, espeso y suave. Se ha girado en el asiento para mirarme.

—Has sido mi amiga sin saberlo.

Ha sido casi lo mismo que comentó en casa de la señora B. cuando le dije que me gustaba su retrato.

—Has conseguido que entendiese… algo. Algo muy importante.

He esperado que prosiguiera, pero me miraba a la expectativa, como si en teoría debiese saber a qué se refería. Al cabo de unos segundos, ha bajado la vista.

—¿Sabes la doncella que tuve antes que a ti, Helene?

He asentido.

—Se… quedó embarazada en Londres. En cuanto se conoció su estado, tuve que despedirla. Creía que había sido Laurence y… —Sus ojos brillaban y las palabras parecían atascadas en su garganta—. Helene había intentado decírmelo, pero no la escuché. No hasta que fue demasiado tarde. Hubo un muchacho que… —Se ha detenido y ha tragado saliva—. Huyó. Y cuando vi el retrato y comprendí lo que significaba, lo supe. Y obligué a Laurence a contarme la verdad.

Invadida por un pensamiento repentino, se ha levantado y se ha dirigido hasta la chimenea. Después de apartar una vela de uno de los candelabros, ha metido una mano dentro hasta que ha podido coger algo del interior. A continuación, se ha acercado al armario y se ha puesto de rodillas. Ha introducido lo que parecía una llave en el cerrojo del cajón inferior y lo ha abierto. Me he acercado a mirar, en parte esperando que apareciera la cinta roja, pero me ha mostrado una fotografía.

—Quiero que entiendas por qué he leído tu diario. Así era la casa cuando llegué.

La imagen mostraba la parte delantera, donde estaba alineado todo

el servicio. Era evidente que el servicio era el triple que ahora, con criadas extras y muchachos con librea. Ahí estaba el mozo de cuadras. Cararreloj también, orgullosa junto a la señora, y Barrett al lado del señor. La señora señaló a la muchacha que estaba a la izquierda de Cararreloj.

—Es Helene.

Tenía una belleza sencilla y clara. Como si fuera un dibujo, cuyas líneas y espacios en blanco se suman para formar una imagen agradable. Y joven. Los retratos a menudo no retratan a nadie en absoluto, por lo que he visto hasta el momento. Recuerdo que el Andrew de Annie y su amigo Robert hablaron de fotografías de la policía en la cocina de Gloucester Square; uno podría pensar que los retratos de los delincuentes y criminales daban pie a que siempre pudieran identificarlos, pero comentaron que casi nunca consiguen ese propósito. La cara de la señora podría haber sido una fotografía parecida, que muestra una parte de sí misma, remota y altiva. Cararreloj podría haber parecido una mujer simpática si solo hubiera que juzgarla por la imagen. Me gustaría ser capaz de crear un retrato de ellas que mostrase la verdad. Solo el señor parece estar retratado por completo. Los demás miraban a la cámara, entregados a que les hicieran una fotografía un día en el pasado, pero los ojos de él traspasaban la cámara y se clavaban en mí. La ilusión era inquietante y me ha hecho dar un paso atrás.

—Espera. —Me ha cogido la falda con una mano y, después de soltar la imagen, ha vuelto a meter la mano en el cajón—. Helene tuvo a su bebé en Londres. Al final se reconcilió con su familia y me escribió después de regresar a Francia. Aquí lo cuenta todo. Léelo si quieres.

No me apetecía. La historia de Helene ya me resultaba familiar. Lo que me preocupaba ahora era qué clase de monstruos habían acampado en la mente de la señora. Le he arrebatado la carta y he vuelto a dejarla en el cajón.

—¡Por favor, Harriet!

Estaba arrodillada a mis pies y me aferraba la falda con ambas manos. He intentado que se levantara.

—Señora…

—Por favor, no nos dejes. Por el bien de mi hijo.

He hecho una pausa, sorprendida.

—Por… por el bien de Edward.

En su voz, el nombre del pequeño sonaba poco natural y desconocido, y he recordado que según Lizzie la señora jamás lo había pronunciado y siempre lo llamaba «el bebé». La señora se ha levantado, pero torpemente, pues no apartaba la vista de mis ojos.

—Por favor, Harriet.

Esta vez lo ha susurrado, como si yo fuera un ciervo que pudiera salir espantado.

—Sé que no te merezco. Pero no estoy tan mal como crees… No, por favor, espera…

He abierto la boca para tomar la palabra.

—Por favor, espera a que termine esta espantosa fiesta.

En toda mi vida, nadie me ha mirado con tanta desesperación, ni siquiera Laurence.

—Te lo contaré todo. Te lo explicaré todo, te lo prometo. Si luego quieres irte, no intentaré impedírtelo.

No tenía intención de irme. Ni entonces ni ahora. No quiero abandonarla a sus miedos, sean cuales sean, tanto sombras en su mente o una verdadera oscuridad en la que está sumida Finton Hall. Las dos cosas, creo, aunque sospecho que lo peor son sus fantasías. No me puedo creer que el señor incluyese elementos en un cuadro para atormentarla ni que pretenda hacerle daño a ella ahora que ha alumbrado a su hijo. Es difícil pensar que pueda meterse entre una madre y su hijo. Sí me creo que hiciese cuanto estuviese en sus manos para proteger a su amigo de Helene, y que lo sucedido afectase a la señora, sola e histérica en la casa, hasta que no pudo ver más que maldad en cada rincón. Hasta la propia Cararreloj parece más monstruosa de lo que ya es. Ayudarla a ponerse mejor, me había dicho la señora B., y creo que por fin veo cómo, ahora que sé los pensamientos que la aquejan tanto. Y no solo por su bien; no he olvidado las palabras de Gertrude sobre que debería usar mi posición para ayudar al resto del servicio. Con Lily me temo que no hay nada que hacer; me pregunto si era ladrona de verdad o si la señora la ha despedido por los motivos equivocados, tal vez para asestarle otro golpe al señor. La predicción de él de que la pobre terminará vendiéndose en la calle pesa mucho sobre mi conciencia. No pienso abandonar a Francis sin una amiga. Ni a Edward, que pronto no contará con Lizzie. Sé que en el mundo exterior soy una doncella sin habilidades y que nadie más me contrataría para este puesto. Aquí es donde se me necesita, en Finton Hall, con mi señora. Le he apartado un mechón de pelo de la cara con suavidad y le he cogido las manos.

—No voy a abandonarla, señora.

Todo su cuerpo se ha estremecido por el alivio. Casi se ha desplomado hasta quedarse tumbada en el suelo.

En mi propia habitación, mi primer impulso ha sido sacar este diario de debajo de mi almohada y llevarlo a la cocina para quemar todas las páginas, como me ha propuesto la señora. Ver las tapas verdes de la libreta me ha dolido tanto como si fuera el rostro de un amigo que me ha traicionado. Lo he hojeado recordando que la señora había leído todo lo que había escrito, supongo que para enterarse de

lo peor. Algunos pasajes son humillantes, otros me congelan la sangre en las venas. Le había dicho a Laurence que le guardaría el secreto, pero está aquí escrito y cualquiera puede descubrirlo. Solo por eso debería quemar la libreta. Pero cuanto más he seguido leyendo, más instinto de protección he empezado a sentir hacia esta versión de mí en papel. ¿Por qué debería renunciar a algo que ha sido mi consuelo y mi amigo? Sería como destruir una parte de mí que no tiene culpa de nada. Si la señora leyó lo que vi en la cochera, no ha dado señales de ello. Tan solo debo ir con más cuidado en el futuro acerca de lo que redacto en estas páginas. Me he cambiado y me he puesto el vestido negro de algodón con bolsillos grandes, y en uno de ellos me cabe la libreta con un lápiz. Mi diario no volverá a alejarse de mí.

Sábado, 27 de abril

Hay tanto trajín y emoción en la casa ahora que ha llegado el día de la fiesta que no puedo estar quieta. No dejo de merodear y de entorpecer a los demás. Los únicos invitados que se alojan en la casa son amigos del señor Gethin de Londres, caballeros solteros o alguno que se ha presentado sin su esposa. Aunque la fiesta de Hill Court es más grande y aporta otros invitados, y me llena de nervios que me vayan a necesitar las señoras para asuntos en los que no tengo experiencia ni preparación. He oído decir que dos caballeros han llegado juntos. Mary les ha dado la bienvenida. Eran dos hombres muy ruidosos que estaban de muy buen humor. Me encontraba en el pasillo trasero y he atisbado una silueta alta y esbelta con poco cabello en la cabeza y un rostro demasiado enjuto para un hombre joven de unos treinta años. Al otro solo lo he visto de espaldas, pero es más fornido y con una mata de pelo oscuro. He oído a Mary reírse por algo, y el más corpulento ha soltado una carcajada, sorprendentemente aguda, y se ha dirigido a su amigo:

—Tranquilo, viejo. No olvides ser educado.

Ha bajado un poco la voz y ha dicho algo acerca de las normas que no he conseguido captar. Ha habido más carcajadas agudas, y se han desplazado hacia la sala.

El joven de rostro enjuto ha traído a su ayuda de cámara. Laurence y él han llevado el equipaje a las habitaciones de invitados, y me he quedado atrapada detrás de ellos al subir las escaleras. Competían para ver cuál de los dos era más fuerte; dos criados con librea que sacaban músculo y tardaban el doble de lo necesario en llevar a cabo la tarea. Laurence me ha visto antes y casi ha soltado el extremo del baúl que sujetaba. Se han apresurado a apartarse de mi camino, pero

he retrocedido y bajado las escaleras. De todas formas, no iba a ningún sitio en particular. Si la señora desea mi ayuda, no sé para qué; ni siquiera me permite peinarla después de que la señora Murray viera el estilo que practiqué con Lily. Todos los rincones de la casa están llenos de gente. La planta baja es una tormenta con Cararreloj en el epicentro, y hay criados de Hill Court que ayudan a prepararlo todo y a servir. Francis corre de un lado a otro como un pequeño motor de vapor. Probablemente es así como debería estar siempre la casa, viva y llena de gente y de actividad tanto arriba como abajo.

Como no tenía nada que hacer, al final me he permitido ir a la biblioteca de nuevo para escribir estas páginas. No parece que haya entrado nadie aquí. Estoy sentada a la mesa cerca de la chimenea que no arde, y la puerta está cerrada, así que sabré si alguien hace acto de presencia.

***

Me he levantado de la silla y he merodeado un poco por la estancia. La rueda de Spedding sigue donde siempre, y he pasado un dedo por encima de los discos fríos de metal; acto seguido, la he cogido y con algo de esfuerzo he girado la manivela. Sin el trozo de sílex no produce ninguna chispa, solo gira la rueda. He intentado imaginarme a un minero prendiéndola en la oscuridad con un compañero a su lado. ¿Qué pasó luego? ¿Vio el cambio de color de las chispas, pero no tuvo tiempo de reaccionar? He accionado la manivela para detener el disco y me he apresurado a dejar la rueda sobre la mesa, con la sensación de que iba a provocar una explosión de chispas que acabaría conmigo.

En mi habitación

Es como si las paredes se cerraran en torno a mí. Esta casa está construida más con secretos que con piedra. En la biblioteca estaba inquieta y he vuelto a recorrer las estanterías, disfrutando de las filas ordenadas y de los lomos rectos. La escalera se encontraba debajo de unos tomos de aspecto imponente que me han llamado la atención. Cuando la he subido, he visto que era un hatajo de revistas de agricultura que retrocedían hasta el siglo pasado. Me ha parecido extraño que guardasen folletos tan grandes y anticuados. He supuesto que debían de ser valiosos y he cogido el primero. Las páginas pesaban, se resistían. El papel ha desprendido un punzante olor a rancio, como si contuviese los aromas de la tierra y de los animales

descritos en el texto. He apretado las páginas con el pulgar y he detectado movimiento en el papel. Había algo entre las hojas. Como quería descubrir qué era, he abierto la revista. Alguien había introducido una fotografía entre las páginas.

En cuanto he comprendido lo que estaba mirando, he cerrado de golpe la revista, desgarrando así un poco los extremos de las páginas. He dejado el tomo donde los demás y me he girado para observar la biblioteca. No había nadie allí, la puerta seguía cerrada, pero me ha dado la impresión de que todos los objetos, libros y muebles me contemplaban. El calor me ha embargado el cuerpo, la garganta y las mejillas y el pecho y la barriga. He notado un parpadeo en las entrañas. En la imagen aparecía un hombre, vestido tan solo por encima de la cintura, y por debajo estaba desnudo y enhiesto. Y una mujer en absoluto vestida le sujetaba el miembro con una mano, con las piernas abiertas ante la cámara de una forma que yo no he visto en nadie, ni siquiera en mí misma.

He alargado el brazo hacia otro tomo y lo he abierto. Una enorme tarjeta se ocultaba en el interior con una serie de pinturas parecidas, de un zoótropo. Al girarla, habría mostrado a una mujer botando encima de un hombre, cuyo miembro aparece y desaparece de la vista. Me entra calor por el mero hecho de escribirlo. Debajo de esa, las revistas forman una especie de caja, un rectángulo con los extremos pegados. En el interior hay un libro, una novela; he leído escenas al azar que se parecían mucho a las imágenes hasta que me he oído respirar de forma entrecortada. Entre las páginas había fotografías de un hombre negro y de una mujer blanca que hacían distintas posturas. Y no solo fotografías; también dibujos hechos a mano en que había hombres y mujeres y a veces hombres con hombres con un detalle impresionante que se unían en toda clase de posiciones. Lo he dejado todo en su sitio y he bajado la escalera. No me sorprende que no nos permitieran tocar los libros de la biblioteca.

Me he quedado quieta unos instantes, como si una ráfaga de viento hubiera irrumpido en la estancia para envolverme y luego me hubiese dejado de nuevo en una repentina quietud. Los libros me han parecido menos acogedores, menos sinceros en sus limpios estantes. Los he mirado como si fueran desconocidos problemáticos, desconocidos a los que, aun así, no podía dejar de ir a visitar. Los estantes debajo de las revistas de agricultura están repletos de libros en idiomas que no conozco. Me ha llamado la atención un ejemplar titulado *El ganadero completo*. Estaba tan fuera de lugar que me he pasado segundos observándolo hasta que he levantado una mano para cogerlo. Al abrirlo, he visto una fotografía entre las páginas. Una mujer inclinada sobre otra mujer con un látigo en las manos. La que estaba tumbada leía un periódico ajena a todo, y he visto con un sobresalto que se

trataba del *New York Times*. Son fotografías americanas.

He recordado el libro de apareamiento de cerdos cerca de Milton, que me había parecido mal colocado allí. Las piernas me han llevado hasta los libros de poesía, con el corazón traqueteando como un carruaje sobre los adoquines. No había necesidad de subirme a la escalera, el volumen de *El libro de la granja de Stephen* estaba a la altura de mi cintura, entre dos volúmenes de Shakespeare. Dentro había una pequeña fotografía de un hombre sentado y de una mujer encima de él, pero cara a cara y los dos desnudos. Se inclinaba hacia él y giraba la cabeza para que pudieran sonreírse. Parecían muy felices, muy libres.

He cogido mi diario de la mesa y he corrido al cuarto de los niños. He pensado que Lizzie me escucharía y me diría algo razonable. Me he equivocado. La nodriza ha cambiado desde que la señora le pidió que destetara a Edward. Como si en parte ya se hubiera ido de allí. Mientras recorría la estancia, se lo he contado todo: que la señora ha leído mi diario y las cosas que me ha comentado sobre el cuadro. He llegado a esa parte antes de darme cuenta de que la nodriza ni siquiera había dejado de coser.

—Y hay imágenes en la biblioteca, Lizzie, escondidas entre los libros. Hombres y mujeres desnudos haciendo cosas.

—¿Qué hacías hurgando entre los libros?

Me he quedado boquiabierta. Lizzie había pasado por alto lo más importante.

—Pero ¿y si eso significa que la señora está en lo cierto…?

Ha soltado todo el aire por la nariz antes de que yo terminara la frase.

—La señora está mal de la cabeza, eso está más claro que el agua. Y Harriet… —Me ha mirado con un poco más de cariño—. Dudo de que haya una sola casa en la campiña que no esté llena de imágenes como esas.

He mirado hacia ella y luego por todo el cuarto, como si una parte de mí esperase ver fotografías de vaginas saliendo de la caja de juguetes de Edward o situadas entre muestras de bordado en la repisa de la chimenea.

—Me han dado permiso para leer los libros.

—Y ¿quién te ha dado ese permiso?

Mi silencio ha sido suficiente respuesta.

—Quizá la señora quería que encontraras las imágenes, ya que le gusta jugar contigo.

Al final, ha dejado aparte la labor de costura.

—Cualquier otra chica habría agachado la cabeza y agradecido su buena fortuna y la libertad que implica tu puesto. Pero tú no puedes evitar ir en busca de problemas, existan o no. Olvidas lo que significas

para ellos, Harriet, o lo que ellos deberían significar para ti. Y antes de que vayas a acusar al señor de qué sé yo, hay pocos caballeros que den tanto cariño a sus hijos como él. Ha venido con regalos y preguntas amables más veces en la última semana que la señora desde que nació el pequeño.

Mis ojos se han fijado en el zoótropo de Edward, pero me provocaba pensamientos tan perturbadores que he apartado la vista. Lizzie ha retomado la costura clavando la aguja con fuertes movimientos. Me he dirigido hacia la puerta y no he mirado atrás cuando me ha llamado por mi nombre.

Más tarde

Debe de ser pasada la una. Estoy en la habitación de la señora. Como he oído que los carruajes se han marchado, no tardará en subir, pero debo hacer algo más que limitarme a esperar sin más. Llevo horas dando vueltas, bebiendo el jerez de la señora e intentando grabar la noche de hoy a fuego en mi mente como si fuera una fotografía. Los vestidos de las señoras, algunos muy modernos, así como sus joyas y peinados, trazos de colores y texturas distintas: rosas, dorados, ámbares, verdes y más, todos brillantes bajo la luz de las lámparas. Como si los materiales y la luz hubieran entablado una conversación igual que los invitados entre sí, y he presenciado un alboroto como nunca antes. Creo que hacía bastante tiempo que no se oían tantas voces al mismo tiempo en Finton Hall; ha sido un verdadero escándalo, desde los gritos de la señora Trevelyan para saludar a las muchachas jóvenes hasta los estruendosos caballeros que han presentado sus respetos al padre de *lady* Spencer, por no hablar de las risotadas que fluían en todo momento. Había un olor intenso a flores recién cortadas y a perfume y a aceite, y entonces un caballero se me ha acercado mucho (como si yo fuera un mueble) para permitirle pasar a una dama (una sucesión de rizos de cabellos de color caramelo); también he percibido los cálidos aromas de la piel de la anciana señora Spencer cuando la he ayudado a quitarse el collar del cuello de encaje (diminutos bucles rubios junto a la nuca).

Solamente la señora ha destacado entre la finura y el resplandor de las damas. Llevaba su vestido negro más sencillo, no el verde que habíamos seleccionado, y con un peinado tan simple que parecía que no se hubiera arreglado en absoluto. El único adorno que portaba era un ramillete de violetas que le había mandado la señora T., sujetas con un alfiler sobre su pecho. Bien parecía una gobernanta. Me ha molestado. Parecía inadecuado hacer tan poco esfuerzo, y he sido

consciente de la imagen que eso daba de mí, siendo su doncella. Me ha sorprendido una oleada de empatía para con el señor, y me he preguntado si Lizzie no tendría razón en parte. El señor iba muy elegante y se movía entre sus invitados como si fuera el mismísimo sol: los rostros se giraban hacia su calidez. Yo nunca lo había visto entre hombres de su mismo estatus y me ha impresionado la energía que embargaba la casa, poderosa como un río. He captado retazos de conversaciones que me han dejado anonadada. Hablaban de la guerra, por supuesto, pero alguien se ha referido al primer ministro como si fuera su íntimo amigo y ha reproducido secretos como si tal cosa, tal como yo hubiera hecho con una conversación de la cocina. También he oído otros nombres, que me han resultado conocidos gracias a los gritos de los vendedores de periódicos o a los textos sobre ellos que he leído en carteles a las afueras de teatros o durante una campaña electoral, pero en esta reunión eran personas de carne y hueso con gustos y defectos y deseos. Dondequiera que fuese, tenía la impresión de que unos dedos ardientes me señalaban. Se hundían entre mis costillas y me empujaban hacia el río.

Creo que no estaba sola. Barrett me ha enviado a buscar velas extras de la sala, y me ha sorprendido ver a Cararreloj fuera de su cocina y al final de las mismas escaleras por las que a mí se me había caído el carbón. Alguien le había puesto una mano en la cintura, y ella soltaba una risa obscena a quien tuviese delante.

—Esta noche no está en el menú, señor.

Y ha agitado un dedo. Una profunda carcajada masculina ha bajado las escaleras. Al aproximarme, he visto el rostro ruborizado de Cararreloj iluminado por una suerte de alegría desmedida, como si fuera una niña muy emocionada por algo. Se ha girado casi triunfal al verme. Después de asentir hacia la persona que quedaba fuera de mi vista, ha pasado delante de mí sin dejar de desprender ese espantoso deleite. Por supuesto, he mirado hacia las escaleras para ver con quién hablaba en esos términos y no he podido sino contemplarlo con la boca abierta. El señor Murray. Se ha vuelto en cuanto hemos intercambiado una mirada, como si no me hubiera visto. Me he quedado clavada en el sitio, con la sensación de que la casa se había removido de pronto, mostrando puertas y pasillos que no reconocía y que me daba miedo cruzar.

Al volver a subir, me he encontrado con Laurence, que estaba arrodillado delante del ayuda de cámara. Me ha sostenido la mirada, pero no le he prestado atención. Como le había pedido, trataba mejor a Francis y asentía de forma aprobatoria hacia el chico cuando cogía correctamente el sombrero de un caballero o daba las gracias por una propina sin temblar.

En el vestíbulo, los invitados empezaban a dirigirse hacia el salón

para la primera parte del programa musical. He llevado las velas y estaba ayudando a recolocar algunas de las sillas para que pudiera avanzar el anciano padre de *lady* Spencer con su silla de ruedas cuando he oído a la señora presentar a alguien como el señor Garston. Era el hombre al que el señor había citado, al que le gustaban Gilbert y Sullivan. He mirado hacia allí y he visto al hombre alto al que había oído hablar con Mary en el pasillo. Su rostro es más duro del que esperaba, con nariz puntiaguda y, al reírse, con dientes bastante pequeños. No he dejado de contemplar a la señora, pero su rostro era indescifrable.

Solo he visto al señor y a la señora juntos cuando he entregado programas a los invitados que ya habían conseguido perder los suyos. Las conversaciones giraban en torno a la música, y el hombre enjuto, el señor Hicks, hablaba con un grupo, que incluía al señor, de ópera italiana. Ha descrito cómo incluso la cantante más aclamada podía recibir abucheos si el público creía que no se esforzaba lo suficiente.

—En el teatro Regio di Parma, ¡ni siquiera los criados le abrirán la puerta cuando salga!

Se ha reído, encantado consigo mismo, y todos se le han unido. La señora se ha girado desde otra conversación y ha esbozado una fría sonrisa.

—Eso es porque los italianos van al teatro a escuchar la música, no a comerse los unos a los otros con los ojos.

Ha habido un momento incómodo de medias carcajadas. El señor le ha lanzado una leve sonrisa.

—Quizá esta noche debamos reproducir el espíritu del teatro Regio. Y mostrar nuestra opinión sin ninguna clase de duda. ¿Mmm?

De repente, ha sonreído de oreja a oreja, convirtiendo así lo que había empezado siendo una amenaza en una broma, y le ha dado una palmada al señor Hicks en el hombro. Se ha apartado de las risotadas y ha dado varias palmas en el aire.

—¡Amigos! ¡Queridos invitados!

Después de ponerse ante los presentes, ha tocado las teclas del piano a toda prisa con los dedos. Todo el mundo ha guardado silencio como un grupo de niños obedientes. Con una sonrisa por la expectación de la gente, el señor ha alargado el momento, como si supiera que había llamado la atención de todos y que podría mantenerla tanto como le gustase. Alguien se ha reído. El señor ha levantado las manos y ha bajado la voz hasta convertirla casi en un susurro.

—La magia está a punto de comenzar.

Ha dado un breve discurso en el que ensalzaba a la señora sin ambages y prometía maravillas. El aire parecía brillar a su alrededor conforme hablaba. Ha mirado a todos los presentes a los ojos, su vista

ha recorrido la estancia como una llamarada. Los rostros se iluminaban como si los hubiera tocado y las sonrisas se han ensanchado. He pensado en el efecto que debe de tener en el Parlamento. A mí no me ha mirado, pero una chispa me ha recorrido las entrañas como cuando encontré las fotografías. Me he preguntado si Lizzie estaría en lo cierto, igual no había nada por lo que preocuparse, porque era algo habitual en la casa de un caballero, un tesoro escondido como la plata y las joyas. Un rubor me ha ascendido por el cuello.

El señor no ha tomado asiento, sino que se ha colocado junto al fuego con el codo apoyado en la repisa de la chimenea. Las conversaciones se han retomado en tanto el señor Trevelyan ocupaba su lugar. El vicario no proyectaba el aura autoritaria del señor y parecía una silueta taciturna, ligeramente cómica incluso con esa barba que sobresalía por debajo del violín que iba a tocar. He buscado a la señora T. con la mirada, un poco avergonzada por ella, y me he dado cuenta de que ella también parecía fuera de lugar entre los presentes con su vestido pasado de moda y su rostro sin maquillar. El vicario ha levantado el arco, y el murmullo se ha ido apagando. Un crujido de faldas, una tos, un crepitar del fuego, y acto seguido la música ha ocupado la estancia como un dios. Ha habido una conmoción general, como si algo invisible hubiera aferrado a todos los presentes. He cerrado los ojos y he dejado que las notas me envolvieran como un manto. La melodía me ha elevado. Ahora ni siquiera la recuerdo, porque se ha esfumado como si de un hada se tratase.

Cuando la señora ha dado un paso adelante, me he puesto muy nerviosa. Con ese vestido sencillo y sin la protección de las joyas y de un peinado elaborado, parecía más bajita. El señor Trevelyan volvía a estar al violín y el señor Spencer, al piano. Me he aferrado las faldas del vestido y no las he soltado, pero no debería haberme preocupado. La primera nota ha dejado anonadados a los presentes. Nadie se ha movido. No era la canción de Orfeo que esperaba, sino la que la oí cantar por primera vez cuando le subí la bandeja. No tengo ni idea de qué decían las palabras, solo sé que desprendían anhelos y luz, y se me han llenado los ojos de lágrimas. Nuestra quietud y silencio semejaban devoción, y su vestido y su peinado han cobrado sentido de pronto. La señora había ido a servir a la música, era una monja en su altar, llena de gracia.

El pecho se me ha llenado de orgullo, y la irritación y los nervios han desaparecido. He barrido la sala con la mirada y me he deleitado con las expresiones de fascinación. Solo el señor parecía distraído; ha mirado hacia la puerta en un par de ocasiones, como si todavía esperase la llegada de algún otro invitado. Sin embargo, ha aparecido

Francis, con una bandeja abarrotada y cara de espanto. He fruncido el ceño, aunque no me ha visto. En teoría, el hielo para el té debía repartirse un poco más tarde, y entre varios criados, pero se había adelantado. Cararreloj no había esperado a recibir la orden de servirlo por parte del señor. He visto a Barrett indicándole a Francis la mesa de servir en lugar de hacerle un gesto para que se marchara por donde había venido. El corazón me ha dado un vuelco en el pecho. La mesa se encontraba en la otra punta de la estancia. Laurence también lo observaba, apoyado en una pared. Francis ha avanzado como si caminara sobre una cuerda floja, y Barrett le ha hecho señas de nuevo para que se apresurara. No he podido seguir mirando y me he girado hacia la señora.

La canción iba *in crescendo*. Con los ojos cerrados y el ceño fruncido, la señora ha entonado un verso; las palabras, que no sé qué significaban, la poseían por completo. Ha cogido aire, la música comenzaba a alcanzar nuevas cotas, y, entonces, un estruendoso crujido de vasos hechos añicos ha roto el embrujo. Como si la misma casa hubiera protestado con un grito. Los invitados se han girado con rostro perplejo y han visto que Francis había tropezado y había golpeado con la bandeja uno de los armarios. Los objetos han caído de las estanterías cuando el armario se ha desequilibrado para unirse al desastre del suelo, donde decenas de trozos de hielo se unían a la vajilla hecha pedazos. Aterrado, Francis intentaba recogerlo todo con los manos, hasta que Laurence ha llegado junto a él y lo ha apartado de allí.

—Creo que han llegado los refrigerios.

La señora ha hablado por encima de la algarabía y ha provocado risas reconfortantes a quienes estaban más cerca. No he sabido a quién ir a consolar, si a ella o a Francis. El rostro de la señora se mostraba endurecido e iluminado, y parecía como si se hubiera encogido, dejando atrás el aura sagrada, por lo que su vestido volvía a ser demasiado sencillo. Ha barrido la estancia con la mirada, hasta que se ha detenido en el señor. Seguía apoyado en la repisa de la chimenea y, con un vuelco en el estómago, me he percatado de que él me contemplaba fijamente. Con un leve gesto, le ha hecho señas a Barrett para que limpiara el desaguisado. No formaba parte de mis deberes, pero estaba demasiado nerviosa y sobresaltada como para no disponerme a echar una mano. He mirado de nuevo a la señora al girarme, intentando verbalizar la maraña de empatía y asombro que sentía por ella, pero la señora Spencer se había puesto entre las dos para cogerle la mano. He maldecido a Barrett entre dientes.

Mary ha aparecido con una sábana vieja y una pala, y hemos procurado recoger todos los cristales, y acto seguido nos lo hemos llevado todo. Nos hemos cruzado con varios criados de Hill Court que

subían las escaleras con nuevas bandejas de hielo. No he visto a Francis por ninguna parte y he esperado que Laurence fuese amable con él. Mary tenía muchas preguntas y los ojos brillantes por el drama.

—¿Crees que la señora lo echará?

He vacilado con una punzada de dudas.

—No lo sé. Echó a Lily por menos.

Hemos dejado la sábana en un almacén junto a la cocina para limpiarla luego. Mary no estaba satisfecha.

—Pero Lily robó cosas.

—¿Como por ejemplo?

—Mi lápiz… —Se ha detenido, cohibida.

—¿Tu qué?

—Mi lápiz de labios desapareció.

—¿Cómo sabes que fue ella?

Me interesaba más regresar a la fiesta de arriba y he intentado empujarla hacia la puerta mientras añadía:

—A mí también me desapareció mi cinta roja. Pero si lo hubieran encontrado todo entre sus cosas, nos lo habrían devuelto.

Se ha rascado la nariz sin moverse, terca como una mula.

—No le conté a nadie que me había desaparecido. Mi tía Sarah me lo habría quitado si lo hubiera sabido. Los criados no podemos usar maquillaje.

—¿Ni durante nuestro tiempo libre? —Me la he quedado mirando, dudosa.

Se ha encogido de hombros.

—Es una norma de la casa.

—¿Una norma de quién?

He supuesto que de Cararreloj, pero Mary se ha encogido de hombros de nuevo.

—Del señor, imagino.

Me la he quedado mirando. ¿Del señor? Se había girado hacia la puerta, pero le he cogido el brazo por impulso.

—¿Sabes lo que hay en la biblioteca, Mary, oculto en los libros?

Ha negado con la cabeza. Se me ha acelerado el corazón ante la idea de hablarle de las fotografías.

—En todos los libros que van sobre granjas, organización del ganado y cosas parecidas, hay imágenes…

Una silueta se cernía sobre la puerta. Mary se ha sobresaltado.

—Ya vamos, señor Barrett.

El ayuda de cámara parecía dispuesto a soltarnos el sermón de nuestras vidas, pero al final se ha apartado para dejarnos pasar. Mary se ha escabullido como una rata. La he seguido por la atestada cocina para ir a coger agua y paños. Cuando hemos regresado a las escaleras,

ha reducido el ritmo y sacudido el hocico.

—Cuéntame lo de los libros.

Una criada bajaba las escaleras a toda prisa, y he negado con la cabeza.

—Ahora no. Te lo enseñaré más tarde.

La idea de volver a la biblioteca me desbocaba el corazón.

—Iré a buscarte cuando haya terminado con la señora. Será tarde.

Mary ha titubeado. No sé lo que le haría Cararreloj si la sorprendía, pero seguro que se irá a dormir en cuanto pueda y le dejará todo el trabajo duro y de última hora a Bridie.

—Será un momento.

En sus ojos ha brillado un destello, y ha asentido. Hemos soltado una risa nerviosa, como si fuéramos amigas.

Barrett ha reaparecido como un mal agüero en lo alto de las escaleras del servicio. Le ha ordenado a Mary que cogiera los útiles de limpieza y que se diera prisa. La puerta se ha abierto y nos ha sumido en la cháchara de los invitados, que habían salido al vestíbulo. He visto al señor Garston riéndose y levantando la copa para brindar con alguien, también a una mujer elegante que se abanicaba el cuello, y he olido una ráfaga de su perfume. Luego, la puerta se ha cerrado de nuevo.

—Ya puedes volver a tu habitación, Watkins.

—¿Cómo?

Me lo he quedado mirando horrorizada. Para mí era impensable no volver a adentrarme en el reino de gentes relucientes en el que se había convertido la casa ni regresar junto a la señora y oírla cantar.

—Pero la señora Gethin me ha pedido que echase una mano, señor Barrett.

Ha cerrado los ojos despacio y ha inhalado larga y ruidosamente por la nariz. No sabía por qué me estaba expulsando, a no ser que me hubiese oído empezar a comentarle a Mary lo de las fotografías. En cualquier caso, no me ha quedado más remedio que recorrer el pasillo en dirección a las escaleras de servicio. El ayuda de cámara no se ha movido hasta que las he descendido, quizá incluso sigue ahí ahora mismo, montando guardia como un reptil malévolo y sobrealimentado. He venido hasta aquí y he cogido un buen retazo de remiendo en el que estaba trabajando. Me pone histérica no saber lo que sucede en la planta de abajo ni cómo está la señora. Mary me ha dicho que esperase hasta que terminara la fiesta y que me lo contaría todo.

He dado vueltas en su habitación como un animal enjaulado hasta que mis ojos se han clavado en el cajón inferior del armario. Con un sobresalto, me he acordado del candelabro de la repisa de la chimenea y he corrido hasta allí. Después de soplar la llama, he quitado la vela y

he metido los dedos como vi que hacía ella. He encontrado la llave. Me he acercado al armario y me he arrodillado para abrir el cerrojo. Dentro había una colección de objetos, pero la carta de la doncella francesa estaba arriba del todo, con el nombre de la señora escrito con una letra preciosa que me ha provocado una punzada de envidia. La he cogido y, sin levantarme, la he abierto. He tardado unos segundos en comprender por qué las palabras no tenían sentido para mí. El texto estaba en francés y ocupaba varias páginas, todas repletas de las mismas letras maravillosas y totalmente desconcertantes. La he devuelto al cajón y he empezado a mirar entre los demás papeles y objetos. Había un collarcito de perro de piel con una medalla de plata con el nombre de George Frederick grabado, una gran llave de hierro, numerosas partituras escritas por ella, entradas de conciertos de música y una botella de jerez.

Y debajo, en una bolsa de tela, dinero. Más dinero del que he visto nunca. Monedas y fajos de billetes de cinco libras; ha sido la primera vez que veo un billete. Me he quedado observándolo durante una eternidad como si fuera el cuadro de un tesoro. Y luego los he rozado con los dedos, y juraría que ni siquiera las telas del armario de la señora son tan agradables al tacto. Me he imaginado lo que pasaría si esa fortuna me perteneciera a mí, y una llama ha prendido en mi pecho. La libertad y las decisiones que me permitiría. Incluso solo una parte de esa riqueza. Ver el dinero me ha vuelto imprudente, como si fuera a poner contra las cuerdas los límites de mi vida, o de romperlos incluso. He cogido la botella de jerez, he sacado el tapón y he bebido un buen trago. El líquido me ha bajado por la garganta y una llamarada me ha subido hasta la nariz. He bebido más jerez y he cogido el dinero fuerte con las manos como si fuera a escurrirse de mis dedos, hasta que se me han dormido las piernas y he tenido que levantarme y caminar. Todo lo que he visto y oído esta noche —las fotografías y la música, los invitados apuestos y las mareantes riquezas— ha dado vueltas por mi cabeza, por esta misma habitación. El aire está vivo. No puedo seguir escribiendo. La casa también da vueltas, más y más rápido, como si nunca fuese a detenerse.

LONDRES

TRIBUNAL PENAL. PRIMERA SESIÓN DEL 24 DE JUNIO DE 1878.

TESTIMONIOS

CLARA GETHIN (27), acusada del asesinato premeditado de Edward Gethin.

El SR. FRITH ha llevado a cabo la acusación; el SR. GILL, la defensa.

GEORGE REED. Soy gabarrero y trabajo para el señor Haynes de la iglesia de Paul's Wharf. El 28 de mayo, cuando bajó la marea, reparé en una bolsa en la orilla del río, cerca del puente de Blackfriars. Al día siguiente, el 29, seguía ahí, así que la cogí con un gancho, pero estaba sujeta con una vieja ancla. Era una bolsa de viaje. La abrí y dentro encontré el cuerpo de un bebé. Lo llevé a Paul's Wharf y avisé a la policía. Los agentes se han encargado del caso.

HENRY RICHARDS. Soy un miembro del Colegio Real de Cirujanos y tengo una consulta en Clerkenwell. La noche del 29 de mayo, me avisaron de la morgue londinense, donde vi el cuerpo de un niño de unos cinco meses; llevaba camisa de dormir y tenía una cinta muy tensa apretada alrededor del cuello. Dictaminé *post mortem* que la causa de la muerte fue la estrangulación. Sentencié que llevaba muerto unos tres o cuatro días, así como el mismo tiempo en el agua.

Interrogatorio. Hablo con cierta seguridad, pues estando cerca del río hemos visto bastantes cuerpos y tengo bastante experiencia al respecto.

Lunes, 29 de abril

Cerca de la ventana hay una mesa que sirve de aguamanil y una silla que se tambalea sobre el suelo irregular. Hace un buen rato que estoy aquí sentada. Mis ojos se evitan en el espejo y, si acaso, miro hacia el patio ennegrecido. Cuando alguien aparece para usar la letrina o coger carbón, me echo hacia atrás enseguida, y la silla se ladea tanto que durante unos minutos de pánico creo que me voy a caer. Oigo ruidos de la calle incluso desde aquí: los cascos de los caballos, los gritos de los mozos de cuadras, un cubo de agua que se vacía por las escaleras.

El mundo parece demasiado cercano. Me sueno la nariz y ya veo que está cubierta de negro por el mero hecho de respirar. Se me forma un nudo en el estómago cada vez que pienso por qué estoy aquí.

Debo escribir para retrotraerme a hace dos noches, en el silencio de la habitación de la señora, después de que los carruajes se hubieran alejado. Llegó sin avisar, como un fantasma, mientras yo estaba en el asiento de la ventana. Me levanté a toda prisa y escondí la botella de jerez detrás de una cortina. No se fijó en eso ni en nada más, y menos aún en lo torpes que eran mis manos cuando la desvestí o le solté el pelo. Sus ojos irradiaban esa mirada perdida suya. No hablé por miedo a lo que el jerez fuera a causarme en la voz. Cuando terminé de ayudarla, se sentó en una silla frente al fuego, con la cabeza hacia atrás y los brazos y las piernas inertes, como una muñeca con la que alguien hubiese jugado antes de arrojarla a un lado. Ordené el tocador y retiré las mantas de la cama antes de desearle buenas noches. Comenzó a hablar antes de que yo llegase junto a la puerta.

—Canto bien, ¿no es así? ¿Aunque haya sido una fiesta ridícula y en la sala no hubiera más que gente estúpida?

Recordé cómo me había embelesado su voz antes del estrépito de los vasos rotos.

—Canta usted como los ángeles, señora. Ha sido como estar en un gran teatro.

Una sonrisa iluminó su rostro poco a poco. Me acerqué y me arrodillé delante de ella.

—¿Qué estaba cantando, señora, antes de que a Francis se le cayera la bandeja? ¿Qué decían esas palabras?

Sus ojos se dispusieron a buscarme por primera vez.

—Es de Händel. He cantado en italiano.

Pronunció de nuevo las palabras, sonidos desconocidos y cálidos sobre su lengua, y me las tradujo:

—«Déjame llorar por mi cruel destino. Déjame ansiar la libertad».

Al cabo de unos segundos, se puso seria y me cogió la mano.

—Harriet. Irás directa a la cama, ¿verdad?

El cambio de tono me sobresaltó y, durante unos segundos, estuve convencida de que me leía la mente. Su mirada era autoritaria, pero al devolvérsela detecté un destello asustado y suplicante debajo de la superficie.

—Ha sido un día largo.

Asentí. No añadió nada más ni bajó la mirada. Le deseé buenas noches de nuevo y me marché con el corazón dando extraños brincos en el pecho. Me fui a mi habitación y cerré la puerta con mayor fuerza de la necesaria, y acto seguido me quedé quieta como un poste. Nadie nos había oído a Mary y a mí hablando en las escaleras. Habíamos estado a solas. La señora no podía saberlo. Abrí la puerta de nuevo

con el mayor sigilo posible.

Los criados de Hill Court y hasta Bridie se habían marchado. Mary estaba sentada a la mesa de la sala de los criados reclinada hacia delante, con la cabeza encima de los brazos. Dio un respingo cuando le toqué el hombro y levantó la vista, vidriosa y nerviosa, como un animalillo que no recuerda si está a salvo o no. Supuse que se enfadaría porque era muy tarde, pero puso los ojos en blanco cuando se despertó del todo y me dijo que la señora había proseguido aun cuando la señora Murray se había ido a acostar. Se quedó sentada en el piano, tocando notas extrañas, como si estuviera decidida a pasar la noche allí.

—Y cada vez que me he acercado, quería algo distinto. Una taza de té o una nueva vela, como si buscara motivos para mantenerme ahí. Yo sabía que me esperabas arriba. Incluso ha mantenido despierto a Francis y le ha encargado recados absurdos… El muchacho estaba agotado.

—¡Francis! ¿Cómo está?

Se giró en la silla y se inclinó hacia delante.

—Laurence dice que Barrett le ha puesto la zancadilla.

—¿Cómo?

Asintió.

—Barrett ha ido a cogerle la bandeja, pero le ha hecho perder el equilibrio con un pie. Y ha culpado al pobre de Francis, por supuesto.

—¿Quieres decir que lo ha hecho a propósito?

Abrió los brazos y se encogió de hombros. Ojalá lo hubiera visto por mí misma. Me parece improbable, pues ¿qué razón podría tener Barrett? Pero un estremecimiento me recorrió al recordar que Cararreloj había hecho subir a Francis antes de hora y que había preparado suficientes vasos con hielo de repuesto.

—¿La señora estaba enfadada?

—No lo creo. Pero no ha vuelto a cantar. Se ha quedado callada y con la mirada perdida.

Asentí, distraída.

—Está en un estado de ánimo un tanto raro.

—¿Acaso no lo está siempre?

Me lo preguntó con tanta seriedad que me reí por la nariz. Nos miramos a los ojos y sonreímos. Así fue como recordamos quiénes éramos y lo que estábamos haciendo: éramos dos criadas de Finton Hall que planeaban ir de noche a la biblioteca de nuestros señores.

—Bueno, y ¿qué hay en los libros?

Lo susurró, aunque en esos momentos las salas estaban desiertas y todo el mundo en la casa estaba durmiendo. Yo también susurré.

—Sígueme.

Cogí una vela y salimos al pasillo. Mary me detuvo cuando giré a la

izquierda.

—Subamos por las escaleras occidentales.

Era un camino más largo, pues nos llevaba a caminar por debajo de la biblioteca hasta el final de la casa antes de subir y volver atrás, pero también significaba que la mayor parte del trayecto la recorreríamos por pasadizos de criados. Supuse que esa había sido la razón y la seguí hacia la derecha. Cuando nos aproximamos a las escaleras, Mary redujo el ritmo y me miró con una sonrisa y un dedo sobre los labios. Vi luz debajo de la puerta donde se guardaba la plata y enseguida me percaté del motivo por el que mi compañera nos había hecho tomar ese camino: Laurence. Señaló la puerta para indicar que debíamos entrar. Negué con la cabeza y me apresuré a cogerle del brazo.

—¿Qué estás haciendo?

Debíamos hablar moviendo los labios sin más. Bajo la luz de la vela, su rostro se distorsionaba en planos de sombras y claridad, así que parecía más bien una máscara.

—Sorprendámoslo.

Tenía los ojos iluminados por la ilusión. Negué con la cabeza por segunda vez.

—¿Y lo de la biblioteca?

—Que venga con nosotras. —Mary asintió con entusiasmo.

—¡No!

El pánico me arrancó sonidos de los pulmones. La palabra cayó como un guijarro sobre la oscuridad. Mary se puso de puntillas y movió la mano con gesto histérico para hacerme callar. Se lo estaba pasando en grande. Yo levanté una mano e intenté calmarla.

—Nos meteremos en problemas. Él nos meterá en problemas.

Empezó a reírse febrilmente, casi en silencio a excepción de las bocanadas de aire que flotaban en el pasadizo tras mi guijarro.

—Mary.

Negó con la cabeza, casi ahogándose con la risa, y se giró hacia la puerta.

—Mary, no.

Hablé en alto, con dureza, sin que me importase quién pudiera oírme. La idea de estar en la misma habitación que Laurence contemplando esas imágenes hacía trizas mis entrañas.

Dentro del cuarto, sonó el ruido de alguien que se sentaba con fuerza en una cama. Volví a coger a Mary del brazo para tirar de ella, pero se abalanzó sobre la puerta y me llevó consigo. Me sorprendió lo fuerte que era. Solté la vela y me eché atrás para liberarme de su agarre, y entonces ella dio de bruces sobre la puerta, que se abrió de par en par y se estampó contra un mueble. Mary se tambaleó hacia delante y cayó a los pies del catre de Laurence. Vi el interior de la estancia durante solo unos segundos antes de que la puerta se cerrase

de nuevo y me bloquease la vista. Fue como observar una imagen: sin contar con Mary abalanzándose hacia delante, todo lo demás estaba tan quieto, y se parecía tanto a las fotografías de la biblioteca, que al principio a duras penas entendí lo que había visto. Una enorme cara de muñeca que caía por el extremo de la cama. Con los labios pintados de rojo, las mejillas con colorete y cejas negras. Con una cinta alrededor del cuello y algo negro y de encaje que le envolvía los hombros desnudos. La palabra «Laurence» trastabilló en mi mente, pero me negué a establecer una conexión. Y luego extremidades, rodillas en el aire a ambos lados de la cara y con ángulos extraños; durante un instante me pareció una enorme araña digna de pesadillas con patas blancas resplandecientes. La puerta se había cerrado y lo había ocultado todo ante mí, pero a continuación saltó de los goznes y se abrió de nuevo. Una mata de pelo detrás de la cara de muñeca se revolvió para mostrar otro rostro del revés. Mary soltó un grito estrangulado. La habitación olía a sudor y a cera de velas. La araña se removió y se separó para dar forma a Laurence y al ayuda de cámara del señor Hicks. Mary se puso en pie y musitó varios gemidos antes de precipitarse hacia el pasillo. Se estampó a ciegas contra mí y me apartó para echar a correr hacia las escaleras. La oí coger a tientas la puerta del pasillo principal.

Laurence me llamó por mi nombre. Saltó a trompicones de la cama y fue hacia mí. Aparte de la cinta y la prenda de encaje —de cerca vi que era el chal que la señora llevaba cuando la conocí—, estaba desnudo. Sus partes brillaban, pesadas, y se bamboleaban con cada movimiento. Me miró como si fuera a correr hacia las escaleras tras Mary, pero el umbral de la puerta lo retuvo. La cara de muñeca se giró hacia mí. Detrás de los labios rojos y las cejas pintadas, la expresión del hombre irradiaba un gran odio. Debió de pensar que yo la había llevado hasta allí a propósito. Dije lo primero que acudió a mis labios.

—Esa es mi cinta.

La mancha era visible en la cinta desmadejada que tenía al lado del cuello. Una ligera idea de lo que le debía de haber ocurrido a mi desaparecido vestido me cruzó la mente. Sin decir palabra, Laurence dio un paso atrás, cogió el pomo de la puerta y me la cerró delante de las narices.

Sin la vela, la oscuridad era casi total. La luz que procedía de la habitación de Laurence no conseguía más que resaltar el contorno de la puerta. Oí voces amortiguadas en el interior, graves y urgentes, y ruidos de movimientos en la cama y por el suelo. Por lo visto, lo único que se movía en mi cuerpo era el corazón. Palpitaba con un fuerte tamborileo que se aceleró en tanto me quedaba paralizada. No intenté buscar la vela, sino que di media vuelta y avancé a tientas por el pasillo hacia el almacén donde dormía Francis. Estaba demasiado

oscuro para ver el interior, y tuve que tambalearme y encontrar el camino hacia su jergón. Del cálido montón de sábanas se alzaba una respiración regular. Solté un suspiro de alivio, aunque no sé qué miedo me había embargado, tan solo el presentimiento de que algo andaba mal; la señora lo había mantenido despierto hasta tarde y quería que yo me acostase enseguida. Francis no se despertó, estaba agotado por el largo día, y yo regresé a la oscuridad en dirección a las escaleras. En la planta de arriba, el pasillo estaba tenuemente iluminado con lámparas. Mary había dejado abierta la puerta de los criados. La cerré con el menor ruido posible.

Un pasillo iluminado de noche puede ser tan espeluznante como a oscuras. Me envolvía la sensación de que alguien me observaba y no tenía dónde ocultarme. Sabía que en ese piso no había ninguna gárgola, pero miré hacia arriba de todos modos. La biblioteca estaba a la derecha, con la puerta cerrada. Al principio parecía que había el mismo silencio ahí que en el pasillo, pero al acercarme oí murmullos. Durante unos segundos, estuve a punto de abrir la puerta; sin embargo, la risotada aguda del señor Garston me devolvió al presente. Los caballeros todavía estaban despiertos. Mary y yo no habríamos podido entrar en la biblioteca aunque hubiésemos llegado hasta allí. Me pregunté si las imágenes seguirían dentro de los libros o si precisamente las guardaban para esa clase de veladas.

Seguí avanzando y tomé el camino más rápido hacia el desván, por el que habría optado Mary. Pero no estaba en su cuarto. Al contemplar la vacía estancia de mobiliario austero, me embargó un inquietante temor que no pude explicar. Bajé las escaleras de nuevo, decidida a bajar a la cocina, pero primero asomé la cabeza por la puerta de la tercera planta. Allí también había lámparas iluminadas todavía. Los aposentos del señor estaban al otro lado del descansillo, y la puerta de su salita estaba abierta medio palmo. Dudé. Seguramente se encontraba en la biblioteca con sus invitados, y era probable que Barrett también. Me acerqué con sumo cuidado deseando haberme puesto las zapatillas y escuché junto a la puerta. Silencio. La abrí lo suficiente como para ver el interior.

No había nadie. Los artilugios extraños y las cajas misteriosas resplandecían mudos bajo la luz de las lámparas. La otra puerta que había en el extremo contrario al retrato también estaba entornada. Iba a marcharme cuando vi de reojo el retrato de la señora, orgulloso sobre la chimenea. Y su inconexo discurso regresó a mí, por lo que terminé aproximándome al cuadro.

Era más bonito incluso de lo que recordaba. Parecía estar viva, como si al soplarle yo el mechón que caía junto a su oreja fuese a moverse o a alargar una mano y tocar la tela del vestido para notar los pliegues bajo los dedos como había hecho yo al ponerme el auténtico.

Sus ojos me miraban fijamente, adustos y expectantes. Respiré hondo. La señora había mencionado al perro, que estaba ahí, dormido a sus pies. No había razón para pensar que estuviese muerto. Llevaba una correa de cuero atada al collar que desaparecía en el punto en el que la falda cubría el asiento de piedra. Había partituras de música a su lado y otras tantas desperdigadas por el suelo, una vaga idea de las notas garabateadas en las hojas. Miré hacia el canario que volaba por los aires más allá del balcón. Sus alas estaban retratadas en pleno movimiento y tenía el cuerpo encorvado, con las patitas hacia delante como si intentase detenerse. Empecé a relajarme. Para ver lo que veía la señora en el cuadro hacía falta mucha imaginación. Era posible que ella misma hubiera sembrado los temores en la pintura cuando estaba embarazada y desesperada por lo ocurrido con Helene. Si lo admiraba de nuevo, pensé, ¿seguiría viendo las mismas amenazas? Unas bonitas escenas de bosques y prados con una partida de caza y transeúntes que aparecían entre los matorrales daban paso a las torres y a los artilugios de mi señor. No había nada más.

—Impresionante, ¿verdad?

Su voz sonó detrás de mí. Al darme la vuelta, quise encontrar algo que decir.

—Señor, verá…

Tan solo pude quedarme mirándolo. Arqueó las cejas y sonrió de buena gana, como solía hacer.

—¿Buscas algo en particular?

Dio varios pasos y se colocó delante de mí.

—No, señor…

Guardé silencio de nuevo. Estaba observando el retrato, con la cabeza ladeada un poco, y se lo conté.

—No sabía lo del vestido, señor. No sabía que llevaba ese mismo.

Me miró unos segundos y luego asintió.

—Ya lo sé, Watkins. No pasa nada.

Sentí vergüenza, como si hubiera traicionado a la señora, pero al mismo tiempo alivio por habérselo confesado. Se dirigió hacia una mesita y cogió un libro.

—Espero que no te importe que te diga que me parece más adecuado en tu señora. —En su voz sonó una sonrisa—. ¿Qué te parece?

Señaló el retrato. Fue como la vez que me enseñó la rueda de Spedding. No podía creerme que se hubiera limitado a aceptar mi presencia y a iniciar una conversación.

—Es muy bonito, señor.

—Ah, sí. Y las cosas bonitas contienen secretos, ¿no es así?

Hojeó el libro que había cogido y se recostó cómodamente contra una mesa, con un tobillo encima del otro.

—Esa idea me agrada muchísimo. Casi resume la colección que he reunido. Me alegro de que tengas la oportunidad de verla.

Miré hacia lo que parecía un par de tijeras decoradas, colocadas encima de un cojín de terciopelo, cuyos cuchillos tenían la forma de la cabeza de un cocodrilo, pero mis ojos se clavaron nuevamente en el retrato. Entre las escenas industriales y campestres fluía un río, y lo seguí hasta que vi una silueta encima de una colina en la que no había reparado hasta el momento. Era bastante bajita, y di un paso adelante para verla mejor. Noté que el señor levantaba la vista.

—El detalle es extraordinario, ¿verdad? Me puedo pasar horas mirándolo.

Era un hombre con un rifle sobre el hombro. Estaba un tanto apartado de la escena de caza y apuntaba a cierta distancia de los demás. Seguí la línea del cañón para ver hacia dónde se dirigía. Mis ojos se apartaron del fondo hasta que, de repente, me di cuenta, con un sobresalto, de que presenciaba el momento mismo en que disparaban al canario. Parpadeé ante la violencia de la perspectiva y seguí una vez más la línea que iba del arma al pájaro. No era un error… El aleteo del canario en el aire ya no era un bello baile hacia su señora. Un breve gemido gutural escapó de mi garganta.

—Bravo, Watkins. Creo que empiezas a verlo.

Se había desplazado hasta mi lado. Seguí la correa del perro, que desaparecía debajo del vestido, y luego recorrí la línea que pasaba por encima de la balaustrada y se perdía en el fondo. Había breves detalles en algunos árboles, unos ligeros trazos que creaban una especie de soga que colgaba de una rama y niños con palos jugando y señalándola.

—El artista es bastante ingenioso, ¿no crees?

La sangre se me había congelado en las venas.

—Pero, claro, ya estás al corriente de algunas de sus obras más… festivas: los dibujos que amablemente me regaló para contribuir a mi colección.

Me giré y lo miré con los ojos como platos. Movió ligeramente la cabeza hacia un lado.

—Tengo entendido que la agricultura te despierta bastante interés.

La sonrisa se ensanchó.

—Me alegro bastante de que desobedecieras la orden de no tocar los libros de la biblioteca. Era una norma para evitar que las criadas normales y corrientes se espantaran, pero no creo que podamos decir que tú seas normal y corriente, Watkins, ¿no te parece? Como has entrado aquí sin permiso, quizá también te gustaría echar un ojo a estos.

Sacó algo que estaba entre las páginas del libro que tenía en las manos y se movió para colocarse entre la puerta y yo.

—Son más bien para satisfacer a un hombre de naturaleza débil, como dos de mis queridos amigos de las plantas inferiores, pero yo siempre digo que hay que respetar las manías de los invitados.

Me mostró una ilustración. Era del mismo tipo que las otras, pero en los segundos en que tardé en apartar la vista vi que el pobre cuerpo desnudo era mucho más joven, más incluso que Lily. El mozo de cuadras.

Eché a correr sin previo aviso para rodear un enorme globo terráqueo sobre ruedas, pero el señor dio unos cuantos pasos veloces hacia atrás para bloquearme la puerta. Me enseñó otra imagen. Me aparté y me golpeé con una mesa. Algo se deslizó por la superficie, y él se apresuró a cogerlo entre risas joviales.

—Es perfecto.

Estaba tan cerca de mí que percibí un olor masculino a tabaco y a jabón, productos caros, a diferencia del olor a tierra de William o el aroma barato de Laurence. Retrocedí aprisa hacia la chimenea y me golpeé la cabeza contra la alta repisa. Una gigantesca oleada rojiza me atravesó el cráneo. El señor se me quedó observando.

—Creo que te gustó la conversación que mantuvimos sobre la rueda, ¿no es así, Watkins?

Se me habían anegado los ojos por el dolor. No confié en ser capaz de correr.

—Me pregunto si eres capaz de adivinar el secreto de esto.

Levantó el objeto que yo había derribado sobre la mesa. Había una manecilla y, en el extremo, una forma parecida a una campana cerrada.

—Precioso, ¿verdad?

Aparté la vista. Me goteaba la nariz y me pasé una manga por el labio superior.

—Hay que prestar toda la atención, Watkins. ¿No fue lo que dijiste?

Esperó. Mi corazón martilleaba dolorosamente.

—Bueno, te lo diré si eres tímida. —Giró el objeto para que recibiera la luz—. Su invención y su historia son un tanto siniestras, pero, como verás, esta parte encaja a la perfección en una boca, como si fuera una pera.

Una pera. En el retrato, la señora lleva una gargantilla en forma de pera. Me preguntó si la había visto, consciente de lo que significaba para él; el señor ya debía de haberle enseñado aquel aparato. Lo miré aun sin querer. La parte de la campana, la pera, estaba girada hacia mí.

—Basta para impedir que la persona emita ruidos. Nadie puede hablar ni cantar con eso en la boca. Pero, además, si lo giramos así, el mecanismo se abre, como los pétalos de una flor.

La manecilla era un tornillo. Al girar la parte exterior, la pera se dividía en varias partes y se abría en forma de garra metálica más de lo que pueden llegar a separarse los labios.

—Por supuesto, no es necesario llegar tan lejos, pero creo que los resultados son interesantes: la mandíbula no soporta la presión. Los dientes…

—¿Dónde está Mary? —lo interrumpí. El señor dejó de mover el artilugio y me observó. Le sostuve la mirada—. ¿Dónde está?

Se me cerró la garganta y hablé con apenas algo más que un susurro. Él entornó los ojos.

—¿Mary no está en su cama? Me pregunto… —Pareció sopesar algo de verdadera importancia, algo que no había esperado, pero también aprecié un destello en sus ojos—. Me pregunto dónde puede estar. ¿No habíais quedado en ir a un sitio? ¿A la biblioteca, quizá?

Sus ojos azules me miraban centelleantes. El mal presentimiento que había sentido en el desván se transformó en una idea espantosa. Olvidé la sala, el dispositivo en forma de pera y al propio señor, y me agaché para precipitarme hacia una otomana y arrojarme hacia la puerta abierta. Entré en un ordenado dormitorio que era más austero y sencillo que el resto de la casa. Con un poste de la cama, me balanceé hacia la puerta y hui al pasillo. El señor no había salido de la salita para impedirme el paso. No oí que me siguiera. Tras recogerme las faldas con una mano y agarrarme a la barandilla con la otra, bajé las escaleras principales de tres en tres. No sé cómo llegué a la planta baja sin partirme el cuello.

El pasillo estaba tan vacío como unos minutos antes. Esa vez no avancé de puntillas, sino que me encaminé directamente a la biblioteca y abrí la puerta de pronto. La estancia estaba en penumbra, tan solo un fuego escaso y unas cuantas velas arrojaban haces de luz entre las sombras. Mis ojos se clavaron en las superficies y en las texturas, en los títulos dorados de los lomos de los libros y en la curva de la pata de una mesa, así como en el pelo grasiento del señor Garston. Estaba sentado en una silla junto a la mesa central, con una pipa en la mano, que balanceaba en tanto emitía un canturreo. El aire era espeso por el humo del tabaco. Cuando me acostumbré a la penumbra, vi al señor Murray. Estaba recostado en la escalera; solo vi fragmentos de él entre los barrotes de madera, lo suficiente para constatar que tenía la camisa suelta y con una mano se afanaba con los botones de los pantalones. No sé si se estaba vistiendo o desvistiendo. Se tambaleaba. Al extender un brazo para no perder el equilibrio, derribó una prenda que se encontraba sobre uno de los peldaños. Por cómo cayó al suelo, supe que era un corsé. Él no se dio cuenta, pues se dirigía ensimismado hacia la izquierda de la chimenea. El fuego iluminaba a medias a dos siluetas en el rincón, una pálida y

una oscura. La oscura era el señor Hicks. Su cuerpo y rostro se retorcía alrededor de Mary. Al principio no supe qué estaba haciendo.

No quiero escribirlo aquí. ¿Para qué documentar lo que aquellos hombres malvados le hicieron? Baste decir que Mary parecía ida, sin vida ni conciencia en su expresión. El señor Hicks profirió una lenta carcajada mientras jugueteaba con las ropas de ella, pero no para quitárselas, como pensé en un primer momento. Estaba jugando como una niña con una muñeca, colocándole las enaguas y la camisola desgarrada. Tras admirar su obra durante unos segundos, de pronto dio una palmada con las manos y la rodeó con un brazo para atraerla hacia sí en una grotesca postura.

—¡Zorra! ¡Zorra! ¡Caballeros!

Fue el señor Garston. La luz de la puerta por fin había atravesado su embriaguez, y lo que fuese que le nublaba la mente, hasta permitir la aparición de un pensamiento, y se había girado para mirarme. Echó atrás la cabeza y soltó un grito. Con una energía repentina, su enorme cuerpo se irguió de la silla y se abalanzó. Me quedé paralizada. Los otros dos repitieron el grito, el señor Murray agarrado a la escalera con una mano y aullando al techo. Me recobré y corrí como una liebre hasta rodear la mesa del centro. El señor Murray se precipitó hacia mí, sin dejar de sujetar la escalera, pero lo esquivé. Oí al señor Garston tras de mí, cuyo arrebato de energía se reducía hasta adoptar un resuelto trote.

—¡Es mía! ¡Es mía!

El señor Hicks extendió el brazo mientras con el otro seguía aferrando a Mary, sonriendo como un idiota. Rodeé la cintura de Mary y tiré de ella.

—Suéltala.

Mi compañera se bamboleó entre los dos como si estuviera ebria y la llevásemos a casa. Una mano húmeda y ardiente se cerró sobre mi nuca y me lanzó hacia atrás. Intenté huir, pero el señor Garston había perdido el equilibrio al agarrar mi vestido y mi pelo. Nos caímos de bruces en el centro de la estancia sobre una mesa, que casi volcamos. Me arrastró hasta el suelo. El peso de él me arrebató el aire de los pulmones, y una aguda carcajada rodó hasta mi oído. Noté el sabor del aceite con que se peinaba y del sudor, así como el olor asqueroso de una droga. Algo pesado aterrizó en la alfombra a nuestro lado. Lo busqué a tientas mientras él, sin dejar de reír y apoyado encima de mí, puso la cara frente a la mía. Mis dedos encontraron un diente metálico y una manecilla de madera. La primera bocanada de aire entró en mi garganta cuando resopló encima de mí.

—Ya he probado a las criadas francesas, a ver cómo se comporta una inglesa.

Jamás pensé que una cara pudiera usarse a modo de arma. Por más

que apreté los dientes e intenté apartar la cabeza, me abrasó con sus labios húmedos, con su aliento ardiente y su piel grasienta. Me era imposible respirar. Su lengua era una criatura larga y extraña que se movía por cuenta propia. Durante unos segundos, solo pude pensar en golpearme la cabeza contra el suelo hasta que la madera o los huesos cedieran. Y luego recordé que en una boca también hay dientes.

La criatura se escabulló cuando la mordí, pero conseguí atrapar la punta y seguir mordiendo. Hubo una explosión de ruidos, un intenso sabor metálico. Se alejó con un rugido, que me dio tiempo a balancear la rueda de Spedding. Lo golpeé en el ojo y en la sien, creo, pues soltó un gemido abrupto, casi de sorpresa, y rodó de encima de mí como si fuera un tronco enorme. Me incorporé, escupiendo su sangre y boqueando en busca de aire.

La puerta se abrió, y la estancia quedó iluminada por las lámparas que arrojaban luz al interior. Entorné los ojos hasta que vi a Barrett, sigiloso como siempre, dejando tan tranquilo una lámpara sobre una mesita. Se giró y observó el espectáculo, con lo que todos nos lo quedamos mirando. Un oscuro desagrado le demudó el gesto, pero no era la sorpresa. Miré hacia el señor Garston. Tenía un ojo lleno de sangre, y con el otro miraba hacia delante. Abría la boca como si lo que contemplase lo impactase, y le temblaban la barbilla y las mejillas. Barrett se adelantó para poner una lámpara junto al fuego y se guardó debajo del brazo un par de libros que habían caído al suelo.

—Caballeros, el señor Gethin se ha retirado por hoy. Quiere disculparse por no haberse unido a ustedes y espera que se diviertan tanto como gusten. Les pide… —Una ligera amargura teñía el verbo —. Les pide que esta noche se limiten a divertirse con la bodega, el tabaco y, por supuesto, con los recursos que ofrece la biblioteca.

El señor Hicks seguía sujetando a Mary y parpadeó, pero parecía haberla olvidado por completo. Conseguí ponerme en pie. Se encogió cuando me dirigí hacia él, con una expresión de alarma en el rostro. Escupí de nuevo un esputo rojizo y él trastabilló hacia atrás como si lo hubiera disparado. Mary se desplomaba en el suelo. La cogí por la cintura y le recoloqué el vestido para que no se le cayese mientras la guiaba en dirección a la puerta. Me costó bastante, sus piernas se movían como las patas de un potrillo. Barrett estaba junto al señor Garston, pronunciaba su nombre, y levantó la vista cuando me giré. Cerré la puerta para dejar de ver su mirada calculadora.

Y nos quedamos solas Mary y yo en el inquietante silencio del pasillo. Inspirar. Espirar. El aire se abría paso entre mis pulmones. Quería vomitar, pero sabía que no podía aún. Agarré a Mary como pude y me dispuse a avanzar. En las escaleras, me tuve que parar dos veces y arrodillarme a su lado, a la espera de recobrar fuerzas. Lo que le habían dado la había vuelto de arcilla, pesaba mucho y no

reaccionaba. Fue como si se hubiera adentrado tanto en su interior que ya no podía salir a la superficie.

Subir las escaleras hacia el desván era impensable —me dolía el cuerpo por los golpes recibidos y me temblaba el brazo por mantenerla en pie—, pero ni siquiera miré hacia la puerta de mi propia habitación. La llevé hacia la de la señora, sin saber qué quería, si suplicarle ayuda o chillarle a la cara por permitir algo así. La señora estaba despierta, sentada bajo la luz de un fuego moribundo, acompañada de una vela encendida. Guie a Mary hasta la cama y casi me desplomé encima de ella. Seguía con los ojos vidriosos, pero movió la cabeza como si una parte de sí misma intentase regresar. Le puse las piernas encima de la cama y le aparté el pelo de la cara. La iluminación del cuarto aumentó, pues la señora estaba encendiendo lámparas y más velas. Se detuvo al otro lado de la cama y miró hacia mí con rostro tenso y pálido. Tras varios minutos, tomó la palabra.

—¿Qué ha ocurrido?

—Estaba en la biblioteca. Con ellos.

Se sobresaltó ligeramente, como si un insecto la hubiese picado, y bajó la vista.

—¿La han…?

Su pregunta retumbó por la habitación.

—No lo sé. No creo… que les haya dado tiempo.

Me acerqué al baúl para sacar uno de los camisones limpios de la señora. Vi mi reflejo en el espejo. Pelo revuelto, ojos rojos. Sangre en los dientes. Me tambaleé hacia el aguamanil y serví agua de la jarra para limpiarme un poco. Mi boca se negaba a enjuagarse. Me incliné sobre la jofaina con las manos temblorosas.

—He herido al señor Garston. —Observé cómo el color rojo de su sangre daba vueltas en el agua—. Mucho, creo.

La señora guardó silencio durante unos segundos.

—Ven aquí y ayúdame.

Nos pusimos a ello para quitarle a Mary las botas, las medias y el vestido. Nos dio ligeros manotazos, pero no sé si intentaba detenernos o si estaba forcejeando con algo en su sueño. Conseguimos pasarle el camisón por la cabeza y meterle los brazos en las mangas. La señora le sujetó una de las manos y se la acarició. Con cuidado, la colocó sobre la manta y le acarició el brazo entre susurros. La rabia empezó a nacer en la boca de mi estómago. Tuvimos que ponerla de costado para quitarle la ropa interior y la camisola desgarrada. La señora consiguió bajarle las enaguas. Se detuvo, asintió y le cubrió las piernas con la camisola.

—Supongo que esto no prueba nada.

En cuanto Mary tuvo medio cuerpo tapado con la manta, sus ojos empezaron a cerrarse. La señora volvió a sentarse junto al fuego. Ya

no eran más que unas ascuas, pero siguió con la mirada clavada en la chimenea. Noté el dolor que me palpitaba y cantaba por todo mi cuerpo, como si alguien interpretara la música del diablo con mis huesos. La furia estalló.

—Usted lo sabía. Usted sabía lo que iba a suceder. —Mi voz sonaba áspera—. Y no hizo nada para impedirlo.

—Te conté cómo era el señor. —La señora negó con la cabeza—. Te conté lo de Helene y la carta que escribió.

Estaba tan tranquila que me entraron ganas de pegarle. De golpearle más fuerte de lo que golpeé al señor Garston, de ver cómo se le hinchaba la suave piel y se le deformaba.

—¿Helene? Helene es francesa. La carta está en francés. —Señalé el cajón inferior—. Usted no me contó nada. Y lo que sí me dijo era…

Levantó la vista de pronto y terminó la frase por mí.

—¿Una locura? ¿Fruto de la histeria?

Nos fulminamos con la mirada. Era cierto. Desde la jaula del canario sonó un grave burbujeo. Era noche cerrada, esa hora que se alza entre dos orillas. No parecía haber certeza alguna de que llegase la mañana.

—No… no se me había ocurrido que la carta estaba en francés. —De pronto, se echó a reír—. Quizá sí que estoy un poco loca.

A mí todavía me temblaban las manos.

—Debe de estarlo, señora, para permanecer en esta casa y no hacer nada más que ir a clases de canto y organizar fiestas y prepararle juegos vengativos a su doncella.

Se levantó del asiento.

—¿Nada, Harriet?

Su mirada enseguida se alzó por encima de mi hombro, pero esa vez oí cómo se abría la puerta y ya estaba dando media vuelta. El señor la cerró con cuidado. Me moví y me coloqué entre Mary y él. El señor se dio cuenta y compuso una expresión de leve decepción.

—Buenas noches. Espero que no haya ningún problema. He oído voces.

El miedo me atravesó como si mi cuerpo estuviera hecho de plumas. El señor bajó la vista hasta la caja que llevaba en las manos, que acarició con los pulgares.

—Quería felicitarte, querida, por una velada que ha sido un verdadero éxito.

Eché un vistazo a la caja y mi pulso se aceleró. La cara de la señora era una máscara blanca.

—¿Qué has permitido que ocurriese, Ralph?

El señor lanzó una mirada hacia la cama.

—Ah, si estás buscando a alguien a quien culpar…

Hablaba con poca energía, como si se viera obligado a tomar la

palabra en contra de su voluntad para referirse a asuntos desagradables.

—Recuerda, querida mía, que eres tú la que insiste en despedir a los criados con mayor velocidad de lo que se tarda en sustituirlos. Y que ha sido la doncella que elegiste con tan mal tino la que ha llevado a Mary a la biblioteca de madrugada, cuando debería haberse acostado.

Los ojos de la señora volaron hasta mí. El señor se nos quedó contemplando.

—Por lo visto, siente cierto interés por lo que contienen algunos de los libros. Libros que, creo, tenía claramente prohibido tocar. Y me temo que acaba de herir de gravedad a uno de nuestros invitados. Ya hemos hecho llamar al doctor. Y me temo que también habrá que despertar a la policía.

La señora empezó a hablar, pero él levantó una mano.

—Es mi culpa, querida. —Sus palabras aterrizaban como si las dijera de corazón—. He estado fuera demasiado tiempo. Siéntate, tengo algo para ti.

La señora observó la caja con las mismas suspicacias que yo segundos antes.

—No.

—Es solo un regalo.

La vi erguir la cabeza como un caballo a punto de echar a trotar.

—Querida…

La señora se apartó de la chimenea y se dirigió al armario. El señor se cruzó de brazos y le dio un golpecito a la caja con los labios, de nuevo con esa mirada de ligera decepción. Se alejó de ella y se encaminó a la ventana para correr la cortina un par de dedos. Y la soltó.

—Estas noches… —musitó— no son buenas para tus nervios.

Todavía nos daba la espalda, aunque fue más bien como si sostuviese un cuchillo ante nuestros cuellos. Al cabo de unos instantes, miró a un lado. Con un par de dedos cogió la tela que cubría la jaula y la levantó para observar al canario.

—Cantar está haciendo que empeoren tus síntomas. Aprovecharé para comentárselo al doctor cuando llegue.

Retiró la tela para dejar al descubierto la mitad de la jaula. El canario batió las alas y trinó nuevamente.

—Las clases deben terminar, por supuesto. Tus viajes a la casa parroquial, a ver a nuestro querido vicario… —La miró a la cara y sonrió—. Quiero ayudarte. ¿Por qué no me dejas cuidar de ti?

Como ella no le respondió, el señor dejó la caja sobre el tocador y abrió la puerta de la jaula.

—Deberíamos pasar tiempo juntos en Londres. No debería haberte

dejado aquí acompañada solo de la música para entretenerte.

Con un solo movimiento, metió el brazo en la jaula y agarró al canario con el puño. Se acercó el animal a la cara.

—Demasiada música agota al sistema nervioso, sobre todo a las mujeres; es una idea muy extendida y documentada en Europa. Una estimulación exagerada de la imaginación…, dicen que puede provocar inmoralidad, desesperación…

Alzó la otra mano y se rodeó el puño con ella, con el pulgar y el índice a ambos lados de la diminuta cabeza del pájaro.

—Ralph…

—Destrucción, incluso.

Un simple gesto, y lo había hecho. No se oyó más que un chasquido. Por lo menos en la habitación. En mi interior, se me revolvieron las entrañas con la sensación de haber querido coger algo sin conseguirlo. Después de darle la vuelta al canario, le cogió las patas con los dedos y lo dejó colgando inerte. Durante unos segundos, pareció absorto con las plumas de las alas, que se habían abierto como un abanico, y con el cuello partido. Y luego, con un despreocupado movimiento de muñeca, lo lanzó sobre la cama junto a Mary y se acercó al tocador. Le dio un golpecito a la caja.

—Mañana te pondrás esto con el vestido azul. Tus conjuntos de arpillera y cenizas han empezado a resultar cansinos.

No volvió a mirarnos a la cara a ninguna de las dos. De camino a la puerta, se detuvo momentáneamente para observar el retrato de la señora, a la muchacha de verde. Le cruzó la cara una sonrisa amable que me provocó ganas de devolver hasta los higadillos. Con su atención de nuevo en el presente, se dirigió a mí mientras se miraba el reloj de bolsillo.

—Esperemos que el señor Garston se recupere, Watkins.

La puerta se cerró tras él con el mismo sigilo que minutos antes. Un espantoso temblor se apoderó de mis extremidades.

—¿Qué me van a hacer?

La señora cruzó la habitación y me rodeó con los brazos. Me había quedado rígida.

—¿Qué van a hacer?

Emitió ruidos tranquilizadores y me habló con la misma suavidad con la que se había dirigido a Mary.

—Tranquila, Harriet. Siéntate. Ven aquí.

Tomamos asiento a los pies de la cama, al lado del pájaro muerto. La señora me alisó el pelo y me acarició los brazos. Observé el cuerpecillo inerte y a Mary. Mis ojos lo veían todo, no solo lo que había en la estancia, sino todas las escenas que había presenciado en la casa y en la casa parroquial. Oí de nuevo cuanto se había pronunciado, todos los comentarios insidiosos, los rumores, los

anhelos. La crueldad. Las palabras surgieron de mi boca como un grito.

—Se suponía que esta noche sería Lily la que estaría con esos hombres, ¿verdad?, no Mary. Por eso la contrataron. Y por eso usted la despidió. Estaba intentando protegerla.

La señora me cogió una mano y me apretó los dedos. No habló hasta al cabo de un rato.

—Barrett y la señora Clarkson las eligen. Seleccionan a las más jóvenes, a las que no tienen familia.

Se me abrieron los ojos como platos.

—¿También a todos los anteriores criados? ¿Usted los echó para mantenerlos alejados de esos hombres?

Y había pensado que ya no me sorprendería ni impactaría nada.

—¿Por qué no se lo ha contado a nadie?

Soltó un jadeo que era casi una risotada.

—¿Quién me iba a creer? Mi esposo es el honorable diputado Ralph Gethin. Sus amigos, hombres como él y otros que optan por hacer la vista gorda, presiden departamentos de policía, tribunales y hasta el mismísimo gobierno. ¿Debería contárselo? Mi esposo conoce a varios doctores que no dudarían en decir que estoy loca. Disponen de todas las pruebas que necesitan. Pero ¿qué voy a decir de Ralph? No hace nada por su cuenta, tiene las manos limpias. Hay criados, como Duncan o Lizzie, que creen que es el más amable de los amos, y los que conocen la verdad están controlados por Barrett.

—Como Laurence.

La señora asintió. La cabeza empezó a darme vueltas.

—¿Laurence sabe lo de estas veladas? ¿Sabe lo que ocurre?

Recuerdo la desesperación con que me habló cuando lo sorprendí en la cochera. No había estado dispuesto a explicarme qué lo ataba a la casa. El alcance de la verdad se iluminó en mi mente. La señora hizo una pausa como si intentara encontrar las palabras.

—Barrett y Ralph controlan y chantajean a Laurence desde que era muy joven. Se han apoderado de él hasta que el pobre ya no sabe dónde terminan ellos y dónde empieza él. Si los traiciona, se traiciona a sí mismo, ellos nunca le han permitido olvidarlo. Protestar o alejarse… no es tan fácil. Para nadie.

Intenté interpretar su expresión. ¿Sentía lástima por Laurence? Puso una mano sobre el brazo de Mary para cambiar de tema.

—Mary es el primer error de Ralph. Siempre la habían dejado en paz, pues la señora Clarkson es su tía, pero al traer a esos hombres aquí ha perdido el control.

De repente, me cogió una mano y nos sostuvo a las dos, como si pudiera salvarnos a Mary y a mí de un desastre que ya se había desarrollado.

—Me convencí de que estarías a salvo. Eres diferente, más fuerte y mayor que las demás.

Y bastante menos hermosa, pensé. Noté el peso del señor Garston sobre mí y me entraron arcadas. La señora continuó, hablando casi para sí misma:

—Nunca pensé que me dejaría tenerte. Creo que lo intrigas. Debe de haber algo en ti que considera valioso de corromper.

Me estremecí. La habitación se volvió más pequeña y más fría.

—Pero no podía arriesgarse a hacerte daño de forma evidente por tu familia y por los vínculos que te unen a los Stanworth.

Recordé el interés que había mostrado el señor hacia mi familia, para descubrir si alguien se preocupaba por mí, alguien con influencia suficiente como para meterlo en problemas. El pánico me embargaba al pensar en la policía. Con el señor Garston, el señor tenía algo que usar en mi contra, y tanto daba quiénes fueran mis amigos. ¿Me creería la gente? Intenté sonar valiente, si bien mi voz era muy fina.

—Mary, Helene y yo, pues. Las tres podemos defenderla.

La señora me miró como si le hubiera propuesto saltar por la ventana. Se inclinó hacia mí, enojada de repente.

—Nadie creería a Helene ahora ni a Laurence, aunque él cambiara su relato. Y Sarah Clarkson acusaría a su propia sobrina antes de romper filas con su señor.

Era cierto. Cararreloj estaba en el ajo por completo. Recordé la familiaridad con que trató al señor Murray —«Esta noche no está en el menú, señor»—. La señora siguió hablando con fiereza.

—No sé cómo consiguen tergiversar la verdad. Le darán la vuelta a lo que ha pasado con el señor Garston para acusarte a ti. Y todos verán tan solo que tienes las manos manchadas con su sangre.

Pensé en la carta de mi madre.

—Pero ya se rumorean cosas…

—Por supuesto que se rumorean cosas. —Lo rechazó con un gesto como si fuera algo absurdo que mencionar—. Siempre se han rumoreado cosas y hay gente que sospecha, pero ¿ha llegado a pasar algo?

Empecé a protestar de nuevo, pero me interrumpió con una voz que casi suplicaba.

—Se llevará a mi hijo. Lo corromperá. —Me miró fijamente—. ¿No lo ves? ¿No sabes lo que hará? Será su forma de castigarme para el resto de mi vida.

Sí que lo sabía y no lo había visto. El señor la castigaba de todos modos, controlaba todos sus movimientos. Y lo que era peor aún: comprendí en qué se resumía su vida, y le sujeté las manos.

—Pero he visto el retrato, he visto todo en la pintura, como usted me comentó… ¡Yo la creo! Y el señor posee cosas… espantosas. Me ha

enseñado la… la pera con el dispositivo que se abre para partir los dientes y la mandíbula. Me contó…

—Chist. —Me puso las manos sobre las mejillas—. Lo sé. No pasa nada. Ha llegado la hora.

No sabía a qué se refería, pero me aferré a ella como si fuera un salvavidas en un mar de oscuridad. Se giró hacia el pájaro.

—Mira, un canario muerto. —Liberó una mano y tocó las plumas con suavidad—. Es la señal para huir, ¿recuerdas?, cuando el aire está envenenado.

Huir. Qué fácil sonaba. Desandar el camino recorrido, atravesar pasillos conocidos en dirección al aire fresco, a la luz, a la vida. Pero ¿dónde podíamos ir? Los techos y las paredes nos apresaban. Aunque no esperaba que me respondiera, se lo pregunté de todos modos.

—¿A dónde iríamos?

Se quedó unos instantes callada, mirándome como si intentara adivinar quién era yo. Y luego pronunció una sola palabra.

—Italia.

Un lugar. El final de un camino.

Parpadeé. En la señora ya no había nada de la locura que había visto antes, no había pozos negros que ocultaran secretos en sus profundidades. Solo una súplica, directa y desnuda. Se giró para mirar a Mary, que seguía inconsciente, y me llevó hasta las sillas que había delante de la chimenea. Nos inclinamos hacia las ascuas casi extinguidas, aferrándonos las manos en tanto me hablaba. El plan era sencillo, tan sencillo como cuando un niño deja un juego para comenzar otro. Vi que para la señora ya era real. En su cabeza había dado los pasos cien veces: desde marcharse de Finton Hall hasta subirse a un escenario profesional en Italia. Sabía en qué teatros probar suerte primero. La escuché con creciente asombro y pensé que había urdido ese plan, concretado los detalles y que sin duda lo había escrito todo para quemarlo después. Y yo que había pensado que no estaba bien de la cabeza. Había llegado a tenerla por una especie de enferma, y durante todo ese tiempo no me había necesitado en realidad, no como yo había imaginado. Pero me necesitaba de pronto como ayudante, como acompañante… Ya no sería sin más su doncella. Mi vida sería algo nuevo, algo que jamás había imaginado ni siquiera en los anhelos redactados en este diario. ¿Lo haría? ¿Me arriesgaría?

Me la quedé mirando. Todavía había muchas preguntas por responder, mucho que no comprendía de su comportamiento ni de su plan, pero me había equivocado con demasiadas cosas. Me imaginé volviendo a casa, buscando trabajo con otros señores, sin dejar de saber lo que sucedía en Finton Hall, sin dejar de saber que había huido y no había ayudado a nadie, a la espera de leer cualquier día en la prensa que la habían arrestado. Mi corazón dio con la valentía

necesaria.

—Iré con usted.

Las dos derramamos lágrimas. Como si nuestros sollozos no fueran más que un cambio de tiempo, me aseguró que era necesario que primero me escondiera. Había un plan en marcha, y debía ir a Londres sin ella y esperarla allí.

—No. —Negué con la cabeza—. No puedo abandonarla, señora. No con el señor.

—Debes irte. —Sus manos me apretaron tanto las mías que me hicieron daño—. Ahora lo sabes todo, y después de lo que le ha pasado al señor Garston no estás a salvo. Ralph lo usará para destruirte.

Intenté encontrar otro argumento, pero la verdad me puso la carne de gallina al pensar en Garston. La señora se inclinó hacia mí.

—Será solo durante unas pocas semanas. Él no me hará nada en ese tiempo. Quizá incluso sea beneficioso para las dos que ya no estés conmigo. Hace tanto tiempo que me preparo para esto, Harriet, que no me puedo arriesgar antes de que todo esté en su sitio.

—Pero ¿yo no la puedo ayudar? ¿Qué va a hacer?

Negó con la cabeza.

—Pasa desapercibida, no veas a nadie y espera mis instrucciones. Cuanto menos conozcas de antemano, más seguro será para las dos. ¿Lo comprendes?

Lo hice, aunque odié tener que abandonarla. Y a Edward.

—Cuando nos marchemos, yo cuidaré al bebé, señora.

De repente, sus ojos no irradiaban ninguna emoción. Durante unos espantosos instantes, me la imaginé desmoronándose. Las dudas me detuvieron el corazón.

—¿No se lo llevará?

Asintió ligeramente.

—Por supuesto. No dejaré que Ralph se lo quede.

Su respuesta sonó un tanto débil después de la firmeza con que me había hablado, pero de pronto me di cuenta de que había querido destetarlo antes de tiempo. Ese era el motivo. Mis pensamientos se aceleraron.

—¿Y qué pasa con Francis? No podemos dejarlo aquí.

Volvió a negar con la cabeza.

—Debes marcharte y deprisa, sin provocar más a Ralph. Por ahora podré lograr que Francis esté a salvo.

—¿A salvo? —Miré hacia Mary—. ¿Por qué no lo despidió como a los otros, señora?

Levantó las manos y luego las bajó.

—No puedo despedir a todo el mundo. Las criadas dependen de mí, pero Francis depende de Ralph. Y lo colma de regalos y de atenciones,

ya lo has visto. Está debilitando el resto de sus vínculos. Francis no tardará en dudar antes de sí mismo o de cualquier otro que de Ralph.

La miré fijamente, a la espera de ver las pruebas de que jamás lo permitiría, pero afuera dos caballos galoparon hasta la entrada de la casa. El doctor. Al final, la mañana llegaba. La señora se levantó y me miró con temor.

—No debes estar aquí. —Detalles. Había que decidirlos aprisa—. Hazte pasar por Helene… o Helen. Helen Dubois.

Comenzó a abrir cajones, a sacar prendas de ropa, camisolas y medias; rechazó unas y lanzó otras sobre la cama. Se me aceleró la mente. No podía despertar a Francis y llevármelo para que nos escondiéramos juntos, pero tampoco podía aceptar dejarlo en esa casa. Recordé cómo lo había mirado el señor Murray. La señora hablaba en un urgente susurro.

—Te daré dinero para que lo cosas ahora y te mandaré más cuando nos marchemos a Londres.

Por fin comprendí lo que me estaba diciendo.

—¿Helen Dubois? ¿Su doncella?

—Un nombre francés te servirá. Si necesitas nuevos encargos, con ese nombre atraerás a las damas que creen que las muchachas francesas son estupendas costureras.

Dejó atrás las ropas y abrió un cajón para sacar papel.

—Necesitas un personaje…

Un viejo temor me inundó la barriga.

—Pero no soy francesa. Ni siquiera hablo…

—Di que creciste aquí, que tu madre es inglesa y tu padre murió cuando eras joven. Es más o menos la historia de Helene, pero al revés: ella creció en Lombardía. La vida de una persona real, un tanto adaptada, sonará más creíble.

No le dije que ni siquiera sabía gran cosa de su anterior doncella. No había tiempo para discutir.

—Solo será durante unas pocas semanas. Y luego podrás ser quien desees.

Una repentina sonrisa le atravesó el rostro como procedente del futuro. Se esfumó tan rápido como había aparecido.

—No le digas a nadie dónde estás, solo a mí. Envíame tu dirección en cuanto encuentres alojamiento. No… —Me miró desde la mesa, pensativa—. Envíamela a mí, pero mándala a la casa parroquial a nombre de la señora Trevelyan. Así será más seguro. Ella no la leerá ni se la entregará a nadie que no sea yo.

Asentí. Mis ojos se desplazaron hacia el retrato y la muchacha de verde. Su expresión embelesada parecía brillar más que nunca. No volveré a verla. A partir de ahora, pensaré en la escena como un cuadro vacío, una silla abandonada en un haz de luz del sol.

La señora emitió un débil jadeo. Esperé en tanto ella observaba, casi sin expresión, la caja que le había dejado el señor. Me lo mostró al cabo de unos segundos. Sobre el terciopelo se encontraba la gargantilla del cuadro. Un collar sencillo con un colgante en forma de pera que irradiaba tonos azules y verdes bajo la luz; era ópalo, creo. El tallo y las hojas eran minúsculos diamantes. Cerró la caja y se aclaró la garganta. Nos miramos a los ojos.

Me dirigí a mi cuarto y me puse mi vestido, guardé las cosas en mi baúl y me guardé en la bolsa de viaje la ropa que la señora quería que cosiera —o que fingiría querer que le remendara—. Ella misma fue hasta los establos a pedir el carruaje. Bajé las escaleras del servicio con mis pertenencias y crucé el zaguán en penumbra, aterrada por si en cualquier rincón o descansillo me encontraba con Barrett o con Laurence. La casa estaba en silencio a excepción de mi respiración y la sangre que me latía en los oídos. Abrí la puerta que daba al patio y a un alba grisácea. El carruaje no estaba ahí todavía. Escuché el silencio tras de mí y, después de solo dudar unos segundos, entré en la casa de nuevo.

Francis dormía como un tronco. Lo zarandeé hasta que me miró como si tuviera miedo.

—¿Qué hora es, señorita? ¿Estoy en apuros?

Le puse las manos en ambas mejillas.

—Francis, escúchame. Me tengo que marchar.

Abrió mucho los ojos.

—Ojalá pudiera llevarte conmigo, pero no puedo. Trabaja mucho, pórtate bien, y yo les mandaré una carta a tus padres. Te pedirán que vuelvas a casa y, en ese momento, hazlo.

—¿A casa? ¿He hecho algo mal, señorita?

Parecía a punto de romper a llorar.

—No, no has hecho nada. Es que… —Oí a la señora en mi voz—. Es mejor así. Pero llegará el momento en que vendrán a por ti y no debes negarte. Algún día te lo contaré todo.

Le di un abrazo, con la sensación de que me iba a estallar el corazón, y salí de la habitación antes de que yo misma empezase a llorar. Había poco tiempo, pero, sin casi saber por qué, me adentré en la casa y subí las escaleras del servicio. La biblioteca estaba vacía e intacta. Un frío y desagradable olor persistía en la estancia. Había botellas y vasos por todos los lados, libros esparcidos por el suelo, también algunas de las ilustraciones. El corsé de Mary seguía arrugado bajo la escalera. Unas manchas oscuras salpicaban la madera y la alfombra junto a la mesa; era la sangre del señor Garston. Su sabor me llenó la boca de nuevo, y las náuseas me hicieron aferrarme al respaldo de una silla hasta que recordé que era en la que había tomado asiento él. Cuando me giré para marcharme, vi de reojo la

rueda de Spedding en el suelo. La cogí, la oculté debajo de mi chal y corrí a abrir la puerta… Y fue entonces cuando se me agotó la buena suerte. Laurence se encontraba en el umbral. Tenía los ojos inyectados en sangre, y la piel roja donde se había frotado para quitarse el maquillaje.

—¿Dónde está Mary?

Me lo gruñó. La extraña muñeca y la araña enorme regresaron ante mí. El aire enrarecido, el ayuda de cámara del revés, los lamentos de Mary. Aferré la rueda de Spedding.

—¿A ti qué más te da?

Ya no importaba lo suyo con los hombres. Laurence debía de haber adivinado lo que iba a suceder después de la fiesta, consciente de lo malvados que son el señor y sus amigos. Yo no podía perdonárselo ni justificarlo como la señora. La repulsión me llevó a darle un empujón para poder marcharme por el pasillo. Laurence me cogió del brazo y me lo retorció.

—¿Por qué la has llevado hasta mi cuarto?

Intenté liberarme. Sonaron ruidos de alguien que bajaba las escaleras principales. Laurence me apretó más fuerte y se me acababa el tiempo; los pasos se acercaron. La señora Murray había llegado al pasillo, se giró y nos vio. Pensé que Laurence retrocedería, pero se limitó a soltarme el brazo y a dirigirse hacia ella. Me dio la impresión de que con cada paso que daba se volvía más alto y fornido. Vi sorpresa y luego miedo en los ojos de la señora Murray. Durante unos segundos, no supe qué iba a suceder. Laurence se precipitó hacia ella como si fuera a derribarla al suelo. Y quizá lo habría hecho si la mujer no se hubiera encogido con un gritito de miedo y derribado una mesa. Laurence le enseñó los dientes y le hizo un gesto con la cabeza al pasar por su lado para arrancarle un nuevo gemido. Y al poco se había marchado. La señora Murray se irguió un tanto y se agarró el cuello del vestido. No sé qué esperaba yo que hiciese, pero no lo que hizo. Tras unos segundos en que se incorporó y se obligó a dejar de temblar, me fulminó con la mirada.

—¡Chica! Nadie nos ha traído agua caliente ni té.

Me la quedé mirando, con el corazón tan acelerado que pensé que lo oiría. Mi respuesta sonó de inmediato.

—Ahora se lo llevo, señora.

—Demasiado tarde. ¿A qué hora se sirve el desayuno?

—A las nueve, señora.

No eran ni las seis. Sus ojos claros centellearon como si fueran huesos. Era la única mujer que se alojaba en la casa; supongo que por eso les asignaron a los Murray la habitación más alejada de la biblioteca. Me pregunté si el regreso del señor Murray a la cama la había despertado antes de tiempo y las cosas espantosas que conocería

aquella espantosa mujer. Quizá así era como lo soportaba, fingiendo no ver nada y limitándose a darse aires con vanidad y mezquindad.

—Tomaré el té en el salón. Ahora mismo.

—Por supuesto, señora.

Le hice una reverencia y pensé que iba a pasarse un buen rato esperando. Se alejó, con paso inseguro, y la seguí hasta el pasillo. Antes de bajar las escaleras, vacilé, como si algo hubiera susurrado mi nombre, y miré alrededor. El ojo del armario me contemplaba, irradiando odio y maldad, como si fuera el ojo de la misma Finton Hall. Parecía decirme que podía marcharme, pero que no había terminado conmigo.

La señora me esperaba en el patio, con las manos tan apretadas que se le habían puesto blancos los nudillos. Me subí al carruaje de dos ruedas mientras el mozo de cuadras cogía mi baúl y mi bolsa. Me dio la impresión de que alguien me había rascado los ojos con un palo.

—Le he dicho que te lleve hasta la siguiente posta, por si alguien va a buscarte al pueblo.

La señora se me acercó y me dio un apretón en el brazo, pero sus ojos irradiaban miedo.

—El doctor sigue con el señor Garston.

Asentí y le cogí la mano.

—Venga conmigo, señora. Vayámonos juntas.

—No, no. —Negó con la cabeza—. Me tengo que quedar aquí.

La determinación le teñía la voz.

—Nos veremos pronto.

El muchacho regresaba con mis cosas.

—Dígale a Mary que lo siento —susurré.

La señora asintió.

—Haré todo lo que pueda por ella.

Tuvo que dar un paso atrás para que el mozo subiera el baúl. No había nada más que decirnos. El carruaje empezó a avanzar y se me llevó de allí.

Miré atrás hacia la casa antes de que los árboles la taparan, como había hecho Lily. La última vez que la había visto tan claramente desde lejos y sin que fuera una sucesión de habitaciones, cosas que limpiar y rostros que evitar fue el día en que llegué. Los gabletes y las torrecillas le conferían el aspecto de un castillo pequeño, que a mí me había parecido que estaba encantado. Mi mayor deseo al marcharme fue no tener que volver a ver esa casa, pero aferré la rueda de Spedding como si la hubiera intercambiado por un trozo de mí misma.

Ahora está en mi baúl, entre el resto de mis pertenencias. Mi ropa está desparramada por el suelo, como la dejé anoche. Estoy demasiado cansada y dolorida como para quitarme el vestido y la manta rasposa. El único consuelo que he encontrado hasta el momento en Londres es

que en esta época el nombre es lo de menos; tu persona importa bastante menos que el dinero que tengas. He optado por una de las casas de huéspedes más baratas de Warren Street, en Islington, y me he ofrecido a pagar un mes por adelantado. El bolsillo de la señora Cole engulló mis monedas más rápido de lo que un perro devora una galleta. No fue hasta que subía la caja por las escaleras cuando me preguntó cómo me llamaba.

—Helen Dubois.

Lo dije demasiado alto, como si una parte de mí esperase que la mujer avisase a la policía, pero se limitó a asentir sin interés alguno. En cuanto he cerrado la puerta del cuarto, me he sentado con la espalda apoyada en ella y me he rodeado las rodillas con los brazos. No la he abierto desde entonces.

MAYO

Jueves, 2 de mayo

No sé nada de la señora. Sigo en mi habitación, solamente salgo para comer y para ir a buscar los periódicos, y un día fui a mandarle mi dirección a la casa parroquial. Los otros huéspedes son todas muchachas jóvenes, la mayoría criadas que no quieren vivir donde trabajan, y una de ellas está empleada en una iglesia y parece tan joven que me recuerda a Lily. Helen Dubois es una chica callada, no sale casi nunca, le gusta comer sola. No resulta demasiado interesante.

Por la mañana, hojeo los periódicos por si hay noticias sobre el señor Garston o mi propio nombre como persona en busca y captura. En Londres suceden muchas atrocidades: robos en bancos, bebés muertos sacados del Támesis, la inminencia de una guerra. Debo hacer un esfuerzo para no ir hasta Gloucester Square y ver si han llegado, aunque solo sea para atisbarla a ella y asegurarme de que todo va bien. Procuro coser o escribir, con la esperanza de que una puntada tras otra o una palabra tras otra consigan ordenar mis pensamientos. Si me siento junto a la ventana, dispongo de suficiente luz durante casi todo el día, pero a menudo termino con la mirada perdida en el patio sucio, con la cabeza llena de temores. Me inquieta que la señora confíe tanto en Laurence aun sabiendo que está controlado por el señor. ¿Y si se le escapa algo? He escrito y reescrito numerosas ocasiones la carta a los padres de Francis para pedirles que lo saquen de esa casa, vertiendo en el texto todo lo que he visto y sé sobre el señor. Cuantas más cosas recuerdo, más preocupada estoy por la señora. Al mismo tiempo, mis palabras parecen increíbles. Me aterra que los padres de Francis me tengan por mentirosa, una sirvienta malencarada y resentida que busca causar problemas. Me aterra que la misiva no baste.

Viernes, 3 de mayo

No puedo seguir sin hacer nada, la espera es una tortura. En lugar de acercarme a Gloucester Square, he escrito a la sociedad Chicas Amistosas para preguntar por Lily. No sé de qué organización de

caridad la sacó Cararreloj, pero no debe de haber demasiadas para muchachas. Y luego me he dirigido a todas las agencias de sirvientes que he encontrado, sobre todo a las de gente de menos posibles. He visitado cuatro lugares con la esperanza de que no haya regresado a la organización de caridad y esté trabajando en alguna casa. Las palabras del señor me persiguen; ojalá no esté vendiéndose en la calle.

Sábado, 4 de mayo

He visitado otras cuatro agencias. Nada.

Lunes, 6 de mayo

Me han contestado desde la sociedad Chicas Amistosas para decirme que no la conocen, pero que pregunte en la asociación que presta ayuda a jóvenes criadas. Me he acercado a la dirección que me han dado, y desde allí me han redirigido a otro despacho. La mujer a cargo parecía sorprendida de mi presencia. Ha parpadeado mucho y me ha preguntado varias veces quién era. Me ha dado un brinco el corazón. En efecto, Lily regresó al día siguiente de irse de Finton Hall, pero desapareció tras una sola noche. Ninguna de las chicas sabía a dónde había ido, o eso aseguraban. La expresión de la mujer me ha dicho que se le ocurren varias ideas sórdidas, pero se las ha guardado para sí. Le he suplicado que me escriba si Lily vuelve, y se ha ablandado un ápice ante mi preocupación y me ha dicho que sí. Me ha quedado claro que no albergaba grandes esperanzas.

He visitado otras dos agencias, pero ya sin apenas expectativas y con pies doloridos. Me parece improbable ya que Lily esté buscando trabajo como criada. Su cruel despido de Finton Hall debe de haberle quitado las ganas de servir; además, ¿dónde la aceptarían? El señor y la mujer de la agencia ya me han dicho claramente lo que opinan, y no se me ha ocurrido nada mejor. He ido a pie hasta Stepney con poco ánimo y habría seguido hasta la casa de los padres de Francis de no haber sido por la advertencia de la señora de que no fuese a ver a nadie. Una pesadilla me ha despertado por la noche y me ha obligado a incorporarme. En el sueño, Laurence movía el retrato del niño negro de Finton Hall y se negaba a decirme dónde lo había llevado. Sudando en la oscuridad, he recordado que el cuadro tiene unos cien años. El collar de plata que le rodea el cuello al muchacho no es un bonito adorno de su librea: es un collar de esclavo. Creo que al señor le

encanta ocultar su maldad a simple vista, igual que en el retrato de la señora.

Me pidió que no visitara a nadie, pero me da miedo que mi carta a los padres de Francis se extravíe y, cuando nos hayamos marchado a Italia, ya no podré hacer nada más por él de lo que he hecho por Lily. Si es que nos marchamos. Las dudas me acechan cuando no camino ni escribo. Me tumbo en la cama y observo las manchas y grietas del techo. Italia parece irreal, un lugar de ensueño e imposible. Imagino que Laurence ha descubierto los planes de la señora o que ella ha cambiado de opinión, que la policía llegará hasta mi puerta por lo ocurrido al señor Garston. Pienso en Mary y en el mozo de cuadras, y me duele saber que Francis y Edward siguen en esa casa. Mañana voy a…

***

Betsy, la criada de la señora Cole, me ha asustado al llamar a mi puerta. Me ha llegado un mensaje por fin, sin firmar.

Mañana, martes, a las 15 horas en St. J. de la señora B.

Martes, 7 de mayo

St. James era la iglesia favorita de la señora B., a la que nos llevaba casi todos los sábados aunque hubiese otras tantas más cerca de la casa. «Una iglesia superior», nos susurraba, y nos miraba feliz como un gato. Era una buena caminata. Cuando la torrecilla familiar ha aparecido ante mí, me ha sorprendido sentir una oleada de pena. He mantenido la cabeza gacha y me he tapado la cara con el chal.

La iglesia estaba vacía, a excepción de una silueta en el fondo dedicada a sus asuntos. Me he sentado en el extremo de un banco del principio a esperar. En la pared había un cuadro de Jesucristo en la cruz. Me ha hecho pensar en Gertrude, de la casa parroquial, y en sus buenas palabras cristianas. Es probable que jamás sepa la verdad sobre el señor. ¿Qué pensará si se corre la voz de que he huido con la señora? ¿Y si nos atrapan? ¿Qué pensarán la señora Trevelyan, mis padres o William? Tal vez nunca vuelva a ver a mi familia. Los temores me han revuelto las tripas de pronto. Llevarnos a Edward es infringir la ley, un delito espantoso. Mis ojos se han clavado en la pintura, pero no he podido mirar hacia la cara de Él, atemorizada por lo que pudiera ver en Su expresión. El fondo tras la cruz mostraba la ciudad de Jerusalén a lo lejos, y he recordado el retrato de la señora y

todos los elementos siniestros que había en el cuadro. Su rostro parecía expectante. Poco a poco, he clavado la vista al fondo. Este Jesucristo mira hacia una apenada María. Está triste, cansado e impotente. Derrotado. Me parece extraño que lo hubieran pintado de esa forma. Una tela le rodea las caderas, y me ha hecho regresar a la escena de Mary en la biblioteca, desnuda e impotente en las manos de ese hombre. La furia ha vuelto a mí, y de repente me he percatado de lo más evidente de la crucifixión. Nunca se me había ocurrido. Hay que infringir leyes muy importantes para que a uno lo claven en una cruz.

—No sabía si vendrías.

Me he girado enseguida. La señora estaba en el banco detrás de mí, a mi derecha, con un abrigo azul claro y un sombrero de paja que le ocultaba el rostro. El señor ha conseguido vestirla como desea. En el cuello llevaba la gargantilla en forma de pera.

—Sigue mirando hacia delante.

Le he hecho caso, exultante por que estuviera cerca de mí después de pasarme tantísimos días a solas con mis propios pensamientos.

—¿Te encuentras bien?

He sonreído, aunque ella no podía verlo.

—Sí, señora. Y espero que usted también.

Ha soltado una de sus carcajadas resopladas.

—Mucho mejor después de verte. Dispongo de muy poco tiempo. ¿No has cambiado de parecer?

He negado con la cabeza.

—¿Qué quiere que haga?

He oído cómo el banco crujía cuando se removía en su asiento, quizá para mirar alrededor y cerciorarse de que estábamos solas.

—Necesito que estés preparada. Cuando llegue el momento, deberemos actuar con rapidez. Te mandaré de forma regular prendas para que las cosas; para no correr riesgos, intenta devolverlas sin que el mensajero te vea. Sabrás que ha llegado el momento cuando te haga llegar una enagua roja.

Ha seguido hablando, en voz baja y acelerada. Me ha contado que Lizzie se había marchado y que habían contratado a una nueva nodriza y a otra doncella. Las dos tratan a la señora con desconfianza, sin duda por culpa de las historias de Barrett y de Cararreloj. He escuchado con atención, creo que ni siquiera he cogido aire. Cuando ha terminado, la vacía iglesia parecía retumbar con sus palabras, como si las hubiera gritado.

—¿Lo has entendido?

He asentido. Aunque no era verdad, no lo había entendido todo.

—¿Por qué debemos esperar? ¿Por qué no elegimos una fecha ya?

Ha hecho una pausa.

—Todavía debo hacer unas cuantas cosas. Es mejor que no te lo cuente todo. ¿Podrás seguir manteniéndote? —Ha sonado vacilante—. ¿Necesitas dinero?

He oído en su voz la poca experiencia que tiene con el precio de las cosas. El dinero para ella es un lenguaje desconocido. Esa idea me ha generado un desagradable presentimiento acerca del futuro.

—No, gracias, señora. Pero ¿cuando lleguemos…?

Comentarlo me ha parecido invocar a la mala fortuna, pero sabía que no la vería más hasta que hubiéramos dejado atrás el punto de no retorno.

—Estoy… segura de que podré mantenernos hasta que me comprometa con otro hombre.

Era la primera vez que sonaba totalmente insegura ante mí. En caso de que sea necesario, supongo que en Italia necesitarán criadas en las casas tanto como en Londres.

—¿Cómo está el señor Garston, señora?

Ha hecho una nueva pausa.

—Ha perdido la vista en un ojo.

Se me ha erizado el vello de los brazos y de la nuca. He sentido miedo y algo más, una especie de asombro por que mis propias manos hayan podido provocar esa tragedia en otra persona.

—¿Me están buscando?

He notado cómo elegía sus palabras con cuidado.

—Públicamente no. Ralph le ha dicho al doctor que te habías emborrachado y te habías puesto histérica.

—¿El señor Garston no irá a hablar con la policía?

—Sabe que Ralph podría destruir su vida con una sola palabra, así que hará lo que mi esposo le pida. Pero no estás a salvo. Ralph está intentando averiguar dónde estás. Les ha escrito a tus padres, me lo ha contado. Quiere que yo sepa que tiene el control de la situación. Me preocupaba que hubieras vuelto a casa.

He notado una mano que me rodeaba el cuello y me lo apretaba.

—¿Qué les ha dicho?

—Ah, pues que está preocupado por tu bienestar después de tu desdichada… pérdida de control, quizá. Habrá encontrado la forma de insinuar las heridas a Garston. Tanto él como nosotros necesitamos saber que estás a salvo si regresas a casa o si les escribes. Está plantando las semillas para desacreditarte.

He guardado silencio. El suelo parecía haber desaparecido debajo de mí. Lo peor es que, llegado el momento, no sé qué llegaría a creer mi madre.

—Debo irme.

Al oír que se levantaba, le he hablado a toda prisa.

—¿Y Mary, señora?

—Isabel está cuidando de ella en la casa parroquial. —Ha vuelto a sentarse—. Se recuperará.

Por fin algo que no era horrible.

—Señora. —He girado la cabeza—. ¿Es muy difícil… con él?

Se ha hecho el silencio.

—No lo será durante mucho más.

Me ha apoyado brevemente una mano en el hombro.

—Que Dios esté contigo, Harriet. Y recuerda: una enagua roja.

Nunca la había oído citar a Dios, a excepción de aquella vez en la biblioteca, cuando me enseñó a cantar el poema de Milton y me preguntó si para mí era cierto, que también lo sirven a Él quienes se quedan quietos y esperan. Mis ojos se han vuelto hacia Jesucristo en la cruz y hacia el dolor que le demuda el gesto a su madre al verlo sufrir. Supongo que todo depende del lugar en el que estés y esperes.

***

He quemado la carta que les escribí a los padres de Francis y he redactado otra. No les cuento detalles; tan solo les advierto que lo saquen de la casa y que allí no está a salvo. Debo confiar en que bastará. Tal vez pasen semanas antes de que la señora me envíe su señal; no esperaré ni lo dejaré en manos del correo. Debo arriesgarme a entregar la carta en mano.

Más tarde

La familia de Francis vive en unos aposentos encima de una mercería en Mile End Road. La calle es corta, pero está concurrida porque casi todas las casas cuentan con una tienda en la planta baja cuyas mercaderías llegan hasta la acera. He pasado por al lado de una pareja de ancianos que inspeccionaba muebles de segunda mano y he dudado delante de la puerta de la mercería, aferrando la carta con las manos y entorpeciendo el paso a los clientes. Tenía las palmas mojadas por los nervios y el aire frío y húmedo; esta mañana lloviznaba. Los gritos de los vendedores ambulantes me han retumbado en los oídos y el olor abrasante de una carbonería se me ha atascado en la garganta. He cogido el sobre por las esquinas con la punta de los dedos para no ensuciarlo mientras pensaba en cómo entregarlo en mano sin presentarme ante sus padres. Un mensajero me ha parecido la opción más segura, puesto que podría observar la entrega desde la acera de enfrente. He mirado alrededor en busca de alguien adecuado, y he visto a un frutero en la calle. Su muchacho anunciaba a voz en grito

rodajas de piña. Antes de que pudiera acercarme a su puesto, he notado una mano que me sujetaba el codo.

—¿Buscas a mi esposo, querida?

Me he girado y he sabido enseguida que se trataba de la madre de Francis. La mujer llevaba un vestido de seda rojo impoluto y un sombrero de paja, y portaba una cesta llena de paquetes envueltos que desprendían el punzante olor casi como el de la sangre del pescado. Ha bajado la vista y ha reparado en el sobre que tenía yo en las manos, en el que claramente se leía el apellido Bowman, y me ha mirado a la cara. La franqueza de su expresión era tan firme como el agarre de su mano en mi codo. Supongo que mantiene con mano férrea a sus hombres. Pero también he advertido un brillo en sus ojos que era idéntico al de Francis.

—Sí, esto… es para ustedes.

Se lo he tendido con gesto extraño. Me ha examinado la cara sin prisas y ha parecido encontrar algo en mi rostro, algo que al principio no me ha parecido positivo, pero al poco una sonrisa se ha abierto paso entre sus facciones.

—Eres Harriet, la amiga de Francis.

Me ha embargado la necesidad de salir huyendo. Me he sentido expuesta y desnuda como el pescado, pero la mujer se ha echado a reír.

—¿Esta es tu letra? —Asentía hacia el sobre y ha vuelto a reírse ante mi expresión atemorizada. En lugar de coger la carta, sin embargo, me ha empujado hacia su puerta—. Ven, a mi esposo le hará mucha ilusión conocerte.

Ha desestimado mis excusas con un tarareo y se ha reído más. Las escaleras eran inclinadas, y me ha seguido de cerca, subiendo un peldaño tras otro con esfuerzo, como si le dolieran las articulaciones. Los he bajado para cogerle la cesta. En lo alto, me ha señalado hacia un salón ordenado y ha soltado varios gritos hacia la parte trasera de la casa.

—Siéntate.

Ha señalado una silla de un rincón. En una pared colgaba una cruz de madera, y he visto hileras de panfletos bien colocados sobre un aparador. Me he levantado tan pronto como ha aparecido el padre de Francis, un hombre alto, tan elegante como su esposa, que parecía un tanto descolocado por los gritos. La señora Bowman me ha presentado como la «amiga de Francis», y su esposo me ha mirado confundido con la misma expresión atenta de la que había hecho gala su mujer.

Otra silueta ha llegado tras él, un muchacho de unos dieciséis años. La señora Bowman le ha entregado la cesta y ha asentido. El chico me ha mirado y se ha marchado; al cabo de unos segundos, lo he oído bajar corriendo las escaleras. Todos han sido muy amables y me han

pedido que me sentara para darme las gracias por la visita. El señor Bowman ha acercado un poco más la silla y se ha apoyado los antebrazos en las rodillas. Las grandes manos le colgaban del asiento. Lucían las marcas del trabajo físico en algún momento del pasado, con manchas de tinta en la punta de los dedos. Me he sentido cómoda con él, sin sentir vergüenza de mis propias manos. Me ha preguntado por mi salud y por el trayecto y de dónde había viajado; le he mentido. La señora Bowman se ha apartado un poco hacia la ventana. Ninguno de los dos ha mencionado el sobre que yo seguía sujetando con las manos. En cuanto ha habido la primera pausa entre los cumplidos amables de él, se lo he tendido.

—Es para ustedes. Siento haberme presentado en su casa, pero estoy preocupada por Francis.

Su padre no ha cogido la carta, y me ha sorprendido que ninguno de los dos mostrase indicio alguno de sorpresa ni de alarma. El señor Bowman se ha limitado a arquear las cejas y me ha respondido con amabilidad.

—Es muy bonito por tu parte que hayas venido hasta aquí por el bien de Francis. Sabemos que fuiste una amiga para él cuando estaba solo y asustado en una casa nueva.

Se ha detenido sin preguntarme por qué había ido hasta allí. Su silencio me ha incomodado, y he respondido la pregunta que había esperado recibir.

—Finton Hall es una casa horrible. El señor Gethin no es el hombre que todos creen, y algunos de los criados son igual de malvados que él.

Me ha escuchado con atención, asintiendo, y luego me ha sonreído casi con gesto de disculpa.

—Francis nos ha dicho por carta que el señor Gethin es muy amable con él.

—Le está enseñando arte —ha comentado la señora Bowman desde la ventana—. Permite que Francis que estudie y aprenda con su colección.

Me he quedado mirando con impotencia la cara del hombre.

—Francis no sabe lo que ocurre con los demás criados.

—Ya veo.

Ha vuelto a asentir y me ha mirado con mayor atención.

—Así pues, ¿no es Francis quien está en apuros?

Me ha dado la impresión de que me ahogaba.

—En esa casa nadie está a salvo, señor Bowman. El señor Gethin…

He dejado de hablar. La señora Bowman había hecho un gesto muy leve. Lo he visto de reojo, me ha llamado la atención. Ha apartado la vista de la ventana cuando yo he girado la cabeza hacia ella, pero ha logrado que me pusiera en pie. Debería haberlo sabido desde el

principio por cómo me ha mirado delante de la puerta. Sabían que me presentaría en su casa; incluso sabían lo que les iba a decir. Mis palabras han caído en saco roto antes incluso de pronunciarlas. El señor Bowman también se ha puesto en pie.

—Hija, no tengas miedo.

En ese momento, he imaginado lo que había sucedido. Francis debía de haberle contado a alguien lo que yo le había dicho —a Laurence, por supuesto— y el señor o Barrett le había mandado una carta a esta buena gente para avisarlos de la criada trastornada que iría a soltarles mentiras. Las voces suaves y las palabras amables de los Bowman debían impedir que la loca perdiera los estribos y lograr que siguiera en su salón. ¿Que siguiera allí para qué? Le he cogido una mano al señor Bowman y le he puesto la carta encima mientras hablaba a toda prisa.

—Su ayuda de cámara y su ama de llaves buscan criaturas sin familia a las que dar trabajo, y luego Gethin se las presta a sus amigos, a unos hombres poderosos, señor Bowman, para que las usen como les plazca. Organizan fiestas. Conozco a una chica… —He vacilado ligeramente—. Abusaron de ella, señor. Y hay otra que creo que ahora vive en la calle. Siempre han recurrido a criados jóvenes, señor. Francis no está a salvo.

La expresión amable del señor Bowman ha desaparecido en cuanto le he cogido las manos. Por fin me escuchaba, y en sus ojos he visto la semilla de las dudas. La señora Bowman se ha acercado y le ha lanzado una mirada. He tirado del brazo del señor Bowman y le he gritado a la cara:

—¡¿Por qué nadie se lo cree?!

He sonado histérica, pero no se ha inmutado. Me ha mirado fijamente a los ojos, y un terror se ha adueñado de sus facciones, como si yo estuviera cambiando de forma delante de él.

—Un agente de policía…

La señora Bowman había vuelto junto a la ventana. No sé si lo decía como advertencia o con alivio. El señor Bowman seguía contemplándome, con mil pensamientos mezclados tras sus ojos. Ha abierto la boca, pero no había tiempo, y los dos lo sabíamos. Lo he mirado a los ojos, desesperada, y luego he echado a correr hacia las escaleras. Me ha dejado ir.

El corazón me martilleaba tan fuerte y tan rápido que me dolía. Me iban a atrapar. Llevaba el diario en el bolsillo, y con él también destrozaría a la señora. En la calle, he visto el casco de un policía bamboleándose detrás de un carruaje de correos procedente de Mile End Road. El hermano de Francis ha aparecido a su lado. Ha sonado un grito cuando he llegado al otro extremo de la calle y he doblado una esquina.

Era un estrecho callejón inclinado con casas adosadas. Un niño dormido frente a una puerta ha extendido la pierna cuando he pasado corriendo y ha estado a punto de hacerme caer. Unas alegres carcajadas me han seguido cuando he girado hacia una calle más ancha. Un carruaje se tambaleaba al alejarse de la tienda de un sastre. Cuando lo he alcanzado, los pasos que me seguían se han detenido por completo, reemplazados por gritos de rabia. Al mirar hacia atrás, he visto al muchacho correr por la calle con tanta rapidez que ha derribado a una mujer con un bebé en brazos. He saltado a la parte trasera del carruaje. Había sacos colmados, objetos rotos, una montaña de ropa vieja. El hedor a mugre era avasallador. Me he escondido entre la porquería y me he tapado con un abrigo pestilente. A través de un agujero de la tela, he visto al agente de policía echar a correr al divisar al chico. Han corrido los dos hacia el carruaje, y he contenido el aliento hasta que han quedado atrás. El hermano de Francis también ha aparecido, pero se ha detenido en la esquina, mirando a un lado y a otro; no le importaba demasiado el orgullo herido del agente. Me he escondido todavía mejor deseando que el poni fuera más rápido. Al cabo de unos instantes, cuando ha girado la calle, he podido sentir por fin algo de alivio. El vendedor vociferaba pidiendo la ropa usada de la mitad de la población de Londres. Luego hemos virado de nuevo, rumbo a una nueva calle, antes de detenernos. Me he levantado, boqueando en busca de aire, y he sorprendido a un hombre fumando en la puerta de su casa. Se ha inclinado hacia delante y se ha dado palmadas en las rodillas, divertido, al verme escabullirme del carro.

He caminado a toda prisa y me he adentrado en Stepney. Mi orientación era lo bastante buena como para saber que me dirigía hacia el sur, rumbo al río, y me ha parecido una buena dirección. Cualquier lugar al que no llegase la red del señor. Era como si unos hilos invisibles me conectasen con todas las personas a las que él conocía, sentía cómo me sujetaban y me impedían acceder a mis amigos. ¿Había salvado a Francis? No lo sé. Quería echar a correr. Ningún sitio parecía seguro. Me he dirigido hacia el oeste para mantenerme alejada del clamor de los muelles. El río se ha alzado para encontrarse conmigo en el puente de Londres, y lo he cruzado. Debería haber puesto rumbo al norte, pero no quería regresar a mi habitación, aunque, como me decía el sentido común, el señor no tuviera conocimiento alguno de dónde se ubica. He seguido avanzando hacia el sur y al oeste. Quizá una parte de mí sí sabía a dónde me dirigía. Había una vieja amiga a la que el señor no conocía. O eso esperaba yo. De todos modos, nadie hubiera sido capaz de convencer a Annie sobre lo que debía pensar.

El miedo que acelera la sangre me había abandonado para cuando

he llegado a Lambeth, y allí me ha sobrevenido un cansancio que me ha hecho arrastrar los pies. Las dudas también han acudido a mí cuando al fin he encontrado la calle donde vive, entre las callejuelas interminables, pues su dirección ha salido a flote en mi memoria. Estaba casada con un policía. La división de Andrew estaba lejos de Stepney, y la señora me había dicho que nadie había informado a la policía de la herida del señor Garston, pero cuando una lavandera me ha señalado el número doce, me he quedado en la acera como había hecho antes frente a la casa de los Bowman. Al final, estaba demasiado cansada para discutir conmigo misma y he llamado. Nadie ha respondido. Era lo último que me esperaba, y me he sentado en el escalón para apoyarme en la puerta y cerrar los ojos.

—¡Har!

Me he sobresaltado como si alguien hubiera disparado una pistola. Ni siquiera ahora sé durante cuánto tiempo me he quedado allí, a la vista de cualquier vecino y transeúnte. La mujer que estaba delante de mí llevaba un vestido sencillo y raído, además de un chal oscuro alrededor de la cabeza. Se parecía tan poco a Annie que no he podido más que quedármela mirando, parpadeando, hasta que se ha quitado el chal y me ha levantado para darme un abrazo. Nos hemos observado la una a la otra.

—Har, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Has venido a verme?

He asentido. ¿Por qué iba a estar en Lambeth frente a su puerta, si no? Me ha rascado la frente con un nudillo.

—Pues estás en la casa equivocada. La nuestra es la número veintiuno.

Todavía adormilada, he mirado hacia la puerta que tenía detrás.

—¿Has regresado a Londres al fin?

—Pues…

Me he dado cuenta de repente de que había urdido una historia para Helen Dubois, pero ninguna para Harriet Watkins. Solamente había decidido que Annie no debía conocer detalle alguno de mis planes con la señora.

—Estoy… cogiéndome unas vacaciones, mientras coso un poco y demás, y luego me iré a casa.

—¿Para casarte con William? —Su rostro se ha iluminado.

—Ah… No. —No se lo había contado en mi carta—. Rompí el compromiso.

Su rostro se ha puesto muy serio, pero acto seguido una sonrisa traviesa le ha curvado los labios.

—Mucho mejor. Venga, vamos a casa y hablemos.

He dejado que tirara de mí el dulce consuelo del brazo de una buena amiga. Annie no ha dejado de hablar de todo y de nada. En realidad, no le interesaba por qué me había ido de Finton Hall, estaba

demasiado ocupada observando a los viandantes de la calle en tanto fingía no hacerlo, como una experta carterista… o policía. En su salón, ha apartado ropas y labores de costura de una silla para dejarme espacio y ha ido a preparar té. He cogido una postal del suelo de Margate, donde me había dicho que habían ido de luna de miel, y la he colocado sobre la abarrotada y polvorienta repisa de la chimenea.

Frente a una taza de té, me ha contado que se ha hecho pasar por una mujer soltera y desesperada que esperaba dar en adopción a su bebé. Su ropa era un disfraz. La mujer a la que había visitado era sospechosa de aceptar bebés a su cargo sin tener permiso.

—Culpable. —Ha sonreído y ha removido su té—. Espera que regrese yo mañana por la mañana con el bebé y diez libras nada menos. Pero a quien recibirá será a un detective.

Se ha reído a carcajadas. Debo de haberla mirado con la confusión que me embargaba.

—Robert, el amigo de Andrew… Lo conociste, ¿recuerdas? Ahora es sargento. —Me ha guiñado un ojo—. Ha aceptado la misión de librar al mundo de cuidadores de bebés ilegales, personas que prometen criar a bebés o encontrarles nuevos padres, pero que al final no hacen más que poner fin a las vidas de los pequeños y quedarse el dinero. Es algo que sucede más a menudo de lo que crees. Te lo conté en mi carta.

—Pero ¿por qué haces…?

—Bueno, es que no hay mujeres policías, ¿verdad que no? Es una lástima. —Negó con la cabeza—. Por lo tanto, depende de las esposas de los policías hacer el trabajo sucio, como todo lo demás. Y he tenido que ser yo porque el sargento Robert no está casado… —Se ha inclinado hacia delante con esa sonrisa traviesa—. Y por eso creo que es un golpe de buena fortuna que hayas aparecido hoy sin ser la señora de William.

Me he desplomado en la silla.

—¡Annie!

—¿Qué? Le gustabas, ¿recuerdas? ¿Por qué no vienes y…?

—¡No! No he venido aquí para eso.

—¿Para qué has venido, pues? —Ha puesto una mueca—. ¿Dónde te alojas?

—Pues… en una habitación. —He inventado una mentira, una zona por la que había pasado de camino hasta allí—. En Aldgate.

—No suena a unas grandes vacaciones.

—En realidad, no lo son.

Estaba perdiendo el hilo. Annie me ha fruncido el ceño.

—¿Estás bien, Har? Te veo cansada y…

He asentido a toda prisa.

—Es que he caminado demasiado. Ha sido como visitar todo

Londres de nuevo, nada más, y se me ha ocurrido buscar trabajo por ahí. Dentro de poco volveré a casa, cuando me quede sin trabajos de costura.

—Bueno, gracias por decirnos que ibas a venir. Tu última carta me contó menos cosas que la silla en la que estás sentada. ¿Estás demasiado por encima de nosotros ahora que eres la doncella de una dama?

He cogido un trocito de pan y se lo he lanzado a la cara. A Annie siempre le ha encantado pelear, era la mejor manera de distraerla. Ha apretado mucho los labios y ha cogido la tetera como si fuera a arrojármela. Las dos hemos empezado a reír.

—Estoy aquí, ¿no?

—Hazme una visita como Dios manda cuando no tenga que lavar ropa. El domingo.

—Vendré, pero solo si estáis Andrew y tú.

—Como quieras. Eres muy extraña, Harriet Watkins.

He vuelto aquí a pie aunque estaba cansada y había empezado a chispear, contenta por haber podido pasar una hora en compañía de una amiga. Ese rato ha borrado una parte del terror vivido en Stepney. Sigo estremeciéndome al pensar en lo que podría haber sucedido. El apellido del señor es tan influyente que el agente de policía me habría retenido hasta que pudieran avisar a Gloucester Square. Y entonces todo habría sido en vano. Ahora mismo, sabe que estoy en Londres y que no me he marchado sin luchar. Ya noto la red que se extiende a mi alrededor en busca de mi paradero.

Domingo, 12 de mayo

Nada me iba a impedir que esta mañana fuese a visitar a Annie. No después de lo ocurrido en los últimos tres días. Creo que empecé a ponerme enferma el miércoles por la noche. El jueves, me levanté con la cabeza zumbándome como una colmena y la garganta como si me hubiera tragado la mitad de las abejas. Debió de ser por volver aquí caminando bajo la lluvia. No pude trabajar y me pasé el día en cama, dependiendo de Betsy para que me trajera sopa. Tres días sin nada que hacer salvo preocuparme. Para cuando he podido salir de la cama, necesitaba una amiga más todavía que el miércoles. Sentía la urgente necesidad de contarlo todo. Es probable que la vieja Annie se lo hubiese llevado todo a la tumba, pero esa Annie ha desaparecido y se ha casado con un policía, maldita sea.

—Dios, estás más blanca que la leche.

Me ha llevado al salón y ha llamado a Andrew a voz en grito. He

entrado en la estancia, limpia y ordenada esta vez, con los adornos relucientes y una bandeja con comida sobre un aparador. Annie no ha parado ni un minuto. Me ha traído chales y mantas, y luego un plato y servilletas. En casa de la señora B., siempre andaba trasteando en la cocina y servía los platos como un oso torpe de mal carácter. Fue una suerte que la vista de la señora B. nunca fuese lo suficientemente refinada como para reparar en su ropa sin planchar.

—¿Qué te hace sonreír?

—Tú. Y tus servilletitas almidonadas.

Me ha mirado molesta y avergonzada al mismo tiempo, gesto que me ha arrancado una carcajada. Su rostro volvía a ser el de siempre, y me ha dado un golpecito en la cabeza con los dedos.

—Veo que sigues ahí dentro. El otro día parecías un conejo al que estaban persiguiendo y hoy, uno que ya ha caído en una trampa. —Me ha ofrecido huevos revueltos mientras me miraba con extrañeza—. ¿Qué te han hecho en Hertfordshire?

Hoy estaba preparada para ser Harriet Watkins.

—Al final ha resultado ser un mal sitio. Está lleno de maldad.

Ha asentido, compasiva. Yo me he encogido de hombros.

—Y me apetece ver otros lugares. Escocia, quizá, o Francia.

—¿Francia? ¡Harriet se va a Francia!

Se lo decía a Andrew, que había aparecido con cara de acabar de lavarse. Y feliz.

—¿De veras?

Feliz e indiferente. El matrimonio le sienta tan bien como a Annie. Ser el señor de su propia casa le atenúa los golpes del mundo exterior.

Hemos organizado una especie de pícnic delante del fuego, a pesar de que fuera no hacía demasiado frío. Ha sido el momento más agradable que he vivido desde antes de ir a Finton Hall, salvo por las preguntas de Annie. Todas las mentiras que he tenido que decirles me dolían. Me los he quedado mirando y he pensado para mis adentros en su confianza inquebrantable en el día de mañana, en el futuro. Como si vivir pendiendo de un hilo fuera de lo más normal. Me han hablado del trabajo de él, de las visitas a la familia, de los chismes de los vecinos, y he tenido que apartar los pensamientos de lo que podría haber sido. Más incluso cuando Andrew ha hecho un comentario melindroso acerca de bocas extras que alimentar y Annie me ha mirado con expresión blanda y se ha acariciado la barriga con una mano. He dejado el plato y he apartado las mantas para poder ponerme en pie y abrazarla, y he rezado a Dios que mi amiga no viese la verdad que reflejaba mi rostro. Su noticia no debería haberme sorprendido tanto, no debería haber supuesto un golpe tan fuerte en el corazón.

Vistos desde fuera, éramos un grupo feliz, riéndonos por las horas

que pasamos en la cocina de la señora B., parloteando sobre el futuro. He visto que Annie no dejaba de mirar el reloj y, cuando he comentado que debería marcharme, ha sacado a colación otra historia de Gloucester Square. Eso ha sido veinte minutos antes de que se haya tomado un descanso verbal suficiente como para que yo dejase la taza y el plato en la mesa, poniendo así punto final a la conversación. Pero alguien ha llamado a la puerta.

Annie se ha puesto en pie.

—Abro yo.

He mirado a Andrew. Estaba frunciendo el ceño y observando su plato vacío.

—Ha venido Robert, Andy.

Annie ha acompañado al sargento hasta el salón mientras evitaba mi mirada. Me acordaba muy bien de él. Ojos atentos y grises que al principio no destacan por culpa de una marca de nacimiento, una mancha roja sobre la mejilla derecha que reclama tu atención hasta que notas que te está mirando a los ojos. Andrew se ha levantado para estrecharle la mano. Son dos hombres que se ven a menudo y, aun así, siempre están contentos de verse.

—Recuerdas a mi amiga Harriet, ¿verdad? —Annie hablaba con voz aguda y traicionera. Robert me ha mirado. Yo me he apresurado a asentir.

—Hola.

No ha sonreído. Al principio, te mira fijamente. Ya me ponía nerviosa cuando nos visitaba en Gloucester Square; creo que porque forma parte del departamento de detectives y no es un agente normal y corriente como Andrew. Ha recibido una buena educación y habla con voz suave.

—Hola. Veo que he interrumpido.

—Yo ya me marchaba.

Annie nos ha insistido en que tomáramos un té, y los dos hemos dicho que teníamos que irnos. La idea de irnos juntos de allí me ha aterrorizado. Robert ha dicho que solo necesitaba pasar unos minutos con ellos. Andrew ha arrastrado una silla por el suelo.

—Pero come algo antes. ¿Cómo está tu ama de llaves? ¿Sigue guardando cama?

—Pues sí. —Robert ha observado el pastel de carne.

—¿Tu ama de llaves está enferma? —Annie ha sonado preocupada en exceso. Robert se ha rascado la barbilla.

—Se ha roto el brazo.

—¡Vaya! ¿Y cómo te las arreglas? ¿Necesitas algo?

Cualquiera diría que el que tenía los dos brazos rotos era él.

—Harriet es la mejor costurera de todo Londres.

He sentido escalofríos por la espalda.

—Acepta encargos de la aristocracia. Zurce más deprisa de lo que yo desgarro las medias, y mira con qué detalle. —Ha extendido un brazo para tocar la costura de mi cuello. Me he encogido.

—Annie…

—Me has dicho que buscabas más trabajo mientras siguieras en Londres.

Nos hemos mirado a los ojos. No era verdad.

—Pues tengo unos pantalones que necesitan un par de puntadas. Y camisas nuevas que hay que arreglar, ya puestos. —Robert había roto el silencio. Y esbozado el primer amago de sonrisa.

—¡Decidido! —Annie ha dado un par de palmadas. Me he visto obligada a sonreír. Por lo menos, mis labios se han curvado—. Dale tu dirección.

Robert enseguida ha sacado del bolsillo una libretita y un lápiz. La idea de que yo era un conejo atrapado no estaba desencaminada… He notado cómo se tensaba el alambre de la trampa.

—Yo misma iré a buscar las prendas. Mi arrendataria no permite…

Todos esperaron a que terminase la frase.

—¿No permite que te hagan entregas? —Los ojos de él eran un disparo certero.

—Es que… le molesta recibir tantos paquetes. Prefiero ir yo a recoger las cosas.

Me he clavado las uñas en las palmas. Annie ha chasqueado con la lengua.

—Qué mujer tan extraña. Deberías mudarte. Venir a vivir más cerca de nosotros.

Lo había dicho con alegría, pero mi comportamiento ha sumido la estancia en un ambiente extraño. Robert se me ha quedado mirando durante un rato y luego ha escrito en su libreta y ha arrancado la página. Me la ha tendido.

—No está lejos de aquí.

—¿Ah, no?

Annie ha levantado las manos.

—A tres pasos de aquí, doblando la esquina. Podrías ir a buscarlo ahora mismo y llevártelo todo. No te importa esperar cinco minutos a que él coma algo, ¿verdad?

Nos hemos vuelto a sentar. Robert ha sacado un sobre y se lo ha entregado a Annie. Sin dejar de mirarme a mí.

—Aquí está todo.

Annie se ha girado para guardarlo en un cajón y me ha guiñado un ojo al hacerlo. Otra cita con un supuesto cuidador de bebés. Robert se ha comido un plato entero, y los tres han hablado de reorganizar el departamento de los detectives. He prestado atención y puesto cara de interesada sin oír nada. Los ojos del sargento no paraban de volverse

hacia mí, vigilantes. Y luego han terminado de hablar y era el momento de marcharse. Annie me ha abrazado y me ha susurrado una falsa disculpa al oído.

Afuera, Robert ha sonreído con media cara, como si la otra media no estuviera interesada, y ha señalado hacia la calle.

—Vivo…

Hemos echado a caminar, y yo he notado cómo el cansancio se adueñaba de mí. No es que hubiera estado enferma muchos días, pero aún debería seguir en cama. He notado cómo clavaba en mí toda su atención y lo he oído coger aire. No iba a poder soportar que me hiciera más preguntas.

—¿Es normal que trabajes un domingo?

Lo he dicho de forma tan brusca que ha habido una pausa extraña. Me he dado cuenta de que había sonado como una acusación y me ha nacido una carcajada. Para contenerme, me he puesto una mano sobre los labios.

—Bastante a menudo, sí.

He dado gracias por que al menos no me soltase un sermón acerca de que los delincuentes y los criminales no descansan el día del Señor. Robert iba a decir algo más, así que lo he interrumpido de nuevo.

—Conque ahora eres sargento.

—Sí. Sargento detective.

Otra pausa incómoda antes de que me acordase, demasiado tarde, de felicitarlo.

—Según Annie, eres el chico mimado de Scotland Yard.

He sonado sarcástica, pero se ha echado a reír.

—Con el instinto que tiene, Annie debería ser la jefa de la comisaría. Ojalá pudiera tenerlos a los dos a jornada completa… Cuando está metido en un caso, Andrew es como un terrier.

Ha habido un silencio.

—Annie me ha contado que en tu última casa fuiste la doncella de la señora.

Maldita Annie.

—Sí.

—En casa del señor Gethin, ¿no?

He mirado hacia delante, sin responder. Robert ha proseguido:

—Espero que, cuando gobiernen los liberales, cuenten con él en algún ministerio. Nos iría bien tener a más hombres como él.

Yo no podría haber pronunciado palabra aunque hubiera querido. Robert ha esperado unos instantes y luego ha seguido hablando.

—Estoy pendiente de la política, ¿sabes? Los policías podemos llevar a los delincuentes hasta la justicia, pero son los políticos quienes cambian las normas del juego. Si la ley no se adapta a lo que sucede por aquí —ha señalado hacia la acera—, no haremos más que

desenterrar los mismos viejos casos y no podremos hacer nada al respecto.

Ha hablado con tono agradable, sin el aura vigilante de antes. Seguramente intentar darle conversación a la amiga rara de Annie lo estaba aburriendo. Así pues, me he esforzado.

—No lo había visto así. Pensaba que la ley era la ley, y que luego había gente que la infringía.

—Es un baile entre los delitos y la ley. Mi trabajo debería verse respaldado por la legislación del setenta y dos, pero esta no consigue ni acercarse a resolver los problemas de verdad. Debo demostrar el alcance, el número de bebés afectados… No sé si has leído lo de los cadáveres arrojados al Támesis. Es la única forma de conseguir que la gente que manda no siga fingiendo que no está sucediendo nada. Esa es la mitad del trabajo, pues no les gusta admitir lo que ocurre. Y miran hacia otro lado.

—Tú deberías ser el primer ministro.

Se ha reído.

—No creo que me quisieran. Y yo tampoco querría, en realidad… Me gustar estar aquí, donde tengo libertad para ensuciarme las manos. Y ser invisible si el trabajo lo requiere. No quiero ser tan conocido. —Se ha dado golpecitos sobre la mancha de nacimiento—. Esto ya me hace destacar demasiado.

—¿Invisible?

—A veces. Debemos fundirnos con el fondo para ver lo que sucede. Fingir ser algo que no somos para llegar hasta la verdad. Forma parte del trabajo. Pero no sirve de gran cosa si la gente que manda no escucha.

—Y ¿crees que el señor Gethin escucharía?

Robert ha alzado brevemente las manos como si llevase una bandeja de exquisiteces.

—No nació en una posición privilegiada, sabe lo que significa adaptarse y a menudo habla de reformas… Está dispuesto a mirar lo que tiene ante sí. Y también es famoso. Habla a favor de entrar en guerra, pero también está dispuesto a apoyar causas ajenas, como la derogación de la ley de enfermedades contagiosas. Dicen que se ha involucrado personalmente para mejorar las condiciones de sus mineros. Tengo entendido que emplea a mineros heridos, así como a niños abandonados, para el servicio de su casa, ¿no?

He pensado en la rueda de Spedding y no he podido articular palabra. «No es la seguridad de los mineros lo que le interesa, detective». Se me ha formado un nudo en el pecho y el ya conocido ardor de la rabia amenazaba con prender. El señor es un santo para todo el mundo, no solo para la gente de la cocina de la casa parroquial. Incluso es un defensor de las causas de las mujeres. He

recordado a la señora con la gargantilla en el cuello. El mundo no se lo perdonará. A mí tampoco por mentir a mis amigos y a la policía. Por primera vez, he acogido la rabia sin reservas. He notado cómo ascendía para apartar las dudas y mostrarme cuál era mi camino. Ha sido más fuerte incluso que el miedo. He permitido que creciera.

—¿Ha sido agradable trabajar para el señor Gethin?

Pobre Robert. Menuda compañía más extraña he sido. Debía de estar deseando que Annie se hubiera ocupado de sus propios asuntos, igual que yo.

—Casi nunca estaba en casa. No lo he visto demasiado.

Tendría que haber sido evidente para cualquiera, y sobre todo para un detective, que me estaba guardando información. He notado cómo me miraba, de nuevo con gesto atento, pero no ha insistido. El resto de la conversación ha girado en torno a las camisas, los patrones y los tejidos. He esperado en el vestíbulo del edificio en el que tiene sus aposentos y me he ganado una larga mirada de un vecino que pasaba por ahí, con los labios mojados y patillas enormes. Me lo he quedado observando con el mayor desprecio que he podido reunir. No parecía estar acostumbrado a que lo miraran así y ha apartado la vista. Robert ha regresado con las prendas que necesitan arreglos y con una vieja camisa que debía servirme de patrón, muy bien doblada y atada con un cordel. Se ha ofrecido a pagarme un carruaje de alquiler.

—Prefiero caminar y coger el ómnibus, pero gracias.

Me ha mirado con seriedad. He visto que buscaba una manera de insistir, así que he asentido y me he encaminado hacia la puerta.

—¿No te importa ir por ahí tú sola? —Su voz me ha dejado claro que no lo aprobaba.

Me he detenido junto a la salida.

—Me gusta ir sola.

Iba a añadir algo más, pero luego se me ha ocurrido que no debo darle explicaciones ni a él ni a nadie. Mientras caminaba por la calle a paso ligero, he notado que el manto del cansancio aflojaba un poco. He conseguido evitar darle mi dirección a un policía (y a Annie, de paso) y también he logrado escabullirme de él sin demasiados problemas.

Miércoles, 15 de mayo

Ha llegado un paquete de prendas que coser de parte de la señora. Lo he abierto con el corazón en un puño. Su vestido verde de seda, muy elegante, con una petición para que añadiese una *balayeuse* a la cola; el retazo de papel que lo acompañaba decía que no era urgente.

Estaba envuelto en un largo pedazo de algodón. El vestido de la criada sí era urgente. Ya debe de quedar poco tiempo. Las camisas de Robert todavía no están terminadas, aunque llevo con ellas desde el lunes. Esa misma mañana salí a comprar la tela necesaria. No quiero atraer atención desapareciendo sin haberlas acabado. Sin embargo, el vestido debe estar listo a tiempo. La señora incluso me ha mandado unos cuantos pañuelos para que bordara las iniciales de su nuevo nombre en el reborde. Parece exagerado, pero quizá lleve razón. Los detalles podrían salvarnos o ser nuestra perdición.

Viernes, 17 de mayo

He encontrado medio soberano en el bolsillo de los pantalones de Robert. No sé si será una prueba. No he salido de la casa. No hago más que cortar y coser. Apenas duermo. Las puntadas son como instalar vías de un tren: en todo momento noto cómo un motor retumbante las recorre en mi dirección y no consigo ponerlas a tiempo. El vestido está acabado.

Domingo, 19 de mayo

Esta mañana he terminado de coser la ropa de Robert y he pedido prestada una plancha para que todo quede lo más impoluto posible. Un carruaje me habría facilitado el trayecto y evitado que las camisas se arrugaran, pero no me he atrevido a gastar dinero en eso. No he hecho más que pensar en dejarlas en casa de Annie, tomar una taza de té y regresar a mi cama. Me ha saludado con la misma amabilidad de siempre y sin indicio alguno de vergüenza, ni siquiera cuando me ha empujado hacia el salón y ahí estaba Robert, sentado incómodo en el borde de la silla con su camisa y chaleco. Se ha levantado y me ha lanzado su media sonrisa. He colocado su ropa sobre la mesa con menos cuidado del que había hecho gala en los ómnibus abarrotados. Annie es incansable.

—Pruébatelas en la otra habitación, Robert. Así comprobaremos si hay que hacer algún ajuste.

Creo que él ha visto la cara que he puesto.

—Seguro que son perfectas.

—Bueno, sentaos, sentaos, tomad un té.

La idea de dar media vuelta y repetir el largo trayecto sin siquiera descansar los huesos me ha obligado a tomar asiento en la silla más

cercana.

—¿Dónde está Andrew?

—Patrullando.

Annie ha servido el té y ha dicho que debía ir a ver cómo estaba la ropa que había lavado en el patio y se ha esfumado. No sé si esperaba que los dos nos abandonáramos a los brazos del otro. Después de lo de la semana pasada, no creo que Robert estuviera allí para cortejarme. De hecho, que estuviera allí me ha puesto nerviosa. Sus ojos directos estaban clavados en mí, pero no parecía inclinado a hablar. He barrido con la mirada los adornos y las postales de la repisa de la chimenea.

—Lo que me dijiste el otro día, eso de que la ley y los delitos bailan juntos…

Me lo he quedado mirando fijamente. Parecía un poco descolocado.

—¿Sí?

—¿Y si es la ley la que convierte a la gente en delincuente porque no tiene otro remedio? ¿Y si la ley se equivoca…?

—Yo no he dicho que la ley se equivoque. Solo que debe seguir el ritmo de lo que sucede para que la justicia pueda actuar. —Me ha escrutado—. Siempre habrá delincuentes que retuerzan las leyes en beneficio propio.

—Pero ¿y si…?

No sé qué creía que estaba haciendo. Quizá había sido el largo trayecto o por haberme pasado toda la semana sin poder hablar con nadie más que conmigo misma, pero verlo de nuevo ha sido como levantar la tapa de una cazuela que no sabía que estaba hirviendo. Debería habérselo podido contar todo al detective, haberle referido todos los malditos detalles que había presenciado en Finton Hall y lograr que me escuchara. La señora debería ver cómo llevaban al señor ante un tribunal. Sin embargo, huiríamos como fugitivas, mientras este policía sorbía el té y hablaba de justicia. He pensado en la señora, que secuestraría a su propio hijo, y en Helene, violada y despedida sin miramientos. Después de lo que había sucedido en la biblioteca, la criada francesa se había convertido en una presencia real para mí. Su letra estaba grabada a fuego en mi memoria, todas esas palabras que le narraban la verdad a la señora. Me había transformado en un eco suyo al vivir sola en Londres con un futuro neblinoso, como había hecho ella antes de dar a luz. El transcurso de su vida lo habían decidido los mismos hombres que habían torcido el mío. Incluso había adoptado una versión de su nombre. Pero no he podido hablar, no he podido decirle nada de eso a ese agente de la ley de ojos grises.

—¿Y si…, y si alguien no se puede permitir comer porque no encuentra trabajo y lo ves llevarse un trozo de pan sin pagarlo? Hoy he presenciado eso mismo al pasar por Gray's Inn Road con el ómnibus: un hombre ha robado una hogaza de la camioneta de un

panadero. ¿Y si necesita alimentar a sus hijos?

Todos mis órganos me pedían que cerrase el pico, pero he seguido hablando:

—O las mujeres que deben entregar sus bebés a la gente a la que perseguís. ¿Qué alternativa les queda si no pueden trabajar acompañadas de un hijo bastardo?

Robert todavía estaba perplejo.

—Nuestro trabajo no consiste en arrestar a madres inocentes.

—Pero son castigadas igualmente, ¿no es así? De hecho, nadie cree que sean inocentes. No hay ninguna ley lo bastante buena que las proteja a ellas ni a sus bebés… Tú mismo lo has dicho.

—No… —Ha enarcado más las cejas—. Por lo menos…, ahora hay varias asociaciones que ayudan a las mujeres y a las jóvenes. Sé que el señor Gethin da dinero a…

He emitido un ruido parecido al de una vaca al parir. Robert se ha quedado callado y me ha mirado fijamente. Me he dado cuenta de que el gris de sus ojos puede ser pétreo o, como en ese instante, profundo y oscuro como el terciopelo.

—¿Conoces a alguien que necesite ayuda?

Detective ladino… He ignorado la pregunta.

—¿Nunca os sentís culpables por ir por ahí espiando a la gente?

—No. No cuando es por un bien mayor. Nunca lo hacemos sin una razón.

Tenía la respuesta tan bien preparada que he supuesto que deben de haberle preguntado lo mismo mil veces.

—Es cuestión de prestar atención.

—Fingir ser algo que no eres es algo más que prestar atención.

—Debemos poder presenciar los delitos para aportar pruebas. —Por primera vez, ha sonado impaciente—. La mayoría de la gente son testigos horribles. No recuerdan o no entienden lo que han visto. Un buen abogado puede desmigar su relato con facilidad en un pleito. Ya es lo bastante difícil sonar creíble para un agente de policía formado.

Ha hecho una pausa y ha continuado como si retomara la misma idea.

—Annie está preocupada por ti.

Le he lanzado una mirada lúgubre.

—Ya es hora de que vuelva a casa.

Robert se ha levantado al mismo tiempo que yo.

—No soy tu enemigo, Harriet.

—¿Quién ha dicho que lo seas?

—Estás enfadada con la policía.

—No.

—Crees que, como tenemos tanto trabajo, no vemos la diferencia entre un delincuente reincidente y alguien que coge unas migajas para

alimentar a su familia.

—Yo no creo nada. Despídete de Annie por mí.

Ya casi me encontraba junto a la puerta cuando me he acordado. He dado un respingo y me he girado hacia él.

—Tu maldito medio soberano. —Lo he fulminado con la mirada—. Lo hiciste a propósito, ¿verdad? Para saber si me lo quedaba.

—¿Qué?

—Lo tengo en mi habitación, junto a la ventana. Te lo haré llegar aquí.

Ha corrido hacia mí hasta el punto de bloquearme el paso en la calle. He intentado rodearlo, pero me lo ha impedido.

—Te prometo que yo no lo puse ahí.

He levantado la vista y me ha sorprendido verlo con gesto divertido. Su marca de nacimiento se arrugaba cerca de los labios.

—Ha sido un error. Ni me acordaba que guardaba ahí esa moneda. Siempre lo pierdo todo. —Ha alzado las manos como había hecho la semana pasada y se ha encogido de hombros—. Soy un detective al que a veces le cuesta encontrar los calcetines. Es vergonzoso.

Su aura encantadora me ha inquietado. Lo he mirado como si fuera una urraca que de pronto se había puesto a cantar.

—Créeme, tengo mejores cosas que hacer que tenderles trampas a las amigas de Annie. Pero el viernes estaré cerca de Aldgate. —Enseguida he negado con la cabeza, pero ha levantado una mano—. No molestaré a tu casera. ¿Por qué no quedamos en los salones de té de Fenchuch Street y me lo devuelves entonces? O, mejor aún, ¿por qué no lo invertimos en comprar una porción de tarta para los dos?

Y ha sonreído. Abiertamente. Me lo he quedado mirando hasta que me he dado cuenta de que estaba con la boca abierta. A ver si al final Annie tenía razón… He accedido a quedar con él para devolverle el dinero. Después de dárselo, me mantendré alejada de Lambeth y le diré a Annie por carta que he vuelto a casa. Estaré en Italia antes de que se entere de lo contrario. Mentir me llena el corazón de algo espantoso.

Miércoles, 22 de mayo

La señora me ha enviado la gargantilla, envuelta en una capa liviana que hace juego con el vestido verde. Nunca la había visto tan de cerca. El colgante es pesado y resplandece, supongo que con deseos funestos. No iba acompañada de instrucciones. Me parece extraño que quiera conservarla. No he querido ni mirarla y la he cosido en el forro de mi combinación.

Le he escrito a mi madre para decirle que me iré al extranjero con una nueva familia y que le mandaré una nueva carta desde Francia (por si le envía una misiva al señor para decírselo). Tengo entendido que está en dirección contraria a Italia. No he añadido mi dirección de Londres, por supuesto, y no le he dado detalles de mi marcha de Finton Hall. Harriet Watkins está desapareciendo. Pronto será menos real todavía que Helen Dubois.

Viernes, 24 de mayo

Me he asegurado de llegar con tiempo para que Robert no viese la dirección de la que procedía. Los salones de té me han parecido intimidantes, oscuros y ruidosos. He esperado en la calle durante más de media hora, observando el tráfico y a los transeúntes, con una sensación de calor que me recorría los brazos. Hoy había una fina niebla amarilla sobre la ciudad; el sol y las nubes parecían presos de ella, con el contorno emborronado como si alguien las estuviera devorando. La gente te mira más si estás quieta. He sido como una estatua que recibía miradas, sobre todo de hombres. Han apuntado, por decirlo de una manera, y luego han bajado los ojos como si fuera el cañón de un arma. No merezco un disparo. Un joven que corría con un delantal de carnicero me ha guiñado un ojo. He empezado a recorrer la calle de un lado a otro para intentar ser invisible —envidio a Robert— y he fingido interesarme en el escaparate de un estanco. Ha sido allí donde me ha encontrado.

—¿Fumas?

Llevaba una corbata blanca impoluta y parecía recién salido del barbero.

—Un día probé una pipa. Fue como respirar a través de lana sucia.

William me había perseguido por el prado para metérmela en la boca y que la probara. Robert ha asentido.

—Estoy de acuerdo. Prefiero los cigarrillos.

Nos hemos quedado unos instantes en silencio, que ha resultado más extraño que de costumbre en el ajetreo de la calle. Y entonces he recordado para qué estábamos allí.

—Toma.

Había envuelto la moneda con un pedazo de tela sobrante de sus camisas. La ha aceptado y la ha frotado entre los dedos como si pudiera invocar a un genio.

—Gracias. ¿Me dejas invitarte a un té para disculparme por lo del domingo?

—¿Disculparte?

—Fui un maleducado. Los policías tenemos la mala costumbre de hacer demasiadas preguntas.

Me lo he quedado mirando y he reparado en que me apetecían un poco de tarta y unos instantes en su compañía. Me ha parecido más fácil asentir. He añadido que no podía quedarme mucho rato. En el salón de té, el ambiente era cerrado y pegajoso. Robert ha traído té para los dos y un par de porciones de un bizcocho esponjoso, y nos hemos sentado a una mesa cerca de la ventana, aunque la luz del sol parecía reacia a aventurarse tan lejos.

—Siento que no sea el lugar más bonito. No conozco demasiado bien esta zona de la ciudad.

—No me importa.

—Toda esta zona debe de resultarte familiar, ¿no? Como te alojas por aquí…

He notado cómo la atmósfera se cerraba más a mi alrededor.

—No mucho. Un poco solo. —He mirado por la ventana, pero me he girado antes de que me hiciera alguna otra pregunta—. ¿Por qué has venido?

Para mi sorpresa, me ha respondido con sinceridad.

—En Lambeth hay una red de supuestos cuidadores que acogen a bebés, y, por lo que he podido averiguar, cerca del puente de Londres vive una mujer que está involucrada. Tengo un inspector por la zona, ha venido para ayudarme.

—¿Qué les hacen a los bebés?

—Depende. A algunos los desatienden por completo. A otros les hacen daño a propósito.

—¿Te refieres a que los asesinan?

Su mirada se ha vuelto de piedra. No le ha gustado mi pregunta.

—No es un tema agradable…

—No me importa. Prefiero saber lo que sucede que ir caminando por ahí con los ojos cerrados.

Se me ha quedado contemplando durante unos segundos.

—Sí. Se ha encontrado otro cuerpo a este lado del río. Creo que están matando a más bebés de lo que nadie está dispuesto a admitir. Los criminales más peligrosos saben cómo moverse y se cambian de nombre, pero creo que me estoy acercando mucho a uno de ellos.

Una inquietante sensación se ha instalado en mi estómago. Cambiarse de nombre y moverse era lo que hacían los criminales, los asesinos. Robert ya no me estaba mirando, sin embargo; estaba sumido en sus propios pensamientos.

—Lo que me… asombra es lo convincentes que resultan como madres cariñosas y amantísimas. No solo engañan a las mujeres desesperadas que necesitan que acojan a sus bebés, sino también a sus propias «familias». El año pasado interrogué a una niña de siete años

que quería a su madre adoptiva tanto como cualquiera desearía… Se sentía querida. La misma mujer que había dejado morirse de hambre a por lo menos dos bebés en esa misma casa.

—¿Por qué había sobrevivido la niña?

—Supongo que para cuidar las apariencias. Si nos enteramos de la muerte de un bebé, esas mujeres parecen menos sospechosas si están rodeadas de niños que las quieren y que están en perfecto estado de salud.

He pensado en Francis con dolor en el corazón. El señor debe de querer tenerlo para aparentar, colmándolo de amabilidad, como había dicho la señora, antes de atraparlo como había hecho con Laurence. He experimentado una intensa alegría tranquilizadora al pensar que íbamos a criar a Edward lejos de Finton Hall. He negado con la cabeza.

—Qué inteligente.

—¿Cómo dices?

—Si aparentas ser una persona respetable, que cae bien incluso, nadie podrá creer… No, es peor todavía: nadie querrá creer de lo que eres capaz.

Me lo he quedado mirando como Dios manda por primera vez, y lo he visto a él, en lugar de preocuparme por cómo me veía él a mí.

—Como detective, debes de sospechar de todas las personas a las que conoces. Aunque te caigan bien.

—Pues verás… —Ha soltado una risa—. Al investigar sí.

—En cierto sentido, debes ser tan insensible como los delincuentes y los criminales.

La expresión de perplejidad ha regresado.

—Debemos contemplar todas las posibilidades. —Tras observarme durante unos segundos, se ha inclinado ligeramente hacia delante—. No debería haber dicho nada. La mayoría de la gente es tan buena como parece. Y no esconde secretos espantosos.

—¿Cómo lo sabes?

Sus ojos parecían pasar de la piedra al terciopelo. Creo que sentía tanto irritación como curiosidad. En lo que a mí respecta, volvía a estar enfadada. No sé si era por él o por el señor, que todo el mundo consideraba un santo. Un ligero comentario y la furia bulle con la misma rapidez con la que un puntapié levanta el cieno de un río. He respirado hondo y mirado por la ventana nuevamente. El ambiente recargado y el dulzor de la tarta me estaban poniendo enferma. Lo he fulminado con la mirada.

—Perdona. —Ha negado con la cabeza—. Es un tema espinoso. Quizá debamos pensar en mejores ejemplos. ¿Tu padre y tu madre fueron…?

He soltado una carcajada antes de que terminase la pregunta y he

hablado sin pensar:

—Mi madre estaría encantada de ahogarme en una bañera.

No ha sonreído, y no lo culpo.

—¿Por qué?

—Porque no he vuelto a casa para casarme con un hombre.

Sus ojos se han vuelto de piedra, y he bajado la vista, cohibida de pronto. Cuando ha tomado la palabra, ha optado por un tono desenfadado.

—Creo que mi madre desearía haberme dejado en las escaleras de una iglesia.

Lo he mirado de reojo. Se ha señalado la mejilla.

—Nunca ha aceptado mi marca. Cree que la mancha llega hasta el alma. Mi hermano sin mácula recibe toda su atención.

Estaba sonriendo, pero, aun así, no he sabido qué decirle.

—No hemos tenido buenos ejemplos.

—Es verdad. —Se ha reído—. Por lo menos sabemos que Annie será una madre excelente.

He reflexionado. Sí. Firme y exigente, probablemente, pero bañará a sus hijos con amor.

—¿Estaba enfadada cuando el domingo me marché tan de repente?

—No. —Ha enarcado las cejas—. Estaba… preocupada.

Yo también he enarcado las cejas. Una sonrisa bailoteaba en sus ojos, y los dos nos hemos echado a reír a la vez.

—Supongo que te culpó a ti.

—Supongo que me lo merecí.

Nos hemos sostenido la mirada. Sus ojos han adoptado un gris más claro, y me estaba mirando con el mismo interés que el señor, pero en este caso yo era una persona y no tanto una curiosidad que encerrar en una caja. Aunque no me gustara la idea, no quería apartar la vista. Han sido solo unos instantes, pero he imaginado lo que sería verlo distinto, no como un desconocido, sino como un hombre con el que tuviera una especie de relación. He recordado cómo Mary besó a Laurence, la forma en que lo abrazaba, y he notado cómo se me enrojecían las mejillas.

Las manos de Robert estaban encima de la mesa, con los dedos entrelazados. Eran manos de caballero, como las del señor, lisas y limpias. Consciente de que las estaba observando, he mirado las mías y he visto la piel endurecida, un rastro negro en el costado de un pulgar. Me han devuelto al presente con un bofetón. He visto lo que debería haber sido evidente desde el principio. El sargento Robert Ansell tiene diez años más que yo y es un tipo educado y ambicioso. Vernos en casa de Annie había eclipsado la distancia que nos separa. El interés que demostraba por mí, una criada sin empleo, no era natural.

—Piensa mucho en ti.

He puesto las manos debajo de la mesa.

—Nos hicimos íntimas en nuestra última casa. Estábamos las dos solas, y la señora era muy divertida… Fue una buena época.

—No como en Finton Hall.

Sabía cómo se llamaba la casa del señor Gethin. Me he pasado las manos por la falda. Las tenía húmedas.

—Annie me dijo que lo considerabas un mal lugar para trabajar.

—Sí, pero también me apetece ver cosas nuevas. —He intentado hablar con ligereza.

—Tengo curiosidad. Es raro que un hombre que cuida tanto a sus trabajadores pueda ser el señor de una casa infeliz.

No le he contestado.

—Pero has dicho que casi nunca estaba. ¿Era por la señora Gethin? La vi el año pasado en las gradas cuando su esposo hablaba en la Cámara. Me pareció…

—Él mató al canario.

—¿Cómo dices?

—Le partió el cuello delante de nosotras.

Hubo una pausa.

—¿Ralph Gethin…?

—Gracias por el té. Me tengo que ir.

Me he levantado. El salón seguía repleto de gente que me daba la espalda. Me he abierto paso entre ellos, asestando golpes con los hombros y uno con el codo que ha provocado que algo se estrellase en el suelo. En la calle, he caminado a toda prisa, agradecida a la multitud, y he esquivado a los limpiabotas y a los muchachos que arrastraban carretillas antes de detenerme en una esquina para mirar atrás. Lo he visto a las puertas de los salones de té, un desconocido de nuevo, observando en la dirección contraria, y he echado a correr por una callejuela.

Al regresar a la calle principal, me he subido al primer ómnibus que iba al oeste. En Charing Cross he cambiado de nuevo. No sé qué es lo que me ha llevado a soltar lo del canario, como si eso fuera lo peor de todo. Quizá porque es lo más repugnante que había visto hacer al señor con sus propias manos. Una mujer que estaba delante de mí me miraba preocupada, y me han entrado ganas de echarme a llorar. He agachado la cabeza hasta que ha sido el momento de bajar otra vez y he caminado lo más rápido posible hasta mi habitación.

Cuando he entrado en la casa de huéspedes, Betsy estaba en el vestíbulo. Ha sido extraño verla quieta, casi como si me estuviera esperando.

—Buenas noches, señorita. Ha llegado otro paquete para usted.

Me ha tendido un paquete con las prendas para remendar de la

señora, como siempre.

—Gracias, Betsy.

Ha asentido y no se ha movido. A los pies de las escaleras, he mirado atrás. La muchacha ha bajado la vista y se ha encaminado hacia la cocina.

En mi habitación, he lanzado el paquete encima de la cama y me he tumbado al lado, a esperar a que aparecieran las lágrimas que habían amenazado con derramarse durante el trayecto. Les he abierto las compuertas. Sin embargo, una cansada impaciencia se cernía sobre ellas. Me he incorporado, con los hombros encorvados y los ojos secos, y he contemplado el suelo. Yo misma me he sentenciado. No voy a encontrar consuelo alguno en los sollozos. He desplazado la vista hacia el paquete. Era más pequeño que los anteriores. Me lo he acercado y lo he tenido sobre el regazo unos segundos antes de abrirlo. Una enagua roja. La he levantado y ha caído al suelo una llave enorme. Un retazo de papel me indicaba la dirección, una calle cerca de los juzgados precisamente, y la fecha de hoy. Y luego las palabras «ESTA NOCHE» en mayúsculas, como si no bastara con la fecha. El corazón me martilleaba con cada latido, como si fueran pasos que se acercaban. Y luego he oído un par de golpes en mi puerta.

He dado un brinco y he intentado pensar en doscientas cosas a la vez. Después de arrancar el papel del alfiler, he guardado la enagua debajo de la cama y he hecho trizas la nota antes de lanzar los trocitos al fuego. He cogido la llave del suelo y me la he guardado en el bolsillo. Los golpes han sonado de nuevo.

—Señorita Doobah…

Era la señora Cole.

He puesto cara inexpresiva y he ido a abrirle la puerta. La mujer me miraba con una expresión que era una mezcla de rectitud y vinagre.

—Ya le he dicho que no permito visitas de caballeros.

—Lo sé, señora Cole. No me ha visitado ninguno.

Ha enarcado las dos cejas. Me he imaginado a dos arqueros preparados para disparar una flecha.

—En ese caso, ¿por qué esta mañana ha venido uno? La última vez hice la vista gorda, pero no voy a tolerar más intrusiones.

—¿Cómo dice?

—Le dejé muy claro las normas cuando llegó.

Las palabras «ESTA NOCHE» seguían retumbando en mi pecho. Me he concentrado en una imperfección de la frente de la señora Cole.

—¿Alguien ha venido a verme? ¿A Helen?

—Y, como ya he dicho, no es la primera vez. Betsy incluso le ha dejado pasar.

Nos hemos quedado mirando a los ojos. He empezado a cerrar la

puerta.

—Lo siento mucho, señora Cole, no volverá a ocurrir.

—Más le vale. No permitiré que se diga que en mi casa…

El resto de sus palabras han quedado en el pasillo, aunque la mujer ha seguido hablando un rato. No he soltado el pomo de la puerta hasta que la he oído alejarse por el pasillo. Me he girado, he dado un par de pasos hacia mi baúl y luego me he detenido para ir hacia mi bolsa de viaje, que estaba sobre la silla. Tampoco he llegado a acercarme del todo y he optado por volver junto a la puerta y bajar corriendo las escaleras hacia la cocina. Betsy estaba sola, preparando una chuleta para la cena de alguien. Se ha sobresaltado al verme.

—¿Me ha dicho la señora Cole que ha venido a verme un hombre, Betsy?

Ha puesto la chuleta en una sartén al fuego. La carne ha crepitado con fuerza y ha escupido grasa. Algunas gotas debían de haberle salpicado en el brazo, porque ha dado un nuevo respingo y se lo ha frotado.

—¿Betsy?

—Es cierto, señorita.

—¿Por qué no me lo has dicho cuando he vuelto?

—Lo había olvidado, señorita, disculpe.

Me la he quedado mirando durante un rato.

—¿Cómo se llamaba?

—Pues no me lo ha dicho, señorita.

Parecía aliviada. Por fin una pregunta que podía responder con sinceridad.

—En ese caso, ¿qué quería?

—Tampoco me lo ha dicho, señorita.

Se ha girado hacia la sartén para darme la espalda. Me he acercado al fuego y he apartado la chuleta para que no se quemara. Betsy ha dado un paso atrás, con los ojos como platos y las manos temblorosas. He intentado sonar amable. He intentado no quitarle la cofia y arrastrarla por los pelos hasta el patio.

—Betsy, la señora Cole dice que ha venido antes y que le has dejado entrar.

La sonrisa ha regresado, pero esta vez le descomponía toda la cara. Ha seguido así, con la cara en alto como un niño a punto de echarse a llorar. Le he puesto las manos sobre los hombros.

—Betsy, tienes que contármelo.

La he cogido por los brazos, que colgaban a ambos lados. Lucían buenos músculos por el trabajo. Al final su rostro se ha arrugado y se ha echado a llorar. Ha cogido aire.

—Lo siento, señorita. No se lo diga, por favor, no se lo diga, por favor.

La he llevado hasta una silla y me he sentado a su lado mientras le sujetaba las manos.

—¿Que no se lo diga a quién?

—A la policía.

Lo ha susurrado. Un horrible presentimiento me ha recorrido la espalda. Poco a poco, me he ido apartando de ella, aunque con los sollozos no resultaba fácil comprender sus palabras.

—Había un hombre, señorita. Decía que era amigo suyo y que usted iba a recibir una carta, pero que no debía verla. Por su propio bien. Parecía muy amable, señorita.

—¿Una carta, Betsy?

Ha asentido sin parar.

—Me ha dicho que, cuando llegara, pusiera un ramillete de flores secas junto a la ventana para que él lo supiese.

—¿Y luego?

—Luego… —Su voz ha adoptado un graznido histérico—. Cuando él viniese, debía dejar la carta en la mesa del vestíbulo y fingir ir a ver si estaba usted, y así sería culpa suya haberla cogido y no mía por habérsela dado, y de este modo no me metería en problemas con la policía.

Ha girado unos ojos aterrados hacia mí.

—Me ha dicho que era amigo suyo y que lo hacía por su propio bien, que debía hacerlo.

Le goteaba la nariz. Le he preguntado si le había ofrecido dinero, y ha roto a llorar de nuevo. No me he molestado en volver a preguntárselo. Había un paño en la puerta de un armario. Lo he cogido y le he tendido la esquina más limpia. Se ha sonado la nariz y me ha mirado con gesto suplicante, con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero no pensaba hacerlo, señorita, se lo prometo. La carta llegó el miércoles y me dije que no lo haría, pero luego pensé: ¿y si él tiene razón y yo le fallaba a usted por no haberle hecho caso? Y entonces lo vi pasar por aquí todos los días, y ya le había dicho que lo haría, así que me metería en problemas con él, así que anoche puse el ramillete de flores.

Era difícil hacerla callar cuando había cogido carrerilla. He vuelto a sujetarle las manos.

—¿Qué aspecto tenía, Betsy?

Ha abierto mucho los ojos como si la pregunta fuera imposible de contestar.

—¿Era muy alto?

Ha levantado la vista y ha mirado con incertidumbre hacia el armario superior de la cocina. Unos dos metros.

—Es imposible que fuera tan alto, Betsy.

—Bueno, era más alto que yo.

He recordado las palabras de Robert —que mucha gente no sabe mirar— y su frustración con los testigos.

—Debe de haber algo que puedas contarme. ¿Era joven, mayor? ¿Piel clara, oscura?

—Uy, muy clara, señorita. —Ha dado un brinco al responder y se ha pasado una mano por la cara, con los ojos más abiertos todavía—. Muy clara. Y sus pestañas, señorita…

Me ha dado un vuelco el corazón. Betsy ha tragado saliva y ha mirado a un lado, de pronto sin aliento.

—Y muy pero que muy apuesto, señorita.

Laurence.

La memoria de Betsy casi se había agotado. La carta era fina y liviana; estaba convencida de que se dirigía a Helen Dubois; no, no había visto el sello. Cuando he llegado a la conclusión de que no me diría nada más, me he levantado.

—No estoy en problemas, ¿verdad? ¿No se lo dirá?

—No, Betsy. —Me he detenido junto a la puerta—. Tú tampoco se lo cuentes a nadie.

Mientras corría hacia el piso de arriba, he tenido la sensación de que una garra invisible me arrastraba hacia el precipicio de un acantilado. Laurence debe de haber descubierto que la señora me escribía a mí, y el señor o Barrett lo han enviado a robar las cartas; él mismo me dijo que haría todo lo que le pidieran. ¿Qué me había escrito la señora? La red del señor por fin había llegado a mi puerta.

Me he cosido en el forro del vestido la mitad del dinero que había escondido en el colchón y la otra mitad la he metido en mi bolsa, además de la rueda de Spedding, un poco de leche en polvo que había comprado para Edward y objetos más pequeños. He hecho un paquete con mi vestido negro y los retazos que había cosido para la señora. Si llevaba más cosas, no sería capaz de coger a Edward en brazos. Este diario estaba a salvo en mi bolsillo. Todo lo demás lo he abandonado sin miramientos: el baúl abierto, la ropa acumulada sobre el respaldo de la silla. No había tiempo siquiera para inventar una historia que contarle a la señora Cole.

He echado a correr, con un codo apoyado en la barandilla, y he bajado al vestíbulo. He cruzado la puerta principal y salido a la acera en un abrir y cerrar de ojos, y he caminado a paso vivo con la cabeza gacha hasta que he llegado a una calle principal. Estaba a una media hora de la dirección que la señora me había indicado. He corrido, atenta como un pájaro que vigila su propio nido. El río estaba fuera de mi vista, pero me ha parecido olerlo conforme me acercaba, y he advertido un cambio en el ambiente. Serle Place está cerca de los Inns of Court. Ha sido como caminar hacia la boca del lobo. Cada vez que preguntaba a alguien, la gente parecía observarme con demasiada

curiosidad.

Al final he encontrado el sitio, un breve callejón sin salida. Tenía aspecto de haber querido ser más largo, pero los edificios del final han crecido hasta interrumpirlo. Me he detenido y he mirado durante un buen rato a ambos lados de la estrecha calle. Las casas y las tiendas estaban cerradas. Había pocas personas por ahí, pero todas parecían de la zona. No creo que me hayan seguido. Con la última luz de la tarde, me he adentrado en el callejón y he encontrado la puerta correcta. La llave ha girado en el pomo a regañadientes, como si aquel lugar llevase muchos años abandonado.

La primera habitación era un escaparate o despacho vacío con un mostrador cubierto de polvo y una silla al lado. Me he quedado inmóvil intentando escuchar por encima del latido de la sangre en mis oídos. Ningún movimiento. He cerrado la puerta con llave y he esperado a que se me acostumbraran los ojos a la penumbra. No se me había ocurrido llevar una cerilla. En el fondo, detrás del mostrador, había otra puerta, apenas visible. He avanzado a tientas hacia allí y me he llevado un susto con cada paso arrastrado de mis pies sobre los tablones desnudos. La estancia al otro lado estaba incluso más a oscuras y apestaba a moho. De no haber abierto yo misma la puerta con la llave, habría jurado que estaba en el lugar equivocado. No era lo que me había imaginado para la señora.

Los ojos no tienen fe alguna en la oscuridad; si no hay nada que ver, se inventan cosas: otros ojos que te miran, manos que intentan atraparte. Un creciente ejército de asesinos y demonios malignos amenazaban con robarme la voluntad y devolverme a la calle, así que me he precipitado hacia delante y me he golpeado la rodilla con la pata de una mesa. El mueble se ha desplazado varios centímetros por el suelo y la lámpara que había encima se ha balanceado hacia delante y atrás. He dejado lo que llevaba en las manos y he cogido la lámpara antes de que se volcara. El dolor libera la rabia, que, como bien sé ahora, abrasa el miedo. He soltado una maldición como si fuera un mozo de cuadras, y las sombras se han encogido hacia el vacío. Tras dar más pasos a tientas, he encontrado cerillas.

He cerrado la puerta para ocultar la luz y he inspeccionado la habitación. Sobre la mesa hay una jarra con agua y restos de una comida —un pedazo de pan y huesos grasientos—. Además de la mesa, hay una silla y un camastro, unos objetos de plata vieja y un orinal. Las sábanas que cubrían la cama parecían mucho más limpias que el jergón. Todo lo demás está recubierto por una espesa capa de polvo, y en la chimenea hay trapos ennegrecidos. Hay una puerta y una ventana que dan a la negrura, quizá a un patio. He colgado el vestido de criada que he elaborado para la señora contra el cristal sucio. Más bien parece el final que el inicio de un viaje. He meditado

largamente sobre la enagua roja, el momento de venir hasta aquí, y lo que se avecina en el futuro parece irreal, una suerte de niebla y misterio. Incluso ahora se me antoja surrealista; es imposible que la señora venga aquí, a pesar de la enagua y la llave y el trozo de papel con la dirección.

Me duelen los dedos de escribir. No hay nada más que hacer que esperar. He tenido que expulsar a Laurence de mi mente, o el miedo amenaza con sobrepasarme. La señora vendrá. Lo conseguirá. Sin embargo, mi corazón no deja de dar repentinos brincos en el pecho, como si pensara otras cosas y comprendiese mejor la situación.

Sábado, 25 de mayo

Santo Dios, se acaba de ir. La señora ha estado aquí. Edward ha estado aquí, lo he cogido en brazos yo misma. Pero se acaban de ir. Creo que alguien nos ha descubierto; ¿qué podría haber sido si no? No se marcharía sin mí. Llevo más de una hora esperando en la débil luz que llega hasta la ventana, incapaz de permanecer sentada ni de pie más de un minuto. No puedo pensar. No sé qué hacer.

En algún punto de la noche me he quedado dormida, y los golpes en la puerta me han sacado de los sueños de forma espeluznante. Con la llave entre los dedos, me he levantado del camastro y he ido a la habitación principal antes de abrir los ojos por completo. La señora ha empujado la puerta en cuanto he empezado a abrirla y me ha pedido que la cerrara enseguida. Su rostro era un borrón blanquecino en la oscuridad; un abrigo negro y un bonete se encargaban de disfrazarla. He sentido muchísimo alivio por que hubiese venido, pero no sabía qué decirle ni cómo dirigirme a ella… Es evidente que nuestra relación ha salido de los límites que le habían dado forma.

—Venga a la parte trasera. Señora.

Había bajado la intensidad de la lámpara para ahorrar aceite. En cuanto la puerta se ha cerrado y he subido la luz, hemos podido mirarnos la una a la otra. La señora llevaba una bolsa de viaje Gladstone y un bolso de piel en una mano. En el otro brazo, un gran bulto debajo del abrigo. Ha observado la habitación como si no supiera qué pintaba ella allí.

—Permítame, señora.

Le he tendido los brazos. Durante unos segundos, parecía perdida, pero al final ha soltado las bolsas y se ha quitado el abrigo. Edward estaba envuelto en una manta, dormido como un tronco, y aferraba con las manitas su manta preferida, la de los conejos bordados. Era raro verla con el bebé en brazos de nuevo. La viva imagen de una

madre, rodeándolo protectora con un brazo y mirándolo. El gesto de ladear la cabeza se reserva para los bebés, es un gesto especial de devoción. Sin embargo, la señora tenía el rostro inexpresivo. Se ha movido para dármelo y, cuando he rodeado su cuerpecillo con los brazos, mi corazón parecía dispuesto a devorarlo por completo. Todos los miedos y dudas se han evaporado. Habíamos hecho lo correcto. Ahí estaba la razón. Íbamos a ponerlo a salvo.

La señora se ha sentado en una silla. Ninguna de las dos ha tomado la palabra, solo yo le he hecho arrumacos a Edward. No se ha movido ni un ápice. Me he sentado con él en el camastro y he contemplado a la señora.

—¿Se encuentra bien, señora? ¿Ha podido marcharse sin problemas?

Ha girado la cabeza hacia mí y ha asentido levemente sin mirarme a los ojos. Ha sido entonces cuando he empezado a comprender que allí no había ninguna señora. Las dos estábamos muy lejos de nuestras raíces. Yo quería contarle lo de Laurence y la carta, pero me daba miedo hundirla más en los pozos de negrura. Después de unos instantes, se ha aclarado la garganta y cierta vida ha regresado a su rostro.

—Hemos tenido muy poco tiempo. Le he dado a Esther la noche y la mañana libres, pero aun así notarán mi ausencia…

—¿La nueva nodriza?

—Un día más y habría podido protegernos durante la mañana.

—Pero ¿cómo vamos a viajar, señora? Si nos marchamos pronto, nos habremos alejado antes de que…

—No.

Ha negado con la cabeza y se me ha acercado para sentarse a mi lado sobre el jergón. Se ha pasado la lengua por el labio inferior.

—Hazme caso, Harriet. Así es mejor… No te lo puedo contar todo.

He recordado que en su día no comprendí que despidiera a Lily. Tampoco había podido contármelo todo. Pero yo le había dicho lo mismo a Francis, y ahora nunca sabré si está a salvo ni si su padre decidió creerme.

—No tiene que protegerme.

—Sí.

—Preferiría saber…

Me ha sujetado el brazo y ha clavado los ojos en los míos.

—No solo intento protegerte a ti. Si nos atrapan…

Nos hemos mirado a la cara. No me he atrevido a decirle que había ido a ver a los Bowman.

—Es más seguro si no lo sabes todo. Ya te he contado demasiadas cosas.

No le he contestado y, al final, ha bajado la mirada, lejos de allí.

Sus palabras han sonado casi inaudibles.

—Sé que pido mucho y que quizá nunca obtenga el perdón. —Ha puesto una mano sobre la sábana que yo había tendido sobre el horrible colchón—. Deberíamos intentar descansar un poco.

Un día normal, en una cama normal, ya me habría resultado bastante extraño tumbarme junto a la señora. He sido consciente de las respiraciones, de todos los movimientos, del acre hedor del jergón, que seguramente también ha invadido sus sentidos. Por lo menos no hemos pasado frío. La señora no ha mostrado indicios de repulsa cuando hemos formado una cama con las sábanas y su abrigo. Se ha instalado con la comodidad como si estuviera en una cama con dosel, se ha echado el pelo hacia atrás y se lo ha trenzado ella misma. Su resolución me ha tranquilizado. Le he preguntado si podía decirme dónde estábamos, y casi ha esbozado una sonrisa.

—*Lady* Berrington era la dueña del edificio. Yo heredé la propiedad, aunque mi esposo la controla, claro está.

Ni siquiera se ha molestado en sonar irritada.

—Pero ella me mandó las llaves directamente a mí, además de algo de dinero en efectivo. Pensaba que lo hacía por la debilidad y la confusión que le asolaban la mente. Ahora no lo tengo tan claro.

—¿Y él… no nos buscará aquí?

—No lo creo. Lo del dinero iba a descubrirlo tarde o temprano, así que se lo di. Igual que todas las llaves. Pero esta llave me la quedé. Van a derruir todos los edificios de este callejón para construir una calle nueva.

Me la he quedado mirando, alarmada.

—¿Cuándo?

—Esta noche no. —Ha sonado divertida—. Nos habremos marchado antes de que lleguen él o los barriles con la pólvora.

Se ha tumbado de espaldas. Pensaba que se dormiría, pero antes de que apagase la luz ha tomado la palabra de nuevo.

—No fui amable con *lady* Berrington.

Ya lo había pensado, pero no podía decírselo.

—Hablaba de usted con mucho cariño, señora.

Ha habido un silencio. No estoy segura de que me haya creído.

—Pensaba que estaba en contra de mi matrimonio porque quería encerrarme en Gloucester Square con ella. Pero quizá fue por otros motivos. Es imposible que supiera cómo es Ralph, pero no le cayó bien.

He recordado la mermelada que manchaba el retrato de lord Berrington.

—Creo que ella tampoco fue feliz en su matrimonio, señora.

Ha hecho una pausa mientras meditaba al respecto.

—El matrimonio anula a las mujeres. Te devora y te devora hasta

que no queda de ti más que unos pocos pedazos.

He visualizado a la señora B. en fragmentos: sus joyas enormes, sus extremidades enclenques, su necesidad de chismorrear. Todo lo negativo. He notado cómo me embargaba la desolación y me he preguntado si habría sobrevivido casándome con William. La señora ha proseguido:

—Fue una buena amiga. Y más lista de lo que jamás llegué a admitir. Era demasiado orgullosa como para verlo. —Se ha removido en el colchón—. Tú también has sido una buena amiga, Harriet. No muchas criadas se apiadarían de su señora ni repararían en la poca libertad que tenemos la mayoría de las mujeres.

Me he dado cuenta de que se refería a haber leído mi diario.

—Un día te vi limpiar el chifonier. Estabas absorta en la labor. Te envidié.

Ha estado a punto de salir entre mis labios que un poco de ayuda con los muebles habría sido de agradecer, sobre todo con ese chifonier y sus grabados enrevesados y sus engastes de oro. He intentado imaginar lo que habría pensado Cararreloj al ver a su señora con la camisola arremangada y cera sucia bajo las uñas. Pero la señora no ansiaba la vida de una criada. Siguió hablando como si me hubiera leído la mente.

—No me refiero a la…, ¿cómo lo llamabas?, al tráfago de la limpieza, solo a la satisfacción que experimentabas trabajando. Siempre he sentido muchas ganas de salir al mundo con todas las posibilidades ante mí. De arriesgarme a ponerme ante la gente por mí misma, de cantar libremente como en la casa parroquial. Siempre he pensado que de esa forma podría hacer algo bueno con esta vida. Te envidiaba por tu libertad de marcharte si lo deseabas, de encontrar otro lugar para… —Ha hecho una pausa mientras buscaba las palabras—. Para ser la sacerdotisa que perfecciona la belleza de sus propios objetos.

He notado cómo se me sonrojaban las mejillas al oír que me repetía mis propias palabras y he comenzado a removerme bajo la sábana.

—Usted será la sacerdotisa del teatro, señora.

—Entiendo por qué decidiste no casarte con William, Harriet. —Me miraba fijamente—. Fuiste muy valiente. Creo que a las dos nos gobierna el deseo de algo más, de vivir solas según nuestras propias condiciones.

He mirado a Edward, tumbado en el colchón entre nosotras, y he pensado que yo no deseaba vivir totalmente sola. El bebé dormía tan profundamente que he posado los labios en su cabeza, preocupada por que tuviera fiebre.

—Respira muy flojo, señora.

—Está durmiendo sin más. —Ha apartado la vista.

Pero no. Cuando al cabo de unas pocas horas me he despertado de una duermevela irregular, el niño no se había movido todavía. En mis pesadillas, derruían el edificio con nosotras dentro y la mampostería y el polvo me aplastaban. He visto que la esquina de la sábana se había desplazado y que tenía la cara encima del sucio jergón. Me he limpiado la boca y me he incorporado. Una luz muy tenue entraba por la ventana cubierta de porquería. La señora estaba tumbada de espaldas, mirando al techo, como un cadáver. Edward seguía inmóvil entre nosotras. Con un horrible presentimiento, me he inclinado sobre su carita. Desprendía calor, pero respiraba muy flojo. Lo he cogido.

—Le pasa algo, señora.

La señora se ha incorporado poco a poco hasta sentarse en la cama.

—Está perfectamente.

Lo he mecido con suavidad, pero estaba inerte en mis brazos.

—No puedo despertarlo.

—Pues no lo despiertes.

La señora volvía a irradiar frialdad. Ha flexionado las piernas y ha apoyado la frente en una rodilla. Me he puesto en pie, sin soltar al bebé, y he intentado abrir la puerta trasera. Al cabo de varios golpes con el hombro, se ha entornado un par de dedos. La luz del sol me ha sorprendido.

—¿Qué estás haciendo?

—Darle un poco de aire.

—Entra de una vez. —La señora ha tirado de mí hacia la habitación y ha cerrado la puerta mientras me decía—: No le pasa nada en absoluto. Solo está durmiendo la mona.

—¿Qué mona?

Había vuelto a alejarse de mí y se destrenzaba el pelo.

—¿Qué le ha dado, señora?

—Tienes que dejar de llamarme «señora» —me ha espetado—. Es el amigo de las madres.

—¿Le ha dado láudano?

Me la he quedado mirando en la penumbra. Había todavía más oscuridad después de que la luz del sol me diese en los ojos.

—¿Cuánto, señora?

—Deja de interrogarme. —Se ha girado de pronto—. Y deja de llamarme «señora».

Le ha dado láudano a un bebé. He oído historias de madres que sin querer acallan a sus hijos para siempre por los efectos de esa droga. La señora se ha bajado el vestido y se lo ha quitado.

—No me podía arriesgar a que llorase y alertase a los criados.

Ha colocado encima de una silla el vestido que le había cosido y ha parecido mirar alrededor. Me ha dejado demasiado anonadada como para responder. Después de tumbar a Edward sobre la cama, me he

asegurado de que no había nada que le cerrase la garganta y el pecho, y he abierto la puerta de nuevo.

—Necesitamos luz.

Esta vez no ha protestado, pero ha visto el orinal y le ha dado un golpe con el pie. Me he puesto las botas y he salido al patio. En el rincón hay una desgastada letrina, y he podido hacer mis necesidades entre tablones rotos, tornillos que sobresalían y telarañas. Me resulta raro pensar que como criada he visto a mis amos en sus momentos más personales, pero hacer pis delante de la señora me ha parecido impactante. Es cierto, debo dejar de llamarla «señora».

El vestido le iba bien. He querido ayudarla con el pelo, pero me ha rechazado con un gesto.

—Haz lo que harías si fuera otra criada.

Tras ponerse el sombrero, parecía una criada cualquiera con ropa de domingo, a excepción de su cara y manos. Me preocupa que vaya a destacar más con ese aspecto tan refinado como criada que como dama. Como si se hubiera esmerado especialmente para ir elegante. El rostro de Laurence con el encaje y el lápiz de labios se ha iluminado en mi mente.

La señora estaba irritable y encerrada en sí misma, y al cabo de poco me ha pedido que fuera a buscar agua y pan para el camino. Me he preguntado si lo ha hecho para librarse de mí. Después de todo lo que me ha dicho durante la noche, me ha parecido difícil no insistir en saber los detalles que tanto me incumben. He observado a Edward antes de irme y le he dado un beso.

Al salir, estaba convencida de que los transeúntes veían culpabilidad en mi expresión. Todas las miradas se me antojaban sospechosas. Me temblaban las manos y la voz cuando he pagado el pan y he pedido que me rellenaran la jarra de agua. También he comprado un pastel con la idea de que trituráramos un poco para Edward, ya que no es probable que la señora haya traído nada, y una botella de cerveza. Al darme la vuelta en la barra del bar, he visto a alguien moviéndose muy rápido entre las miradas lentas y los cuerpos apiñados de quienes se embriagan desde primera hora y de los comerciantes que ya van por la mitad de la jornada. Cuando he doblado una esquina, me ha parecido ver de nuevo a alguien que se ocultaba de mí. Me he detenido de pronto al pensar que tal vez fuera Laurence, pero una mujer con una gran cesta sobre los hombros se ha chocado conmigo y se me ha caído la cerveza. Me ha reprendido a voz en grito y me he escabullido, demasiada asustada como para intentar salvar la botella, que había rodado hasta las alcantarillas. En cuanto he regresado al callejón, he tenido la impresión de que he estado fuera demasiado tiempo. La puerta de la calle estaba abierta. He barrido la penumbra y el patio con los ojos; había el mismo silencio que en un

cementerio.

Esperaré hasta que anochezca, y luego iré a esconderme junto a la casa del señor. Debe de haber una manera de averiguar si alguien los ha encontrado y han vuelto allí. ¡No imagino lo que le haría él a la señora! No sé si aquí estoy a salvo o no.

Más tarde

La puerta principal se ha abierto. La he oído chirriar, y todos mis miedos y dudas han desaparecido con una oleada de alivio. La señora había regresado. Estaban a salvo. Me he levantado de un brinco y he corrido a saludar. Ya notaba las palabras de furia ascender por mi garganta como nubes de tormenta. Han empezado a brotar entre mis labios con un gemido, pero han muerto de súbito. La única persona que había en la estancia era Laurence.

Ha habido un momento en el que ninguno de los dos nos hemos movido, y luego he abierto la boca para chillar. No habría podido contenerme aun queriendo. Antes de que me diera cuenta, Laurence me tapaba la boca con una mano, su anillo se ha clavado en mi mandíbula y me ha arrastrado hacia la estancia del fondo. Todas las partes de mi cuerpo que notaron al señor Garston lo han vuelto a sentir. Estaba paralizada, era incapaz de moverme. Ha sido como si estuviera dentro y fuera de mi cuerpo a la vez, observándolo todo desde la distancia. Laurence me decía que cerrase el pico. Me ha soltado cuando ha visto que no forcejeaba y ha empezado a decir otra cosa. La jarra de agua estaba sobre la mesa. En un acto reflejo de repentina valentía, la he cogido y se la he arrojado a la cabeza. Se ha agachado, y la jarra ha golpeado la pared antes de estrellarse en el suelo. He corrido hasta él, gruñendo furiosa, pero era más fuerte que el señor Garston y estaba sobrio. Me ha rodeado con un abrazo de hierro. Le habría soltado un mordisco de no haber sido porque al final he oído lo que me estaba diciendo.

—He venido a llevarte con ella, loca del demonio.

Me lo he quedado mirando.

—Te está esperando en el carruaje.

Ha clavado los ojos en los míos.

—¿Lo entiendes?

No lo he entendido. Me ha soltado de todos modos y se ha inclinado para coger la gorra que se le había caído.

—¿Qué hay que llevarse de aquí?

Le he visto coger la bolsa Gladstone y, al mirar alrededor, me he dado cuenta de que mi bolsa de viaje había desaparecido. Una alarma

me ha repiqueteado en el pecho. He cogido mi bolsito, donde todavía guardaba el dinero, y he trastabillado hacia la otra bolsa. Mi vestido negro que había estado en la bolsa de viaje estaba encima del resto de las pertenencias de la señora.

—Coge la manta. Y la comida.

He observado hacia las cosas que me señalaba con un dedo. Laurence esperaba con los brazos llenos.

—O muérete de hambre y de frío, tú misma.

Entre temblores, he cogido la comida y la manta, y luego lo he seguido hasta el callejón y la calle principal. Laurence ha silbado alegremente. Había un carruaje esperando junto al bordillo y, al abrir la puerta, he visto a la señora. He querido sentarme y echarme a llorar.

—Arriba.

Laurence ha subido con nosotras, se ha sentado delante, y el carruaje ha empezado a moverse. He mirado a la señora en busca de una explicación, pero llevaba el rostro oculto casi del todo por el sombrero. Tenía las manos inertes en el regazo, no cogidas como si fuera una dama. Me han parecido abandonadas, vacías. He dado un respingo como si alguien me hubiera pellizcado y he empezado a inspeccionar el interior del carruaje, como si el bebé se encontrase oculto debajo de un asiento.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Edward?

La señora se ha girado. Tenía muy mal aspecto, enjuta y cenicienta. Los ojos parecían habérsele adentrado en el cráneo.

—Está a salvo.

—¿A salvo? ¿A qué se refiere?

—No montes un escándalo. Es mejor que…

—¡No! —Los he mirado a los dos como si me hubiera despertado de pronto rodeada de ladrones y asesinos—. No puede dejarlo aquí.

—No tengo alternativa.

Hablar suponía un gran esfuerzo para ella, como si estuviera leyendo un texto mientras su mente estaba en otra parte.

—Sé razonable, Harriet. Es demasiado peligroso. A estas alturas, Ralph ya sabrá que hemos huido y hará lo imposible por encontrar a su hijo. La policía buscará a una mujer con un bebé. En todas las estaciones, en todos los puertos… No habrá ni una sola madre ni nodriza a la que no interroguen. Las probabilidades de irnos sin llamar la atención son mucho más altas sin él. Y ya llegamos tarde… Seguro que ya nos están buscando.

He negado con la cabeza. Unas lágrimas repentinas me han emborronado la visión y lo han sumido todo en el caos.

—No puede.

Ha intentado cogerme las manos, pero me he apartado.

—No me iré sin él.

—Escúchame.

—No.

—Laurence escribirá…

He soltado una carcajada de histeria.

—¿Cree que su hijo está a salvo con él?

—Simplemente querrá saber siempre dónde está, nada más…

—Robó una carta. —He señalado a Laurence, gritando casi—. Sobornó a la criada de la casa de huéspedes en la que me alojaba y se llevó una carta dirigida a Helen Dubois.

Una sorpresa bastante débil le ha demudado la expresión a Laurence.

—Deja de gritar, Harriet.

La señora ha hecho un gesto impaciente, casi frenético, con una mano y ha girado la cabeza. Me he quedado observándola.

—¿Usted lo sabía?

No me ha contestado. He pasado la vista de uno a otra.

—¿Qué es lo que me está ocultando? ¿Por qué no me lo ha contado?

—Ya sabes por qué. Es más seguro…

—¡Deje de decir eso! ¿Qué ha hecho? No me iré hasta que me lo diga. No pienso abandonar a Edward.

Uno de los dos debía de haberle hecho una señal al conductor, pues el carruaje se ha detenido. He parpadeado entre las lágrimas. La cara de la señora se ha enfocado de nuevo. Me miraba con rostro duro, con ojos negros.

—Pues vete. No te lo voy a impedir.

Me la he quedado mirando fijamente, patidifusa.

—Supones demasiadas cosas, Harriet.

La rabia me ha embargado. He alzado la voz.

—¿Qué otra opción me queda? No me ha contado nada. Yo estoy renunciando a todo por usted y no hace más que mentirme. En ningún momento pensó en llevarse a Edward. Solo quiere que el señor no lo tenga…

—¡Silencio!

No sé si puede decirse que algo desprende un resplandor negro, pero así es como me ha parecido que estaban sus ojos. Su expresión me ha aterrado. Nadie ha dicho nada. Al cabo de unos segundos, se ha recompuesto.

—No podemos olvidarnos de ti, ¿verdad, Harriet? Nunca has querido las cosas que ahora alardeas de haber dejado atrás. Casarte, ser una criada… Creía que querías algo más en la vida. ¿O acaso no eran más que sueños vacíos para tu diario? —Me ha fulminado con la mirada—. No es demasiado tarde. Puedes bajar aquí mismo.

Las dos sabíamos lo que estaba haciendo. Me estaba provocando. Sin embargo, lo que había dicho era cierto. La idea de bajar del carruaje, de renunciar a la oportunidad de una nueva y desconocida vida, y de alejarme de ella sería como adentrarse en una nebulosa gris. Laurence se ha inclinado hacia delante.

—Debe coger el tren, señora.

Ella le ha puesto una mano encima y ha seguido contemplándome. Me he secado los ojos.

—Pero pensaba que iríamos con Edward…

Al removerse, incómoda, me ha tocado el extremo de la falda.

—Regresaremos a por él cuando sea seguro.

—¿Cuánto tiempo pasará?

Me he sentido como una niña pequeña que llora por su madre.

—Un año, tal vez.

—¿Un año?

—O seis meses. —No me ha mirado a los ojos—. En cuanto nos hayamos establecido y yo esté… trabajando.

Aquella palabra ha sonado extraña en sus labios. A ella también se lo debía de haber parecido por cómo ha vacilado.

—¿Me está diciendo la verdad?

Se ha girado para secarme las lágrimas de la mejilla, aunque no ha sido un gesto amable, y ha asentido.

Hemos hecho el resto del trayecto en silencio. La tristeza y las dudas me inundaban. La ausencia de Edward me dolía sobremanera, tanto allí en el carruaje como al pensar en el viaje que íbamos a emprender. Nos íbamos lejos, muy lejos. El niño era la única certeza a la que me había podido aferrar, lo único de lo que se fiaba mi imaginación por completo. Lo había mecido mientras sonaban los trenes y la señora dormía; íbamos a descubrir juntos las cosas nuevas que vería en un barco; más tarde, como recompensa, nos acercaríamos al escenario para que viese cantar a su madre. En resumidas cuentas, yo quería ser la doncella de la señora, pero había algo más. Siempre y cuando el pequeño me necesitase, tendría algo más importante que yo misma de lo que ocuparme. Y ahora me lo habían arrebatado de mis fantasías.

Laurence se ha encargado de nuestros billetes en Euston. La señora le ha agarrado el brazo durante un buen rato y lo ha mirado a los ojos sin hablar. Su comportamiento en el carruaje y sus secretos me han llenado de temores. ¿Cómo podía confiar en él? Yo quería alejarme de él y de la multitud de la estación cuanto antes. Laurence me ha cogido el codo cuando íbamos a subir al tren y me ha tendido algo.

—Gracias.

Era la cinta roja, enrollada y sujeta con un alfiler. Me la ha puesto en la mano. Lo he mirado a los ojos, sin saber qué significaba, y me ha

guiñado uno. Y luego ha dado media vuelta y ha echado a caminar por el andén.

Llevamos unas dos o tres horas en el tren y tenemos todo el vagón para nosotras. Ahora que nos marchamos, noto el peso de mis fracasos. No encontré a Lily. Solo me queda esperar que los padres de Francis me creyesen. Edward…, en él intento no pensar. Debo mirar hacia delante y ayudar a la señora. Está dormida en el asiento de enfrente, como durante la mayor parte del trayecto. Una de las mantas, doblada, le hace las veces de almohada. El cansancio y quizá la pena le sirven de mejor disfraz que cualquier vestido y sombrero. El movimiento del tren la mece, a veces peligrosamente, y parece que se le vaya a caer la manta. No dejo de pensar en el canario que revoloteó hacia los árboles cuando ella lo liberó de la jaula, en lo pequeño y frágil y condenado que me pareció. Pero su jaula tampoco era una protección. Hace un rato he intentado dibujarla en la libreta, pero carezco de la destreza necesaria; ojalá hubiera podido sacarle una fotografía. O tal vez, como habría dicho la señora B., las palabras de este diario serán el mejor retrato. Nadie la ha visto ni la ve como yo. Quizá algún día relea mis propias palabras y comprenda con claridad todo lo que me ha sorprendido o dolido de ella. Una cosa está clara: ahora ya no tengo a nadie más.

Miércoles, 29 de mayo

Embarcamos mañana. Han validado nuestros billetes, y nuestro alojamiento para la última noche en Inglaterra será un sucio hotel cerca de los muelles. Liverpool retumba y chasquea y grita, por lo menos en esta zona. Desde la ventana veo a los estibadores, las imponentes chimeneas. Hace un rato he comprendido que el hierro que extraen de las colinas del área de mi casa sirve para construir esos sitios, igual que el carbón del señor. Los pobres pulmones de mi padre y la pierna herida de Duncan están relacionados con estas enormes construcciones, las vías del tren y los barcos de vapor que van de un lado a otro. Todo existe gracias a lo que está bajo nuestros pies y al gran esfuerzo que hace la gente para desenterrarlo. Me ha invadido cierto temor, uno que no tiene un origen claro ni contorno. Me pregunto si mi madre estará en lo cierto y si no habría que dejar las piedras donde están.

Hemos cambiado de alojamiento noche tras noche, y de nombre cada vez que alguien nos lo pregunta. Por el miedo a equivocarnos, ya no nos llamamos otra cosa que «querida». Por la noche, la señora me habla entre susurros de los grandes cantantes a los que ha visto actuar,

de los teatros y los disfraces, de sus compositores preferidos. Es como si, ahora que estamos lejos de Londres, estuviera dejando que su mundo interior, el lugar en el que vive de verdad, llegase por fin a la superficie. Habla sin cesar del edificio en el que pasaremos como inmigrantes cuando lleguemos. Hace tiempo fue un teatro, y su amada Jenny Lind cantó allí óperas italianas. Esa extraña coincidencia tiene muchísimo significado para ella; no deja de repetirlo, aferrada a la anécdota como si fuera un talismán contra el fracaso.

El futuro se vuelve real y aleja el pasado de sus pensamientos, creo. Mantuvimos una última conversación sobre lo que vamos a dejar atrás. Se despertó en el tren mientras yo todavía estaba escribiendo la última entrada. Me parece que se me quedó observando un rato.

—Si alguien hubiera leído tu diario, ¿qué sabrían del lugar al que nos dirigimos?

—Nadie lo ha leído.

Cerré la libreta de tal forma que no di pie a que me hiciera más preguntas. Al mirarla a los ojos, sin embargo, vi curiosidad, no tanto crítica. Me encogí de hombros.

—He ido con cuidado.

—No me cabe ninguna duda.

Recorrí el extremo de la tapa con un dedo.

—Si alguien lo leyese ahora mismo, pensaría que nos dirigimos a Italia. Y buscaría una enagua roja. —Me puse a la defensiva—. Usted cree que no debería haber escrito nada sobre eso. Si me encontrasen a mí primero…

Negó con la cabeza y se echó a reír.

—Si te hubieran encontrado, ya habríamos perdido la partida. Solamente me refería a qué sabría esa persona de tus esperanzas hacia el futuro. Y tienes razón, te he pedido que renunciaras a muchas cosas, incluso al consuelo de tus amigos. Sería cruel negarte el consuelo de un diario.

Debí de poner expresión de incomodidad, pero la señora se había girado hacia la ventanilla. La lluvia azotaba las granjas y anegaba los cultivos.

—Tuviste suerte con los Bowman.

Me la quedé mirando boquiabierta. Me observó y se inclinó hacia delante para tocarme la rodilla como gesto tranquilizador.

—Ralph disfrutó contándomelo, nada más.

—Tenía que hacer algo por Francis…

—Ya lo sé.

Mis dudas sobre Laurence reaparecieron.

—¿Cómo supieron que iría a verlos? Solo si Francis le contó a Laurence que yo…

La señora me interrumpió con el gesto de una mano.

—Barrett hizo hablar a Francis. Es capaz de lograr que cualquier criado se lo cuente todo. —Suspiró—. No creo que los padres de Francis le dejen estar mucho más tiempo en Finton Hall. Ralph tan solo puede repeler de su propia casa una parte de excentricidades con sus sonrisas.

Recuerdo el destello de dudas del señor Bowman.

—Eso espero.

Ella asintió.

—Y recuerda que nadie sabe que estamos juntas. Ni siquiera Ralph. Cree que somos enemigas. —Entornó los ojos con deleite—. A fin de cuentas, la discusión que nos oyó mantener en mi habitación fue real. Lo hice para que no quedara ninguna duda y hablé mal de ti con los Trevelyan cuando sabía que él nos escuchaba.

Se me aceleró el corazón al saberlo. Estoy dejando tras de mí muchas versiones falsas de mí misma. Qué debe de pensar Lizzie de mí… No le pedí disculpas ni me despedí. Comprendí por primera vez que probablemente nunca vuelva a ver las sonrisas radiantes de la señora T. ni los hábiles movimientos de Tabby.

—¿Echará de menos la casa parroquial?

Para consolarnos, quería que la señora hablara de ellos, pero me lanzó una mirada afilada y me respondió con una pregunta de gran significado:

—¿Te refieres al vicario?

Me dejó demasiado sorprendida como para responderle. La señora vio la confusión en mi rostro y se ablandó un poco.

—Sé lo que comenta la gente sobre mis visitas a la casa parroquial.

—Yo nunca he prestado oídos a esos rumores, señora.

Supongo que me estaba viendo de nuevo en Finton Hall y por eso le contesté como si fuera su leal doncella. Guardé silencio, molesta, y ella soltó una risotada burlona.

—¿Por qué no? En parte tienen razón. Yo lo habría seguido encantada hasta el infierno para disfrutar de esas horas de felicidad.

En mi mente se encendieron algunas escenas de la casa parroquial y de aquel hombre adusto. Pero no serviría de nada que me la quedase observando como una niña asombrada. La señora nos estaba situando en una posición distinta, una que al fin era sincera.

—Pero ¿él no podría haberla ayudado?

—¿Por qué iba a querer ayudarme?

—Si se aman…

—Querida, él ama a su esposa. —Me miró sorprendida de corazón. Irguió la barbilla en tanto reflexionaba—. No. Ama la música. Y luego a Dios. Y luego a Isabel. La música es su verdadera religión, es lo que él más venera. La cristiandad es su forma de lidiar con el tedio del resto de su vida. Tener reglas lo simplifica todo. Por ejemplo,

imposibilita que una mujer abandone a su esposo.

—Pero si la música significa tanto para él, su forma de cantar…

—Me vuelve útil, un canal, no un objetivo en sí mismo. A él nunca le ha confundido la señora de Finton Hall. Y le estoy muy agradecida. No éramos amantes, como cree la gente. Lo que me ofrecía era muchísimo mejor. En la sala de música, huía de mí misma y me convertía en algo… liviano. Pero fuera de ella para él soy tan anodina como el resto de sus parroquianos.

Le brillaban los ojos. Las lágrimas le habían endurecido más que ablandado la expresión, como una superficie pulida. Intenté decir que no podía creérmelo, pero una mentira habría destrozado la intimidad de nuestra conversación. Lo que me dijo a continuación me impactó más que cualquier otra cosa.

—Tan solo Ralph me ha conocido de verdad.

—¿El señor?

—No vuelvas a llamarlo así —me reprendió enseguida—. Llámalo como quieras, pero así no. —Y asintió—. Es extraño, ¿verdad? Él lo ve todo con mayor claridad que los demás. No hay un solo rincón de mi alma al que no se haya asomado. No estoy segura de que sea humano.

Recordé que bajo la luz de la rueda de Spedding pareció el Satanás de Milton.

—¿Se refiere a que es un demonio?

—Algo parecido. Un ser malvado, pero no un ángel caído. No creo que algún día fuera bello. —Asintió para convenir consigo misma—. La belleza le hace daño, y creo que esa es la razón. La ansía, pero no le inspira confianza. Y debe enfrentarse a ella. Y debe ganar.

Frunció el ceño ligeramente. Yo también.

—¿Le hace daño?

Se quedó unos instantes pensativa.

—¿Sabes que su padre fue minero? Cuando Ralph era muy joven, hubo un accidente bajo tierra. Las heridas de su padre fueron espantosas, pero no murió en el acto. Ralph recuerda el olor de la sala de los enfermos, las vendas que había que cambiar más rápido de lo que tardaban en lavarlas. Me contó que miró a la cara de su padre y que no lo reconoció en absoluto. El hombre emitía unos gruñidos horribles y espeluznantes.

»Los propietarios de la mina no tenían hijos y adoptaron a Ralph poco después. Su vida alcanzó consuelo y refinamiento de un día para otro, pero no estoy convencida de que haya llegado a salir de esa sala de enfermos. Otro hombre habría convertido ese sufrimiento en bondad y se habría apiadado de sus congéneres, pero en el caso de Ralph envenenó todo lo que sucedió a continuación. Se ha esforzado mucho para dejar atrás la fealdad, para vivir rodeado de belleza, pero no cree en ella; y, como es evidente, tampoco puede crearla. Por lo

tanto, la destruye. Capta a hombres como Murray y Hicks, y se deleita entregándoles criaturas inocentes. Todos los niños sacrificados son la prueba de que él sobrevivió. Ahora lo definen la destrucción y el caos, y el poder, por supuesto. Lo hace porque puede. Llena su casa de cosas preciosas y bellas, también de personas para poder controlarlas. Eso le da poder sobre lo que por otra parte lo atormenta: la belleza que ve y no puede poseer. Es su forma de ganar. Siempre gana.

Hizo una pausa y repitió para sus adentros:

—Siempre.

Su mirada se clavó en el diario que tenía yo en mi regazo.

—Nadie observa las cosas como él. Se alimenta de todo. Es canibalismo puro. Lo hizo contigo.

Me fastidia que sea capaz de sacar a colación sin pudor alguno cosas que yo he escrito, como si se las hubiera contado de buena gana. Ahora que está tan cuerda como yo, su intrusión me molesta más todavía. Pero siguió hablando.

—Te medio enamoraste de él cuando te enseñó la rueda de Spedding.

—No es verdad.

—Hizo que te sintieras bella, ¿verdad? —Sonrió de nuevo, casi como gesto de disculpa—. Todos amamos al demonio hasta que nos muestra su verdadero ser.

Estaba molesta. No había sido yo la que se había casado con aquel monstruo.

—Si es cierto, ¿por qué está tan segura de que Laurence no es malvado?

—Sin Laurence, no estaríamos aquí. —Me fulminó con la mirada—. Se ha sacrificado tanto como tú. O más.

—¿Por qué? —Me la quedé observando—. ¿Por qué iba a ayudarla?

Durante un segundo, apartó la cabeza, impaciente. Cuando se giró de nuevo, me miró fijamente a los ojos.

—Por Mary. Si hubiera encontrado una forma de escapar de Ralph, la habría sacado de la casa hace mucho tiempo. Siempre lo perseguirá saber que no actuó antes de tiempo, antes de que le hicieran daño a Mary. Eso es lo que le confiere la fuerza ahora.

No encontré nada que decir. La señora prosiguió.

—Laurence nunca ha podido vivir abiertamente, como dicta su alma, ni hablar con el corazón en la mano. Sus preferencias…

—Lo vimos con el ayuda de cámara del señor Hicks. Mary y yo.

Se lo solté de golpe interrumpiéndola. Me miró con auténtico interés.

—¿A qué te refieres?

—Juntos. En su cama. Y también lo sorprendí en la cochera con

otro muchacho. —Me puse muy roja y me embargó la rabia—. Pero es probable que usted ya lo sepa gracias a mi diario.

—¿Por qué fuisteis a su habitación?

Fue como contarle a Lizzie lo de las ilustraciones. Las dos se concentraban en lo erróneo a propósito.

—¿Qué más da eso? Mary salió corriendo, y así fue como terminó en la biblioteca con esos hombres. Debieron de verla u oírla en el pasillo.

—Ah… —Miró a un lado mientras hacía memoria—. En la biblioteca. Ibais a echar un vistazo a las fotografías. A Ralph le habría encantado. Le gusta dejar esparcida su colección especial. Siempre espera la posibilidad de que un criado o un invitado la encuentre.

Me quedé pensando en eso. Quizá por esa razón me permitió quedarme en Finton Hall: necesitaba público, testigos. Quería que yo viese la verdad de los cuadros, de los libros, de la rueda, consciente de que me haría daño y sin poder hacer nada al respecto. «¡Mira!», me había urgido cuando nos conocimos. Pero fue la señora, no el señor, quien insistió en que yo podía hacer uso de la biblioteca. Y se lo dije sin ambages.

—¿Por eso me animó usted con tanta insistencia a que leyese los libros?

Me sostuvo la mirada unos segundos.

—Sí. Supongo que esperaba que verlos te cambiaría la opinión que tenías de él.

Resoplé y repetí las palabras de Lizzie, haciendo mío el comentario generalizado.

—Supongo que en todas las casas de la campiña de los caballeros hay imágenes parecidas.

La señora ladeó la cabeza y me frunció el ceño.

—En algunas sí. Pero ¿también hay imágenes de niños?

Recordé la fotografía de Joe, el mozo de cuadras —el señor me la había mostrado—, y me entraron arcadas. Cambié de tema.

—Laurence llevaba su encaje, mi cinta y el lápiz de labios rojo de Mary. Fue él el ladrón. También debió de robarle a Mary el anillo que le había dado.

La señora suspiró.

—Yo le di el anillo y la prenda de encaje. Entre otras cosas.

Fue un detalle que dejó apartado antes de mirarme fijamente.

—¿Sabes lo que pasará ahora? Se casará con Mary.

—Ella nunca lo aceptará. —Solté una carcajada de incredulidad.

—Pues es estúpida. Laurence la ama. Tienes mucho que aprender, Harriet.

Nos quedamos las dos calladas y enfadadas durante unos segundos. Fue ella quien rompió el silencio.

—Veo que te cuesta entenderlo. Pero si Laurence es un demonio, es menos demonio que yo. Ralph lo eligió para que fuese un adorno, otra cosa bonita que añadir a su colección. Fue como si lo hubiera atrapado en las colonias como las demás curiosidades. —Su expresión se volvió optimista—. Que te aplaudan por tu físico puede ser la misma desgracia que te odien por tu aspecto. Laurence no ha conocido otra existencia, pero eso no significa que quisiera esta. Cuando Ralph supo qué era, cuando quiso ir en busca de compañía, Barrett y él lo aprovecharon para atarlo más si cabe a sus necesidades. Toda su vida está en manos de ellos. Podrían meterlo en la cárcel o algo peor.

Me miró.

—No todos los secretos de Finton Hall son malvados. No confundas al criado con el señor. El robo de tu cinta es el mayor daño que te ha hecho Laurence.

En ese preciso instante, fui consciente del fajo de billetes que me había guardado en el bolsillo junto al diario.

—¿Por qué iba a traicionar a Mary si se preocupa tanto por ella?

Se recostó en el asiento.

—Laurence no es ningún ángel. Pero ¿tú no aceptarías toda la felicidad que pudieras encontrar en esa casa? ¿No compartirías la luz y la calidez cuando te las ofrecieran?

Aparté la mirada y pensé en algo que me había llevado de la biblioteca, además de la rueda de Spedding. La señora siguió hablando:

—Pero Mary y lo que le ha pasado… Laurence la ama con locura. Está incluso dispuesto a arriesgarse a desafiar a Ralph.

Recordé la expresión de Mary cuando salió volando de la habitación de Laurence.

—No creo que llegue a perdonarlo nunca.

—Significan mucho el uno para el otro. —Volvió a suspirar—. Ya lo has visto; lo dejaste escrito en el diario.

Giré la cabeza rápidamente hacia la ventana.

—Por favor, no mencione mi diario.

Hubo un silencio, aunque supe que me estaba contemplando con atención.

—Solamente leí tu diario para ver la casa desde tu perspectiva. Necesitaba saber si corrías algún peligro por culpa de Ralph. Pero debo confesar que al final fue mucho más que eso. No podía dejar de leerlo. Me has ayudado a ver más cosas de las que esperaba. Y terminé… dependiendo de tus palabras.

No era un buen motivo para que yo cambiara de parecer, así que no respondí. Ella suspiró.

—Entiendo. Una última cosa. Cararreloj.

Miré de reojo. Su rostro esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—No le podrías haber puesto un mejor apodo.

Se rio con verdadera alegría, con la cabeza hacia atrás. Yo no estaba de humor para ablandarme y me negué a sonreír.

—Deberíamos haber sido amigas antes, Harriet.

Al llamarme por mi nombre de pila, apelaba deliberadamente a mi afección por ella. Mientras la observaba, empecé a dudar si llegaría a ser capaz de retratarla de verdad con mis palabras. Ya no es la mujer pálida que conocí en la casa de la señora B. ni la esposa infeliz que Gethin ha llevado a los límites de la razón. Todavía no me he acostumbrado a esta mujer de voluntad de hierro que se niega a estar atrapada y callada, que debe de haber planeado durante meses huir de su esposo y que nunca ha perdido las agallas. Quizá al final sí que sea una diosa, pero una sin paraíso que tropieza con las mismas piedras afiladas que el resto de los mortales. Sus ojos seguían fijos en mí, brillantes, a modo de invitación. Recordé dónde íbamos y por qué, cómo en cuestión de semanas lo imposible se había vuelto posible, y todo gracias a ella. Me incliné hacia delante y le cogí la mano. Ella puso la otra encima y apoyó con suavidad la frente sobre la mía. Ya no importa quién lea este diario. Hemos dejado atrás el punto de no retorno. Lo único que se extiende delante de nosotras es ya América.

VIAJES

The Graphic. LA CRÍA DE BEBÉS

Sábado, 1 de junio de 1878

De vez en cuando se alza una esquina de la cortina para arrojar luz a la sociedad sobre la inmoralidad de la cría de bebés, como en los impactantes casos que están siendo investigados en Lambeth y por todo Londres. Sin duda, nuestros lectores ya están bastante familiarizados con las horripilantes revelaciones que se han hecho públicas. Las medidas que se han adoptado hasta el momento resultan insuficientes para protegerse de ese mal. Registrar e inspeccionar las casas donde acogen a niños pequeños para cuidarlos tal vez sirva de algo; pero como hay padres que desean deshacerse de sus hijos, también hay gente despreciable dispuesta a aceptar la tarea con el acuerdo tácito de que el bebé muera tan pronto como se lo permitan la decencia y el decoro.

JUNIO

Lunes, 17 de junio

No sé ni por dónde empezar. Las palabras no acuden a mí. Otras distintas las expulsan, unas que no son mías, sino que las leí hace diez días en el banco de un parque de Nueva York, y que llevan dando vueltas en mi cabeza desde entonces. He intentado escribir lo que no creo, lo que jamás creeré. Y luego intento escribir lo que me da miedo. Mi mano y mi lápiz son de piedra. Cuando escribí por última vez en estas páginas, tenía muy pocas certezas, pero ahora estas incluso se han roto y oscurecido. El mareo por el barco se me ha pasado esta mañana, y he intentado comenzar de nuevo, encerrada en este diminuto camarote, en una semilla diminuta que flota hacia las rocas de regreso a Inglaterra. Ya solo faltan unas pocas horas. A veces me da la impresión de que es un ataúd, pero no me apetece salir a la cubierta. En estas aguas hay poca sensación de movimiento, solo el retumbo rítmico del motor y los ocasionales pasos de los niños al corretear por el pasillo. Cada vez que los oigo, me aceleran el corazón, y pienso con poco convencimiento en la superstición marina de que los niños son señal de buena fortuna.

En el trayecto de ida aprendimos esa y otras tantas creencias parecidas. Hay que estornudar a la izquierda para tener suerte, que un tiburón nos persiga significa muerte, silbar hace que sople el viento. En la tercera clase, los mitos de los marineros flotan por los aires como el hedor de cuerpos mugrientos y comida podrida. Era imposible escribir. Supongo que al estar más cerca del agua sentimos con más fuerza cómo nuestras vidas dependen de los caprichos de los dioses. De cada crujido violento de la madera y de cada ola que rompía contra el casco, de cada bamboleo, como si estuviéramos en la barriga de una ballena y no a bordo de un barco de vapor. Ojalá hubiera señales muy fáciles de interpretar y pudiéramos decir: «Eso es una advertencia, esta es la prueba de que debemos volver, ahí es donde la oscuridad se cierne sobre nosotros». En los camarotes de primera clase se habla poco del acervo popular de los marineros, pero allí no hay nadie con quien me apetezca hablar. Estoy sola.

O tal vez las señales siempre han estado ahí, pero no he sabido interpretarlas. El sueño intranquilo de la señora, las pesadillas que le fruncían el ceño y la hacían gritar. Lo achaqué al estrés de marcharse,

al desconsuelo y a la novedad de la tercera clase. Estábamos muy lejos de Finton Hall, donde cada prenda de ropa se examina en busca de chinches antes de llevarla a las plantas de arriba. En el barco, dormíamos junto a desconocidas, mujeres que se tiraban pedos y roncaban y cantaban y gemían. Nuestro camarote estaba repleto de literas que me hacían desear incluso la habitación del desván que compartía con Mary. Después de preparar la cama, dimos una vuelta juntas, pero la señora no quiso entretenerse, ni siquiera cuando un violinista empezó a tocar y congregó una multitud. La suciedad, las voces ásperas y los improperios, la falta de intimidad… Es imposible que la señora haya estado antes en un entorno parecido. La cantidad de idiomas distintos, los olores y las ropas diferentes me hicieron pensar que estábamos en un mundo en miniatura que flotaba a la deriva. Es una colección que creo que al señor Gethin le agradaría. Me sorprendieron a mí misma los ruidos y los golpes, pero a través de los ojos de la señora lo viví todo con más fervor. No había lugar donde lavarse, el agua que bebíamos sabía mal, nos servían a todos los mismos cuencos y cucharas como si fuéramos huérfanos o prisioneros. La comida por lo menos no era asquerosa, pero apenas pude tocarla. Mucha gente había traído la suya propia, y el aire se volvió espeso con los aromas de alimentos fermentados, carne curada, cebollas, col y queso que se agriaba. Cuando vimos el camarote de una familia donde un grupo de mujeres daban de mamar a sus bebés, la señora se giró a toda prisa y corrió hacia nuestros camastros. Pensé que se arrepentía de haber abandonado a Edward.

Enseguida me sentí mareada. Ver cómo se alejaba el puerto al zarpar hizo que mi estómago diera un vuelco. Miré la tierra como si el mero hecho de clavar los ojos en ella fuera a impedir que desapareciese. Una parte de mí creyó que siempre veríamos una orilla o la otra, que el mar no podía ser tan grande. El agua se volvió verde hacia los lados, a veces verde muy oscuro y otras claro como las hojas de los árboles en primavera. Recuerdo observar las aguas revueltas hasta que me asustó la idea de caer o quizá el deseo de caer. Después de eso, no pude más que sentarme en la cubierta con las tripas del revés, incapaz de pensar como Dios manda, y mucho menos de escribir. Supuse que la señora se sentía igual, tumbada mucho rato debajo de la sábana, pero cuando, al cabo de unos días, empezó a llover con fuerza, fue ella quien cuidó de mí. Mientras todos mis órganos nadaban o se retorcían como gusanos en un cubo, la señora encontró en algún sitio un enorme balde. La tormenta le impedía mantenerlo lo bastante quieto como para que contuviera el vómito, y el hedor se convirtió en un elemento más de aquella interminable desgracia. Cuando un día por fin me desperté con el barco estabilizado y el estómago tranquilo, la señora volvió a resguardarse, inmóvil bajo

la sábana.

Dos días después de la tormenta, ocurrieron cosas que hasta yo interpreté como los malos presagios que eran. Me encontraba lo bastante bien como para salir a la cubierta a tomar un poco de aire, un aire frío e implacable, acompañado del rugido blanquecino del océano. El barco se había convertido en otra gran casa en la que estaba atrapada, con pasajeros de primera clase en las cubiertas superiores. Oí que en la primera había incluso una biblioteca. Aquello me provocó un mal presentimiento, como si en realidad nunca hubiéramos salido de Finton Hall. En el salón de la cubierta oí tocar a una banda, y pensé que tal vez podría convencer a la señora…

Con el paso de los días me ha ido resultando más y más difícil y extraño llamarla así. Han cambiado muchas cosas desde que nos fuimos de Inglaterra, no solo nuestros nombres. Ya no somos quienes éramos o quienes creíamos ser. La señora Gethin… No, eso es peor. Clara, pues.

Clara.

Se me había ocurrido que quizá abandonaría durante un rato el aire viciado de la tercera clase si le contaba que había una banda de música, pero cuando bajé me la encontré de rodillas sobre su camastro, rodeada de todo lo que contenía su bolsa: chales, partituras de música, útiles de escritura, botellas de productos de aseo personal. En cuanto llegué, empezó a hurgar entre mis cosas.

—Ha desaparecido.

Se refería a su dinero. A todo su dinero. Lo había metido en un monedero escondido debajo de la sábana, pero había olvidado llevárselo al ir a por agua. Hablaba entre violentos jadeos, y le temblaban las manos al toquetear mis pertenencias. La tercera clase por lo menos le había enseñado el significado del dinero. Haber perdido tanta cantidad y que nuestra seguridad se hubiera esfumado tan de repente me produjo mareo. Unas nuevas náuseas se apoderaron de mí. No tendríamos tiempo de pensar en qué camino seguir: en cuanto desembarcáramos, sería urgente buscar trabajo. En mi caso, de criada, claro está. Y por primera vez desde que me fui de Finton Hall me hice una pregunta sobre Clara: ¿y si no tenía éxito como cantante? En Inglaterra, nunca se me había pasado por la cabeza aquella posibilidad. Para mí, canta como los ángeles, pero ¿qué sé yo de teatro profesional, de sus exigencias y expectativas? ¿Qué pasaría con nosotras si fracasaba?

Mis propios ahorros seguían escondidos entre mi ropa. Bastarían quizá para buscar un techo para la primera noche en Nueva York y conseguir comida durante unos cuantos días. Me recompuse y me incliné para susurrárselo cuando de repente se quedó inmóvil encima de mi bolsa. Se me aceleró la mente al verla coger la rueda de

Spedding, y nos quedamos mirando mutuamente.

—¿La robaste?

Absurdamente, quise protestar. No por habérmela llevado, sino porque eso fuera un robo. Asentí.

—¿Por qué?

No era una pregunta que me hubiera planteado, ni siquiera cuando la guardé en lugar de un mechero o de algo más útil en la casa de la señora Cole.

—Quería llevarme algo suyo. Algo que le pareciese importante.

Me miraba sin parpadear.

—Y… no quiero olvidar lo que pasó.

Era demasiado complicado explicarle también que sentí la necesidad de rescatar el objeto, que en cierto modo estaba liberando al minero muerto de las garras de Gethin. La señora lo sopesó con las manos, pensativa, y luego lo metió de nuevo en la bolsa y sin pronunciar palabra me abrió los brazos. Fue un abrazo extraño, la una contra la otra sobre el camastro, sin decir nada. Se apartó al poco. No dijimos nada más sobre el dinero, pero noté cómo el hecho de haberlo perdido se me clavaba en las entrañas como si fuera una aguja.

¿Qué más puedo contar sobre el trayecto? ¿Qué otras cosas hicieron las veces de señales y me advirtieron? El mareo no se me pasó en ningún momento. Para distraerme del espantoso bamboleo, un día abrí una puerta que no debería haber abierto y vi unas escaleras que descendían. Yo pensaba que ya nos encontrábamos en la «planta baja» del barco, abarrotada de criados y trabajadores, que huían a la tierra de la libertad en busca de nuevos amos. Pero debajo encontré otro mundo. Oí y noté la sala de máquinas antes incluso de verla, un chasquido y un traqueteo que me estremecieron la piel y me retumbaron en el cráneo. Cuando al fin crucé el umbral, me dio la impresión de estar en el infierno. Calor y llamas y cuerpos. Hombres que cargaban palada tras palada de carbón en la caldera, y que luego apartaban las cenizas en un ciclo vicioso en tanto sus espaldas musculosas y sus brazos enormes resplandecían bajo la luz de las llamas. Parecían dioses castigados. Recordé cómo se le iluminó el rostro a Gethin ante las chispas de la rueda y su risa alegre, y se me perló la frente de sudor. Seguía con nosotros, incluso en ese barco. El carbón de minas como las suyas, quizá de la suya misma, impulsaba el motor de nuestra huida. El temor que me había embargado en Liverpool regresó. Observé a los fogoneros que cumplían con un trabajo peligroso bajo la superficie, igual que sus hermanos descendían rumbo a la muerte en las minas, el final idéntico al principio, y durante unos instantes volví a estar en el cuarto de Clara, observando impotente cómo Gethin le partía el cuello al canario.

Finalmente, América apareció ante nosotros, un nuevo mundo,

seguro y sólido y emocionante. Los pasajeros se sonreían bajo la luz del sol y envueltos en un viento de olor dulce, con rostro cansado y pálido por el viaje; supuse que yo tendría la misma cara. Bajé las escaleras a toda prisa y aparté la sábana de la señora.

—Hemos llegado. Van a hacer una inspección y luego nos subirán a unas lanchas.

Me miró desde un lugar muy lejano y se encogió. Le cogí la mano y le susurré el nombre que había elegido para su nueva vida.

—Hemos llegado. Recuerde quién es.

La inspección duró unos segundos —apenas nos miraron— y al poco nos subieron en lanchas y barcazas como si fuéramos ganado. La señora se aferró a mí y me siguió como una niña asustada y silenciosa. Con la otra mano se tapaba los ojos, el repentino brillo del cielo despejado debía de dolerle después de tanto tiempo en la penumbra.

Por encima de nosotras volaban las gaviotas, que gritaban sin descanso. Los cormoranes se posaban sobre los mástiles de los barcos con las alas extendidas hacia el sol como si fueran centinelas. La bahía era tan irreal como un sueño; todos los barcos y buques limpios y coloridos, pintados de blanco o de rojo o de azul. No había la mugre ni el humo del tráfico del Támesis ni la bruma que solía envolver el río.

Me abrí paso hacia la proa de la barcaza para que Clara pudiera verlo mejor. Al principio no pareció comprender las vistas, como si fuera una sucesión de formas y colores sin sentido. Pero conforme nos acercamos clavó los ojos en un enorme edificio circular rodeado por una imponente verja de madera en el extremo de la isla, y las emociones que le atravesaron el cuerpo se reflejaron sobre el agua.

—Es Castle Garden, Harriet.

Me apretó los dedos con fuerza. Miré hacia la gente que teníamos cerca. Oír mi nombre real en voz alta fue como bajar la vista y descubrir que no llevaba falda ni enagua. La señora respiró hondo y soltó lo que bien podría haber sido tanto un sollozo como una carcajada.

—Es donde cantó Jenny Lind la primera vez que vino a América.

Le sonreí como haría con una niña o una enferma.

—Lo sé, querida.

No apartó los ojos del teatro, ni siquiera cuando quedó por detrás de nosotras y nos llamaron para que desembarcáramos. Me costó conseguir que se moviera. Pasamos sin problemas de mar a tierra, cargadas con bolsas y mantas. Después de una última inspección médica, durante la cual no me dejaron de temblar las manos, Clara se dirigió hacia Castle Garden con la espalda recta y la barbilla alta como si caminase hacia un escenario. Sus ojos pasaban por encima de la muchedumbre de inmigrantes nerviosos y zarrapastrosos hacia el

tejado del edificio. La parte principal recibe el nombre de rotonda y es enorme. Había desaparecido todo indicio de que fuese un teatro, pero todavía ahora pienso que la señora visualizaba un público embelesado en lugar de una multitud de cansados pasajeros, quizá incluso oía aplausos en el gran estruendo de cientos de personas que estaban siendo examinadas y registradas y despedidas. Deseé que dejara de actuar como si fuera una maldita reina e intentara pasar por una más de nosotros. Cuando llegó nuestro turno en el registro, dimos los nombres que habíamos usado en el barco. Clara tuvo suficiente sentido común como para fingir ser una criada, hablando con una voz que imitaba tan bien la mía que casi me eché a reír por los nervios. Nos preguntaron si íbamos a quedarnos en Nueva York y luego nos señalaron hacia la salida, al otro lado de los mostradores de billetes. Casi vacilé, como si fuera una trampa. Pero lo habíamos conseguido. La rotonda se alzaba delante de nosotras con su ajetreo habitual, y éramos libres de unirnos a otros inmigrantes, libres en tierra americana. Aferré la mano de Clara y tiré de ella hacia la muchedumbre.

La gente se apiñaba alrededor de puestos de comida —el olor de pan recién hecho casi hizo que me fallaran las piernas— o se apresuraba a usar los almacenes para guardar el equipaje, el servicio de envío de cartas manuscritas o de tantos otros negocios que hacían el agosto junto al puerto. Me agaché detrás de un carruaje para meterme una mano bajo la balda y desanudarme el monedero de la ropa interior, y luego conduje a Clara hacia la cola de la derecha. Mientras esperábamos intercambiar nuestra escasa fortuna por moneda americana, oí a dos hombres comentando que irían a buscar trabajo. Les pregunté dónde y me respondieron que había un servicio de bolsa de trabajo que ocupaba un edificio distinto al otro lado de la rotonda.

—Reciben vacantes de empleo de todo el país. Nosotros somos carpinteros y nos dirigiremos al oeste.

El que me había hablado tenía rostro amable, y noté cómo se me relajaban los hombros. Si había tanto trabajo, podríamos encontrar algo pronto… o por lo menos yo. Clara no parecía que fuese a ser de gran ayuda, inmóvil a mi lado con la mirada perdida; los hombres no dejaban de contemplarla. Pero mi valentía hizo acto de presencia de nuevo. Me alegraba ver a dos personas agradables que sonreían. El otro tipo hablaba más lento, pero vi que me observaba con interés en más de una ocasión y recordé repentina e inesperadamente a Robert con esos ojos grises. Era la primera vez que pensaba en él. El hombre me preguntó quiénes éramos y yo le contesté lo que habíamos ensayado.

—Criadas. Y yo soy costurera.

—Así es. —Clara había tomado la palabra de repente, cobrando vida a mi lado—. Criadas que hacemos toda clase de trabajos, de hecho.

Sorprendida, me la quedé mirando. La señora les dedicó a ellos y luego a mí una sonrisa traviesa.

—Para pagar por nuestros pecados.

Los hombres se echaron a reír y yo me quedé boquiabierta, desconcertada por aquella extraña y nueva compañía. Empezó a hablar con la misma naturalidad como si se hubiera pasado toda la vida intercambiando chismes con comerciantes. Se pusieron a contarse anécdotas divertidas del viaje, como si se hubiera tratado de una inocente aventura. Cuando los hombres llegaron al inicio de la cola, se despidieron de nosotras.

Cuando fue nuestro turno, cogí las raras monedas americanas con un brinco en el corazón y las guardé en mi bolsa. Clara se quedó a un lado, observándose las manos y moviéndolas con curiosidad. Habló bajo con su voz normal.

—Me temo que mi doncella me ha descuidado bastante. Mira mis uñas.

Las tenía agrietadas y sucias. También reparé en las manchas que tenía en el cuello, en la grasa del pelo y en que las dos desprendíamos la peste de la tercera clase, que llenaba la rotonda de aire putrefacto. Tras coger la bolsa y avanzar, le dije que era una verdadera desgracia.

La señora jadeó y sonrió encantada.

—Estoy sucia. Como un deshollinador.

No sé por qué nuestro estado nos hizo desternillarnos de risa, pero al final llegamos al puesto y dejamos las bolsas y las mantas a nuestros pies. Otros inmigrantes nos lanzaron miradas al acercarnos, sin habla. Clara se irguió al fin, con una mano en la cadera y la otra en la parte delantera del vestido, con los pies separados, y soltó un gran suspiro. No era la postura ni el comportamiento propios de una dama; le salía demasiado natural y fácil.

—¿Tengo entendido que uno de los trabajadores ha dicho que había lavabos?

Recogimos nuestras pertenencias, y esa vez fue ella la que me cogió a mí la mano y nos guio entre el gentío, tarareando una melodía alegre. Tuve que procurar no chocarme con los demás, entre risas y disculpas, pero de pronto la señora se detuvo. Y me apretó la mano con más fuerza. Levanté la vista hacia una fila de carteles con nombres de las casas de huéspedes y listas de precios en distintas monedas. A su lado, varios recaderos se anunciaban a voz en grito y repartían folletos. Vi el cartel al que estaba mirando ella. Los Brazos del Minero. Era un nombre muy normal para una posada, pero noté un aliento frío en la nuca. El recadero nos vio observarlo y corrió

hacia nosotras para ofrecerse a llevarnos hasta allí. Clara aceptó su tarjeta sin pronunciar palabra y se giró hacia mí con los ojos como platos. Y luego soltó una carcajada demasiado alta y forzada. Y recuperó la expresión que tan a menudo había visto yo en el espejo de Finton Hall. Tiré de ella.

—Lavémonos primero.

Al avanzar entre la multitud, pasamos por delante de un mono sentado en el hombro de un hombre. El animal nos enseñó los dientes. Clara se detuvo y parloteó con él con su voz de criada, y se rio encantada cuando el animal extendió un brazo y le soltó un mechón de pelo. Más alocada que nunca, aseguró que su primera compra sería un mono como mascota. Los monos me alarman más aún que los caballos y, de todos modos, no teníamos dinero, pero me di cuenta de que la tarjeta de Los Brazos del Minero se le había escurrido de las manos y caía al suelo, así que asentí con la cabeza, siempre y cuando pudiéramos ponerle William de nombre.

Encontramos unos lavabos, donde me desnudé a medias para enjabonarme las partes más íntimas del cuerpo, pero no me puse el vestido limpio. Decidí guardarlo para cuando fuese importante. Clara se frotó a sí misma hasta que se dejó la piel roja sin dejar de cantar una canción obscena a voz en grito. No sé dónde la habría aprendido, quizá se la había oído a alguien de tercera clase. Me lanzó agua a la cara y se inclinó hacia delante, riéndose y semidesnuda, para quitarse la falda del vestido verde a la que yo había añadido la *balayeuse* en casa de la señora Cole. Le toqué el brazo.

—¿Aquí no?

Pensé que la emoción la estaba poniendo al límite, pero me apartó la mano con fuerza. Se le oscurecieron los ojos.

—No he venido hasta aquí para tratar de pasar inadvertida como una delincuente.

Debí de irradiar dudas, pues su expresión mudó a traviesa y me dio un codazo en las costillas.

—¡No te preocupes tanto, Harriet! Ve a buscar algo de comer y espérame fuera.

En los puestos de pan de la rotonda había colas muy largas. Me pasé diez minutos en una hasta que me di cuenta de que ya no llevaba el monedero debajo de la falda, sino en la bolsa que había dejado con Clara. Al regresar junto a ella, vi el grosor de las paredes de piedra marrones de la entrada al castillo, de casi dos metros de ancho. En un acto reflejo, la crucé como si fuera una telaraña y salí al soleado patio interior. La calidez me golpeó la cara limpia y sentí la levedad de no tener nada que hacer y nadie a quien cuidar. Fue en ese momento, creo, cuando comprendí del todo que era libre, fue el momento en que esa idea se instaló en mis huesos como una certeza. Oí los gritos de los

vendedores ambulantes al otro lado de las paredes, me llegó el olor de un cigarro, otro de manzana asada, y me rugieron las tripas.

Clara todavía no estaba fuera del lavabo cuando regresé —recuerdo pensar que tendría que aprender a armarme de mucha paciencia—, pero tampoco la vi en el interior. Las bolsas también habían desaparecido. Un desagradable recuerdo prendió en mi mente, de cuando había descubierto que se había esfumado con Edward de Serle Place. Se me formó en la barriga el mismo nudo que entonces. Al salir a la calle, tuve la sensación de que había ocurrido algo. Advertí un cambio en la atmósfera, cierta quietud en la algarabía, como si de pronto Castle Garden estuviese aguantando la respiración. Y luego unos cuantos ruidos. Me pareció que procedían del centro de cambio. Eché a correr hacia la rotonda. Todavía había gente saliendo, tirando de niños y de maletas; otros se habían detenido y giraban la cabeza, con la misma impresión que tenía yo. Los ruidos se sucedieron, se incrementaron, y entonces lo que sonó fue claramente una nota musical y una voz que la cantaba. Llenaba el edificio y alcanzaba todas y cada una de las ventanas.

Me precipité hacia delante y me detuve en seco al lado de un anciano con sucios pantalones de pana. Observaba boquiabierto a la cantante. Clara se había subido encima de un puesto de pan. El vestido la convertía en una visión de seda verde entre la lana áspera y el algodón sucio que se amontonaba a sus pies. Llevaba el pelo hacia atrás, suelto a excepción de un lado con el que se lo había adornado. Era la muchacha de verde del retrato, pero madura y en la flor de su belleza.

Pero verla no tenía nada que ver con escucharla. Reconocí la canción de la velada musical, la de Händel. En el salón me había provocado escalofríos; allí, en el cavernoso espacio de la rotonda, era espeluznante. Las palabras regresaron junto a mí —«Déjame llorar por mi cruel destino. Déjame ansiar la libertad»—. Aferré la manga del abrigo del tipo que tenía al lado, pero no se dio cuenta. La voz de la señora sonaba enorme, como ninguna que yo hubiese oído hasta el momento. Era el cielo, y nos dispusimos de buena gana a elevar el corazón ante una luz que no era de este mundo y a su oscuridad de terciopelo. Estábamos escuchando el sol y las tormentas que había visto avanzar sobre las colinas cuando me reuní con ella por primera vez en Finton Hall. Ya por aquel entonces saludé a una señora extraña y afligida. Había querido que se fijara en mí para poder servirle de ayuda. Dios, de haberlo sabido… Contemplé cómo se entregaba, cómo entregaba cada parte de su ser a la música, y supe que había hecho lo correcto al ir allí con ella. Incluso sin Edward. Mis dudas acerca del teatro profesional se evaporaron. Creo que en ese lugar hubo mucha gente que sintió cómo se aligeraban sus cargas, aunque tan solo fuese

durante unos segundos.

La agencia de inmigración había hecho una pausa, así que fue fácil distinguir a las siluetas que avanzaban entre la multitud. Había dos trabajadores que ya estaban muy cerca del puesto. Recobré la cordura. Funcionarios del gobierno, quizá agentes de policía, dispuestos a poner fin a la distracción y a evitar que aquella absurda mujer se partiera el cuello, sin duda. El corazón me dio un vuelco, de pronto embargada por el pánico. Solté a mi viejo amigo, que seguía con la boca abierta pero había cerrado los ojos, y comencé a avanzar hacia ella.

Clara se llevó una mano al cuello. Estaba entonando la última nota para el hechizado público y, aun cuando yo había echado a correr hacia ella, noté una especie de emoción por que Gethin al final no hubiera sido capaz de robarle la voz. A pesar de todo su poder, su esposa terminaba su canción ante cientos de personas. Cuando terminó la nota, bajó la cabeza. Todavía se oían golpes y gritos del departamento de equipaje, a la gente que entraba de la calle, pero el silencio que se instaló en la rotonda fue físico incluso. Fue como si alguien hubiera disparado un gigantesco cañón de serpentinas sobre la muchedumbre y todos esperaran a que les cayese un pedazo encima. Cuando la última serpentina rozó el suelo, la gente respondió de mil formas distintas: aplaudiendo, riendo, gritando en distintos idiomas, lanzando gorras por los aires. Clara abrió los ojos de nuevo y miró alrededor. Vi cómo asimilaba la reacción, cómo la engullía, en tanto su voz resonaba en el latido de todos aquellos agradecidos corazones. Y entonces su expresión cambió. Fue como si el teatro desapareciese ante sus ojos, justo cuando recordó la cansada y pestilente realidad de la oficina de inmigración. Miró a un lado, confundida. Una persona vestida con uniforme azul estaba encaramándose al puesto. Empecé a abrirme paso con más fuerza. Se había congregado una buena multitud. Cuando volví a levantar la vista, vi que ya no se encontraba sobre la parada y había desaparecido entre una sucesión de cuerpos. Intenté llegar hasta el puesto, pero me resultó imposible. La muchedumbre empujaba hacia fuera, la gente no dejaba de derribarse y de ponerse en pie.

Iban a detenerla. El hombre del uniforme azul avanzaba entre la multitud mientras tiraba de ella. Otro les seguía. A su alrededor, todo el mundo comenzó a aplaudir de nuevo al verla pasar. Clara seguía con la vista gacha. En cuanto se alzó una nueva ronda de vítores, vi cómo se le formaba una ligera sonrisa que le curvaba los labios. Su miedo y confusión parecieron derretirse. A mí me empujaban hacia atrás al intentar abrir espacio para los agentes, pero la vi levantar la vista. Durante unos segundos, no pude recordar su nombre, su nombre americano. Me había quedado en blanco por culpa del miedo. Lo grité

dos veces para intentar que se me oyese por encima del alboroto. Se giró brevemente y nos miramos a los ojos. La señalé y me señalé a mí misma.

—¡Dígaselo!

La sonrisa se esfumó. Negó con la cabeza con leves movimientos; sus ojos eran negros y fieros, sus labios una fina línea. Me estaba dando una orden. Me falló la voz, y alguien volvió a propinarme un golpe.

Seguí a los agentes a medida que la multitud se disipaba y vi a otros dos hombres que acarreaban nuestras bolsas. La llevaron hacia una puerta cerca de los lavabos, donde se reunieron con otros dos tipos. Hubo una discusión, y le hicieron cruzar la puerta, que cerraron tras de sí. Yo no comprendía a dónde se la llevaban ni por qué. Tres de los hombres seguían fuera. Intenté acercarme lo suficiente como para oír su conversación, aparentando formar parte de una familia agrupada junto a la pared, pero seguía estando demasiado lejos, y el bebé había empezado a llorar. El padre me dio un golpecito en el brazo y me ofreció un mendrugo de pan. Negué con la cabeza, distraída. Al final, uno de los hombres de la puerta se apartó. Cuando echó a correr, otro gritó algo, y él se giró para que se lo repitiera.

—¡Es Gethin! —le chilló—. G-E-T-H-I-N.

El suelo se meció bajo mis pies como si todavía me encontrara en el barco. Con un asentimiento, el hombre salió disparado de nuevo, y me di cuenta de que el que había gritado me estaba mirando a mí. Con el ceño fruncido, le dijo algo a su compañero, que se volvió. Me sobresalté, parpadeé y me dirigí hacia ellos antes incluso de tener claro lo que pensaba hacer. Me observaron aproximarme.

—Disculpen, señores. ¿Qué le ha pasado a la mujer que estaba cantando?

Imité a Betsy, con los ojos como platos e inquieta. El que fruncía el ceño, que era el mayor, interrumpió a su compañero, que parecía dispuesto a hablar.

—¿Por qué?

—Ay, es que cantaba tan bonito, señor, ¿verdad? Espero que no se haya metido en problemas por eso.

—No, por cantar no.

—Ah.

Puse cara de confundida. Su mirada era tan impasible como la de un toro.

—¿La conoces?

—¿A la mujer? No, señor.

—¿Habéis bajado del Ciudad de Bruselas?

—Así es, señor.

—¿La has visto a bordo del barco?

—Pues no. No hasta que se ha subido a cantar.

No parpadeó ni una sola vez.

—Así pues, ¿no viajabais juntas?

Me permití abrir la boca y echarme a reír como si me hubiera hecho un cumplido estrafalario.

—¿Con una mujer como esa, señor?

Me reí de nuevo y vi cómo su interés empezaba a apagarse. El más joven intentaba conferir a su expresión el mismo matiz autoritario.

—Se la busca en Inglaterra.

—¡Ah! —Eché mano de lo que haría Mary: mostré sorpresa y una pizca de emoción—. ¿Por qué razón?

—¿Cómo te llamas?

El toro se había adueñado de la conversación. Le di el nombre con el que me había registrado e intenté parecer encantada por que me lo preguntase.

—¿Con quién viajas?

—Con mi familia, señor.

Miró por encima de mi hombro hacia la familia reunida junto a la pared.

—Y ¿estás segura de que no la has visto antes?

Asentí y le lancé una sonrisa se disculpa. Después de hacer otra pausa, durante la cual se incrementó su ceño fruncido, tartamudeé que debía irme. Solo el más joven me dijo adiós. Me obligué a no mirar atrás y me encaminé hacia la familia como si fuera la mía. El padre me sonrió y, gracias a Dios, volvió a tenderme el pan. Esa vez lo acepté y arranqué un pedazo, aunque casi me ahogué al intentar tragar un poco, y acto seguido me dispuse a hacerle carantoñas al bebé, que seguía gimoteando. Su madre estaba más que encantada de entregárselo a una desconocida. Recé para mis adentros y con desesperación por que los policías no vieran ni oyesen que eran franceses.

No hubo gritos, pasos apresurados ni manos que me aferrasen. No cuando le sequé las lágrimas a la pequeña y le di las gracias al hombre por el mendrugo de pan. Necesitaba ir a algún sitio tranquilo a pensar, a algún sitio donde no me descubriesen. Caminando como si regresara al lavabo, dejé atrás la oficina de empleo y me reuní con la marea de gente que salía de la agencia de inmigración.

La señora me había negado con la cabeza, no quería que los policías me viesen, pero ¿qué iba a hacer? No podía dejar que la llevasen a rastras hasta Gethin. Los olores y los gritos que había percibido en parte en el interior de la terminal cobraron vida y color cuando la abandoné. Vendedores ambulantes con comida —la mayoría de aspecto serio en cuanto me acerqué a observar la mercancía— y puestos de tabaco, recaderos que daban la bienvenida a los recién

llegados y ofrecían alojamiento o trabajo, hombres de rostro rubicundo que anunciaban a gritos transporte y hoteles. Esquivé a todo aquel que se me acercaba, aunque me pareció que eran las familias las que solían ser su blanco. Un hombre de bigote frondoso le arrebató a una madre el bebé que tenía en brazos para que al resto de la familia no le quedara más remedio que seguirlo. Yo también lo seguí. Nos encaminamos hacia la ciudad por un parque tan bonito y perfumado que no parecía real, sobre todo después del hedor de Castle Garden.

Me costaba comprender cómo nos habían descubierto. La manera más rápida de averiguarlo sería ir a la policía yo misma y explicarme, seguramente no tenían derecho a devolverla a Inglaterra. Abandonar a un esposo no era ilegal. De repente, me detuve. Edward. Clara había secuestrado a su hijo. El miedo me despojó las extremidades de fuerza. ¿También me buscarían a mí? Tenían mi bolsa en su haber, con la rueda de Spedding y todo nuestro dinero.

En la avenida había bancos. Un hombre estaba sentado en uno, fumando con pipa y leyendo el periódico. Con zapatos elegantes y bigote bien cuidado, obviamente no era inmigrante. Me senté a su lado. El temblor de su bigote me informó de que el olor de mi vestido había llegado hasta él. Miró de reojo, dobló el diario y se levantó.

—Disculpe, señor. ¿Ha terminado con el periódico?

Me miró con reticencias. Era desconcertante pensar que para mucha gente aquel era un día normal, un parque normal, y para otros la bisagra misma por la que iba a girar su vida. Tras unos instantes de vacilación, me tendió el tesoro. Mi agradecimiento no lo alcanzó.

No albergaba demasiadas esperanzas, pero necesitaba saber si también habían encontrado a Edward. Quizá la soltarían si les decía dónde estaba su hijo. Me quedé sin aliento. Si Edward regresaba junto a Gethin, el niño lo pasaría peor que si no hubiera salido jamás de la casa. Pero tampoco me cabía ninguna duda de que, aunque Clara entregase a su hijo, Gethin no se desprendería de ella tan fácilmente. Mis ojos leyeron a toda prisa las estrechas columnas de los artículos. No sabía si el hecho de que una mujer abandonara a un diputado londinense y que se llevara a su hijo resultaría de interés para las gentes de Nueva York, por más que se supiera que aquel era el destino que había tomado. Las páginas estaban repletas de noticias sobre fraude electoral. Había un artículo sobre un asilo. Bodas, obituarios, la meteorología.

«Ayer hizo buen día en Londres y en los municipios de las afueras». Era lo que se leía a los pies de una columna. Me pareció una broma de mal gusto. Habíamos salido de Londres semanas atrás y no habíamos parado de alejarnos de la ciudad desde entonces. Era espantoso leer en blanco y negro el tiempo que había hecho allí el día anterior, como si

hubiéramos avanzado en círculos o no hubiéramos recorrido distancia alguna.

Cuando di con el texto, al principio no me fijé. «NOTICIAS TELEGRÁFICAS». Había un titular grande en el margen superior de la página. Se me formó un nudo en el pecho. Debajo del titular, una lista de titulares de todas las partes del mundo: un intento de asesinato, una masacre, una pelea de neoyorquinos en Inglaterra, y entre ellos:

El bebé asesinado es el hijo desaparecido de un diputado.

No era el diputado que me interesaba, no si hablaba de asesinato. Sin embargo, una oleada de frialdad me había invadido. Algo oscuro me retorcía las entrañas. Se me revolvieron las tripas, y tuve que inclinarme hacia delante en el banco como si el trozo de pan que había comido hubiera decidido liberarse de mi cuerpo.

Hijo desaparecido.

El rostro de la señora en el carruaje de Londres, las cosas que había dicho, sus pesadillas. Mi propio mal presentimiento. Me limpié la boca, con manos temblorosas, y me obligué a leer la historia.

> En un sorprendente giro de los acontecimientos de un caso que ya está resultando sumamente doloroso, el cuerpo del bebé que encontraron la semana pasada en el río Támesis ha sido identificado por su propio padre, el señor Gethin, diputado y propietario de Finton Hall, en Hetfordshire. El cuerpo del niño de cinco meses lo descubrió el 29 de mayo un gabarrero cerca del puente de Blackfriars de Londres. Se encontraba dentro de una enorme bolsa de viaje y con una cuerda alrededor del cuello. El inspector jefe Vince de la policía metropolitana dijo que el señor Gethin llevaba días nervioso y preocupado por la seguridad de su esposa y de su hijo, pues ambos desaparecieron el 25 de mayo. La policía trabaja incansablemente para encontrar a la señora Gethin, y se cree que podría haber huido del país.

Los detalles empezaron a encajar: la fecha, el lugar del río, la bolsa de viaje. Se me revolvió el cuerpo y vomité de nuevo. Escupí y apoyé la frente en el respaldo del banco, con los ojos cerrados. Nuevas oleadas de náuseas y terror me embargaron, una tras otra. No sé durante cuánto tiempo estuve ahí sentada. La incomodidad de la posición logró conseguir que mi mente no se sumergiera en una oscuridad total. Me había hecho una herida en la frente, y apretármela me ayudaba. Llegaron las lágrimas sin avisar. Gotas de pena ardiente por Edward que pensé que me chamuscarían. La gente intentó hablar

conmigo, unos con buenas intenciones, otros con malas, pero mentalmente me encontraba muy lejos de allí. Al cabo de un buen rato, creo que pasaron horas, comprendí que la policía no me había apresado a mí. Si me hubieran estado buscando, Dios sabía que a esas alturas ya me habrían hallado. Fui consciente de la presencia de Nueva York, a poca distancia de allí, una ciudad alta y sólida y repleta de grúas y de tráfico y de duros comienzos. Los pensamientos se sucedían sin parar. Pensamientos inconcebibles, pero que cruzaron mi cabeza de todos modos. ¿Y si seguía caminando? ¿Y si desaparecía en América? ¿Y si llevaba en silencio esa carga hacia una nueva vida?

Una mujer pasó junto a mí empujando un cochecito. Observaba y le hablaba al bebé con tanto cariño en los ojos que volví a ponerme mala. Mi mente se rebelaba contra la idea de regresar con ella después de haber perdido tanto. ¿Qué podría hacer yo por Clara si Edward se había ido? ¿Y si había sido ella la culpable? La señora no había querido que me acercase… Quizá intentaba salvarme de las consecuencias de su propia locura. Me horrorizó pensar en la sonrisa que esbozó cuando los agentes se la llevaron, como si una parte de ella hubiera sabido desde el principio que no llegaría más lejos, que jamás conseguiría huir de Gethin.

«Déjame llorar por mi cruel destino».

A mi izquierda, América bostezaba. Noté su energía, su novedad. La libertad estaba a un tiro de piedra. Me levanté, pero al ponerme en pie me acordé de otra carga. Me pareció que mi falda era distinta, con un peso que llevaba varias semanas acarreando sin saberlo. La gargantilla en forma de pera, cosida en el dobladillo del vestido. Me paralizó como si una mano ajena me hubiera agarrado. Recordé que el señor la había colocado sobre el tocador de la señora. Recordé el retrato, el canario, la crueldad. ¿Y si lo que contaba el periódico era mentira? ¿Y si estaba viendo lo que alguien quería que viese? Los interrogantes me acechaban y me prendían con sus garras.

Estoy cansada de escribir. Las preguntas y la falta de respuestas me persiguen, tiran de mí casi hasta la otra punta del océano. Me da miedo llegar y también estoy desesperada por que este viaje termine de una vez. Oigo golpes y voces de otros camarotes, pasajeros que se preparan para desembarcar. Los niños han vuelto, correteando por el pasillo como si no fueran niños, sino una espantosa cuenta atrás que suena en mi interior. Me preparo cada vez que pasan frente a mi puerta, y mi mente al instante, y en contra de mi voluntad, regresa a la última vez que vi a Edward, drogado pero todavía vivo en Serle Place. ¿Podría haberlo sabido? ¿Podría haberlo salvado entonces? Las preguntas me desgarran el corazón. Ni siquiera sé cuál es la respuesta.

Martes, 18 de junio

Hay un estrecho callejón detrás de la casa de Annie. El muro es alto, pero hay una puerta de madera, lo bastante podrida como para que una persona pueda ver el patio desde el exterior. He esperado, con la sensación de que estaba fuera de lugar con mi nuevo abrigo y guantes, pero también esperanzada; era última hora de la tarde, amenazaba lluvia y la colada estaba tendida. He estado en lo cierto. Al cabo de menos de media hora, Annie ha salido, tarareando como hace siempre y con una cesta en las manos. He notado cómo me empezaba a martillear el corazón y cómo reaparecían unas dudas que me he pasado varios días intentando reprimir.

—Annie.

He llamado suavemente a la puerta de madera y luego otra vez, más fuerte.

—Annie.

Mi amiga ha mirado entre la madera.

—¿Quién anda ahí?

—Soy Harriet.

Después de lo amable que había sido conmigo, me marché sin decirle adiós. Tras hacer una larga pausa, ha dejado la cesta y se ha dirigido hacia mí. La puerta se ha zarandeado cuando ha abierto el cerrojo. La ha entornado un par de dedos y nos hemos mirado a los ojos.

—Por el amor de Dios.

La ha abierto más y ha sacado un brazo para tirar de mí hacia el interior, pero me he apartado.

—Un momento. ¿Ha vuelto Andrew?

—Todavía no.

He intentado leer en su rostro lo que sabía, pero no he visto más que sorpresa y desconcierto.

—¿Estoy en apuros, Annie?

Ha abierto un poco la boca. Se ha inclinado hacia delante y me ha susurrado:

—Madre mía, Har. Estábamos preocupadísimos por ti. Entra, por todos los santos. No es por Andrew por quien tienes que preocuparte.

Sus palabras no me han ofrecido demasiado consuelo, pero he dejado que me guiara hacia el patio. Annie ha cerrado la puerta con llave de nuevo y, al darse la vuelta, me ha mirado de arriba abajo. He observado cómo examinaba mi ropa nueva, el sombrero de buena calidad con cintas y plumas, mi impecable bolsa de viaje. Ha sido lo bastante amable como para ver más allá de todo eso y dejar a un lado su curiosidad.

—¿Tienes hambre?

Estaba famélica. Ayer, cuando el barco entraba en el puerto, salí a la cubierta y me pregunté si aquella sería la última vez que me alimentaba como una mujer libre. En mi alojamiento y en el tren he estado demasiado nerviosa como para comer algo.

Annie me ha dado patatas y carne fría. En su cocina hacía calor, y olía ligeramente a sosa cáustica. Aquel sencillo guiso, preparado por una buena amiga, me ha sabido tan rico que me ha dejado sin palabras. Ha esperado a que terminase y después ha deslizado en silencio un periódico por la mesa. Yo ya lo había visto. Después de poner un pie en los muelles y comprobar que estaba a salvo, lo primero que busqué fue información en los periódicos. Había esperado enterarme por la prensa de las declaraciones de Clara, una explicación o una confesión incluso, pero no ha pronunciado palabra desde que la detuvieron. Su caso ha causado un buen revuelo. Los periodistas han analizado su historia de cabo a rabo, y le han dedicado más espacio que al congreso de guerra de Berlín. He llegado justo cuando su caso se ha convertido en una obsesión nacional. El juicio comenzará dentro de unos pocos días, pero parece que ya se haya emitido el veredicto de culpabilidad.

—¿Han escrito algo sobre mí?

Annie me observaba con atención, como si yo fuera un barril de pólvora que alguien hubiera dejado en su casa. Ha negado con la cabeza. He bajado el tenedor y he pasado la vista del periódico a ella.

—¿Cómo lo has sabido, pues?

Ha vuelto a negar levemente.

—Solo sabíamos que fuiste con ella hasta Liverpool y es probable que hasta América. ¿Es donde habéis estado?

—¿Cómo sabes que fuimos hasta Liverpool? —Me la he quedado mirando.

—Robert os vio. —Se ha pasado la lengua por el labio superior—. Fue…

Me he levantado, haciendo tintinear el cuchillo y el tenedor sobre el plato, y me he girado para apoyarme en el aparador. Fue culpa mía, pues. Él consiguió encontrarme. Annie se ha puesto en pie también y se me ha acercado mucho, pero sin tocarme.

—¿Lo hizo ella?

He dado media vuelta para contemplarla.

—No lo sé.

Ha escrutado mi rostro. No quería contarle lo de la bolsa de viaje ni que había drogado a Edward ni los malditos detalles que han ido encajado en mi mente mientras estaba tumbada en la litera de regreso a Inglaterra.

—Me prometió que volveríamos a por él. Me dijo que estaba a salvo.

Annie se ha llevado una mano al pecho en un gesto protector. He percibido la verdad tácita que intentaba salir a la superficie. Los músculos de mi cara se han tensado.

—Se lo llevó cuando fui a comprar comida. ¿Y si…? ¿Y si no lo llevó a ningún sitio seguro? ¿Y si en realidad lo ahogó y yo…, y yo no hice nada?

Annie me ha rodeado con los brazos y me ha estrechado en tanto una oleada de terror me inundaba una vez más. Cuando las aguas revueltas han quedado atrás, se ha apartado.

—Vayamos al salón. Cuéntamelo todo.

Hace tanto tiempo que escondo la verdad que tengo mi corazón encerrado bajo llave y, al principio, el cerrojo estaba oxidado. Resulta que contar la verdad requiere la misma práctica y esmero que mentir. Se lo he relatado todo a modo de arrebatos extraños y pensamientos desmadejados, pero al referirme a mi estancia en Finton Hall, los recuerdos y las palabras han empezado a confluir hasta que he sido presa de un torrente de confesiones, o eso me ha parecido. Por fin me desahogaba. Annie lo ha escuchado todo en silencio. Cuando le he descrito al señor y a sus amigos, la he visto más pensativa que horrorizada. Supongo que cuesta impactar a la esposa de un policía. Las dudas que me asolaban sobre Clara han brotado de mis labios aun sin quererlo, pero también mi deseo de una vida mejor, de una razón diferente para vivir. Mi auténtica señora no era la mujer desdichada de la cárcel de Newgate que me había mentido, sino el milagro en que se convertía cuando se ponía a cantar. No sé cómo llamarlo, si un estado de gracia o la parte más pura de sí misma. ¿Qué diferencia hay si es divino o humano, si la redime de todos modos? Pero eso fue antes de que Edward…, antes de que el periódico hiciera trizas el pasado y el futuro, y me partiese el corazón.

Se lo he contado todo a Annie. También que al estar sentada en un banco fuera de Castle Garden decidí dar pasos hacia una nueva vida, hasta que noté un peso en mi vestido y recordé lo que había cosido en el dobladillo.

—¿Dónde está ahora la gargantilla?

Los ojos de Annie han repasado mi nuevo vestido al preguntármelo, y me ha hecho sonreír por primera vez.

—La empeñé.

Ha soltado un grito de alegría.

—Deben de pensar que la robaste.

Supongo que sí. Me costó varios intentos encontrar al comerciante adecuado, uno cuyos clientes empeñasen joyas y vestidos, en lugar de ropa de cama raída y botas de niños. He aprendido a interpretar el papel de criada orgullosa y callada que tan solo sugería que su señora la había abandonado. Ignoré el hedor repugnante de mi vestido, y el

comerciante fingió creerme. Lo único que sé es que el señor debió de pagar una fortuna por ese colgante. Me han dado más dinero por él de lo que habría amasado tras varios años de servicio, y eso fue solo la cantidad que me dio el tipo de la casa de empeños. Al salir a la noche de Nueva York, tuve muy claro que no pensaba pasar la noche en una casa de huéspedes de inmigrantes.

—¿Te queda mucho dinero?

—Después del barco no gran cosa. —He negado con la cabeza—. Aquí los dólares no valen demasiado.

No importa, aunque no sabía cómo explicárselo a Annie. El dinero en sí mismo no es importante. En una tienda, escogí un vestido y pedí que me lo arreglaran allí mismo. Había unos espejos enormes para que pudieras verte de la cabeza a los pies. Fue como verme por primera vez, libre de papeles, libre del todo, sin ser una criada ni una inmigrante. O, mejor dicho, con la posibilidad de ser esas cosas si hacía falta, pero antes de nada era la mujer del espejo. Nueva York se abrió ante mí.

Y también me enseñó otras cosas. Paseando por las calles, vi nuevos tipos de cámaras en venta que podría usar cualquiera, portátiles y, mientras tuviera el bolso lleno, asequibles. Una vida diferente que me atraía, sombría y difícil e independiente, y pensé en el poema de Milton y en el «talento», el dinero que debía utilizar el criado del texto para hacer algo más, algo mayor. Pero fue un sueño de otra vida, una que tal vez habría conocido si mi camino hubiese sido distinto. La mujer que vi en el espejo iba a regresar junto a Clara. La señora está cosida a mí. Edward también. Murió el mismo día en el que pensé que íbamos a alcanzar la libertad juntos. Ni siquiera su fantasma pude dejar atrás.

Y entonces leí en el periódico que doscientos mineros habían muerto en una explosión en el norte. No tenía nada que ver con Gethin, pero pensé en la rueda de Spedding y en el cariño que le tenía el señor por su luz letal. Seguramente ya la habría recuperado. Recordé la expresión de Clara cuando intenté explicarle por qué me la había llevado y el modo en que me abrazó. Me dirigí hacia el puerto e invertí el dinero en un billete de vuelta.

Annie me miraba sorprendida.

—¿Qué vas a hacer?

Me ha dado la sensación de que nada que pudiera responderle la sorprendería.

—Tengo que ir a verla.

—Har, no puedes.

—¿Para qué he regresado, entonces?

—No es seguro.

—Nadie me está buscando, ¿verdad?

Se ha levantado de pronto y se ha dirigido a la repisa de la chimenea. Después de coger algo de debajo del reloj, ha vuelto junto a mí y me ha tendido un sobre. Mi nombre estaba escrito en él.

—Robert pensó que tal vez me mandarías una carta. Me pidió que te lo enviase si me facilitabas una dirección.

Se lo he cogido y lo he girado.

—Él es el culpable de que nos atraparan, ¿verdad? Él se lo contó a la policía.

Annie se ha aclarado la garganta y ha juntado las manos.

—También vio al bebé que sacaron del río.

He notado cómo se me cerraba la garganta de nuevo. Mi amiga ha proseguido:

—Él no… Tienes que… —Ha suspirado, impaciente—. Ay, léelo, Har. Ahí lo explica todo.

Querida Harriet:

Espero de todo corazón que, si esta carta ha llegado hasta tus manos, signifique que estás muy lejos de Londres. Tal vez todavía no sepas el papel que he tenido en la detención de la señora Gethin, y no te escribo esta carta con la esperanza de que me perdones. Solo espero que, al conocer los hechos, comprendas la importancia de mantenerte apartada de tu señora para que no sientas la tentación de mostrarte. Que yo actuase en primer lugar movido por la preocupación hacia ti y en segundo lugar como dicta mi profesión no me sirve de consuelo alguno. No voy a contarte mis intenciones para contigo, sino simplemente lo que ha sucedido.

Te seguí hasta tu habitación de Warren Street después de que dejaras mis camisas en casa de Annie y Andrew. Estaban preocupados por ti, y me pareció obvio por la conversación que mantuvimos que estabas escondiendo tu verdadera dirección. Me dijiste que habías visto a un hombre robar pan en Gray's Inn Road. Ningún ómnibus te llevaría hasta esa zona de la ciudad desde Aldgate. Esperé hablarlo contigo cuando nos encontráramos en el salón del té. Como te marchaste afligida, esa misma noche decidí ir a buscarte. La criada casi se volvió histérica cuando le dije que era policía, pero enseguida supe que no había ninguna inquilina con tu nombre. Habían alquilado una habitación a una costurera que se hacía llamar Helen D., la muchacha ni siquiera recordaba el apellido. Me acompañó hasta tu cuarto, donde encontré retazos de

papel en la chimenea. Al reunirlos, me enteré de la fecha y de la dirección de Serle Place.

Fui hasta allí y observé desde una puerta de la acera contraria. Hacia las tres de la madrugada, un carruaje se detuvo ante la entrada del jardín. Cuando el vehículo se alejó, vi a una silueta cubierta por un abrigo y cargada entrar en la tienda abandonada, y más tarde comprendí que se trataba de la señora Gethin. Al cabo de unas horas, saliste tú, y te seguí hasta el mercado y de vuelta. Cuando te marchaste de nuevo con un hombre y equipaje, pude seguirte hasta la estación de Euston en otro carruaje. Allí reconocí a la señora Gethin, aunque iba vestida como una empleada doméstica. Gracias al taquillero supe que ibais hasta Liverpool. El hombre regresó a Serle Place, donde dejé de seguirlo.

Ya me habías sugerido que el señor Gethin hacía gala de un comportamiento cruel. Tu secretismo y el disfraz de la señora Gethin me dieron todas las pistas que necesitaba. Como no se había cometido ningún delito y te había seguido por motivos más personales que profesionales, decidí no intervenir. Durante varios días no oí a ningún compañero referirse a lo ocurrido, y empecé a pensar que había malinterpretado la situación. Mi trabajo me mantuvo muy ocupado, y entonces se recuperó otro cuerpo del Támesis, que estoy seguro de que es la víctima de la supuesta criadora de bebés de la que te hablé. El niño llevaba el mismo tipo de cuerda alrededor del cuello que sus otras víctimas y encajaba con la descripción proporcionada por una madre de Sheffield cuyas cartas aparecieron en la casa de mi sospechosa.

Dos días más tarde, el inspector jefe me hizo llamar y me contó que el señor Gethin había avisado a la policía de la desaparición de su esposa y había verbalizado lo preocupado que estaba por la seguridad de su propio hijo. Se estaba llevando a cabo una investigación discreta, y me informaban al respecto porque lindaba con mi especialidad. Creo que entenderás que, como había desaparecido un bebé, me vi obligado a decirle que había visto a la señora Gethin en la estación de Euston, acompañada de un joven y de una criada. En contra de lo que me dictaba la razón, no mencioné tu nombre. Ahora lamento profundamente haberte mencionado en general.

A la tarde siguiente, intenté escoltar a la madre, que había llegado

desde Sheffield, hasta la morgue para identificar al bebé. Me avisaron y me contaron que al bebé ya lo habían identificado y que el caso dejaba de estar en mis manos. Protesté ante mis superiores sin éxito. Al día siguiente, apareció en los periódicos. El señor Gethin había identificado a su hijo. Su esposa se encontraba ya en el centro de una búsqueda sin cuartel. Se mencionaba la ciudad de Liverpool. He intentado argumentar que el niño podría ser tanto el hijo del señor Gethin como la víctima más reciente de mi sospechosa. Me aseguran que las pruebas demuestran lo contrario, pero cuando me intereso por los detalles me advierten que no insista. Siento una presión creciente por dejar de hacer preguntas, y creo que procede de muy arriba, por encima de mis superiores inmediatos.

Incluso sin la (férrea) defensa de Annie, no creo que fueras a ser partícipe a sabiendas de daños infligidos a un bebé. La culpabilidad o la inocencia de la señora Gethin escapa a mi entendimiento —no sé qué hizo mientras yo te seguía hasta el mercado—, pero creo que hay fuerzas poderosas que intentan que se la condene. No tengo ningún derecho a pedir tu confianza, pero ten cuidado, Harriet, por favor. Al llevarlos hasta Liverpool, tal vez le haya arrebatado la libertad a una mujer inocente, y no soy capaz de imaginar el daño que pueda haberte causado a ti. Rezo por que nadie sepa todavía quién eres. Si puedo ayudarte de alguna forma, espero que sepas que soy tu humilde servidor.

Atentamente,

Robert Ansell

La madre de Sheffield. En mi imaginación, tenía la forma de un ángel piadoso. Confieso que, en esos momentos, me costaba pensar en su espantosa situación. Solamente una cosa me ocupaba la mente: ¿sería verdad? ¿Hay aunque sea una pequeña posibilidad de que el bebé muerto no sea Edward? He releído la carta tres veces, con la mente llena de pensamientos de toda índole, hasta que Annie no ha podido aguantar más.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

No podía decírselo. Junto a una esperanza desesperada y vana, había mucho dolor que intentaba abrirse paso. Si yo no hubiera ido a ver a Annie, no habría vuelto a ver a Robert y ahora estaría en América con Clara, forjando una nueva vida. Habríamos cruzado juntas las puertas de Castle Garden, habríamos sentido cómo la

energía de Nueva York nos llamaba a las dos, habríamos empezado una nueva vida. El interés de Robert en mí ha resultado catastrófico, una bestia imprudente y fiera que ha irrumpido en mi vida desde la nada. Había hecho añicos nuestros esmerados planes con un solo zarpazo, por más que nos creyésemos a salvo. Jamás habría imaginado hasta dónde llegaría él. Robert se había pasado la noche entera en Serle Place.

—Maldita sea…

He apoyado la cabeza en la palma, me he levantado y me he vuelto a sentar, con los puños apretados a ambos lados de la carta de mi regazo. También era cierto que era posible que no me hubiese enterado de la noticia tan pronto. Y ¿qué habría hecho si hubiera visto el artículo del periódico? ¿Qué habría hecho Clara? O ¿habríamos regresado al cabo de seis meses o de un año, como me había dicho, ajenas a todo y sin poder encontrar a su hijo? Porque en la carta de Robert había otra cosa que ofrecía un atisbo de una posibilidad distinta. Si el bebé era Edward, nada lo traería de vuelta, pero quizá no había ocurrido lo peor. He alisado la carta. ¿Y si Clara le entregó a Edward de buena fe a una cuidadora? Me he girado hacia Annie.

—El lugar seguro que me comentó. Podría haberle pagado a esa mujer para que se ocupase de Edward. Tal vez nunca ha tenido la intención de hacerle ningún daño.

—¿Por qué no lo dice, pues? —Annie ha fruncido los labios—. No ha abierto la boca para defenderse.

—No lo sé. Pero leyó mi diario, donde estaba tu carta. Quizá sacó de ahí la idea de entregar a Edward a una madre adoptiva.

Me obsesionaba y me repugnaba que mi propio diario hubiera podido dirigir a la señora hacia ese camino. Annie ha puesto mala cara.

—Si leyó mi carta, también sabrá que es una forma sencilla de deshacerse de un niño para siempre. Muchas madres saben por qué están pagando cuando entregan a sus hijos.

Aquella posibilidad existía, por supuesto, pero al mismo tiempo quería acallar a Annie.

—¿Por qué lo están encubriendo y no le permiten a Robert averiguar si la cuidadora forma parte del caso?

Se ha inclinado hacia delante con expresión amable.

—Es probable que tengan una buena razón para ello, Har, o tal vez sea una disputa política entre los juzgados y la policía. No es territorio de Robert. Pero está hecho polvo, que lo sepas. Parece un fantasma.

—Como debe ser. —He alzado la voz—. Tiene razón en lo de no esperar mi perdón. ¿Quién se cree que es para seguirme e ir hasta mi habitación?

—¿Un amigo que se preocupaba por ti? —Ha suspirado—. No

podía saber que terminaría pasando esto, Har.

No he contestado, así que ha proseguido.

—No sabes si ella está donde merece estar, tú misma lo has admitido. Lo más importante es que no debes ir a verla. ¿Y si te encierran a ti también?

He asentido para que dejara de mirarme con advertencia. La puerta ha traqueteado al poco y Andrew ha entrado en la estancia. No he podido sino alarmarme al ver su uniforme, aunque me consta que él desobedecería a veinte comisarios de policía antes de hacer enfadar a Annie. Lo hemos comentado todo mientras tomábamos el té; sus mejillas sonrojadas y sus ojos enormes y sorprendidos me llevan a preguntarme cómo es posible que infunda respeto en la calle. He accedido a que pusieran al corriente a Robert a regañadientes, pero no a verme con él. Si estuviéramos los dos en la misma habitación, no sé a cuál de los dos odiaría más. Me voy a acostar en el salón. Annie me ha dado un abrazo de buenas noches y me ha hecho prometerle que me mantendré alejada del tribunal penal. Al parecer, debo volver a encerrar mi corazón con llave.

Miércoles, 19 de junio

Les he dado el nombre que usaba en América. Al recorrer los pasillos y al cruzar las puertas de la cárcel de Newgate con los demás visitantes, con el corazón en un puño, me he acordado un poco de Castle Garden. La prisión es un edificio cuadrado, no tanto circular, pero irradia la misma autoridad con esas paredes de losa, diseñadas para mantener a raya la humanidad. Su transparencia resulta espeluznante. He tenido la sensación de llegar a una orilla con un país desconocido ante mí, pero este sitio era más oscuro, una tierra de finales, no de inicios.

Había una pasarela que nos separaba, flanqueada por dos hileras de barrotes y una puerta de hierro. Un guardia patrullaba entre las conversaciones a gritos de los prisioneros y las personas que los visitaban. No sé cómo pensaba que iba a ser nuestro encuentro en un lugar como ese. Tenía la boca seca. Me he dado cuenta de que me daba miedo mirarla a los ojos. Y entonces ella estaba frente a mí, con un vestido limpio y el pelo parecido a cuando se puso a cantar en Castle Garden. De no haber estado contemplándome horrorizada, habría dicho que tenía muy buen aspecto. Ha aferrado los barrotes con los dedos.

—¿Por qué has venido?

Me he estremecido y he movido los labios sin emitir sonido. Ella ha negado con la cabeza.

—Debes marcharte. Alejarte de aquí. No deberías haber regresado.

—No puedo. Están encubriendo la verdad. La policía y el señor Gethin.

Se lo he susurrado. La señora ha vuelto a negar con la cabeza, y he chillado por encima del alboroto.

—Cuéntelo todo, señora. ¿A quién le dio al bebé? ¿Pagó para que alguien lo cuidara?

He fruncido el ceño y no me ha contestado.

—Conozco a alguien que puede ayudarla. Pero debe contar la verdad, decirles a dónde lo llevó.

El guardia estaba cerca. Clara lo miraba fijamente y ha acercado la cara hasta los barrotes.

—Está a salvo.

Una mano gélida me ha recorrido la espalda. No me lo podía creer. La señora estaba sonriendo.

—Ralph no lo tendrá jamás.

—Pero…

Me la he quedado mirando, aterrada por si la distancia real que nos separaba fuera más grande todavía que ese pasillo vigilado. Por primera vez, me he preguntado a qué se refería exactamente con «a salvo». Tal vez no había mentido. Había salvado a criados de Finton Hall despidiéndolos. ¿Y si creía que salvaba a Edward destruyéndolo?

—¿A qué se refiere con que Ralph jamás lo tendrá? —Una oleada de pánico me ha invadido—. ¿Dónde está?

Ha seguido sonriendo, como si fuera yo la que no viese las cosas con claridad.

—La declararán culpable, Clara. —De repente, me he enfadado mucho—. Yo les contaré lo que pasó. Me presentaré ante el tribunal y se lo contaré todo.

Su expresión ha cambiado, veloz como el rayo, y ha pasado de amable a salvaje.

—Debes marcharte. No dejes que te vean. Por favor.

Su voz se ha quebrado con las dos últimas palabras. Ha apartado las manos de los barrotes y ha dado un paso atrás.

—¡Espere!

Lo he gritado tan fuerte que el guardia se ha girado hacia mí, pero Clara se había ido. Temblando, he avanzado a trompicones entre las paredes altas y las férreas puertas hasta salir a la calle. Todo había sucedido a una velocidad angustiante, ha sido más como si me hubiesen lanzado un puñado de arena a la cara que una conversación. He salido de allí más confundida que antes.

Annie estaba furiosa. No había manera de fingir que me había pasado tres horas fuera de casa para ir a buscar una botella de cerveza. Además, me la he olvidado. Ha abierto de golpe la tapa del

caldero de lavar y ha lanzado por los aires ropa de cama húmeda con la misma energía desbordante que siempre tuvo en la casa de la señora B. Al final, le ha asestado un puntapié a una prenda para apartarla del suelo y se ha sentado delante de mí, con las manos rojas sobre la madera.

—¿Por qué estás tan atada a ella? Dejas plantado a William, abandonas a todos tus amigos para irte a América y ahora arriesgas tu pellejo cuando sin duda terminarán colgándola.

Me he encogido. Hasta el momento, había tenido mucho cuidado con las palabras que me lanzaba, pero había conseguido enojarla tanto como Clara a mí.

—¿Crees que la van a colgar?

He oído lo débil que sonaba mi propia voz. Annie ha proferido un gemido de exasperación y ha retirado la silla. No hemos hablado de eso en toda la noche ni se lo hemos comentado a Andrew, que ha soportado nuestro incómodo silencio sin preguntar, aceptándolo como si le hubiéramos puesto un gato callejero dormido en los brazos. Pero ahora se ha despertado, los oigo hablar, así como los arrebatos de Annie apenas contenidos. Es raro que en Nueva York, donde no me conocía nadie, me sintiera menos sola y más segura de mí misma.

Viernes, 21 de junio

Robert ha sido mi medicina o mi castigo.

—Alguien tiene que hacerte entrar en razón.

Annie lo ha guiado hacia la cocina donde yo estaba remendándole una camisola y luego se ha quedado delante de la puerta trasera para impedirme la huida. Y ha hecho bien, pues he sentido la necesidad de escapar. La palidez de su piel volvía más intensa su mancha de nacimiento. Tenía los ojos de piedra, pero desprendían una duda que antes no los había acompañado. Se ha quedado frente a la puerta, sujetándose con cuidado el sombrero, como si fuese un regalo que pensara que podía ofenderme.

—Me alegro de verte, Harriet.

Me he refrenado para no decirle que yo no. He cortado de un tirón un hilo antes de responder.

—Gracias por la carta.

Ha asentido y ha señalado una silla.

—¿Puedo?

Me he encogido de hombros.

—No vas a poder impedirme que vaya al tribunal, así que ahórrate las palabras.

Se ha quedado paralizado a medio sentarse y luego ha tomado asiento lentamente.

—Podría ir yo en tu lugar.

—¿De qué serviría eso?

Ha colocado las manos impolutas sobre la mesa.

—¿Y si te ve alguien? —No he contestado—. Le eres muy leal.

Esa es una palabra complicada. Suena a algo positivo. Todas las respuestas que se me han ocurrido han terminado muriendo en mi garganta. Al cabo de unos segundos, él ha continuado:

—¿No crees que sea culpable?

—A grandes rasgos, no.

—Pero ¿no estás convencida?

He levantado la vista, dispuesta a decirle que estaba harta de su interrogatorio y que ya había causado suficientes problemas al entrometerse, pero la emoción que reflejaba su rostro me ha dejado sin habla. Sus ojos eran de oscuro terciopelo e irradiaban algo parecido al reconocimiento. Al final, he terminado contestando con sinceridad.

—En la cárcel, me he preguntado si la señora cree que lo ha salvado de su padre y que ha hecho lo correcto matándolo. Si ha sido ella la culpable. No lo sé.

Robert se ha inclinado hacia delante con una franqueza que me ha hecho sentir incómoda. La bestia poderosa y decidida a conocer la verdad seguía al acecho.

—¿Por qué lo piensas?

—Me dijo que el señor Gethin no lo tendría jamás y quería de verdad que me lo creyese. Fue por la forma en que me sonrió.

Annie ha soltado un suspiro. Robert ha seguido mirándome fijamente como si mi rostro estuviera cubierto de palabras y necesitase entornar los ojos para leerlas.

—¿Recuerdas la ropa que llevaba el bebé antes de que ella se lo llevara?

No era la pregunta que esperaba, aunque he podido contestarla con facilidad. Yo había cambiado a Edward, le había colocado bien el gorrito y le había aflojado el cuello para que pudiera respirar bien.

—Una camisola blanca con botones hasta arriba, una chaqueta azul de punto y un gorro.

—¿De buena calidad?

—Sí.

—La mujer se lo habría quitado de haber pensado que la ropa valía algo —ha intervenido Annie.

Uno de los dedos de Robert ha dado golpecitos sobre la mesa sin hacer ruido.

—El cuerpo del Támesis llevaba un pijama viejo.

—Ahí lo tienes.

—Si es el mismo bebé.

Las dos nos lo hemos quedado mirando. Annie se ha puesto una mano sobre la cadera.

—¿Por qué iba a decir el señor Gethin que era su hijo si no lo era? Y si Edward está vivo, quienquiera que se lo haya llevado podría presentarse ante la policía o dejarlo en algún sitio.

Laurence.

—Tengo que ir a buscar a Laurence.

—¿El hombre de Serle Place que os llevó hasta la estación? —Robert ha erguido la barbilla.

—Sí, trabajaba en Finton Hall como criado. Él ayudó a Clara… No sé hasta qué punto ni qué sabe.

—Dijiste que era un bruto.

Annie hacía bien en hablar en voz baja. En ese momento he visto lo que visualizaba mi amiga: una mujer loca, un criado depravado. Sus argumentos eran rotundos y afilados como un cuchillo.

—Ni siquiera ha ido a verla, ¿verdad que no? Es probable que lo hicieran los dos juntos. Es la última persona con la que deberías querer encontrarte.

He observado los músculos del rostro de Robert. No ha sido hasta que ha dicho que el bebé no era Edward cuando he comprendido la catástrofe que se había apoderado de su propia vida: su querida fuerza policial se había podrido de nuevo, su carrera misma estaba amenazada. Se había esforzado mucho por atrapar a la supuesta cuidadora, así que deseaba que el bebé fuera el hijo de la mujer de Sheffield. En la cocina, se ha girado hacia mí con una tormenta perfecta en los ojos.

—Deberías ir al juicio.

Creo que se me ha abierto la boca.

—Nadie más conoce los detalles de su vida como tú. Verás lo que yo no pueda ver.

Era la respuesta que no había podido sacar de Annie. He asentido, embargada por el alivio y al mismo tiempo muy asustada.

Lunes, 24 de junio

Sabía que habría una multitud. Se ha formado una cola desde el alba para ver a la dama asesina de niños, ansiosos por comprobar si era tan bella como aseguraban los periódicos. La combinación de belleza y horror dan pie a una fascinación especial. Robert nos ha escoltado hasta la puerta y ha hablado con el hombre que la custodiaba para

facilitarnos el acceso a la galería del público. Podríamos habernos sentado en los primeros bancos, pero ya habíamos decidido que ninguno de nosotros debía llamar la atención. El señor Gethin estaba casi fuera de mi vista, en un asiento a la derecha. Su silueta me ha llenado el corazón de miedo. Callado, reservado, serio, uno más de la marea de hombres. Al mirarlo —y él sabía que la gente no haría otra cosa—, nadie pensaría que le haría daño a una mosca. Pero en el mismo lado, y en otro banco, se encontraba la señora Trevelyan. Pálida y paciente, con las manos cogidas en el regazo. Podría haberme echado a llorar al verla.

El juez ha sido el primero en ser anunciado. Jamás habría dicho que ver a un hombre entrar en una sala y tomar asiento podría tener un efecto tan violento en mis entrañas. Y luego se ha pronunciado el nombre de Clara. La tarima está justo delante de la galería, pero en un nivel inferior, así que cuando ha aparecido casi no la veía. En cuanto la gente ha dejado de alargar el cuello y se ha sentado, he divisado su sombrero, inclinado hacia delante y con una sola pluma, un estilo que le queda bien. Me he preguntado si la señora T. le habría llevado la ropa.

Cómo detesto esa sala. Es un pozo de vida, como si un niño gigantesco hubiera salido a capturar distintas criaturas con un cesto. Me ha parecido que en cualquier momento los especímenes con peluca agolpados a la derecha se precipitarían sobre los cuerpos de la sección inferior y que el público inquieto terminaría derramándose sobre el estrado. El jurado, sentado en un banco en el extremo contrario que los de las pelucas, estaba paralizado, formado por dos filas ordenadas de orugas a la espera.

Cuando ha empezado el juicio y el jurado ha tomado juramento, un funcionario ha leído los cargos. Tan pronto como he oído el nombre de Edward, me ha asolado una abrumante sensación de pérdida y he tenido que contener las lágrimas. Le han preguntado a Clara cómo se declaraba. No ha respondido. Su silencio ha dejado sin habla a todos los presentes; la sala al completo se ha quedado sumida en la parálisis, hasta que el juez ha agachado la cabeza y ha ordenado que constase una declaración de inocencia.

A partir de entonces, ha sido como si todo se empezase a alejar de mí. El abogado contratado por la acusación, el señor Frith, ha comenzado un discurso que me ha llevado a aferrar el banco con las manos. Robert me ha mirado varias veces en tanto en la sala se enumeraban los hechos: la violencia de Clara hacia su propio retrato, su frialdad como madre, su duro trato para con los criados. La voz del fiscal ha sonado segura y tan firme como los paneles de madera que revisten las paredes de la sala. Los miembros del jurado han erguido la espalda y las personas asistentes han dispuesto de información

suficiente para formar sus propios prejuicios. A mi alrededor la gente chasqueaba la lengua y negaba con la cabeza, ávida de sangre.

—Pero ¿qué razón podía haber para el comportamiento de la señora Gethin?

El fiscal se ha detenido como si aquel misterio lo hechizase de verdad y ha dejado que la pregunta flotara por los aires.

—Una mujer joven y bella que al contraer nupcias se adentra en una vida de lujos que su propia familia ya no le podía proporcionar, en la comodidad y el esplendor de Finton Hall, y que tiene un hijo. Un hijo precioso.

Ha callado de nuevo y nos ha hecho pensar en ese hijo precioso.

—¿Ha sido culpa del honorable señor Gethin? —Se ha girado de pronto y lo ha señalado—. ¿Se ha comportado como un esposo terrible? ¿El mismo hombre que hace campaña sin cesar para defender los derechos de las mujeres? ¿Ha sido tan tirano y cruel, tan bruto en su forma de tratar a su propia esposa, que esta se ha visto impulsada a cometer actos violentos? Y ¿toda esa crueldad ha tenido lugar en la misma casa en la que él acoge a los más desesperados de la sociedad, a los pobres y a los huérfanos, para darles un empleo y un techo que no podrían encontrar en ningún otro sitio?

Ha vuelto la cabeza hacia el jurado y una sonrisa de incredulidad se ha abierto paso en su rostro. Varias de las orugas se la han devuelto.

—Veamos, pongamos que lo fue, que fue un bruto y un lobo con piel de cordero. ¿Por qué había que hacer sufrir a los criados, pues? ¿Por qué iba a alejarse una madre de su hijo inocente, de un bebé que necesitaba su protección? Y ¿por qué iba después a estrangular a ese pobre inocente y a arrojar su cuerpo inerte al Támesis?

Los asistentes de la galería han soltado un jadeo de sorpresa como si fuera la primera vez que lo oían.

—No.

El abogado se ha puesto serio, enfadado casi.

—Hoy sabrán qué clase de mujer es la señora Gethin. Lo escucharán gracias al testimonio de las personas más próximas a la familia, que han presenciado y padecido durante años el comportamiento de la señora. Una mujer resentida, implacable y avariciosa cuya mezquindad infundada hacia su esposo se ha basado en pura vanidad.

Ha sacado una hoja de papel.

—Un esposo que le ha ofrecido solamente cosas buenas. —Ha blandido la hoja y ha negado con la cabeza—. Pero ella no quería cosas buenas.

Después de bajar el papel, ha empezado a leer. Era el informe policial de cuando cantó en Castle Green. Las palabras del agente

convertían la actuación en algo vulgar y ridículo, y el fiscal ha imitado la expresión de un cómico para describir cómo se subió al puesto del pan. Varias carcajadas han sonado entre la multitud.

—Y por esto… —Ha vuelto a levantar la hoja, una antorcha de verdad—. Por esto ha asesinado a su propio hijo.

No sé cómo no me he puesto en pie y a gritar. El abogado ha seguido hablando sobre las recientes apariciones de cadáveres de bebés en el río. Robert no ha dejado de pasarse una mano por los labios, como para asegurarse de que los tenía cerrados, sobre todo cuando se ha afirmado que el asesinato de Edward ha pretendido hacerse pasar por un crimen más de una delincuente cuidadora de bebés. Se me han revuelto tanto las tripas que he pensado que mis entrañas terminarían desparramadas sobre el suelo de la galería.

Varios testigos se han colocado entre el banco del jurado y de los jueces: un gabarrero que había encontrado el cuerpo en el Támesis cerca del puente de Blackfriars, no muy lejos de Serle Place; el doctor que hizo la autopsia; el agente al que habían avisado en primer lugar —Robert se ha inclinado hacia delante en su asiento—. Desde la galería no era fácil oír ni ver. Al jurado le han mostrado una bolsa de viaje, y yo he entrecerrado los ojos para comprobar si era la mía. He tenido que apartar la mirada de la bolsa y del pijama embarrado del bebé.

Luego le ha tocado el turno a la nueva doncella a la que no había visto nunca. Sus palabras han sido bastante difíciles de comprender. Bonita y joven, sin duda seleccionada por Cararreloj, pero rígida como una muñeca de madera.

—Está aterrada.

Yo también lo habría estado si todos los presentes en la sala me observasen, pero he entendido a qué se refería Robert. La muchacha parecía a punto de caer presa de un ataque de nervios. El abogado le ha preguntado por el tiempo que fue la doncella de Clara y por la decisión de esta de tener consigo a Edward en su habitación la noche que desaparecieron. Y luego ha señalado el pijama y ha preguntado si lo reconocía. Incluso desde la galería hemos visto que estaba temblando. Ha empezado a decir algo, pero el juez la ha interrumpido para pedirle que alzara la voz.

—Podría… podría ser de Edward.

—¿Podría?

La joven ha echado atrás la cabeza como si aquella palabra fuera un bofetón.

—Tiene… uno muy parecido.

—Está mintiendo. —Robert me lo ha susurrado al oído.

—Con las manchas, es difícil…

—Obsérvelo con atención.

El abogado ha hecho señas para que se lo acercaran, pero ella se ha encogido.

—No, estoy segura. Estoy segura de que tiene uno como ese.

Ha habido una pausa poco después, y todos han salido de la sala murmurando la evidente culpabilidad de Clara. Nos hemos quedado en la calle, cerca del tribunal, demasiado inquietos como para buscar un sitio donde sentarnos o comer algo. El aire estaba viciado. He pateado con la bota un cartel que estaba en el suelo.

—¿Por qué el abogado de Clara no la ha interrogado? Nadie ha preguntado siquiera si había desaparecido el pijama de Edward.

Robert fumaba un cigarrillo con la cabeza gacha y la otra mano en el bolsillo de sus pantalones. Se ha frotado la frente con la muñeca. El humo se ha quedado flotando en la humedad del ambiente.

—Porque nadie está intentando demostrar que el bebé no es Edward.

He deseado de corazón que fuera cierto lo que me había dicho en casa de Annie. O tal vez solo quería que él siguiera creyéndolo, aunque yo ya no pudiese.

—¿Crees de verdad que no se trataba de Edward?

—Annie tiene razón: hay demasiadas pruebas en contra. —Ha parpadeado como si tuviera los ojos muy cansados—. Pero hay algo extraño, o de lo contrario no me habrían ocultado información.

—¿Por qué no le cuentas a su abogado el caso de la mujer a la que estás investigando?

—Ya no tengo ninguna prueba.

—Pero ¿y el material con el que dijiste que lo habían estrangulado?

—Es demasiado corriente como para que signifique algo por sí mismo, y cualquiera podría haberlo leído en los periódicos referido a los otros asesinatos.

He notado cómo la garra volvía a constreñirme el pecho y me llevaba hasta el límite.

—Pero su abogado debe…

—Su abogado está ahí solo para cumplir con los procedimientos porque es un juicio de asesinato. El juez debe asignar uno si el acusado no puede o no quiere pagar uno.

He pensado en la gargantilla, en mi camarote de segunda clase y en mi ropa nueva. Robert ha proseguido con voz lúgubre.

—Si no se defiende y las pruebas están en su contra, el abogado tan solo debe asegurarse de que no haya testigos que la vieran realmente con la bolsa de viaje.

He tragado saliva con dificultad. Si le contara que había visto a la señora llevarse la mía al irse con Edward, ¿dejaría él de dudar de su culpabilidad? Si lo decía en voz alta, ¿dejaría de dudar yo?

—¿Será suficiente para impedir que la condenen?

—Es poco probable. —Ha pisoteado el cigarrillo—. ¿Quieres volver a entrar?

Todavía había una gran multitud esperando entrar en la galería. Robert ha mirado hacia la cola, que empezaba justo detrás de mí, y luego por encima de mi hombro. Me ha puesto una mano en el hombro y me he girado, esperando ver cualquier calamidad. Se trataba de Mary. Estaba a cierta distancia de la muchedumbre, observándome fijamente.

—Me había parecido que eras tú.

La última vez que la vi estaba inconsciente en la cama de Clara, en Finton Hall. He dado un paso adelante, pero se ha alejado, y se ha tambaleado al tropezarse con el bordillo. Había un aura de pesadumbre en ella. Su luz había desaparecido, aunque el animalillo decidido seguía en su interior.

—Estoy buscando a Laurence.

No me ha mirado a los ojos al decirlo. He recordado los gimoteos que emitió esa noche a los pies de su cama.

—Nosotros también queremos encontrarlo. —Primero me ha contemplado a mí y luego a Robert—. Debería haber regresado.

Más personas se unían a la cola. Mary ha mirado hacia ellas de reojo.

—¿Cuándo?

—Después de ayudarla a ella. —Ha señalado el tribunal con la cabeza—. En teoría, debería haber regresado hace semanas.

—¿Tú sabías que la ayudaría a escapar?

No me ha contestado, pero ha seguido lanzando miradas a su alrededor.

—No debería estar aquí. La señora Trevelyan me dijo que no viniese. Pero no sé dónde buscar.

—¿La señora Trevelyan?

—Ahora estoy en la casa parroquial. —Ha sorbido con la nariz—. Esta mañana he cogido el tren hasta aquí.

Robert ha bajado a la calzada y ha levantado un brazo para detener un carruaje.

—No deberíamos estar hablando aquí.

Mary lo ha mirado sin expresión alguna. Se lo he presentado como un amigo mío, pero a duras penas me ha escuchado. Él le ha lanzado una de sus miradas de piedra conforme se detenía el vehículo.

—Deja que te acompañemos hasta la estación. Harriet te escribirá si hay alguna novedad.

Parecía apresurado. Mary ha vacilado. Se ha acariciado el vestido con un gesto que me ha resultado familiar.

—¿Lo harás?

He asentido. Creo que al mirarnos a los ojos nos hemos reconocido.

Ha sido como si estuviéramos aún en Finton Hall, como si nos persiguiese una casa que jamás volveremos a visitar. Cuando se ha girado hacia el carruaje, me ha parecido advertir una nueva redondez en su cuerpo y he tenido un espantoso presentimiento. El trayecto ha transcurrido en silencio. En la cabeza me chillaban preguntas que no podía formular delante de Robert, pero cuando el carruaje se ha detenido, él no se ha movido.

—Quédate en todo momento donde haya gente. Nos vemos luego en casa de Annie.

—¿Vas a volver al juicio?

Sus ojos han pasado de mí a Mary.

—Tengo que ir a hacer una cosa. —Ha hecho una pausa y me ha puesto una mano en el brazo—. Ve directamente a casa de Annie. No vayas al tribunal tú sola.

En la estación, mientras esperábamos al tren de Mary, ella y yo hemos encontrado una mesa vacía en el bar. La he observado por encima de humeantes tazas de té que ninguna de las dos ha tocado.

—¿La señora Trevelyan está cuidando de ti?

—Cuida de todo el mundo. —Ha asentido ligeramente—. También de la señora.

—¿Qué te contó Laurence?

Me ha mirado de reojo y no ha contestado.

—¿La señora Trevelyan sabía lo que estaba haciendo él?

—Algunas cosas. —Se ha encogido de hombros—. Laurence no contaba gran cosa.

—¿Sobre la señora?

Las lágrimas se han acumulado en sus ojos, y se ha rodeado la barriga con los brazos.

—La señora me trae sin cuidado. —Lo decía de corazón. Hablaba en voz baja y dura—. Nos vamos a casar.

Lo ha dicho como si fuera un desafío o una amenaza incluso. Una vez más, no me ha mirado a los ojos. He intentado sonreírle.

—¿Vais a formar una familia?

Ha respirado hondo y ha asentido con las manos sobre el vientre. El padre era Laurence, claro. Mi primer espantoso pensamiento era ridículo; la velada era demasiado reciente como para que se le notara ya el embarazo.

—¿Qué vais a hacer?

—Me quedaré en la casa parroquial hasta que dé a luz. Laurence encontrará trabajo…

Se vio obligada a callar, apretando los labios para que no le temblaran.

En el andén, le he cogido las manos; las tenía frías y sudadas.

—Me alegro mucho por ti, Mary, de verdad.

Ha levantado la vista, insegura. Sus bigotitos de rata se han estremecido mientras me examinaba. A mí se me han anegado los ojos al sonreírle. He esperado hasta que parecía aceptar mi afecto y le he dado un beso en la mejilla.

—Robert lo encontrará. Te escribiré cuando tengamos noticias.

No iban a ser noticias agradables, y he visto que ella también lo intuía. En el traqueteo del ómnibus hacia el sur de Londres, solamente he podido pensar en que, si Laurence de verdad fuera a volver, habría mandado una carta.

Annie se ha sobresaltado cuando he vuelto a su casa, me ha llevado al salón y ha cerrado la puerta tras de nosotras como si me siguiera un ejército de asesinos.

—Robert ha enviado una nota. No puedes volver a salir.

Se estaba estrujando el delantal con las dos manos. Se me ha ocurrido que parecía una niña pequeña.

—Ha hablado con alguien de la policía de la ciudad. Han encontrado un cuerpo en el derrumbe de las casas del callejón. Cree que se trata del criado al que estáis buscando.

Más tarde

Robert ha vuelto pasadas las seis y ha preguntado si yo estaba en casa antes siquiera de que Annie hubiera abierto la puerta. Al verme, ha sido como si sus extremidades hubieran perdido toda la fuerza. Se ha desplomado en una silla sin saludarnos y se ha quedado observando el fuego apagado. Me he sentado delante de él.

—¿Era él?

Se ha pasado una mano por el pelo y luego se la ha metido en el bolsillo del chaleco.

—¿Lo reconoces? —Y me ha dado el anillo de un hombre—. Lo llevaba en el dedo meñique de la mano derecha.

Pesaba más de lo que me esperaba y era horriblemente real. He notado cómo se me caía el alma a los pies.

—Mary lo sabría sin asomo de dudas. Pero sí, creo que sí.

Lo he mirado y mi voz ha bajado hasta adoptar un reacio susurro.

—¿Lo has visto?

—Sí. —Ha asentido—. El cuerpo seguía en la morgue. Se le parecía. Lo que quedaba de él.

Me he incorporado para respirar hondo y he mirado hacia la puerta de la cocina, preparada para echar a correr si me entraban náuseas.

—¿Qué ha pasado?

—No saben cómo ha muerto. —Ha negado con la cabeza—. Tiene

heridas muy grandes, pero podrían haber sido causadas por el derrumbe de las paredes. Sin embargo, en las manos tenía marcas, es evidente que se peleó con alguien… —Se ha frotado los nudillos con una mano—. Pero lleva varias semanas muerto.

—¿Varias semanas?

—En efecto.

He recordado que Laurence me guiñó un ojo cuando se dio la vuelta en el andén y echó a trotar hacia la calle. Es posible que estuviera muerto antes incluso de que saliésemos de Inglaterra. Annie estaba un poco apartada, como una mera espectadora.

—¿Qué significa? ¿Alguien lo asesinó?

—Por el momento, no se sabe. —Robert se ha removido y se ha apoyado los codos en las rodillas. Luego se ha frotado la frente—. Pero alguien debió de ocultar el cuerpo. A no ser que quienes registraron las casas antes de derruirlas fueran terriblemente incompetentes.

Le he preguntado qué le había hecho ir hasta allí.

—Un presentimiento. Tu amiga Mary ha dicho que hace semanas que no sabe nada de él. Se me ha ocurrido que fue más o menos cuando os marchasteis de Serle Place.

Ha dado una fuerte palmada con las manos y las ha apoyado sobre los muslos antes de levantarse y volverse hacia la repisa de la chimenea. Su cuerpo se ha quedado rígido. Annie me ha mirado fijamente.

—No podrías haberlo impedido, Robert.

—Le di la dirección a mi comisario. —Hablaba hacia la pared, con una mano sobre los labios—. Desestimó todo lo que le comenté sobre el señor Gethin. Sospecho que lo ha sobornado.

Apenas he podido oír sus siguientes palabras.

—Es casi como si yo mismo hubiera estado trabajando para él. —Se ha girado de nuevo, con los brazos inertes a ambos lados—. Mañana iré a intentar descubrir algo más.

Me ha mirado a los ojos. Ha sido como contemplar un desolado erial.

—Márchate de Londres. Ve con tus padres, donde sea, por lo menos hasta que termine el juicio y la situación se haya calmado un poco.

Annie ha asentido y ha dado un paso adelante.

—Le pediré a Andrew que mañana cuando vuelva de la patrulla te acompañe hasta la estación.

Me he fijado en el agradable salón, en los muebles pulidos, en las postales que adornan la chimenea. Es mejor que no me quede aquí. No quiero causarles más problemas. Los dos han sentido alivio. Pero no les he dicho que no puedo volver con mi familia, pues no me fío de que mi madre no le mande una carta a Gethin. Junto a la puerta, Robert se ha girado para despedirse —de reojo he visto a Annie

escabullirse a la cocina—. Ya no lo culpo de nada. Ni siquiera me culpo a mí. Ninguno de los dos disponía de todas las piezas, los dos estábamos equivocados en algo. Yo he tomado la palabra primero.

—Gracias.

Ha puesto una mueca. El silencio se ha alargado entre nosotros. Ha fruncido mucho el ceño.

—Mira, Harriet, no sé quién es culpable. Ni siquiera sé cuántos delitos se han cometido. —Durante unos segundos, parecía un niño apabullado—. Pero quienquiera que haya sido se va a salir con la suya.

He levantado una mano y le he rozado la mancha de nacimiento. No ha sido el gesto cariñoso ni maternal que parece. Creo que quería tocarlo como cualquiera se siente inclinado a tocar un diapasón. Me ha cogido una mano y me ha acariciado con el pulgar la piel surcada de un dedo. Pensaba que no me gustaría, pero sí. Cuando se ha ido, yo seguía sujetando el anillo de Laurence con la otra mano.

***

¿Qué es lo que sé? ¿Qué es lo que quiero? ¿La verdad? Creo que me ciega. No dejo de buscar algo que no está ahí. Hojeo estas páginas cuando tengo ocasión, en cualquier lugar; ¿para quién escribo? Si las palabras son como puntadas, esta vez creo que he hundido demasiado la aguja y me he envuelto con los hilos sin darme cuenta. Si intento levantarme y dejar la libreta a un lado, no puedo: está cosida a mí. No paro de dar vueltas al anillo de Laurence bajo la luz de la vela. Lo arriesgó todo para salvarnos y no huyó. No sé qué más hizo, pero no huyó. Y saberlo me basta. Ahora mismo, abandonar Londres y a Clara es igual de imposible que salir de mi propio cuerpo.

Martes, 25 de junio

Andrew me ha acompañado hasta la estación y, para mi fastidio, hasta el vagón mismo. He presenciado la perseverancia que Robert tanto admira de él. He podido escabullirme mientras estaba distraído hablando con una mujer parlanchina del andén y me he dirigido a tiempo al tribunal para sentarme en la penúltima fila. Era una multitud de espectadores distinta que la de ayer, más ansiosa. Me he preguntado si Clara oiría los susurros y los murmullos que sonaban a su alrededor como un suave y letal siseo. El periódico que he cogido de camino al tribunal me ha confirmado que ayer por la tarde no me perdí nada importante; se limitaron a enumerar más hechos sobre el

asesinato y el paradero de Clara. Hoy el abogado se ha centrado en el carácter de Clara y ha llamado a testigos que corroboraran la descripción de bruja antinatural que ya lanzó ayer sobre la señora.

Me he tapado los labios con una mano mientras el pánico se abría paso en mis entrañas al ver acercarse a Cararreloj. En mi cabeza, la mujer está cosida a la tela de Finton Hall como los monstruos a las pesadillas; debería haberse evaporado al cruzar las puertas de la casa. Pero ahí estaba, real y tan segura de sí misma delante del tribunal como cuando blandía un cuchillo a la cabeza de la mesa de los criados. La he observado con impotencia y me he tragado el pánico. No había rastro de la malicia ni el odio que la habían embargado en cada encuentro que mantenía con la señora. No ha pronunciado ni una sola palabra en francés. Era tan solo una criada de fiar y una testigo impotente de la desventura de su señor.

La verdad y nada más que la verdad. Cocinera y ama de llaves para el señor Gethin durante quince tranquilos años antes de que se casara con una señora difícil, extraña incluso, pero Sarah Clarkson había visto cosas peores. Hasta que empezó a ver cosas peores. La señora echaba a miembros del servicio sin previo aviso, con crueldad: una doncella, criadas, mozos de cuadra. Gestionar el funcionamiento de la casa se había vuelto una tarea imposible. Arrebatos violentos contra cualquiera, sobre todo contra el señor Gethin, y nada menos que delante de los criados, así como daños infligidos o amenazas a su incalculable colección. Intentó rajar con un cuchillo su propio retrato, un regalo de su esposo. Sí, con un cuchillo.

El abogado se ha tomado su tiempo. La señora Clarkson, una respetable criada de rango superior tan ajena a la vida de sus señores como al corriente de todo cuanto sucedía en la casa, perduraría en la mente de los miembros del jurado, para quienes sus palabras serían verdad divina. Ha habido movimiento en la galería cuando algunas personas han salido a tomar el aire o han regresado a sus propias vidas y dramas; otras han ocupado su lugar, susurrando. Me he inclinado hacia delante para oírla mejor.

—Todos queríamos al pequeño Edward. Era un bebé encantador…

Cararreloj ha intentado sonreír, pero su voz ha sonado rota por la emoción. El abogado le ha esbozado una sonrisa de empatía.

—¿Todos?

—La casa al completo… —Ha asentido. A continuación, ha dudado, como si fuera reacia a admitirlo—. Todos menos su madre, la señora Gethin. No quería estar con el pequeño.

Por lo menos la mitad de las respuestas las ha dirigido directamente al juez, atraída como siempre hacia el hombre más poderoso de su entorno. Qué no haría por ellos, por esos caballeros intocables, a fin de ganar su atención y aprobación. Gethin debía de

haberlo visto, de haber percibido su necesidad por sentirse elevada, pero también su deseo de aplastar a quienes tuviera por debajo; a fin de cuentas, la había visto echarle una buena reprimenda a un afilador. El ama de llaves tal vez había descubierto los secretos del señor como yo, o es posible que él la eligiera al presentir que estaban cortados con el mismo patrón. En lugar de encogerse horrorizada al conocer la verdad, Cararreloj la había aceptado, alimentando así su ansia de poder. Un parecido abominable, había dicho Clara que eran. El abogado ha entornado los ojos.

—Es habitual que una mujer del estatus de la señora Gethin deje a su hijo a cargo y al cuidado de una nodriza, ¿no es así?

—Pero es que nunca lo veía ni iba al cuarto de los niños… —Cararreloj ha mostrado preocupación—. Si le digo la verdad, todos pensábamos que era lo mejor.

—¿Por qué dice eso, señora Clarkson?

—Las veces que lo visitaba, se ponía violenta. —Se ha girado de nuevo hacia el juez—. Asustaba a la nodriza lanzando cosas y estrellándolas en el suelo. Y eran regalos para el bebé.

En la galería han sonado gritos y murmullos de sorpresa. Se me ha congelado la sangre en las venas. Lizzie sería la siguiente en declarar y confirmar que todo aquello era cierto. Ni siquiera tendría que disimular, como la asquerosa ama de llaves. El fiscal ha arqueado las cejas, pero Cararreloj ha seguido hablando.

—Al parecer, odiaba al niño.

—«Odiar» es una palabra muy fuerte.

La mujer ha asentido con pena.

—Pensábamos que era por lo que sentía la señora hacia el pobre padre del pequeño. La oí decir que cualquier hijo suyo sería una maldición o estaría maldito.

Ha habido más alboroto en la galería, alguien ha chasqueado la lengua justo a mi lado, y el juez ha pedido silencio. He intentado imaginarme a Clara diciendo eso… ¿Era posible que lo hubiera dicho? Y entonces una voz familiar y detestable me ha hablado al oído.

—¿Crees que es cierto, Watkins?

Me he sobresaltado y he querido levantarme, antes incluso de girarme para mirarlo, pero Barrett me ha sujetado la muñeca y ha ocultado el gesto inclinándose sobre mí.

—Siéntate.

Me he recostado en el asiento y he girado la cabeza.

—Debes tomar una decisión, Watkins.

No sé cómo ha logrado que lo oyese. Era sigiloso como una araña en la esquina de su tela, envolviendo a su víctima con hilos invisibles. Sus palabras, apenas más que susurros, eran ardientes como el hierro al rojo vivo.

—Secuestro y asesinato. —Ha chasqueado la lengua de nuevo—. El tribunal no será compasivo.

El frío y el sudor se han apoderado de mi piel al mismo tiempo. Él se ha aclarado la garganta suavemente.

—Sobre todo con tu historial de actos violentos.

Me he encogido en el asiento, pero él se ha cernido más sobre mí, respirando con desaprobación por la nariz.

—Nadie quiere creer que una dama haya asesinado a su propio hijo, ¿verdad, Watkins? Pero ¿qué me dices de una criada?

Ha soltado todo el aire como si cavilara las posibilidades.

—Una personalidad conflictiva, que atacó a un caballero y lo dejó ciego de un ojo, que se aprovechó de la ausencia de su señor y que trepó a una posición muy por encima de lo que le correspondía, capaz de manipular una señora de mente débil…

El sudor se me acumulaba en el labio superior. No podía moverme.

—¿No lo ves, Watkins? A tu amigo policía le pueden hacer testificar que te vio. La casera de Liverpool será capaz de identificarte.

Cararreloj había desaparecido de la sala del juicio, y oí que llamaban a Lizzie. Sabía que también me condenaría sin querer por el mero hecho de contar la verdad tal como la había visto. Se ha abierto la puerta, pero no ha sido ella la que ha entrado. Una niña, me ha parecido al principio, hasta que la red que me envolvía ha empezado a constreñirme. No era Lizzie, claro. Era Lily. Llevaba un vestido limpio y elegante, una ropa que parecía demasiado nueva, y la cabeza bien erguida. Su rostro irradiaba osadía, pero también dureza y cansancio. Barrett se ha removido en su asiento ligeramente y ha asentido en dirección a la muchacha.

—Tus compañeras criadas en particular se acuerdan de la influencia de que gozabas.

La voz de Lily sonaba tan grave como siempre. Estaba preparada para contestar a las preguntas con un deje de insolencia. He notado que en la galería caía bien, era una reina diminuta frente al tribunal, consciente de su poder. La historia que contaba era la misma que antes: una señora adusta, un bebé encantador, un comportamiento inquietante. Me ha temblado la voz.

—¿Por qué estás haciendo esto?

La respuesta de Barrett ha sonado seca y plana.

—Ya sabes por qué.

Lily estaba haciendo todo lo que le habían indicado; sin duda alguna, le habían pagado, aunque he intuido que le bastaba con poder vengarse de su antigua señora. Hablaba de Clara y de Edward, y le ha contado al abogado que oyó cosas que le congelaron la sangre.

—¿Por ejemplo?

Ha mirado hacia el banquillo de los acusados, hacia Clara.

—La oí decirle al señor que deseaba que su hijo hubiera nacido muerto.

La galería se quedó sin aliento al unísono. Los ojos de Lily barrieron la sala. Se lo estaba pasando en grande. En su mente, era intocable y tomaba sus propias decisiones, pero yo sabía que, independientemente de las garras que la hubieran apresado desde que dejó atrás la caridad, seguía siendo tan víctima de Gethin como si hubiese permanecido en Finton Hall. Jamás sabría que Clara había intentado salvarla. La voz de Barrett ha sonado suave como la seda.

—Estoy seguro de que valoras tu propia vida, Watkins. ¿Por qué ibas a malgastarla con una señora que estaría encantada de ver cómo te cuelgan? ¿Crees que protestaría para defenderte?

Lily ha erguido la barbilla.

—Y oí decirle a su doncella, con quien era uña y carne, que le abriría la cabeza al pequeño para derramar sus sesos por el suelo.

El público ha empezado a hablar y a enfurecerse. Del banco de los jueces han sonado unos gritos irritados pidiendo silencio. Barrett se ha inclinado sobre mí.

—Eres una muchacha razonable, Watkins. Seguro que mucho más que ese perro en celo que teníamos por criado.

Una frialdad que jamás había experimentado me ha recorrido la espalda. Laurence. Robert decía que tenía marcas de una pelea, heridas que quizá había provocado el derrumbe de la mampostería… o quizá no. Barrett estaba tan cerca de mí que era como si hablase dentro de mi cabeza. Sus siguientes palabras se han grabado a fuego en mi cráneo.

—Como te he dicho, debes tomar una decisión. Tan solo debes decírmelo, y dejaré que te marches. Dime dónde ha escondido a Edward Gethin.

La sala se ha inclinado a mi alrededor. Ha sido como si me estampase contra una pared. He girado la cabeza para mirarlo. Había entornado tanto los ojos que los tenía casi cerrados del todo. He notado su voluntad presionando mi cabeza, la certeza de que le respondería. De que podría responderle. Una especie de carcajada ha hervido en mi interior, histérica y salvaje. Clara era inocente. Me he vuelto hacia la sala de nuevo. Todavía pedían silencio a gritos. Lily sonreía para sí. El aire no conseguía entrar en mis pulmones. Clara era inocente, y Gethin había mentido: el bebé muerto no era Edward. No sabía dónde se encontraba su hijo. Barrett seguía mirándome y ha empezado a abrir mucho los ojos. Mi evidente sorpresa lo había engañado. Ha visto en mi expresión que yo sabía menos todavía que él. Pero yo iba a la deriva, sin suelo bajo los pies, y he empezado a caer. La monstruosa mentira de Gethin había dado pie a ese juicio, a ese retorcido uso de la ley, a la amenaza de la soga en el cuello de

Clara. Las palabras de Robert han retumbado en mi cabeza. Van a salirse con la suya.

—¡No es Edward! ¡Están mintiendo!

Me he puesto en pie. Los presentes se han girado hacia mí, una sucesión de rostros y una masa de ojos que miraban a todas partes.

—¡No es Edward!

No he dejado de gritarlo. Al principio, la sala se ha quedado en silencio, pero después varias voces desde los bancos han empezado a vociferar órdenes y el estruendo se ha desatado a mi alrededor de nuevo, más alto que antes. Había gritos que me pedían que me callase y aullidos que me instaban a hablar. Barrett enseguida ha dejado de intentar que me sentase. Dos agentes avanzaban por la galería. Yo seguía chillando que el bebé no era Edward, y entonces Clara se ha levantado y se ha girado para mirarme. Sus ojos se han clavado en los míos y me han acallado como si me hubiera rodeado el cuello con las manos. Me ha observado con una especie de asombro, pero ha sido su calma la que me ha cerrado el pico. Ha parecido abrirse camino entre el alboroto de la sala, como si nos encontráramos en silencio. Tenía los ojos brillantes.

Un agente me ha alcanzado y ha empezado a arrastrarme por el estrecho espacio que separa los bancos.

—Estúpida —me ha siseado Barrett al pasar junto a él, con el rostro demudado por primera vez. Varias manos me sujetaban mientras me tambaleaba, algunas para ayudarme, otras para golpearme. He empezado a comprender lo que había hecho. El terror me ha invadido en negras ráfagas de alas espantosas. Ahora el señor jamás me dejaría tranquila. «Él siempre gana». En la galería todo el mundo me observaba, y todos los pares de ojos parecían transformarse a la vez en el ojo del amante del armario de Finton Hall; había cientos de ellos, que resplandecían con odio y de pronto también con triunfo, pues todos ellos visualizaban un patíbulo. Barrett estaba en lo cierto: no dudarían en colgar a una criada.

Pensaba que me fallarían las piernas, pero entonces una nueva conmoción ha azotado la sala. Una nueva voz había hablado y provocado un silencio instantáneo. Los presentes en la galería han reparado en ella y se han inclinado hacia delante. Incluso el agente se ha detenido. Clara seguía en pie, delante del banco con las manos sobre la barandilla. Todo el mundo la contemplaba. Un juez le ordenaba que repitiese lo que acababa de decir.

—Me declaro culpable. —Su voz ha asombrado a la sorprendida multitud, como si nos estuvieran comunicando una sentencia. Ha hablado con voz firme y sin emoción—. Yo maté a mi hijo. Lo metí en la bolsa de viaje y lo arrojé al Támesis.

El silencio se ha prolongado durante unos segundos, y acto seguido

la gente ha comenzado a rugir. Era imposible oír nada que se dijera frente al tribunal, pero he visto una silueta levantarse lentamente en los asientos de la derecha. El señor se ha puesto en pie con una mano sobre el respaldo del banco de enfrente y la otra medio alzada hacia el de los acusados. Para el resto del tribunal, su expresión debía de ser exactamente la de un hombre que oía unas palabras espantosas de la boca de su mujer. Sorpresa, asombro, horror. Pero yo he visto el sentimiento subyacente: rabia. Manaba de sus profundidades. Había pensado que predeciría lo que haría Clara, pero se equivocaba. Con su falsa confesión, la señora se condenaba a sí misma, pero también lo derrotaba a él. Para el mundo, Edward estaba oficialmente muerto, lejos para siempre del alcance de su padre. He visto cómo la furia, ardiente y cegadora, le inyectaba los ojos en sangre, y he comprendido que Clara le había ganado la partida.

Miércoles, 26 de junio

Se ha librado de la horca. La señora T. ha regresado esta mañana al tribunal para presenciar la sentencia mientras yo esperaba en su habitación de hotel. Ayer se encontraba ya en la calle cuando los agentes me sacaron a rastras de la galería. La noticia de lo que sucedía en el interior había llegado al exterior, y en la acera había una multitud de gente que empujaba hacia la puerta. No sé cómo, pero consiguió cogerme y subirme a un carruaje.

En su hotel, me senté en una *chaise longue* cubierta de polvo y le hablé de Barrett, de la noche en Serle Place y que no había sabido con seguridad que el bebé no era Edward hasta ese momento. No dejó de decir: «Ay, querida», y se le arrugaron las comisuras de los ojos. Me alegro de que sea amiga de Clara.

—¿Sabe usted dónde está Edward? ¿Ella se lo ha contado?

—Clara no me refirió sus planes. —Negó con la cabeza y jugó con los guantes que llevaba puestos—. Pensaba que así era más seguro. Y yo… —No dejó de ponerse y quitarse los guantes, dedo a dedo—. No me podía creer lo que leía en los periódicos.

También vi que se había visto obligada a hacerse a sí misma preguntas espantosas. Me incliné hacia delante.

—Lo ha dejado en algún sitio. Creo que solamente lo sabía Laurence. —Levantó la vista, nerviosa de pronto—. Mary está muy inquieta. ¿Dónde está?

Le conté lo que me había dicho Robert. Cuando terminé, guardó silencio durante un buen rato. Saqué el anillo de Laurence del bolsillo y se lo tendí.

—Debería quedárselo Mary.

Lo cogió sin pronunciar palabra. De vez en cuando negaba con la cabeza, y le tembló uno de los labios.

—Qué hombre tan mezquino. Y pensar que es diputado.

Necesitaba que la señora T. regresara al presente. Quería que tuviera todas las respuestas.

—¿Por qué dijo que el bebé asesinado era Edward?

—Supongo que para obligar a Clara a hablar, para que no tuviese más remedio que entregarle al niño, y entonces diría que la pena lo había confundido. ¿Quién sabe a qué estratagemas recurre un hombre como él? Jamás se le pasó por la cabeza que su esposa soportaría el juicio, que se sacrificaría de este modo para mantener al niño a salvo de su padre. La ha subestimado. —Se alisó la falda sobre las rodillas con un gesto deliberado y cuidadoso. Su voz parecía atrapada en su garganta—. Y yo también.

Le pidió a Tabby que viniese al hotel, que ha llegado esta mañana y ha esperado conmigo durante las horas espeluznantes en que la señora T. estaba en el tribunal. Les he mandado una nota a Annie y a Robert, pero por lo demás me he quedado sin nada que hacer, incapaz de hablar. Tabby cosía y llenaba el silencio con pocas palabras, con novedades anodinas de la casa parroquial. Sentía un gran desdén hacia el señor Trevelyan.

—Finge que no ve lo que tiene delante de las narices. No lee los periódicos, no mira a Mary (que obviamente está gestando a un bebé bajo su techo) y hace como si su esposa viniese a Londres para ir de compras. Y se ha quejado de que la mermelada de Gertrude era demasiado dulce; hemos tenido que levantar a la pobre del suelo de la cocina.

La señora T. acaba de llamar a la puerta en este preciso instante. Después de la larga espera, mi valentía ha desaparecido en el último momento. Ha sido Tabby quien ha soltado la labor de costura y ha girado la llave en la cerradura. La señora T. ha empezado a hablar antes incluso de que le abriera la puerta. El abogado de Clara ha contactado con doctores y ha presionado para que el tribunal la tuviera por demente. La han declarado culpable, pero ha evitado el patíbulo. Como decía la señora T., que una mujer mate a su bebé es sorprendente, pero rodear el cuello de una dama con la soga es una afrenta todavía más grande al orden natural de las cosas. El juez por lo menos no ha podido ordenarlo. Ha sentenciado que la encierren en un manicomio.

Jueves, 27 de junio

Esta mañana nos han permitido verla en su celda antes de que la trasladaran. Me daba miedo cómo la encontraría, imaginaba un aura de desesperación o de furia, pero se ha levantado para saludarnos en la estrecha estancia de piedra como si fuéramos viejas amigas que entraban en el salón principal de Finton Hall. He sido yo la que la ha rodeado con los brazos y la que ha llorado. Me ha estrechado hasta que me he recuperado, y luego me ha hecho sentarme con un pañuelo sobre la dura plataforma que le hacía las veces de cama. Era el pañuelo que yo había cosido con sus iniciales falsas para América. La señora T. le ha contado que Barrett me amenazó en el tribunal (pero no lo de Laurence). Ha procurado que Clara cambiara de opinión y que contase la verdad sobre Edward.

—No lo llaméis así —nos ha espetado. Enseguida se ha ablandado y ha sonreído—. Edward lleva Gethin de apellido.

Se han mirado a los ojos durante un buen rato, en silencio, y luego la señora T. ha asentido ligeramente. Ha posado los labios en la mejilla de Clara y se ha apartado tanto como le permitía la superficie de la celda. Clara se ha sentado a mi lado y me ha cogido las manos.

—Aunque les contara dónde está, me encerrarían igualmente en un manicomio. ¿Lo comprendes?

Entristecida, he asentido. Era verdad. Había hecho suficientes cosas que podían considerarse peligrosas y antinaturales a los ojos de cualquier espectador inocente y estrecho de miras. En ese momento, he odiado a todo el mundo. No solo a los culpables, al señor y a sus compinches, sino también a todas las Gertrudes y las señoras Trevelyan que aceptaban complacientes su indolente moral.

—Saber que Ralph jamás descubrirá dónde está será mi consuelo.

Ha clavado los ojos en los míos, me ha abrasado los pensamientos y me ha llevado a incorporarme en el asiento. Me ha sostenido la mirada.

—No me importa en qué se convierta, en un hombre rico o pobre, siempre y cuando esté alejado y libre de su padre.

Mi corazón ha empezado a acelerarse al comenzar a entenderlo. Clara se ha inclinado hacia delante y me ha susurrado algo al oído. Han sido pocas palabras, menos de un minuto. Se ha apartado para observarme la cara.

—¿Lo has comprendido?

Le he apretado tanto las manos que debo de haberle hecho daño. Me miraba fijamente.

—¿Harás eso por mí?

He asentido. La enormidad de aquel favor daba paso a un paisaje enorme y nuevo.

—Pero usted… no puede pasarse la vida encerrada en un manicomio.

Me costaba respirar. Las líneas y los ángulos de su rostro se han endurecido, como si un esfuerzo mental, un mero acto de voluntad, la hubiese devuelto al presente.

—¿Por qué no? Si no puedo hacer nada más y mi hijo está a salvo. Siempre me quedará eso.

He visto un pensamiento que vacilaba detrás de sus ojos. Cuando ha hablado, sus palabras se han quebrado.

—Es verdad, Harriet, que para mí él y su existencia eran… difíciles. En cuanto nació, me puse enferma; jamás había experimentado tanta oscuridad. Supe al instante qué clase de hombre era su padre. Haber traído a otra vida a ese infierno era demasiado insoportable para mí. No vi más que mi propia vida había terminado. Ralph me arrebataría la música tarde o temprano, y sabía que no lo superaría. Cuando decidí escapar, fue a ciegas, como si una criatura estuviera intentando liberarse. Habría abandonado a mi hijo. Lo habría hecho. Pero Harriet… —De repente, era ella la que me aferraba las manos a mí—. Al final eso también habría acabado conmigo. No tengo ninguna duda. No habría importado siquiera que cantase en los mejores teatros del mundo. Tú me hiciste verlo. Al leer tu diario, comprendí que jamás tendría vida si le permitía a ese monstruo que me corrompiese. Por eso no dejé de leer tu diario: ha sido mi luz, mi faro.

Sus ojos se han llenado de lágrimas y de cierta desesperación.

—Yo nunca quise ser madre. Ni que un bebé nos acompañara a América. —Ha sido como si me implorase para que la creyera—. Pero lo quiero. Quiero a mi hijo. —Ha hecho una pausa. Sus palabras parecían invocar fuerza, una certeza renovada—. Todo lo hago por él.

Estaba claro que había tomado una decisión, pero yo era incapaz de rendirme.

—¿Qué me dice de su vida ahora y de todo lo que había planeado? Que la encierren y la silencien… —Se me ha roto la voz. La señora ha sonreído y me ha estrujado los dedos.

—Pero ¿no te acuerdas, Harriet? También sirven quienes solo se quedan quietos y esperan.

He visto que se había perdido en su cabeza. Tan solo quedaba una pregunta por hacer, y las palabras han brotado de mi lengua.

—¿Cómo se llama, Clara? ¿Qué nombre le ha puesto?

Ha vacilado y luego me ha acariciado la mejilla con los dedos.

—Decídelo tú. Sé que elegirás un buen nombre.

No sé cómo he podido alejarme de la señora. Cuando estaba junto a la puerta, me ha llamado, casi con timidez. Su expresión había cambiado. Estaba temblando, llena de luz.

—Canté bien, ¿verdad que sí?

Tenía lágrimas en los ojos. Ha esbozado una sonrisa esperanzadora, como si fuera una niña pequeña nerviosa. He recordado que la

primera vez que la oí vi cielos y montañas, que había alzado la voz sobre los prados y los setos de camino a la casa parroquial como si fuera la personificación de la primavera, que en Castle Garden miles de recién llegados al país unirían para siempre su primer día en América con la belleza de su canto. Se lo he contado todo entre susurros, mientras la abrazaba, hasta que el guardia me ha gritado y hemos tenido que marcharnos.

1879

Miércoles, 2 de abril

Había decidido no escribir ni una sola palabra. El curso de la vida de más de una persona depende de mi silencio, y ¿qué es más ruidoso que un diario en las manos equivocadas? Hoy lo destruiré… Debería haberlo quemado hace tiempo. De todos modos, poco peligro corro al escribir el final…, porque esta historia tiene final. Durante todas las noches en que forzaba la vista y en que me agotaba el cuerpo, no me había dado cuenta de que no estaba contando mi historia. Mi papel ha sido el de una criada y comadrona. He sido el minero que accionaba la rueda de Spedding, esforzándome por arrojar luz a lo sucedido, pero cuando hubo la explosión no fue mi vida la que estalló en pedazos. Soy la que se aleja. Y por eso no puedo lanzar la libreta a las llamas sin contar lo último que ha sucedido. Me da la sensación de que la pérdida no será tan importante si queda por escrito, como si las meras palabras fueran a coserse en mi interior. La historia de la señora será una parte de mí, más viva que los recuerdos, y latirá en mi propia sangre.

Me fui a casa de Annie a esperar. Sabíamos que Gethin seguiría buscando a su hijo, aunque públicamente jamás podría admitirlo, pero a mí no me daba miedo otro juicio. Mi arrebato en la galería de la sala demostraba que desconocía por completo el paradero de Edward, Barrett lo había visto en mi cara. El señor Gethin está solo en su búsqueda; ha jugado una partida de cartas con la policía y con los periódicos, y ha perdido. Pienso en su mentira, que aún hoy me provoca una punzada de miedo. Robert cree que fingió que el bebé muerto era su hijo para obligar a la policía a trabajar más deprisa. Una investigación de asesinato requiere más tiempo y esfuerzos que una esposa fugada. Es verdad, yo también lo creo; el señor habría aceptado mayores riesgos que cualquier hombre normal para aplastar a Clara, para obligarla a renunciar a su hijo, para ganar. Creo que ansía tanto destruir que está dispuesto incluso a exponerse a su propia destrucción.

Barrett se me acercó nuevamente y se puso a caminar a mi lado cuando regresaba a casa de mi nuevo empleo como mujer de la limpieza. En las calles seguían celebrando el regreso del primer ministro de Berlín. Habían puesto a los rusos en su lugar solo

mediante palabras y al final no habíamos ido a la guerra. Paz con honor, la llamaban, como para consolarse a sí mismos. Supongo que el señor Gethin se moría de ganas de leer artículos e informes de las atrocidades cometidas en la contienda.

Barrett fingió escoltarme hasta dejar atrás a un grupo de hombres que cantaban y bebían. Fue tranquilo, sigiloso como siempre, como si entre nosotros no hubiera pasado nada más, y me aseguró que me ganaría una generosa fortuna si averiguaba alguna novedad o tenía alguna pista de dónde podría estar Edward. Me mordí el labio hasta que noté el sabor de la sangre. Era demasiado insoportable que pudiera hablarme en la calle así sin miedo a perder su libertad, sin ninguna posibilidad de que la policía lo detuviera y se lo llevase a rastras. Intento no obsesionarme con eso, intento no pensar en mi propio silencio mientras Gethin continúa cazando a inocentes sin familia que pasan desapercibidos. Los periódicos se apiadan de él y lo elogian a partes iguales. Nunca me había molestado en leerlos, pero ahora no puedo dejar de buscar cualquier mención al señor, es como rascarme una herida. Se rumorea que, cuando vuelvan a celebrarse elecciones, los liberales ganarán casi seguro y él será una estrella en el gobierno. Quizá esté en lo más alto. Si nada lo detiene —¿quién o qué iba a hacerlo?—, se lo recordará como una de las personas incuestionables de las que tanto he leído: como un gran hombre. No se dirá nada en su contra, será como si lo hubieran santificado y todo. Pero yo lo seguiré dondequiera que vaya, estaré siempre atenta por si un día se tropieza y se acerca demasiado al caos. No le dije ni una sola palabra a Barrett. Cuando se marchó, me metí en un callejón para vomitar en la alcantarilla y para derramar ardientes lágrimas por Laurence.

Después de ese encuentro, fui con más cuidado todavía. Visité una docena de veces St. James antes de acercarme a la pintura. Si alguien me observaba, no verían más que una mujer devota que rezaba dos veces a la semana en su iglesia preferida.

—Detrás de la cruz —me había susurrado Clara—, el cuadro que contemplabas cuando aparecí.

Ese día, estaba examinado la pintura con cuidado, a la espera de que el sacristán terminase de limpiar el altar. Jesucristo agotado y las mujeres apenadas se habían convertido en mis aliados y albergaban una esperanza secreta. Su expresión de dolor se me antojaba exagerada, una actuación para embaucar a los ignorantes. El sacristán recorrió el pasillo de la iglesia y sus zapatos retumbaron sobre el suelo de piedra como el sonoro tictac de un reloj, y se marchó. Me moví a toda prisa, y mis pasos y el crujido de mi ropa rompieron el silencio. De cerca, tan solo veía la pintura, los trazos del pincel, los colores que de lejos se unían para formar pieles y desierto. Metí la mano con

cuidado detrás del marco. Recorrí la madera con los dedos. Encontré un surco y un cilindro de pergamino envuelto. Me lo guardé en el bolsillo y me apresuré a salir de la iglesia.

Lo abrí en casa de Annie, sumida en la intimidad del patio interior. Eran varios papeles, copias de cartas con una petición y un recibo del filantrópico Foundling Hospital.

El día 25 de mayo de 1878 se recibió a un niño varón.

Recordé haber encontrado anuncios de conciertos en ese hospital en la mesa de la señora de Finton Hall y en el cajón inferior cerrado con llave; incluso me lo había comentado. Pese a que hacía sol, sentí un escalofrío. Mi idea de un hospital para niños abandonados, por más que los dueños fueran nobles, me retrotrajo a un asilo para pobres. Me parecía impensable que la señora hubiera entregado a su hijo a unos desconocidos, que lo hubiese abandonado en las duras garras de una institución de caridad. Me dispuse a leer la solicitud y las cartas, redactadas con la bonita letra de Clara.

Dirigida a los directores y protectores del Hospital para la Manutención y Educación de Niños Abandonados y Huérfanos.

SOLICITUD de Helen Dubois, del número 23 de Warren Street.

La solicitante de ayuda es una muchacha soltera de 19 años que el día 15 de diciembre de 1877 dio a luz a un varón que depende del apoyo y amparo de su organización, pues su padre lo abandonó.

Les había dado mi nombre falso y mi dirección de la casa de huéspedes de la señora Cole, pero todo lo demás pertenecía a la verdadera Helene Dubois y a su hijo, un bebé que tan solo era unas semanas mayores que Edward. Los directores del Foundling exigían referencias y pruebas antes de aceptar a un bebé. Habían escrito al hospital del oeste de Londres donde Helen había dado a luz, y la comadrona confirmó la personalidad y la situación de la muchacha. Le pidieron referencias al señor Trevelyan, que había elogiado la asistencia de la joven a la iglesia. Por eso Clara nos había hecho esperar. Estaba urdiendo un camino seguro para su hijo, lejos de las telarañas de la vida de su antigua doncella. Nadie conocería su verdadera identidad, y la tal Helen podría ir a buscarlo más tarde, mientras la verdadera Helene se encontraba en Francia a salvo con su propio hijo. Recordé la larga y espantosa noche en Finton Hall cuando Clara me pidió que usara el nombre de Helene, como si se le acabara de ocurrir. «La vida de una persona real sonará más creíble».

Y fue entonces cuando comprendí el extraño suceso acontecido en la casa de huéspedes de la señora Cole con Betsy y la carta robada. El Foundling habría escrito a esa dirección para decir que habían aceptado a «mi» bebé. Laurence se aseguró de que yo no recibía la

carta. Con el tiempo, más piezas encajaron, recuerdos que me pillaron desprevenida mientras limpiaba muebles o zurcía un remiendo y me dejaban petrificada como una estatua. Debía de haber sido Laurence quien se llevó mi vestido la vez que desapareció, pero fue para que la señora se lo pusiera en Londres. Ella misma se debió de personar en el Foundling haciéndose pasar por Helen. Me atrevo a decir que seguramente también imitó mi voz. Nunca sabré cuánto tiempo tardó en planearlo todo ni en qué punto decidió contar conmigo.

He mantenido el secreto bajo llave como habían hecho Laurence y ella antes que yo. Era una mariposa encerrada en mis manos. De repente, comprendía por qué no me lo había contado y por qué solo lo sabía Laurence. Después de tantos años silenciado y amedrentado en Finton Hall, había tomado el camino más peligroso por el bien de otra persona. Seguramente fue más consciente que nadie de los riesgos. Me embargó una firme y apenada necesidad de hablar con él, de arreglar las cosas entre nosotros. Las semanas posteriores a la visita a la iglesia, estuve muy sola, más sola de lo que era necesario. Mis amigos vivían con una sombra de mí misma. Hacía como si nada hubiera pasado, aceptaba encargos como criada y costurera, ayudaba a Annie a lavar la ropa y ahorraba tanto como me resultaba posible. Vi cómo se me volvían a endurecer y encallecer las manos.

Pero mi relación con Finton Hall todavía no había terminado, había una última cosa que no podía dejar pasar. Un sábado me dirigí a Stepney y llamé a la puerta de los Bowman sin vacilar. Si avisaban de nuevo a la policía, que así fuese; Gethin ya sabía dónde encontrarme. Una criada me recibió y me hizo pasar al ordenado salón. Los padres de Francis se encontraban ante mí como dos caballos desconcertados, hasta que la señora Bowman dio un paso adelante y me descolocó por completo al cogerme las manos.

—Hemos rezado todos los días por que estuvieras a salvo.

Me pasé la mayor parte de la visita llorando. Me contaron que habían decidido pedirle a Francis que volviese a casa, pero al final el propio Laurence les devolvió a su hijo antes de que pudieran actuar. Les puso al pequeño en los brazos y les aseguró que Finton Hall no era una casa apropiada para un niño. Debió de haber sido el día que Clara y yo nos marchamos de Londres, quizá fue lo último que hizo Laurence con vida. Mis lágrimas solo dejaron de manar cuando me hablaron de Francis. Es aprendiz de un soplador de vidrio. La sorpresa me dejó perpleja e incluso ahora, al ponerlo por escrito, no puedo evitar sonreír. Ya no tendrá que intentar capturar objetos resplandecientes con el carboncillo o con el lápiz. A partir de ahora los creará él mismo, creará preciosos y brillantes recipientes de cristal que sostener bajo la luz. Recordé verlo hacer burbujas de jabón con la pipa de arcilla en el zaguán, y aquella idea fue el detonante. Me eché a reír

hasta que no pude parar, hasta que las lágrimas volvían a correrme por las mejillas, y el señor y la señora Bowman se rieron conmigo también sin saber por qué ni de qué.

No fue la única casa en la que la red de Gethin se había roto o no había podido pegarse. Un día me subí al tren para volver junto a mi familia y vi que mi madre seguía profundamente indignada por la carta que el señor le había mandado. Resulta que mis temores habían sido infundados: no soporta que nadie más que ella misma me critique.

—Escribió una cadena de sandeces, como si yo no conociera a mi propia hija. Supe que en esa casa pasaba algo extraño. ¡No hacía falta nada más que ver a su esposa! Y luego me mandaste una carta, como si tal cosa, para decirme que te ibas a Francia.

Nadie estaba interesado en mi temporada en «Francia». Yo era un rompecabezas que no valía la pena intentar resolver. La gran esperanza de mi familia era mi hermana, a quien cortejaba el segundo mayordomo de Beechwood. Todos parecían más envejecidos, sobre todo mi padre, pero me pasé cuatro días con ellos preguntándome cómo un lugar podía parecerse tanto a lo que era si yo había cambiado tantísimo. No vi demasiado a William, sin duda por obra de Dorcas. Al salir de la iglesia, la oí gritarle y lo vi a él seguirla como un perrito faldero. Pero sentí curiosidad por cómo debía de ser la vida de la pareja. Aproveché algunos momentos de calma para recorrer los prados de mi infancia; era una extranjera que se conocía los recodos, las piedras y los caminos como la palma de su mano.

Al final, me reencontré con Robert. No era el agente de policía al que había conocido unos meses antes, inflexible en su fervor hacia la ley. Estoy segura de que ese hombre habría considerado su deber devolver a «Edward» a su padre. Empezamos a salir a pasear juntos, a menudo sin hablar, dos supervivientes de un naufragio que recorrían la orilla del mar. Su carrera estaba acabada, por lo menos en su opinión. Había causado demasiado revuelo por el niño ahogado y luego por el cadáver de Laurence. Le quitaron las investigaciones sobre los supuestos cuidadores de bebés. Cuando me dirigía la palabra, era para divagar sobre la posibilidad de irse a otro país y empezar de cero, hasta que un día le conté lo de Nueva York y que estuve a punto de iniciar una nueva vida que me atraía y tiraba de mí. Le conté lo del dinero y la ropa nueva, la cámara que había estado a punto de comprar y los vagos anhelos que me había provocado.

—Fuiste muy leal al volver a Inglaterra.

Ya me había llamado «leal» en otra ocasión. Esa vez, lo decía como si no fuera del todo un cumplido. Esas virtudes han perdido su esplendor.

—Debía conocer la verdad sobre el hijo de Clara y lo que estaban

diciendo los periódicos.

Caminamos un poco más antes de que volviera a tomar la palabra.

—Me pregunto qué haría con su hijo.

No respondí —a fin de cuentas, no era una pregunta directa—, pero Robert comprende los silencios a la perfección. Me miró fijamente y al final se detuvo.

—Tú lo sabes.

El sol se estaba poniendo, y habíamos llegado a una calle tranquila sin farolas. No le veía bien la cara, y por eso creo que se lo confesé.

—Voy a criarlo cuando esté preparada.

Robert se pasó un buen rato callado. Fue hasta que echamos a caminar de nuevo, y fue para hacer otra observación en voz alta.

—Necesitarás ayuda.

Le conté los detalles uno a uno en momentos igual de sombríos en una mezcla de deseo y temor. Él no me presionó. Escribí al Foundling como Helen y me interesé por la salud del niño, y cuando me llegó la respuesta no fui capaz de abrir la carta. Se la di a Robert. «Está vivo y sano», me dijo tras echarle un vistazo, y esperó en silencio a que yo llorase aliviada contra el tronco de un árbol.

Un domingo me invitó a dar una vuelta con una sorpresa para mí. Viajamos al norte de Londres y cruzamos Bloomsbury. Me guio hacia un edificio que presidía tres lados de una gran plaza. Los carruajes abarrotaban la entrada. Era el Foundling Hospital. Retrocedí, espantada, pero él se limitó a señalar un sitio donde se agolpaba la gente. Nos unimos a los asistentes y entramos en una capilla de techo alto, que olía ligeramente a lino y a cera de pulir. Los bancos flanqueaban las paredes frente al centro de la iglesia. En la tarima que había detrás de un alto púlpito había filas y filas de niños bien vestidos, el coro del hospital. Cuando comenzó el oficio, empecé a comprender lo que había hecho Clara. La música es el corazón mismo del Foundling. Los niños abandonados se ven inmersos en ella. Si la señora jamás lograba volver a por su hijo y si él nunca llegaba a saber quién era su madre, el pequeño por lo menos crecería rodeado de canciones. Las voces del coro me pillaron desprevenida. No estaba preparada para sorprenderme en el asiento con una música que me envolvía como si de una bendición se tratara. Robert me cogió la mano. Entrelacé los dedos con los suyos y se la sostuve.

Este no es el lugar correcto para relatar nuestro cortejo, si es que esa es la palabra correcta para describirlo. Ha sucedido sin alboroto, como el cambio de una estación a otra. Al mirar hacia otros hombres, me empezaron a parecer incompletos, demasiado pálidos sin una mancha de nacimiento. Si los ojos no eran como el cielo cambiante, para mí eran fríos como el mármol. Estaba Robert, y luego ya solo estuvo él. Regresó a mí la breve sensación que había experimentado

un día de que a lo mejor Robert tenía algo que ver conmigo y que era yo quien debía descubrirlo. Me fijé en sus nudillos, en sus hombros, en sus labios. Su cuerpo fornido era la coraza natural de su valentía e inteligencia, de su tranquilo sentido del humor. Después de tanto tiempo viendo a Mary y a Laurence juntos, de los confundidos deseos causados por los libros, en él encontré una respuesta y una continuación. Un día le mostré lo que me había llevado de la biblioteca la noche de la velada musical. En ese momento, me estaba besando las pecas de la cara y del cuello; según él, eran como pistas y una guiaba hacia la otra, y jamás sabría hacia dónde conducían. Lo aparté ligeramente y saqué este diario de mi bolsillo. La fotografía de la mujer y el hombre que se sonríen en tanto ella está a horcajadas encima de él, desnudos y desvergonzados, llevaba desde aquella funesta noche oculta entre estas páginas. Hasta ahora no me había atrevido siquiera a escribir que la había robado. Robert la examinó con silencio como si fuera la importante prueba de un caso. Y luego me subió a su regazo, con los ojos como dos nubes de tormenta, y prosiguió su búsqueda de pistas. Resulta que tengo pecas en sitios en los que jamás pensé.

Nos casamos un neblinoso día de noviembre con Annie y Andrew como testigos; su hijito durmió durante toda la ceremonia, recostado en el pecho de Annie. La señora Trevelyan fue la única otra invitada a la boda. Después comimos ostras y brindamos. Éramos felices. Cuando regresábamos hacia la habitación de hotel de la señora T., enlacé un brazo con el suyo. Era reacia a hablar de Clara en un día como aquel, pero casi nunca la veía en persona, y debíamos andarnos con cuidado en nuestras cartas.

—¿Cómo se encuentra?

Suspiró y apretó los labios.

—Me preguntó por Laurence. No sé si hice bien al contárselo. Fue un duro golpe para ella.

Guardé silencio durante unos segundos. La muerte de Laurence pesaba en mi conciencia. El veredicto confirmó que fue un accidente y barrió toda posibilidad de que Gethin hubiese tenido algo que ver. Mary y la señora T. por lo menos impidieron que tuviera una tumba triste y sin nombre. Su hija crecerá sabiendo que su padre fue un hombre bueno, un defensor de las mujeres y de los niños.

—Mejor eso que piense que la abandonó para que se enfrentara sola al juicio.

—No lo sé. Se culpa a sí misma. Es algo con lo que tendrá que convivir en un lugar como aquel, del que nunca saldrá.

—En las cartas, usted me comentó que ese manicomio era un buen lugar, ¿no?

Ladeó la cabeza. Un buen manicomio sigue siendo un manicomio.

—Me dijo que siente más libertad allí que en Finton Hall.

—¿Y usted no la cree?

—Sí, sí. Pero es que eso no dice gran cosa, ¿no crees? Por lo menos está cómoda. Gethin no ha reparado en gastos, quiere aparentar nobleza de espíritu. Clara escribe música, la dejan cantar. Sus doctores son… progresistas.

Aquella palabra era asfixiante.

—Debería ir a verla. Barrett no ha vuelto a acercarse a mí.

—No. —Negó con la cabeza—. No lo creo. Se niega a recibir visitas. Es demasiado doloroso. Está acostumbrada a recibirme a mí, pero no voy a verla a menudo.

Recordé que en la casa de la señora B. le cosí un botón del puño de la camisola en aquel primer momento en que actué como su posible criada. La amargura impotencia de llorar la pérdida de una persona que sigue viva me hizo respirar hondo. La señora T. me miró de reojo.

—Creo que ayudaría si pudiéramos llevarle una buena noticia.

Me quedé unos instantes reflexionando y escogí mis palabras con cuidado.

—Dígale que nos iremos lejos cuando hayamos ahorrado lo suficiente… Muy lejos. Y dígale que haré lo que me pidió, que todo está… bien y que no hay nada que temer. Y dígale también… —Bajé la voz más todavía—. Dígale que Laurence tiene un nuevo tocayo.

La señora T. soltó un jadeo y me dio un apretón en el brazo.

—Se lo diré. Le gustará saberlo. —Al cabo de unos segundos, no pudo soportarlo más—. ¿Te puedo preguntar por lo menos en qué dirección vais a ir?

Cogí una bocanada de aire y me llené los pulmones como si el aire brumoso fuera suave y dulce como durante el mes de mayo. El futuro resplandecía como la luz del puerto de Nueva York. Cerré los ojos para visualizarlo mejor.

—Al oeste. A América.

***

Mi pluma se resiste a descansar. Quizá todas las historias se resisten a su final. Aunque este es un final falso, pues Clara sigue respirando y su hijo duerme a mi lado en nuestro diminuto camarote, tenuemente iluminado y mecido por el océano, ajeno a su verdadera identidad; Gethin sigue en su búsqueda, si bien hemos hecho lo imposible para evitar que nos descubra y sacamos al pequeño Laurence del Foundling Hospital en el último momento. Le he hecho varios retratos, pero sigo aprendiendo a usar el regalo de bodas que me hizo Robert. La cámara es tan impresionante y espeluznante como fue esta libreta para mí cuando era nueva y estaba en blanco. Creo que cuando haya

conseguido echarle una buena fotografía la entregaré en mano en el manicomio. Sin mensaje. La señora atará cabos.

Ahora mismo estamos entre versiones de nosotros mismos, entre dos vidas distintas. Ninguno de los dos responderemos al oír los nombres con los que nos bautizaron. Cuando la cuidadora de Laurence me lo puso en los brazos en el Foundling —el niño había crecido tanto que me dio un vuelco el corazón—, le dio un beso en la frente y se despidió entre susurros del pequeño Thomas. En una vida tan breve, ha vivido más nombres diferentes que años. Me recuerda a una criada a la que conocí que tuvo que responder a tres nombres distintos en tres situaciones distintas, una tras otra. El mundo nos pisotea a voluntad. Quizá por eso sigo escribiendo, retrasando el inevitable final. La verdad documentada en estas páginas es peligrosa, pero me cuesta renunciar a ella. El precioso regalo que me hizo la señora B. está maltrecho ya, las tapas están arrugadas y las hojas más gruesas por la tinta. Debería atarlo con la cinta de Laurence y lanzarlo por la borda del barco. Tal vez el agua se lo tragará y borrará el texto, como el té que derramé disolvió las palabras de William en Finton Hall. Me pregunto si bastará que tan solo lleve la verdad en silencio en mi interior o si el mundo debería permitirle a una persona que cuente su historia como desee.

Laurence acaba de moverse. Al recolocarle la manta y acariciarle la mejilla, he vuelto a reparar en la dureza de mis manos. Ya no me preocupa. Me gusta ver la historia que surca mis manos, y Robert las besa como si fueran las de una dama de la aristocracia. Pronto regresará, y será mi turno de ir a tomar el aire y a contemplar nuestro futuro como si la tierra estuviera ya a la vista. Puede que me lleve la libreta y que la arroje a la oscuridad para que dé comienzo mi propia historia.

En medio del océano hay tiempo de sobra. Todavía no tengo que tomar ninguna decisión.

Agradecimientos

Las primeras novelas no siempre equivalen a las primeras escritas, y este libro les debe mucho a sus predecesores y a los ánimos que he recibido por parte de mis amigos y familiares desde el principio. Les estaré eternamente agradecida a Rob Curling por su interminable entusiasmo y por sus divertidas correcciones gramaticales, y a Lauren Pett por las numerosas horas que pasamos trazando el camino y por jugar a buscar piedras con Skye Loneragan. Mi prima Fern Wells me anima tanto como si fuera su trabajo. Rebekah Lattin-Rawstrone y Tom Collinson se han convertido en mis valiosos escritores-lectores a los que acudir; sus generosas opiniones acerca de mis primeros borradores siempre se agradecen una barbaridad, y ahora estoy nerviosa al terminar un libro sin ellos.

Estoy en deuda con mi agente, Juliet Mushens, que lleva varios años siendo un faro para mí; tu compromiso, tu pasión y tus consejos nunca dejan de asombrarme ni de inspirarme. Gracias también a Rachel Neely, que ha formado parte del proceso, así como a Liza DeBlock, Kiya Evans y a todo el maravilloso equipo de Mushens Entertainment.

He sido igual de afortunada con Katie Bowden, mi editora en 4th Estate. No esperaba que el proceso editorial resultara tan colaborativo y emocionante; la forma en la que concibes una historia es en parte mágica. También estoy sumamente agradecida al trabajo en equipo de HarperCollins, que incluye a Matt Clacher, Michelle Kane, Nicola Webb, Paul Erdpresser, Emma Pidsley, Lola Downes y, si bien breve pero excelentemente, a Sadé Omeje. Gracias de corazón a Andrew Davis por el diseño de la fantástica cubierta final.

También quiero darles las gracias a otros amigos y lectores beta, que quizá no siempre saben la gran ayuda que me han dado: los miembros pasados y actuales de Book Grubbers, la incomparable banda MDra, toda mi familia de Tynemouth Road (sobre todo, claro, Lainey y Jen), Sam Birkett, Anna Madeleine, John Berry y mis adorados y recientes amigos de Escocia, que celebraron la publicación con la misma alegría que yo (gracias en especial a Pru por la fotografía de emergencia).

Por último, gracias a mi familia por preguntarme siempre cómo va la novela, a mi padre por su apoyo y por sus anécdotas desde la cabaña, y a mi madre, que me inculcó el amor por las palabras y las historias desde que era pequeña y me ha ayudado a que esto sea posible.